UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL

LA IDENTIDAD PERSONAL EN LA PLURALIDAD DE SUS RELATOS. ESTUDIO SOBRE JÓVENES.

JUAN CARLOS REVILLA CASTRO

TESIS DOCTORAL

DIRECTORA: CONCEPCIÓN FERNÁNDEZ VILLANUEVA

NOVIEMBRE, 1.996

ÍNDICE

PREFACIO. V.

AGRADECIMIENTOS. VI.

INTRODUCCIÓN. 1.

I. DISCURSOS SOBRE LA JUVENTUD. 10.

1. **ORGANIZANDO UN DISCURSO PROPIO.** 36.

II. EL YO Y LA IDENTIDAD EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL. 42.

1. **IDENTIDAD Y PSICOANÁLISIS.** 43.
   - 1.1. SIGMUND FREUD. 44.
     - *Sociedad y personalidad.* 48.
   - 1.2. ERIK H. ERIKSON. 50.
     - *El modelo de Marcia: tipología de la identidad del yo.* 56.
   - 1.3. JACQUES LACAN. 59.
2. **EL ENFOQUE CONDUCTISTA.** 61.
   - 2.1. ALBERT BANDURA. 64.
   - 2.2. WALTER MISCHEL. 66.
3. **LA PSICOLOGÍA SOCIAL COGNITIVA.** 69.
   - 3.1. ANTECEDENTES. 70.
   - 3.2. LA COGNICIÓN SOCIAL. 73.
   - 3.3. EL YO ('SELF') EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL COGNITIVA. 80.
     - *El conocimiento de sí mismo.* 81.
     - *Los aspectos afectivos.* 85.
     - *Los procesos regulativos del yo.* 89.
4. **LAS TEORÍAS DE LA IDENTIDAD SOCIAL.** 97.
   - 4.1. HENRI TAJFEL. 97.
   - 4.2. JOHN C. TURNER. 103.

5. **LA TRADICIÓN DEL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO.** 107.
5.1. GEORGE H. MEAD. 108.
5.2. EL DESARROLLO DEL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO. 114.
5.3. ERVING GOFFMAN. 128.
5.4. LA ETNOMETODOLOGÍA. 137.
5.5. PETER L. BERGER. 138.
6. **EL GIRO SOCIODISCURSIVO EN PSICOLOGÍA SOCIAL.** 142.
6.1. LA ETOGENIA. 143.
6.2. EL CONSTRUCCIONISMO SOCIAL. 152.
6.3. EL ANÁLISIS DE DISCURSO. 162.

III. UNA PROPUESTA TEÓRICA DE LA IDENTIDAD PERSONAL. 171.
1. **UNA TEORÍA DE LA INTERSUBJETIVIDAD.** 172.
1.1. LA SOCIEDAD COMO INTERACCIÓN LINGÜÍSTICA. 173.
1.2. SOCIALIZACIÓN E INDIVIDUACIÓN. 177.
2. **LA IDENTIDAD PERSONAL.** 184.
2.1. EL CONCEPTO DE IDENTIDAD Y OTROS CONCEPTOS RELACIONADOS (YO, 'SELF', PERSONA...). 185.
2.2. LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DE LA IDENTIDAD EN LA INTERACCIÓN. 191.
- *Estrategias discursivas e identidad.* 196.
2.3. RELATOS DE IDENTIDAD: SIGNIFICANTES Y SIGNIFICADOS. 198.
- *Identidad negativa.* 201.
- *Proyectos de identidad.* 202.
2.4. EL SENTIDO DE IDENTIDAD. 204.
- *Coherencia e inconsistencia.* 205.
- *Permanencia y cambio.* 206.
- *Autenticidad e influencia externa.* 209.

IV. **METODOLOGÍA.** 212.

1. **EL ENFOQUE METODOLÓGICO.** 213.
2. **EL ANÁLISIS DE DISCURSO.** 219.
3. **LAS TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN.** 224.
4. **DISEÑO Y DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN.** 229.

V. **ÁMBITOS DE LAS IDENTIDADES DE LOS JÓVENES.** 248.

1. **LOS ESPACIOS DE OCIO.** 251.
2. **EL GRUPO DE IGUALES.** 269.
3. **EL MARCO ESCOLAR.** 292.
4. **EL ÁMBITO FAMILIAR.** 301.

VI. **RELATOS DE IDENTIDAD DE LOS JÓVENES.** 331.

1. **IDENTIDAD JUVENIL: SER JOVEN.** 333.
2. **SUBCULTURAS Y ESTILOS JUVENILES.** 354.
3. **IDENTIDAD DE GÉNERO.** 371.
4. **RELACIONES ÍNTIMAS E IDENTIDAD PERSONAL.** 393.
5. **SER ESTUDIANTE: RELATOS PARA LA INSERCIÓN LABORAL.** 405.
6. **IDENTIFICACIONES FAMILIARES.** 422.
   - *Identidad familiar.* 423.
   - *Identificación con los padres.* 425.
   - *Identificación entre hermanos.* 444.
7. **IDENTIDAD POLÍTICA.** 452.
8. **RELATOS DE PERSONALIDAD.** 465.
9. **IDENTIDAD NEGATIVA.** 485.

VII. **EL SENTIDO DE LA IDENTIDAD PERSONAL EN LAS AUTONARRACIONES.** 504.

1. **COHERENCIA E INCONSISTENCIA.** 505.
2. **PERMANENCIA Y CAMBIO.** 515.
3. **AUTENTICIDAD E INFLUENCIA EXTERNA.** 528.

VIII. **LA IDENTIDAD PERSONAL EN LA MULTIPLICIDAD DE RELATOS.** 553.

1. **RAÚL.** 555.

2. **SONIA.** 565.

IX. **CONCLUSIONES.** 576.

X. **APÉNDICE.** 584.

XI. **BIBLIOGRAFÍA.** 618.

PREFACIO

Hace ya cinco años (noviembre de 1.991) que el autor de estas páginas se presentó en el despacho de la por entonces vicedecana de investigación, la profesora Concepción Fernández Villanueva. La razón de aquella visita no era otra cosa que pedirla humildemente que me aceptara como doctorando a su cargo, que tuviera a bien dirigir esta tesis que ahora se presenta. Quién sabe por qué, Concepción aceptó no solamente dirigir mi tesis doctoral, sino que también me invitó a participar en el equipo de trabajo que dirigía acerca de la violencia juvenil en grupo. Después vino una solicitud de beca de Formación del Personal Investigador que fue concedida por la Universidad Complutense de Madrid en Abril de 1.992. El proyecto inicial versaba sobre la relación entre identidad y violencia, una relación que cobró protagonismo a raíz de la investigación del mencionado equipo. Finalmente este trabajo doctoral se concentró en exclusiva en la identidad, eso sí, teniendo como población de estudio la misma que la investigación, los jóvenes.

Desde entonces han sido unos años de trabajo intenso, un proceso difícil de realización de una tesis doctoral, pero sin ninguna duda altamente gratificante. Y sobre todo ha sido también un proceso de construcción del autor que ahora se dirige a ustedes.

AGRADECIMIENTOS

Nunca está de más dar las gracias por la ayuda, la colaboración y el apoyo en una tarea que se supone en principio individual. Es un ejercicio de reconocimiento, pero también de justicia hacia las personas que han hecho que esta labor siempre complicada llegara a buen puerto y fuera más llevadera.

En primer lugar, es un placer agradecer la labor que ha llevado a cabo la profesora Concepción Fernández Villanueva, directora de esta tesis. Ha sido una dirección en toda regla: seguimiento cercano, reorientación del trabajo del doctorando, consejos, ayuda; y por tanto insustituible. Pero sobre todo, en ella he tenido a una directora siempre dispuesta a discutir cualquier cuestión que surgiese y que me ha brindado su apoyo y confianza en todo momento, y algo que va mucho más allá, su amistad.

Agradezco sobremanera a la Universidad Complutense de Madrid la concesión de una beca de Formación del Personal Investigador en la convocatoria de 1.992, sin la cual difícilmente hubiera llegado hasta aquí. Por ello es importante hacer mención del Departamento de Psicología Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, por aceptar ser el marco, idóneo por otra parte, para la realización de esta tesis, que se inscribe en algunas de las inquietudes epistemológicas, teóricas y metodológicas que caracterizan a este departamento. Me gustaría singularizar este agradecimiento al Departamento en los profesores Eduardo Crespo, cuyo curso de doctorado me mostró un camino que había de resultar fundamental para el desarrollo de este trabajo, y José Ramón Torregrosa, cuya labor de patronazgo se extiende mucho más allá de las tesis que dirige.

También me gustaría dar las gracias a un compañero de doctorado, Juan García García, y a mis compañeros de equipo de investigación: a Leonor Gimeno, y en especial, a

Roberto Domínguez, por las largas charlas epistemológicas y teóricas que hemos mantenido y que han servido para que este aprendiz de investigador refinara unas cuantas de sus concepciones e ideas.

Mi más sincero y profundo agradecimiento a los jóvenes que, sin tener nada que ganar y mucho que descubrir a un desconocido, aceptaron colaborar en la investigación y ser entrevistados por un individuo que decía estar haciendo una tesis doctoral. Igualmente gracias a los profesores y a la dirección de los centros en los que contacté con estos nuestros participantes.

El resto de los agradecimientos son personales. Para mi familia, por su comprensión. Y para Myriam, por todo lo vivido y lo que queda por delante.

INTRODUCCIÓN.

La identidad como objeto de estudio en las Ciencias Sociales vive un momento de auge. Recibe atención desde distintas disciplinas, perspectivas y enfoques teóricos, desde la identidad nacional hasta la identidad individual, pasando por el exitoso concepto tajfeliano de la identidad social. Sin embargo, no hace demasiado tiempo, Levi-Strauss (1.976, apud Marinas, 1.995, p.176[1]) afirmaba que la identidad era un tópico pasado de moda, quizás tras la avalancha provocada por los trabajos de Erik H. Erikson en los años 60. Pero hemos de tener en cuenta también toda la producción sobre conceptos afines o cercanos a la identidad, como el yo y el 'self', tan propios a algunos enfoques de la Psicología y de la Psicología Social.

Desde nuestro punto de vista, la identidad, o cualquiera de sus variantes conceptuales, es un asunto llamado a tener un lugar predominante en las Ciencias Sociales, pero sobre todo en la Psicología Social. Este concepto atraviesa una polaridad clave para la disciplina, como es lo individual frente a lo social, las formas en que individuo y sociedad quedan ligados. No en vano la identidad es un constructo cognitivo en tanto la persona ha de reconocerse en una

[1] Las citas bibliográficas en este trabajo se realizan de la siguiente forma: el año es siempre el del original y las páginas las de la edición manejada por el autor, la cual aparece en la Bibliografía final.

concepción autoreferida, en una serie de relatos de identidad; y a la vez no se puede entender la identidad sin la participación de las otras personas con las que interactúa el individuo, como tampoco sin el concurso de las posibilidades de ser presentes en cada sociedad. Por tanto, tratar de entender la identidad en sus contenidos y procesos supone hacerse cargo tanto del marco social como de los individuos concretos que viven en su seno, en un movimiento doble y difícil ora hacia la individualidad -agencia-, ora hacia la socialidad -influencia social.

Esta polaridad individuo-sociedad es recogida de manera diferente por cada tradición dentro de nuestra disciplina. No cabe duda de que el paradigma hegemónico de la Psicología Social en el momento presente, el Sociocognitivismo, tiende más bien hacia el extremo individual de la polaridad señalada. El énfasis en cómo la persona forma su propio autoconcepto y los procesos cognitivos que experimenta (autorregulación) se traduce en un interés especial por las diferencias individuales y la clasificación de los individuos en torno a éstas. Si bien existe un reconocimiento explícito de la influencia social sobre estos procesos y esquemas cognitivos, éste no va más allá de algo genérico que no está presente en la práctica teórica y empírica. Finalmente todo consiste en saber si el comportamiento supone una expresión del auténtico yo o una autopresentación condicionada.

Dentro y fuera a la vez de este Sociocognitivismo podríamos situar la gran producción alrededor del concepto de identidad social que tuvo su origen en la obra de Tajfel. La escuela creada por este autor centra sus esfuerzos en las consecuencias que tiene para una persona estar adscrito a una determinada identidad social, a una categoría o grupo de personas. Esto da lugar a procesos cognitivos típicos como el favoritismo intragrupal y la acentuación de las similitudes intragrupales y de las diferencias intergrupales. Los trabajos de Tajfel afirman abiertamente la importancia de las categorizaciones sociales en el comportamiento individual. Pero deja un importante espacio del que no se ocupa, la identidad personal, que de este modo

parece una cuestión meramente individual fuera del ámbito de la socialidad.

La tradición que, al menos conceptualmente, ha dado mejor cuenta de la identidad personal dentro de la Psicología Social es sin duda el Interaccionismo Simbólico. Esta corriente, especialmente G. H. Mead, ha sabido dar cuenta de la inherente socialidad de los seres humanos y, por tanto, de su identidad personal. No sólo eso, la identidad, además, está ligada a la interacción, a los términos en los que tiene lugar y a los actores que intervienen en ella.

Y quizá más que el Interaccionismo clásico, han sido importantes ciertos autores afines a él, que han logrado una adecuada teorización de esta tensión que es la identidad. Nos referimos a Goffman, Garfinkel y Berger y Luckmann. Estos autores, además, han sido en cierto modo precursores de corrientes actuales que han sacado a la luz el carácter construido de la realidad social, así como la importancia del lenguaje en las cuestiones sociales, y especialmente en el desarrollo y constitución de la identidad personal. Son perspectiva que hemos agrupado bajo la rúbrica del giro discursivo, como son la etogenia de Harré, el construccionismo social de Gergen y Shotter y el análisis de discurso de Potter y Parker (ver apartado II.6).

Este bagaje de literatura científica sobre la identidad personal nos había de servir para enfrentarnos a una investigación sobre tal materia. Es el enfrentamiento con todo este material lo que produce una reorientación de la pregunta inicial que dio lugar a la investigación. En nuestro caso, lo que queríamos investigar eran las formas en que las personas construyen una identidad personal, pero también los contenidos con los que lo hacen.

Estos contenidos de la identidad toman forma en una serie de relatos que giran en torno a concepciones, estereotipos, etc., de raíz marcadamente social. La persona no puede

escapar de su medio para construir una identidad propia e inintercambiable. Por tanto, habíamos de acceder a esos relatos identitarios e identificar en ellos los significantes con los que reconocen y son reconocidos nuestros sujetos, así como los significados que se asocian a ellos.

Por su parte, la construcción de la identidad personal implica una cierta articulación de estos relatos de identidad, pero también participar de procesos identitarios de igualación y diferenciación respecto de los otros interactuantes. En definitiva, cada persona ha de constituir un sentido de identidad personal, un sentido de la propia individualidad e inintercambiabilidad respecto de las personas de su entorno.

Tanto los relatos de identidad como los procesos identitarios cobran sentido desde el punto de vista de la interacción social en la que participa cada persona. La interacción hace que unos relatos sean pertinentes y no otros, con lo que obliga al sujeto a construirlos y reconstruirlos en función de los significantes y significados que actualiza la mencionada interacción. Los procesos de construcción de la identidad personal dependen de las posiciones que ocupa cada sujeto en los diferentes ámbitos sociales en los que interactúa, son estas posiciones las que delimitan las identidades que puede sostener. Igualmente las dinámicas de igualación y diferenciación dependen de las relaciones que se establecen con los otros interactuantes.

Todo esto necesitaba dar la palabra a individuos concretos para que pudieran expresar lo que es importante desde su propio punto de vista. Para ello nada mejor que la utilización de técnicas abiertas que recogieran el discurso en su riqueza y complejidad, con sus matices, variaciones, etc. En concreto hemos utilizado la entrevista en profundidad y el grupo de discusión. En el análisis de los materiales así obtenidos, el interés ha estado en recoger los aspectos que acabamos de señalar, esto es, los relatos (significantes y significados), la

interacción (ámbitos) y los procesos identitarios (sentido de identidad).

La población elegida para su estudio han sido los jóvenes en general, y en particular una muestra de estudiantes madrileños que optaron por una formación universitaria vía bachillerato. La elección de la juventud vino dada por el ánimo que guiaba este trabajo de complementar de algún modo la línea de investigación sobre violencia de jóvenes en grupo, propia a la directora de esta tesis. La virtualidad de decidirnos por una muestra de estudiantes de bachillerato y universidad reside en que esta transición a la vida adulta puede ser considerada hegemónica en cuanto a la representación social que circula acerca de los jóvenes. En efecto, cuando se piensa en un joven en abstracto se tiende a pensar en un estudiante, una persona en preparación para acceder al mundo adulto. Por tanto, hemos investigado la identidad de los jóvenes más representativos, según se considera en nuestro medio social.

Por el hecho de dedicar nuestros esfuerzos a la investigación de las identidad de los jóvenes, nuestro trabajo habrá de dedicarse a estudiar los ámbitos donde éstos interactúan preferentemente, la escuela, la familia, los espacios de ocio, así como a las personas con las que suelen interactuar, con especial atención al grupo de iguales. Del mismo modo, los significantes y significados que incluyen nuestros sujetos en sus relatos estarán teñidos de la imagen y la concepción social que circula acerca de lo que es ser joven en nuestra sociedad. Las posibilidades de ser joven abiertas a estos sujetos dependen finalmente de los significados sociales de la juventud. Como personas en proceso de emancipación, los jóvenes tendrán quizá una especial necesidad de afirmar su individualidad, pero también de mostrar una coherencia y una cierta estabilidad que les haga aparecer como personas maduras, actores sociales susceptibles de ser tomados en serio y en plano de igualdad.

Y vamos ya con lo que es el plan de esta tesis doctoral. Comenzamos con un repaso

a la investigación que se ha realizado sobre la cuestión de la juventud, con muy especial interés por lo que ha ocurrido en nuestro país. Para ello, hemos tratado de identificar los diferentes discursos, como sistemas coherentes de significados, que circulan en las investigaciones y ensayos sobre la juventud. La unidad de análisis es el discurso, no el autor, de forma que un mismo autor puede utilizar y de hecho utiliza repertorios pertenecientes a diferentes discursos que organiza a su manera hasta producir su concepción particular. A continuación se expresa la propia posición del autor respecto a estos discursos, la mayor o menor cercanía respecto a ellos, las matizaciones y demás consideraciones que hacer en torno a los discursos que circulan sobre la juventud, conscientes de que nuestro trabajo consiste en proponer un discurso más, basado en una investigación como la que hemos llevado a cabo.

Después acometemos la ardua tarea de revisar críticamente la literatura que en Psicología Social han producido los diversos paradigmas que han aparecido sucesivamente en la disciplina. Psicoanálisis, Conductismo, Sociocognitivismo, Interaccionismo Simbólico y Sociodiscursivismo son los paradigmas de los que nos ocupamos, glosando la posición de cada uno de ellos en relación con la identidad o conceptos afines como el yo, 'self', persona, etc. Intentamos recuperar una versión más social y menos instintivista de la corriente psicoanalítica, una lectura posible de los textos de Freud, Erikson y Lacan. Nos ocupamos del no tratamiento del conductismo de la cuestión de la identidad y el posterior acercamiento a la misma de algunos de sus autores, como Bandura y Mischel, en una línea cercana al sociocognitivismo. Especial atención merece la que es la corriente dominante en el momento presente, la sociocognitiva, centrada en los esquemas y procesos cognitivos y las diferencias individuales en torno a esas cuestiones. También es objeto de nuestra atención las teorías de la identidad social, cuyo interés principal reside en describir las consecuencias de la pertenencia grupal y de la categorización en los procesos de la identidad social.

Finalizamos el capítulo con los enfoques más cercanos a esta investigación. Por un lado, la visión interaccionista de la identidad, la socialidad inherente de la identidad y la importancia de la interacción en su configuración. Por otro, la visión sociodiscursiva, el carácter construido de la realidad social y la identidad, y la importancia del lenguaje en su manifestación, construcción y desarrollo.

El capítulo tercero está dedicado a explicitar el modelo de la identidad que hemos conformado a la vista de la literatura, pero también de la propia investigación realizada. Se trata de un modelo de la identidad personal basado en un teoría de la intersubjetividad: la sociedad como interacción lingüística que produce individuos que a su vez constituyen la sociedad. Son tres aspectos los que diferenciamos en cuanto a la identidad personal propiamente: a) la construcción discursiva de la identidad en la interacción, los ámbitos sociales en los que se desenvuelve; b) los relatos de identidad, con sus significantes y significados propios; c) el sentido de identidad, la posibilidad de mantener una individualidad -como coherencia, permanencia y autenticidad- en la inherente socialidad de la identidad.

En el capítulo cuarto los protagonistas son los aspectos metodológicos, las decisiones que a este respecto hemos tomado y que han configurado el modo de acercamiento propio de este trabajo. En primer lugar, la opción por un enfoque metodológico determinado -que podríamos denominar sociodiscursivo-, muy condicionada por el marco teórico en el que nos hemos situado. Esto incluye la explicitación el método de análisis y una aproximación hacia lo que pretendíamos extraer de tal análisis. En segundo lugar, la descripción de las técnicas utilizadas, sus virtualidades y limitaciones. Por último, el diseño y el desarrollo de la investigación, tal como tuvo lugar.

Tras estos pasos previos, nos sumergidos en la tarea del análisis de nuestros materiales empíricos, propiamente la escritura del informe de investigación y que

organizamos en torno a tres capítulos que coinciden con los elementos que hemos diferenciado en el modelo de identidad: ámbitos de interacción, relatos de identidad y sentido de identidad.

Los ámbitos de interacción son aquellos en los que se desenvuelve la identidad, en los que tiene sentido proclamar una identidad y donde tienen lugar las dinámicas de identidad. Nos paramos especialmente en los espacios de ocio, en el grupo de iguales, en el marco escolar y en el espacio familiar como ámbitos principales en los que participan todos los participantes en nuestro estudio.

Los relatos de identidad los agrupamos en torno a los significantes, tanto positivos como negativos, más reseñables en nuestra población: joven y los significantes relacionados con las posibilidades de ser joven, hombre o mujer, estudiante, las identificaciones del ámbito familiar, la identidad política y los significantes de personalidad. Se trata de apreciar las comunalidades y variaciones en los significados asociados a cada uno de estos significantes, pues estos significados son los que limitan la posibilidad de sostener en la interacción unos u otros relatos.

El sentido de identidad se analiza en torno a tres polaridades claves en la configuración de la propia individualidad: 1) coherencia-inconsistencia, o cómo la persona se sabe un individuo coherente en la multiplicidad de relatos en los que se reconoce; 2) permanencia-cambio, o cómo la persona se sabe la misma a pesar de los cambios que experimenta a lo largo de su vida y que se traducen en los relatos que va manteniendo; 3) autenticidad-influencia externa, o cómo la persona se sabe un individuo único e inintercambiable a pesar de las múltiples influencias que recibe de su entorno social y de que todos sus relatos sean sostenidos también por otras personas.

Para finalizar el trabajo, realizamos un análisis de otro tipo. Se trata de un análisis

pormenorizado de los relatos de dos de nuestros participantes, como forma de manifestar la multiplicidad de relatos que forman parte de la identidad de una persona concreta, siendo precisamente en esta multiplicidad irepetible donde es posible encontrar la especificidad de cada ser humano.

I. DISCURSOS SOBRE LA JUVENTUD.

La juventud, sus prácticas, actitudes, formas de expresión, etc., se han convertido en un espacio de estudio que ocupa a un buen número de investigadores y teóricos, tanto en Psicología y en Sociología como en Psicología Social. Preocupa lo que hacen los jóvenes y lo que piensan, tanto lo que no se entiende de su actividad en el mundo, como lo que parece mal de su comportamiento. Son dos las claves que han llevado a esta situación. En primer lugar, pensar la juventud como un todo que tiene muchas características comunes, lo que conduce necesariamente a enfatizar las diferencias respecto de los adultos. En segundo lugar, que los adultos como conjunto han de velar por los jóvenes como grupo, y cuidar de que lleguen a ser ellos mismos adultos responsables que cumplan con el papel que les toque asumir.

De este modo, se engendra un proceso ansiógeno en la población adulta en el que cada actuación reprobable de un grupo de jóvenes se convierte en síntoma de lo que es la juventud y en augurio sobre lo que ha de venir, lo que nos espera cuando estos jóvenes accedan a la vida adulta, proceso magnificado por la dinámica informativa de los medios de comunicación social.

Consecuentemente, las investigaciones más frecuentes se han ocupado de los grupos de jóvenes cuyos comportamientos y actitudes son considerados preocupantes (subculturas

juveniles, delincuencia juvenil, hinchas de fútbol) o se han interesado por dar un diagnóstico lo más acertado y completo posible acerca de la juventud del momento. En el caso español, la menor tradición subcultural hasta época reciente y el hecho de que las subculturas españolas parezcan reproducciones miméticas de lo que sucede en el mundo anglosajón han conducido a un predominio de los estudios generales de juventud. Estos estudios, basados en encuestas realizadas ad hoc, se ocupan de todos los aspectos reseñables de la vida juvenil: familia, estudios, ocio, actitudes, costumbres, religión, vivienda, asociacionismo, etc., con diferente énfasis según los intereses de la fundación o de la administración que encarga el estudio. Una parte importante siempre de estos estudios concierne las actitudes de los jóvenes, en un intento de conocer lo que piensan, funcional en la línea de lo que acabamos de apuntar: saber si están en condiciones de ser adultos responsables, y en caso contrario actuar sobre ellos.

Se trata de una tendencia que viene desde los años sesenta, cuando el Instituto de la Juventud comenzó a interesarse por estudiar a la juventud del momento (ver Sáez Marín, 1.995). Pero esta situación llega hasta nuestros días. Como señala Díaz (1.989), en los años 80 ha habido una abundancia de investigaciones de carácter general con "monocultivo de estudios-encuesta". La descentralización administrativa ha reducido el ámbito de los estudios, de nacionales a autonómicos o locales, con lo que ganamos en cercanía respecto de la situación de los jóvenes (ver Arribas y González, 1.987; Zamora, 1.993). Los noventa han visto institucionalizarse las encuestas generales de ámbito nacional, al tiempo que parecen comenzar a ser más frecuentes los estudios sectoriales y también las metodologías cualitativas (ver Valles, 1.989; Serrano, 1.995b; Agulló, 1.996).

Pero por otro lado, son numerosas las publicaciones con intención científica que parecen basadas más en reflexiones personales del autor que en investigaciones propias o

ajenas. Son artículos o libros potentes generadores de discursos, pues la ausencia de unos datos a los que ceñirse les otorgan una mayor potencia en la articulación de una posición sobre la cuestión juvenil. De esta forma, tenemos una situación harto confusa; mientras que por un lado abundan las reflexiones sin datos, por otro son mayoría las investigaciones, salvo notables excepciones[1], sin ideas, con escasa reflexión que conduzca al análisis en profundidad de los datos obtenidos.

Antes de pasar al análisis de cada uno de los discursos sobre la juventud, nos gustaría realizar una pequeña precisión acerca de los conceptos de adolescencia y juventud. El concepto de adolescencia ha sido utilizado especialmente por la Psicología para referirse a una etapa del desarrollo humano unida al impacto psicosocial de la pubertad biológica. Por tanto, su uso nos sitúa más cerca de las teorías que naturalizan este período vital. Sin que sea posible negar el impacto del desarrollo fisiológico, el concepto de adolescencia, de mantenerse, tendría que limitarse a un primera y pequeña parte de lo que es el período juvenil. Más allá de los 16 años, el desarrollo corporal no comporta más que, como máximo, unos cuantos centímetros de altura extra. Por tanto, hemos de preferir el concepto de juventud para referirnos a este momento vital caracterizado por una condición social específica, aunque distinta para unos y otros jóvenes, y por un discurso social que circula sobre las personas que detentan tal condición social.

El mayor problema que existe a la hora de intentar poner orden en la literatura sobre

[1] Hemos de hacer mención expresa de ciertas obras que se sitúan bastante lejos de esta crítica, investigaciones cargadas de reflexión y de análisis en profundidad de los datos recogidos: nos referimos especialmente al Informe Juventud en España 1984, tanto en su volumen principal (Zárraga, 1985) como en los demás (Gil Calvo y Menéndez, 1985; Conde, 1985; etc.).

juventud es la gran variedad de discursos que es posible encontrar. Unos autores inciden sobre unos aspectos que no parecen importar a otros. Los niveles de discurso son igualmente heterogéneos. Es difícil saber si se trata de reflexiones gratuitas, basadas en informaciones suministradas por los medios de comunicación, en observaciones más o menos sistemáticas, o de investigaciones de mayor calado. La resultante, medida en términos discursivos, no siempre permite discriminar la procedencia exacta. Por tanto asistimos a una mezcla multiforme de proposiciones y argumentos más o menos sugerentes, más o menos prescindibles.

Más que la 'cientificidad' de tales discursos, nos interesa su grado de penetración en el ámbito académico y extraacadémico, la extensión de su aceptación en los diversos espacios sociales. Del mismo modo, nos interesan las consecuencias o derivaciones de cada uno de estos discursos para sus protagonistas, los jóvenes, implicaciones para su condición social, su posición y la imagen que circula de ellos.

En el fondo, lo que se está jugando en estos discursos es el grado de agencialidad que hemos de conceder a la juventud como sujeto histórico y a cada joven en particular. Esto es, hasta qué punto tienen sentido las explicaciones que sitúan a la juventud como sujeto o como objeto, como agente o como producto de una sociedad. Quizá nuestra respuesta, como se verá en el apartado I.1., está más cerca de lo segundo que de lo primero, situando la agencia de los jóvenes más en el ámbito de su interacción cercana que en el marco de la sociedad global.

Nuestra forma de diferenciar y aislar analíticamente unos y otros discursos ha pasado por identificar temas, preocupaciones, líneas de argumentación que creemos similares, con sus matices, por supuesto. De este modo, cada autor puede utilizar y normalmente utiliza de hecho más de un discurso, articulándolo de una manera particular, si bien siempre en la

medida en que cada discurso lo permite.

Por tanto, los discursos de los que nos ocupamos se sitúan entre la explicación psicológica y la sociológica -prescindimos nítidamente de la Biología y de los discursos biologicistas-, quizá más cerca de la segunda, y en todo caso ocupándonos del espacio propio de la Psicología Social, la interacción social (Crespo, 1.995, p.129).

- *Mitificación de lo juvenil.*

Son numerosas en la literatura las alusiones a un discurso que incide sobre la mitificación de todo lo juvenil (e.g. Aranguren, 1.982). Según este discurso, se manifiesta en nuestra sociedad una exaltación de todo lo joven y un interés por todo lo relacionado con la edad juvenil (ibíd., p.4). Es un culto al efebo, a la plenitud vital y a la potencia física que los jóvenes experimentan y que los adultos y los mayores añoran.

Como correlato de esta valoración, se produce una juvenilización de la sociedad (Moya, 1.983), una preocupación de los adultos por ser como ellos: se apropian de los símbolos y los modos de los jóvenes (Lozano i Soler, 1.994; Beltrán et al., 1.984). Por tanto, lo joven se convierte en criterio de éxito, en moda susceptible de ser generalizada por el resto de la sociedad (Arranz, 1.982, p. 22). Esta afirmación implica la existencia de una subcultura juvenil diferenciada frente a la cultura adulta, y hacia la que esta última dirige su mirada.

Es este un discurso que se encuentra muy presente en la sociedad en su conjunto, que toma forma en la 'envidia' que dicen sentir los adultos de los jóvenes por su edad o la añoranza que muestran de esa *juventud perdida*. No queda otra posibilidad que reivindicar para sí mismos un supuesto 'espíritu juvenil', lo joven se convierte en un "estado de espíritu,

una mentalidad" (Aranguren, 1.982, p.4). Los jóvenes interiorizan este discurso y se creen en la mejor época vital sin apenas haber vivido una pequeña parte de su vida (ver apartado VI.1.).

Estas consideraciones se han convertido en un lugar común, son afirmaciones no cuestionadas a pesar de estar basadas en reflexiones y observaciones insuficientemente sistemáticas. No conocemos ningún trabajo que se haya ocupado de si los adultos adoptan ciertos modos juveniles y en qué aspectos concretos. Las interpretaciones que se pueden derivar de este discurso serán diferentes si se aprecia que son los aspectos estéticos en los que se basa la juvenilización y si se trata de otros aspectos: modo de vida, actitudes determinadas, etc. Pero no solamente esto. Siendo la juventud una categoría con importantes diferencias en su seno, habría que constatar de qué segmento juvenil proceden los elementos adoptados por los adultos.

Son escasas las explicaciones que se ofrecen para explicar este fenómeno de la mitificación de lo juvenil. Se constata el 'hecho', pero no se cuestiona más allá. Beltrán et al. (1.984) plantean a este respecto que los adultos se vuelven hacia los jóvenes dada la posición que ocupan. Esta posición les sitúa cerca de la innovación social vertiginosa que experimenta nuestra sociedad y que conduce a los adultos a mirar hacia los jóvenes para no quedarse atrás. Como vemos, es una explicación que coloca a la juventud como un agente importante de cambio social (ver más adelante).

Quizá la consecuencia más importante de este discurso sea la creación de importantes expectativas para las personas que se encuentren o entran en esta etapa vital y que están en flagrante contradicción con la posición social subordinada que ocupan los jóvenes.

- *El narcisismo.*

Si el anterior discurso ensalzaba lo juvenil, el que vamos a describir a continuación supone más bien una crítica importante dirigida hacia la juventud actual. Podemos distinguir tres repertorios diferentes pero muy relacionados, a saber, hedonismo, privatización y narcisismo propiamente dicho.

Se afirma que la juventud es *hedonista*, que valora ante todo la obtención del placer, que lo placentero es moral (Arranz, 1.982, p.19). A esto se le añade un cierto énfasis en la espontaneidad y la irracionalidad (Beltrán et al., 1.984, p.193). Es una juventud materialista, que consigue la realización personal en términos de tener (Martín Serrano, 1.992, p.45) y consume activamente los productos que se le ofrecen en el mercado juvenil de masas (Durá Grimalt, 1.987; Moya, 1.983).

La juventud es igualmente *conformista* y descomprometida (Arribas y González, 1.987), se desentiende de la política y los políticos, pero también de su papel en la transformación de la sociedad. Los jóvenes abandonan el ámbito público y permanecen en lo privado como reacción a la desconfianza en las instituciones políticas. Con esta tendencia a la *privatización*, se produce un cambio de valores: se prefiere la libertad privada a la igualdad (Martín Serrano, 1.992, p.47).

Por último, y como correlato de la privatización, asistimos a un *narcisismo* intenso, descrito por Beltrán et al. (1.984) como interés por el autoexamen, preocupación por la realización personal y espíritu biológico consciente (p.195).

Este discurso está igualmente bien implantado en su circulación social. Está en los medios de comunicación, en los discursos de educadores, filósofos, padres, etc. Su presencia es tan fuerte que los propios jóvenes se ven obligados a pronunciarse frente a él, negarlo o

afirmarlo, no pueden permanecer al margen (ver apartado VI.1.).

Vemos que se trata de un discurso negativo acerca de los jóvenes, pues muestra una serie de defectos o deficiencias de la generación joven actual. Tal construcción se fundamenta en una comparación implícita o explícita con otra generación juvenil, la que protagonizó las revueltas de los años sesenta. Podríamos afirmar que se ha construido un discurso mitificador de esa juventud como ejemplo de generación disidente y rebelde empeñada en la transformación de la sociedad. Ante tal mito, cualquier generación posterior parecerá conformista a no ser que se produzcan acontecimientos similares. Quizá incluso fuera necesaria una deconstrucción del mito, ocuparse de las voces ocultas de esa generación, los segmentos de esa juventud que no participaron en las revueltas.

La utilización de este discurso manifiesta una preocupación por la juventud, un temor a que no cumpla el papel que está llamada a jugar en su etapa adulta. Temor a los excesos hedonistas (sexo, drogas), a la falta de valores apropiados desde la moral adulta dominante, a la desimplicación en lo público. Pero por otro lado, este discurso sirve para mantener a la juventud en una minoría de edad en la práctica: no están preparados para la adopción de responsabilidades adultas, no pueden ser aceptados como actores sociales plenos. Gil Calvo (1.985, p.15) se ha referido a algo parecido con la expresión 'doble vínculo', pues mientras se les exige responsabilidades a los jóvenes, se les deniega la posibilidad de que las contraigan. Por tanto contrasta fuertemente con el discurso -tan positivo- de la mitificación de la juventud.

- *La juventud como producto histórico y/o social.*

Este discurso pretende sustentar el carácter de la juventud, tal como la conocemos

actualmente, como algo específico de nuestra sociedad occidental moderna, para lo cual se describen las características y la situación de la juventud en otros períodos históricos, pero también en otras culturas actuales.

El trabajo de Philippe Ariès (1.973) ha sido especialmente influyente en la expansión de este discurso. Aunque su interés principal residía en la caracterización de la infancia en el Antiguo Régimen, el autor francés incide en algún momento acerca de lo que significaba la juventud en el siglo XVII y lo que ha venido a significar en este siglo. Por juventud se hacía referencia en ese momento histórico a la etapa de plenitud vital, a la primera parte de la época adulta, mientras que infancia cubría todo el período de dependencia de la persona respecto de su familia sin atención alguna al desarrollo físico (ibíd., p.48). Según Ariès, la conciencia de la juventud se vuelve general después de la primera guerra mundial: se prolonga la adolescencia acortando la infancia y haciendo retroceder la madurez (ibíd., p.54). Con este movimiento se separa la juventud de la etapa adulta, de forma que aparece este período vital de madurez física y dependencia material y afectiva.

Desde el ámbito sociológico, la juventud aparece como fenómeno diferenciado después de la segunda guerra mundial. Es éste ya un lugar común que se enuncia sin una justificación que no parece considerarse necesaria. Así, se relaciona con el período de expansión económica de los años cincuenta y sesenta, con el excedente económico producido entonces que permite la aparición del mercado juvenil. Se señala también el protagonismo ascendente de la juventud a lo largo de este siglo (Moya, 1.983).

De esta manera, se viene a pensar la juventud como algo exclusivo de las sociedades urbano-industriales (Zamora Acosta, 1.990, p.24). Esta afirmación se sustenta también en una comparación con otras culturas, con la utilización más o menos afortunada de la Antropología. Se habla de los ritos de paso mediante los cuales se produce un tránsito

inmediato entre infancia y etapa adulta, no existe ningún lugar para un transición prolongada del tipo de nuestra sociedad occidental.

El discurso histórico parece haber penetrado en cierta medida en el pensamiento cotidiano: se aprecian diferencias entre unas y otras juventudes, se habla de una transición más inmediata en el pasado entre niñez y etapa adulta. La mayor base para la extensión de este discurso se encuentra en las constantes comparaciones que realizan los progenitores entre su juventud y la de sus hijos que no dudan en comunicar a estos últimos.

Este discurso limita las pretensiones de algunas conclusiones sobre la juventud, que pretenden ser reglas generales aplicables a la juventud de cualquier momento y lugar y que han de tener inevitablemente un fuerte componente biológico y evolutivo. Pero no siempre las comparaciones históricas se realizan con suficiente base empírica, se necesitan profundas investigaciones del pasado y del presente para establecer divergencias y convergencias entre unos y otros momentos históricos.

Absolutamente congruente con el discurso histórico, nos encontramos con la idea de que la juventud es un producto de la sociedad en que vivimos (Corraliza, 1.985), que son los problemas sociales los que se condensan o se reflejan en la juventud (Lozano i Soler, 1.994, p.38). De este modo, se desresponsabiliza a los jóvenes de las caracterizaciones negativas que circulan sobre ellos, si bien no se niegan. Es ésta una de las estrategias que utilizan los jóvenes en su discurso cotidiano para desmarcarse del estereotipo negativo que sufren como categoría social (ver apartado VI.1.), lo que da idea de la extensión de su circulación social.

Pero este discurso convierte también a los jóvenes en sujetos necesitados de ayuda, protección o educación. Si no tienen responsabilidad sobre cómo son y los que les pasa y poseen unas características no deseadas, serán los adultos los que habrán de intervenir bien para cambiar la sociedad (Corraliza, 1.985), bien para cambiar a los propios jóvenes

(intervención social, programas de juventud, etc.).

- *Juventud como agente de cambio social.*

El discurso del cambio social es uno de los más extendidos en la Sociología para explicar el papel que juega la juventud en nuestra sociedad actual, unido a un concepto que puede parecer contradictorio pero que queda integrado en el mismo esquema, el de la reproducción social.

La reproducción social necesita de la aportación sucesiva de nuevas generaciones que se integren en la estructura en sustitución de las que la abandonan. La sociedad se ha de encargar de socializar y de ubicar en esa estructura a sus futuros integrantes (Allerbeck y Rosenmayr, 1.977, p.17). En un momento de cambio constante como el que experimenta nuestra sociedad, la juventud es la encargada de aportar las innovaciones. De esta forma, la juventud es protagonista tanto de la reproducción como de la transformación social. Así, se convierte a la juventud en un sujeto histórico con entidad propia, en una especie de "minoría activa" (Moscovici, 1.979) que va ejerciendo su influencia en los diferentes ámbitos sociales.

Por tanto, se piensa que los cambios sociales se condensan en la juventud, que "las condiciones específicas de la juventud catalizan las crisis de cambio latentes en la sociedad" (Zárraga, 1.985, p.17). Además, la vitalidad juvenil implica ansias de cambio e innovación (García Rincón, 1.994), incluso de revolución ("juventud como clase revolucionaria", Aranguren, 1.982, p.5) y la juventud recibe y produce privilegiadamente los nuevos lenguajes (Cembrano, 1.986, p.165).

Según Beltrán et al. (1.984), en procesos de cambio social acelerado las nuevas generaciones no pueden apoyarse en la tradición para afrontar los nuevos problemas, no

sirven. Por ello, los jóvenes han de crear sus propias respuestas, distanciándose de las pautas culturales obsoletas. Es lo que Margaret Mead (1.970, apud Moya, 1.983) ha llamado el paso de la cultura prefigurativa a la cultura postfigurativa. Sin embargo, no siempre se logra la transformación de la sociedad, sea porque no se tenga la suficiente fuerza (ibíd.), sea porque se opte por la adaptación y acomodación a la sociedad (Allerbeck y Rosenmayr, 1.977, p.138). De ahí la posibilidad de hablar de juventudes más conformistas o más rebeldes y revolucionarias.

El discurso del cambio sustenta la suposición de que los jóvenes son muy diferentes de los adultos, y de ahí toda la producción acerca del abismo generacional (Moya, 1.983), el cambio, el rechazo -o la falta- de valores (Arranz, 1.982; Zamora, 1.993), los comportamientos específicos de la juventud (Iglesias de Ussel, 1.989).

No cabe duda de que el discurso del cambio está también muy presente fuera del ámbito académico. El interés que se presta a 'lo joven' manifiesta una tendencia a pensar el futuro a través de ellos (Lozano i Soler, 1.994, p.41), a ver lo que ha de venir en función de las características que se sitúan en ellos. Por tanto, se siente esperanza cuando los atributos son positivos (e.g. solidarios, comprometidos) y temor cuando son negativos (e.g. hedonistas, sin valores).

Situar en la juventud la posibilidad e incluso la responsabilidad del cambio social tiene, cuando menos, dos consecuencias claras. Por un lado, se exige a la juventud que cumpla el papel que le ha tocado jugar: ha de innovar, transgredir, etc. De ahí la especial predilección por la acusación de conformista que se realiza constantemente acerca de la juventud actual. Pero la innovación no puede ser excesiva, que cuestione o ponga en peligro la estabilidad del sistema, ha de ser un cambio 'incruento'. En palabras de Allerbeck y Rosenmayr (1.977, p.132), lo que se espera de los jóvenes es una conformidad divergente,

una desviación en la dirección adecuada. Por otro lado, el mundo adulto elude la responsabilidad por la mejora de la sociedad, ellos no son los auténticos agentes de cambio social, no les es posible por la posición que ocupan en la sociedad.

En cualquier caso, la afirmación de la juventud como sujeto de cambio es tan 'evidente' que no ha sido apenas investigada realmente, se da por supuesta. Los estudios no llegan a plantearse de qué manera la diversidad de las tendencias juveniles inciden sobre el cambio social -lo impide, lo alimenta, el cambio social es diferenciado según los grupos y ámbitos sociales. En definitiva, nos parece difícilmente aceptable la idea de la juventud como un sujeto histórico unitario.

Pero hay más. Tampoco nadie se ha cuestionado, que sepamos, si hay una relación entre las características de una juventud y lo que serán después cuando alcancen el estatus adulto. La suposición clave es que existe una relación unívoca: según sean los jóvenes, así serán los adultos. Y esto a pesar de la 'evidencia' en contrario: es bien conocida la idea de que los jóvenes de la generación del 68 se han 'convertido' al sistema, que tiene poco que ver lo que fueron y lo que son. Además, el hecho de que la juventud se piense cada vez más como una etapa totalmente diferenciada de la etapa adulta, ha de reforzar la tendencia a vivirla de un modo específico, poco relacionado con lo que será la posterior identidad adulta.

- *La contestación juvenil.*

El discurso de la contestación tiene en común con el discurso del narcisismo su interés por los valores de los jóvenes. Los valores de la juventud se han convertido en materia de discusión e investigación predilecta por parte de los sociólogos -siempre mediante encuestas. Esto tiene mucho que ver con lo que acabamos de ver, con el hábito de ver el futuro a través

de lo que son los jóvenes y suponerles como agente de cambio. Pero mientras en el narcisismo se veía en la juventud como portadora de unos valores poco valorables -por eso se dice que no tienen valores-, en este discurso se sitúan en la juventud una serie de valores diferentes a los valores adultos. La relación con el discurso del cambio es también clara. Si los jóvenes son agentes de cambio, entonces habrán de tener unos valores diferentes a los adultos.

Esta relativa independización axiológica (Torregrosa, 1.972, p.42) se manifiesta en un "sistema propio y alternativo de valores" (Díez del Río, 1.982). Pero es sobre todo un "rechazo de los valores adultos" (Arranz, 1.982, p.16), una "contestación de muchos valores y normas dominantes" (Zamora, 1.993, p.33). No en vano el sistema de valores adulto no es coherente (Reyzabal y Najt, 1.982, p.49), por lo que los jóvenes se negarán a asumir formas discutidas por los adultos (Beltrán et al., 1.984, p.182).

Pero no son solamente valores, los jóvenes cuestionan también las instituciones, pues éstas no se adaptan a ellos (Ander-Egg, 1.980, p.18), "ninguna institución es respuesta válida al sinsentido y vacío que experimentan" (Arranz, 1.982, p.12). De este modo, los jóvenes rechazan el mundo en el que viven (Moya, 1.983, p.42) y muestran una clara voluntad de no caer en una sociedad extraña como la adulta (Arranz, 1.982, p.16).

De este modo, no ha de extrañar que los jóvenes manifiesten una importante rebeldía e inconformismo respecto de los adultos. Es lo que Griffin (1.993) ha llamado el discurso de la alienación ("disaffection"), según el cual la desilusión juvenil con las instituciones y prácticas claves de la sociedad adulta conduce a la rebeldía, si bien se diferencia entre el grado de rebeldía normal y esperable en los jóvenes y la alienación que supone un problema y una amenaza para el orden social dominante (pp.201-202). Por su parte, Widdicombe y Wooffitt (1.995) señalan la nueva Teoría subcultural, para la cual las subculturas juveniles

expresan una resistencia y oposición a problemas estructurales y a los valores de la clase media.

El discurso de la contestación parece especial diseñado para explicar los acontecimientos de los años 60. En ese momento los movimientos juveniles que participaron hicieron explícito su rechazo del mundo adulto y su apuesta por algo diferente. Pero todavía es posible encontrarlo para explicar ciertos comportamientos que resultan extraños o sinsentido: el gamberrismo y la violencia en general, el pasotismo, la cultura juvenil, etc. Esto es muestra de su buena salud, a pesar de estar enfrentado al discurso del narcisismo y el conformismo.

El problema del discurso de la contestación es que se basa en la existencia de unos valores unitarios presentes en todos los jóvenes. Es el método utilizado con preferencia, la encuesta, el que permite estandarizar unas respuestas que tienen una diversidad interna importante, aunque puedan existir comunalidades. Igualmente difícil es relacionar de manera consistente valores con comportamiento. Unos valores como significantes genéricos se adaptan mal a la concreción y pluralidad de las situaciones cotidianas que debe enfrentar cada sujeto. También resulta complicado sostener la existencia de unos valores juveniles totalmente distintos de los adultos. La socialización ha de tener una impronta importante también a nivel axiológico. Como mucho podríamos hablar de un diferente énfasis valorativo, mayor importancia de unos valores y menos de otros.

Este discurso tiene consecuencias similares a las que hemos señalado respecto al discurso del cambio (ver más arriba). Pero podríamos añadir una consecuencia positiva del mismo, que los adultos prestarán mayor atención a las inquietudes de los jóvenes y no tanto a los problemas que plantean. Sería un interés por conocer esos valores positivos de los jóvenes y las posibles propuestas que podrían emerger de ellos. Sin embargo, parece que

finalmente el interés acaba por manifestarse en el intento de controlar las posibles instancias de rebeldía juvenil.

- *La subcultura juvenil.*

El discurso de la subcultura juvenil es también un lugar común en la literatura científica. Se habla de la juventud como un colectivo que tiene sus propias modas, preferencias, atuendos, valores, normas y símbolos (Torregrosa, 1.972, p.40); características de un grupo homogéneo en cuanto a alternativas culturales (sistema de significados y modo de expresión y estilos de vida (Zamora, 1.993, p.34). Se trata, pues, de una realidad diferenciada pero también heterogénea (García Rincón, 1.994, p.78). En muchos casos se habla de subculturas juveniles -en plural-, aunque con ello se aluda directamente a los estilos juveniles más notorios por su atuendo o sus actuaciones.

La subcultura juvenil aparece ante la divergencia en expectativas y valores normativos entre padres e hijos (Allerbeck y Rosenmayr, 1.977, p.97). Por tanto, es una necesidad estructural de las sociedad modernas por la discontinuidad y falta de articulación en las pautas valorativas y contenidos de roles (Torregrosa, 1.972, p.43). Así, la subcultura juvenil tiene una importante función adaptativa, esto es, permite a la juventud hacer frente a su situación transitoria (Gil Calvo y Menéndez, 1.985, p.27). Se trata de una serie de variaciones adaptativas de la cultura dominante que sirve para dar respuestas específicas a condiciones particulares que comparten como grupo de edad (Zamora, 1.993, p.35). Por tanto, es la sociedad la que crea las condiciones del cambio, y convierte a la juventud y su subcultura en agente del mismo (Beltrán et al., 1.984, p.183).

Como condición necesaria, la subcultura juvenil se basa en la "orientación obligatoria

entre jóvenes" y en la "ligazón psíquica" que se crea entre ellos (Allerbeck y Rosenmayr, 1.977, p.94), fruto del importante tiempo que pasan juntos en sus actividades de ocio. Es muestra también de su aspiración a la autonomía respecto de los adultos (ibíd., p.95), algo que Torregrosa (1.972, p.41) sitúa como un efecto de la subcultura juvenil, a saber, la relativización de su recíproca dependencia de los estatus adultos.

Los años de la juventud se piensan como momentos importantes, pues es el tiempo en el que la persona se forma más conscientemente a través de sus actividades simbólicas (Willis, 1.990, p.7). Los jóvenes son, pues, muy dados al trabajo simbólico de desarrollar su propio estilo y decodificar los estilos de los demás en cuanto a música, y orientaciones sociopolíticas (ibíd., p.88). Por supuesto, no se trata de una creación original, sino más bien de una transformación de los materiales que ofrecen la cultura dominante y el mercado de masas, no es mero consumo pasivo (ibíd., p.21). De este modo, los jóvenes pasan a formar parte de una subcultura, con un caudal de conocimientos y comportamientos compartidos en el grupo (Moore, 1.994).

Pero dentro de la subcultura juvenil se encuentran numerosas variaciones, y que en la literatura se vienen denominando subculturas juveniles, pero también estilos juveniles o tribus urbanas, con lo que se aluden a realidades confluyentes aunque no equivalentes. De hecho, es imprescindible tener en cuenta la diversidad entre unos y otros jóvenes, diferencias que vienen atravesadas por la estructura social. Torregrosa (1.972) observa que las subculturas no se distribuyen por igual por las clases sociales. Por su parte, Gil Calvo y Menéndez (1.985, p.257) afirman que las desigualdades sociales se reflejan en las divisiones y desigualdades de la cultura de ocio juvenil.

Algunos de estos estilos juveniles adquieren una notoriedad social muy importante, normalmente por los problemas que acarrean o por sus conductas 'desordenadas'. Lo

significativo de estos grupos es que son vistos, y así se analizan sus actuaciones, como la vanguardia de la juventud, que expresa de manera extrema lo que la juventud tiene que decir (Widdicombe y Wooffitt, 1.993, p.21).

El discurso de la subcultura juvenil acentúa sobremanera la diferencia entre jóvenes y adultos, siendo ésta una de sus principales fallas. Al incidir tanto sobre la distinción se hace difícil explicar sus condiciones de aparición y modificación. A pesar de que se reconoce que se trata de variaciones de la cultura dominante, son escasos los estudios que relacionan una determinada subcultura juvenil con los valores o significados del entorno donde se expresa. Y al enfatizar la distinción respecto de los adultos se tiende a homogeneizar el interior, pensar a la subcultura juvenil como mucho menos diferenciado de lo que parece cuando uno se acerca a la cuestión.

- *La transición a la vida adulta.*

Una definición muy común de la juventud es aquella que la presenta como una transición entre niñez y vida adulta. Es un tiempo de espera en el que el joven progresivamente va adquiriendo las responsabilidades adultas: productiva, conyugal, doméstica y parental (Gil Calvo y Menéndez, 1.985, p.17). O también un proceso de emancipación que concluye cuando se cumplen estas condiciones: independencia económica, autoadministración de recursos, autonomía personal y hogar propio (Zárraga, 1.985, p.25). La segunda enumeración parece tener mayor precisión conceptual, pero la primera está más cerca de la experiencia vital de las personas que realizan una transición 'normal' en sentido estadístico: trabajo y familia biparental heterosexual.

Desde este punto de vista, el elemento más importante para que la transición conduzca

a buen puerto es la inserción sociolaboral, la obtención de un trabajo que provea de los recursos necesarios. De ahí, toda la investigación acerca de las trayectorias que siguen los jóvenes hasta acceder al mercado laboral. Encontramos sobre todo un énfasis en la diversidad de trayectorias, muy diferentes entre unos y otros jóvenes, y con ello en la precariedad de algunos itinerarios y la desigualdad que ello supone (Casal, Masjoan y Planas, 1.988). Es necesario conocer las estrategias y condiciones sociales que concurren en el paso a la edad adulta. Serrano (1.995b) incide sobre los distintos significados de la transición y el trabajo según la forma que toma la inserción sociolaboral. Agulló (1.996) enfatiza las consecuencias de la precariedad y el desempleo en la identidad. Galland (1.984) observa dos modelos bien diferenciados de entrada en la vida adulta, el de la instalación -instataneidad de los jóvenes de extracción obrera- y el de la postergación ("différément") de los jóvenes burgueses a la espera de que la formación y el tiempo les proporcionen una posición social acorde a sus expectativas.

Mientras que estos autores señalan, implícita o explícitamente, al sistema como responsable de la dificultad de la inserción laboral, Griffin (1.993) constata la aparición en el ámbito anglosajón de estudios que plantean la transición en términos de inadecuación de los jóvenes al mercado laboral, de forma que sobre quien hay que actuar es sobre aquellos que no tienen las condiciones de 'empleabilidad' necesarias para que logren su integración en la sociedad.

En este discurso el estatus juvenil se piensa como incompleto, pues al fin y al cabo el punto de mira se encuentra en el estatus adulto, con lo que lo que el joven no es se presenta como carencias. Allerbeck y Rosenmayr (1.977) hablan de los roles que pueden cumplir los jóvenes y aquellos que les están prohibidos. Torregrosa (1.972) de la ambivalencia del estatus juvenil, expresada en cuatro dualidades: dependencia-autonomía,

subordinación-tendencia igualitaria, transitoriedad-permanencia, idealismo-realismo. Zárraga (1.985) incide sobre el desequilibrio entre capacidad y competencia, entre madurez y cualificación. Este incompletud solamente puede ser superada con el ingreso de la persona en el mundo adulto, con lo que volvemos a la necesidad de la transición.

La presencia de este discurso en nuestra sociedad es innegable. La presión que supone el paro juvenil como problema juvenil es inedulible para cualquier joven. Los padres y educadores se preocupan, los propios jóvenes no saben por dónde salir. Y es que el trabajo no puede dejar de ser el elemento fundamental en la inserción plena de cualquier persona en la sociedad.

Quizá el mayor problema de este discurso y de estas líneas de investigación sea que se han centrado demasiado en lo que es una transición normal, la más habitual, lo que supone dejar fuera a algunos colectivos sociales. No se ha dado buena cuenta de la situación diferencial de las mujeres. Se prima la transición hacia una pareja heterosexual que formen un núcleo doméstico propio con su prole.

Además, con este discurso se pierde de vista lo que hay de específico en la juventud, pues la atención se coloca en lo que ha de ser el final de este momento. No sabemos el papel que juegan las subculturas juveniles en la transición, tampoco si la inserción laboral informa todo el período juvenil o si aparece en momentos clave cuando existe la posibilidad de un cambio de trayectoria. En definitiva, este discurso necesita ser complementado por otros que tengan que cuenta esos y otros aspectos.

- *Juventud subordinada y discriminada.*

La característica principal de este discurso es su énfasis en las relaciones de poder,

desiguales, entre jóvenes y adultos. Esto coloca a los primeros en una posición de sumisión y subordinación, si bien con la expectativa de unos beneficios futuros (González Blasco et al., 1.990, p.14). Según Sagrera (1.992), se trata de la discriminación del grupo dominante adulto para proteger sus privilegios frente a las nuevas generaciones, por lo cual se habrá de agravar en períodos donde comparativamente hay mayor número de jóvenes y menor número de adultos. En momentos como éste, más o menos nuestro presente, aumentan la progresiva marginación de la juventud (Cembrano, 1.986), cuando el grupo dominado pierde su capacidad de acceder a los bienes (González Blasco et al., 1.990, 14).

Por tanto, el constructo 'juventud' se convierte en un instrumento de dominación para los que los aceptan para sí y se enorgullecen al apropiárselo (Sagrera, 1.992, p.30). En efecto, la mitificación de lo juvenil conduce a los jóvenes a la aceptación gozosa de su estatus, con lo que la desigualdad de su situación queda en un segundo plano. La relación de exclusión tiene como un segundo componente importante el estereotipo negativo adulto sobre los jóvenes (Zamora, 1.993, p.31). Así, se sigue considerando a la juventud por sus carencias, por lo que pueden llegar a ser, lo que implica una situación de marginación (Cembrano, 1.986, p.169).

El discurso de la subordinación está en la base de algunas interpretaciones que se han realizado sobre las subculturas juveniles. Widdicombe y Wooffitt (1.995) hablan del modelo de la resistencia ritual ("resistance-through-ritual model", Hall y Jefferson, 1.975), según el cual los grupos subculturales proveen a los sujetos de materiales con los que enfrentarse, siquiera simbólicamente, a los problemas estructurales que sufren. Griffin (1.993, p.149) señala que estos análisis pasaron a pensar estas subculturas más bien como una defensa y un modo de supervivencia.

La mayor virtualidad de este discurso es el poner de relieve una situación que dista

mucho de ser igualitaria. Aunque lo que la hace especialmente ambigua es que se trata de una relación destinada a que desde ella misma se plantee su desaparición (Torregrosa, 1.972, p.50). Esto da lugar a un largo período de negociación más o menos violento en el que unos pedirán mayores cotas de autonomía y otros se resistirán a concederla.

Pero no sería justo no observar diferencias entre la situación de unos y otros jóvenes. Por un lado, las relaciones con los progenitores pueden acentuar o minimizar en lo posible la subordinación filial. Por otro, resulta difícil de tratar conjuntamente la marginalidad de los jóvenes de clase baja y la subordinación harto beneficiosa de los jóvenes de clase alta respecto de sus padres, con todas las posibles situaciones intermedias que puedan imaginarse. De este modo, si bien podemos decir que cada joven se encuentra en posición de inferioridad respecto a los adultos de su entorno, las consecuencias de esa inferioridad distan mucho de ser equivalentes, y eso es lo que verdaderamente interesa.

Por último, hemos de señalar que el discurso de la subordinación no está muy extendido en el medio social, pues no en vano se trata de un discurso potencialmente conflictivo y comprometedor. Antes bien, circula con mayor profusión el discurso de la disolución de las relaciones de poder entre padres e hijos, el discurso de la permisividad, aireado por algunas investigaciones que tienen la puerta abierta de los medios de comunicación. Y si bien es difícil cuestionar la evolución que han sufrido las relaciones paterno-filiales en muy poco tiempo, no parece adecuado afirmar la desaparición de la subordinación filial.

- *La búsqueda de la identidad.*

No cabe duda de que el principal impulsor de la relación entre juventud e identidad

ha sido Erik H. Erikson, para quien en este momento vital está en juego la adquisición de una identidad frente al peligro de quedar inmerso en la confusión de la misma. Para ello, la persona ha de integrar su pasado infantil y sus expectativas futuras durante dispone de un período de moratoria psicosocial, de libre experimentación de rol hasta que encuentre su propio lugar en la sociedad.

El pensamiento de Erikson se ha extendido enormemente y ha convertido el discurso de la búsqueda de la identidad juvenil en moneda corriente incluso fuera del ámbito académico. Se trata de un discurso más querido para la Psicología, pues es fácilmente integrable con la rama evolutiva de la disciplina, que convierte a la etapa juvenil en un momento más del desarrollo humano que le conduce a la plenitud adulta, lo que de algún modo naturaliza y biologiza el proceso. También es un discurso muy presente en la Psicología Social, donde la identidad y la identidad social específicamente, han sido objeto 'e estudio privilegiado[2].

De este modo, el discurso de la búsqueda de la identidad sitúa en la juventud la esidad de encontrar una identidad propia (Arranz, 1.982, p.17). Así, el período parecería :terizable como un momento en el que no se tiene una identidad. Lozano i Soler (1.994, piensa que el principal problema de la juventud actual es la identidad, lo cual es o conformadamente por los jóvenes. Y cuando se afirma la existencia de una l propia se piensa como precaria (Feixa i Pampols, 1.989, p.76). Como también son los procesos generadores de identidad, los cuales conducen al fundamentalismo y n como opciones dominantes en lo que concierne a la identidad (Lozano i Soler, . Por otro lado, muchas explicaciones académicas y extraacadémicas se apoyan rso a la hora de explicar diversos fenómenos juveniles, especialmente la

---

iemplo, el volumen editado por Breakwell, 1992.

adscripción a subculturas o estilos.

No cabe duda de que entre la niñez y la etapa adulta la persona experimenta un gran cambio en su identidad. Pero este discurso tiende a enfatizar la crisis de la identidad juvenil y sobrevalorar la estabilidad y falta de confusión entre los adultos, lo cual no tiene por qué ser necesariamente así, aunque difícil es saberlo con la escasez de estudios sobre adultos comparables a los que se realizan sobre los jóvenes.

Pero quizá fuera posible ofrecer un discurso alternativo -basado en parte en el análisis de nuestro material- sobre los cambios en la identidad. Cuando el niño se acerca al final de su período infantil, empieza ya a conocer lo que significa ser adolescente y joven, va accediendo a los materiales subculturales y a las pautas de actuación propias de ese momento vital. Poco a poco irá actuando como tal adolescente o joven y se le irá reconociendo su nueva identidad, la identidad de joven. La persona se instalará confortablemente en su identidad juvenil durante un tiempo importante, lo que significa posicionarse más o menos cerca de unos y otros estilos juveniles, de unos y otros jóvenes. La música, la imagen y las actitudes sociopolíticas marcan las diferencias claves a este respecto (ver apartado VI.2.).

A lo largo del período juvenil, la persona irá también conociendo lo que significa ser adulto, las posibilidades de ser adulto que le son más o menos atractivas y más o menos accesibles. En este tiempo, irá tomando decisiones, más o menos conscientemente, que tendrán repercusión importante para su instalación en el mundo adulto. Decisiones acerca de su formación, de su inserción laboral, de su futura vida doméstica independiente (familiar o no).

Con ello, el joven dejará de serlo más paulatina que radicalmente, aunque ciertos ritos y acontecimientos marcarán puntos de inflexión importantes. La persona acabará pues ocupando una posición social, un estatus sociolaboral, y así una identidad diferente que habrá

dejado atrás en muchos aspecto a lo que fue su identidad de joven, pero que en otros guardará similitudes. Pero aquí no acaba todo. La identidad personal seguirá sufriendo modificaciones y reelaboraciones a lo largo de la vida adulta, si bien de un modo distinto a lo que sucedió en el período juvenil.

Por supuesto, este no deja de ser otro discurso sobre la identidad durante la juventud, pero es un discurso que nos parece más conveniente y plausible según los materiales de que disponemos y según el análisis que de ellos realizamos en este trabajo doctoral. Una virtualidad de este nuestro discurso es que presenta a los jóvenes no como personas carentes de identidad, en crisis constante -en un período vital que puede durar ya más de diez años. Antes bien, los sitúa como individuos sujetos a una identidad suficientemente duradera como para ser tenida en cuenta independientemente de otras posibilidades de ser humanas.

- *La diversidad juvenil.*

El discurso de la diversidad juvenil tiene su rasgo principal en señalar la pluralidad e incluso contradicción entre los mundos juveniles (Arranz, 1.982, p.11), la diversidad de estilos y desigualdad económica (Gil Calvo, 1.985). La juventud es heterogénea desde el punto de vista de la clase social (Torregrosa, 1.972, p.27). La subcultura juvenil está polarizada según la clase social, entre el discurso burgués hegemónico y el obrero subordinado (Beltrán et al., 1.984, p.201). La diversidad también se manifiesta en cuanto a las trayectorias de integración en la vida adulta (Casal, Masjoan y Planas, 1.988; Agulló, 1.996; Serrano, 1.995b).

La diversidad es palpable en la pluralidad de estilos juveniles tan fácilmente reconocibles a primera vista, en el consumo de unos objetos u otros, en las actividades que

se prefieren, etc. De este modo, sería posible hablar de la juventud como de unidades generacionales diversamente estructuradas (Allerbeck y Rosenmayr, 1.977, p.27). A pesar de ello, para los autores que utilizan este discurso no supone ningún problema lanzarse inmediatamente a realizar afirmaciones genéricas aplicables a toda la juventud. Como dice Arranz (1.982, p.12), "existen rasgos mayoritarios y destacables en la heterogénea realidad juvenil".

Sin embargo, este discurso llevado a un extremo pone en entredicho la totalidad de los discursos que hemos visto hasta el momento. Gran cantidad de las afirmaciones que se realizan no tienen en cuenta la diversidad que se apunta en este discurso. Como máximo serían aplicables a un supuesta mayoría de jóvenes, pero no olvidemos que si queda fuera del ámbito de aplicación de un argumento un 49% de los mismos, no parece que tenga mucha utilidad para conocer el mundo juvenil. Por otro lado, tenemos las afirmaciones que se basan en una variación porcentual en un ítem de encuesta, y que se interpretan como un cambio sustancial. Por ejemplo, si un diez por ciento más de jóvenes señalan como valor fundamental la solidaridad, entonces se realiza toda una construcción acerca de la nueva solidaridad de los jóvenes. Otro rango de discursos parece dirigirse a un grupo de jóvenes que parece ser el más representativo. En este momento, este grupo hegemónico de jóvenes sería, como apuntaban Beltrán et al., la juventud burguesa de clase media, especialmente si es estudiante.

El discurso de la diversidad juvenil pone en cuestión desde el discurso de la mitificación juvenil -se mitifica solamente lo que corresponde a una parte de la juventud-, hasta el discurso de la búsqueda de la identidad -no todos los jóvenes experimentarán los problemas identitarios. Pero en especial este discurso deshace la posibilidad de hablar de la juventud como sujeto histórico y como agente de cambio social. Si solamente es una parte

de la juventud la que protagoniza movimientos sociales, entonces habríamos de preguntarnos acerca de la posición que ocupa ese grupo juvenil y cuáles son sus intereses. Por tanto, habría que identificar si son los jóvenes y qué jóvenes los que se encuentran en la vanguardia de la sociedad, en el vértice de la innovación.

1. ORGANIZANDO UN DISCURSO PROPIO.

Lo que vamos a intentar en las páginas que siguen es tratar de explicitar un discurso plausible sobre lo que es la juventud, toda la juventud, y el papel que ocupa en nuestra sociedad. Para ello, seleccionaremos los argumentos de cada uno de los discursos que hemos descrito, matizándolos, negándolos o dándoles la vuelta para acercarlos a nuestra posición[3]. Nadie inventa nada de cero, y esta no va a ser la excepción.

La juventud es ante todo una población dependiente, subordinada y limitada en sus posibilidades de actuación respecto de los adultos. Pero no de los adultos en general, sino de aquellos con los que interactúa habitualmente. Son estos adultos los que delimitan los márgenes dentro de los que se pueden mover los jóvenes y los beneficios -materiales y psicosociales- mayores o menores que se pueden esperar de tal subordinación. En principio, en la medida en que las expectativas de beneficio sean mayores, el joven aceptará de mejor grado la relación asimétrica de poder.

La dominación se manifiesta en una construcción cultural, un estereotipo negativo que

[3] Para aligerar el texto, y teniendo en cuenta que ya han sido citados previamente, evitaremos en estas páginas las referencias a autores concretos.

circula por el medio social y que describe a los jóvenes como irresponsables, hedonistas, conformistas, pero que en otros momentos históricos podría girar en torno a otros significantes, eso sí negativos. Esta construcción negativa se convierte en instrumento de control por parte de los adultos, pues los jóvenes que deseen integrarse en la sociedad deberán esforzarse en negarlo comportamentalmente, actuar de una manera que no pueda ser entendida en términos del estereotipo (ver apartado VI.1.). A esto se une, en flagrante contradicción, un discurso positivo sobre la juventud como el mejor momento de la vida y la alta valoración de todo lo joven. De esta forma, los jóvenes se adhieren con entusiasmo a su condición social, sin que dispongan del poder suficiente como para cambiar el discurso negativo que circula sobre ellos.

Es también necesario reseñar que esta construcción cultural acerca de los jóvenes está más cerca de unos que de otros. Cuando se habla de juventud en general se tiende a referirse más a los estudiantes que a los trabajadores, más a los chicos que a las chicas, más a la clase media que a la baja. Se trata, pues, de un discurso normativo que dice lo que es normal y lo que no lo es dentro de los jóvenes.

Pero se trata de una relación de dependencia que ha de aligerarse y minimizarse inevitablemente según la persona va accediendo a la vida adulta. Un proceso difícil, con mayor o menor grado de violencia[4], en el que se negocian los derechos que se le han reconocer al joven y los deberes que se le pueden exigir, que cada vez han de ser mayores en ambos casos para acabar por convertirse en un actor social pleno.

Para salir de la dependencia es necesario acceder al estatus de adulto, lo que implica normalmente adquirir una independencia económica, normativa y de administración de

[4] Violencia en el sentido desarrollado por Fernández Villanueva et al. (en prensa), como estado de cosas que para su mantenimiento o modificación necesita de amenaza explícitas o implícitas.

recursos, así como la formación de un núcleo doméstico propio. Pero buena parte de la población no alcanza estas condiciones. Muchas mujeres pasan de depender de un padre a depender de un marido. Muchos jóvenes deben a sus padres el empleo que tienen, lo que se traducirá en una relación de dependencia al menos parcial. Otros más no consiguen un trabajo suficiente como para mantenerse y ya han sobrepasado los límites convencionales que marcan su pertenencia a la juventud. En cualquier caso, no pueden ya ser considerados como jóvenes, y sin embargo, no han alcanzado plenamente el estatus adulto. Por tanto, debemos tener en cuenta la multitud de trayectorias hacia la vida adulta.

Esto nos pone sobre la pista de que la juventud tiene en la *edad* un elemento importante. No se trata de que sea algo meramente biológico; es sin duda alguna una construcción cultural, si bien basada en un factor biológico como es la edad. Como toda identidad, el joven ha de ser reconocido en su condición por las personas con la interactúa. Y eso implica en primer lugar una apariencia física, un cuerpo y una cara jóvenes. En nuestra sociedad, además, diversos documentos dan fe de nuestra edad, es también una de las primeras cosas que uno investiga cuando conoce a otra persona. El número de años vividos nos sitúa a cada individuo en una edad concreta, definida. Cuerpo y D.N.I. son, pues, los dos elementos 'biológicos' que conceden o niegan la identidad de joven, por supuesto según las convenciones sociales reinantes en cada momento histórico.

Los jóvenes tienen unos significantes y significados identitarios específicos[5]. Por un lado, están construidos como grupo categorial y sobre ellos circulan múltiples discursos que tematizan los cuestiones sobre las que tiene sentido reclamar una identidad de joven. Estos materiales son los que delimitan las posibilidades de ser joven, mediante la negación o afirmación de cada uno de estos discursos, y constituyen el marco genérico de la subcultura

[5] Para conocer el modelo de identidad que manejamos, ver capítulo III.

juvenil.

El joven, para serlo verdaderamente, habrá de situarse en relación a otros jóvenes, y así encontrar su identidad específica dentro del ámbito acotado de lo que significa ser joven en nuestra sociedad. Especialmente habrá de situarse respecto a los jóvenes más cercanos a él o ella, su grupo de interacción, los amigos y los conocidos, pero también de las imágenes juveniles que recibe de los medios de comunicación social. La identidad de joven no será algo estático e inamovible, como tampoco caótico y sin sentido. La persona irá añadiendo nuevos significados, abandonando otros, adscribiéndose a ciertos significantes, etc. Cuando se acerque el momento en que la persona nunca más será reconocida como joven, irá sustituyendo muchos significantes y significados identitarios por otros propios de adultos. Pero siempre quedará algo de lo que fue cuando joven, una marca que permita establecer una continuidad entre lo que fue y lo que es.

Las subculturas juveniles proveen a los jóvenes de gran cantidad de materiales con lo que identificarse y construir su identidad. Por subculturas juveniles entendemos una serie de significados y modos de expresión comunes que cristalizan en los diferentes estilos juveniles. Los estilos juveniles, tal como los hemos caracterizado (ver apartado VI.2.), comprenderían un estilo musical concreto, una imagen y atuendo reconocible y una serie de actitudes sociopolíticas. Existen estilos juveniles más y menos conocidos, más y menos seguidos por los distintos jóvenes, mejor y peor definidos. Pero en cualquier caso, son susceptibles de ser utilizados por los jóvenes para construir su identidad. En algunos casos, la adscripción al estilo es total, al menos durante un cierto tiempo. Pero en la mayoría cada joven se reconoce sólo parcialmente con el estilo, con alguno de sus componentes significativos: la música, parte del atuendo, alguna determinada actitud. Esta adscripción parcial permite a la persona conservar su espeficidad identitaria, es una creación personal y

no una mera copia de un estilo de moda.

En principio, cada estilo juvenil y subcultura particular ha de ser fruto de un medio social determinado, posible por la existencia de una situación similar en un espectro juvenil concreto. Sin embargo, hay que tener en cuenta la difusión de materiales culturales e identitarios entre unos y otros grupos de jóvenes, influencias múltiples que tienen como marco posibilitador aquellos espacios que comparten jóvenes de distinta procedencia, así como los medios de comunicación que difunden selectivamente algunos estilos juveniles, normalmente los más problemáticos, sea cual sea la razón. Por ello es realmente complicado establecer una procedencia social clara de cada uno de los estilos juveniles, sin menoscabo de que futuras investigaciones puedan dar una respuesta satisfactoria.

La subcultura juvenil no se encuentra en oposición a la cultura de la sociedad en su asunto. Podríamos decir que acentúa algunos aspectos, minimiza otros. Tampoco es una construcción total, sino que limita su grado de determinación a los aspectos que son relevantes para los diferentes discursos juveniles. En definitiva, se trata de una subcultura equiparable a las otras muchas variaciones de la cultura dominante limitadas en su extensión a determinados ámbitos sociales. La particularidad de la subcultura juvenil es su extrema variedad de significados derivada de la muy diferente posición de unos y otros jóvenes, pero que a pesar de ello han de enfrentar parecida construcción social acerca de lo que significa ser joven.

La juventud como conjunto no innova. Innovan los creadores, jóvenes o no, que por su posición social están en disposición de hacerlo y sin escapar nunca del marco social en el que se mueven. Pero la juventud sí tiene un papel claro respecto al cambio social. Los jóvenes, como recién llegados a la vida social, reciben lo que de nuevo se está produciendo en la sociedad de una manera rotunda. Recogen el momento presente como lo único

existente, sin las cargas y sin la experiencia que proporciona el pasado. De este modo, la juventud está más cerca de la novedad, de la innovación. Se adhieren con fuerza a las corrientes del presente, si bien en la forma en que lo perciben desde su posición social concreta. Por ello la relación de cada grupo de jóvenes con el cambio social será específica y diferente. Pero podemos afirmar que los jóvenes son los que están más cerca del cambio dentro de cada ámbito social y que por ello lo condensan y facilitan gracias a su condición particular.

Con tal caracterización de la juventud ha debido quedar patente que no podemos pensar a la juventud ni como agente de cambio como tal ni como sujeto histórico. Solamente ciertos grupos de jóvenes tomarán un protagonismo importante cuando tengan una serie de intereses comunes por lo que luchar y consigan organizarse en torno a unos objetivos concretos, sean éstos los que sean. Por tanto, esto probablemente pueda ocurrir desde los espacios en los que participan juntos ciertos tipos de jóvenes, como son el ámbito educativo y el de ocio.

II. EL YO Y LA IDENTIDAD EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL.

Dado el carácter eminentemente empírico de este trabajo doctoral, la revisión teórica crítica que vamos a acometer en este capítulo no pretende ser exhaustiva, sino simplemente recoger y reseñar las teorías de la identidad en Psicología Social que han sido y son más relevantes para el desarrollo de este área, con especial énfasis en los marcos más cercanos al propio de esta tesis.

De las corrientes de las que nos hacemos eco, pues, unas ocupan un lugar importante en la historia de la Psicología Social y han tenido una concepción influyente sobre desarrollos posteriores (Psicoanálisis y Conductismo); otras han desarrollado modelos sobre la identidad y el yo que informan la mayor parte de la labor investigadora sobre el particular (Psicología Social cognitiva). Finalmente, las últimas corrientes de las que nos vamos a interesar ocupan quizá un lugar más marginal respecto a la disciplina en su conjunto, si bien se trata de marcos que gozan de la más alta consideración desde la perspectiva propia a esta investigación. Se trata del Interaccionismo Simbólico y de las corrientes alternativas que podríamos denominar sociodiscursivas.

En todas ellas, hemos intentado glosar las características más generales de cada corriente, normalmente a través de sus autores más representativos e interesantes según los criterios de este trabajo, para posteriormente centrarnos en las teorías del yo y la identidad

propias a cada una. De esta forma, resulta posible dilucidar las aportaciones que consideramos más interesantes y justificar las razones de este interés, así como criticar lo que consideramos debilidades de cada uno de estos marcos teóricos, ya sea a nivel epistemológico, teórico o metodológico.

Esta tarea nos dejará en una situación óptima para emprender una propuesta teórica propia sobre la identidad personal, fundamentada especialmente en planteamientos interaccionistas (Mead, Goffman) y sociodiscursivos (Harré, Shotter, Potter y Parker), y que será el objetivo del siguiente capítulo.

1. IDENTIDAD Y PSICOANÁLISIS.

Una revisión exhaustiva de la literatura científica en los últimos años muestra a las claras la escasa presencia de la teoría psicoanalítica como tal en la investigación sobre identidad en Psicología social. Sin embargo, su impacto en la disciplina ha sido importante, si bien a través de la influencia que las ideas seminales de los grandes autores del Psicoanálisis han ejercido en líneas teóricas y de investigación más o menos alejadas del trabajo de Freud y sus seguidores.

En este capítulo, nos vamos a ocupar brevemente de la obra de Freud, como cabeza principal de este paradigma, para seguidamente centrarnos en la teoría de la identidad del yo de Erikson y por último bosquejar las ideas de Lacan sobre el lenguaje desde una perspectiva psicoanalítica evolucionada desde su maestro.

1. 1. SIGMUND FREUD.

Si bien Freud no trató directamente en su obra el tema de la identidad, existen unos cuantos aspectos de la misma que son relevantes para la presente tesis. Se trata, en primer lugar, del aparato psíquico, constituido por ello, yo y super-yo, y las relaciones entre ellos; en segundo lugar, de la teoría de las pulsiones; y en tercer lugar, de la identificación, que juega un importante papel en la teoría psicoanalítica.

El maestro austriaco considera tres instancias dentro de la estructura de la personalidad de los individuos. El ello representa lo que de innato y heredado hay en la persona. Esta herencia filogenética se traduce en una serie de pulsiones que necesitan ser satisfechas. Una parte de este ello se ha transformado en una segunda instancia, el yo, al estar en contacto permanente con la realidad. El yo será el encargado de mediar entre las demandas del mundo y las del ello, ya que tanto unas como otras podrían destruirlo (Freud, 1.940, p. 169). La tercera instancia, el super-yo, aparece en un momento posterior tras la superación del complejo de Edipo. El super-yo es el resultado de las primeras identificaciones del sujeto, con el modelo paterno fundamentalmente, y se constituye en el sustituto interno de tal modelo, por tanto en el representante de la moral en el aparato psíquico.

La teoría freudiana da una importancia radical a la diferenciación entre fenómenos psíquicos conscientes e inconscientes. El ello estaría básicamente formado por contenidos inconscientes, reprimidos por el yo, que no los deja pasar pues supondrían un peligro para éste. El resto del ello se incorpora al yo a través del estado preconsciente, desde donde se accede fácilmente a la consciencia, estado por el que los contenidos fluyen incesantemente

y donde permanecen poco tiempo. Lo que es rechazado por el yo es lo reprimido, ya sea proviniente del interior (pulsiones) o del exterior (recuerdos potencialmente dañinos para el yo). El super-yo, a pesar de estar constituido a partir de identificaciones exteriores, es también en buena medida inconsciente.

Esto último permite que el super-yo y el ello entren en contacto en el interior de cada individuo. Esto es así por la propia configuración del super-yo a partir del complejo de Edipo. Freud piensa este proceso como algo característico de la especie y, por tanto, universal. Las identificaciones que configuran el complejo de Edipo están, de alguna manera, filogenéticamente determinadas, si bien se actualizan en cada persona que se enfrenta a él, en función de las características de los protagonistas del complejo. Así, se establece una conexión entre naturaleza y cultura, entre el ello, heredero filogenético de la especie, y el super-yo, heredero cultural. El individuo accede a la cultura a través de la identificación con el modelo paterno, que incluye los contenidos culturales de la sociedad, pero es el ello el que induce estas identificaciones, como una especie de tendencia innata a la socialidad.

Los instintos, según Freud, son unas fuerzas, una energía que proviene del interior del sujeto, del ello, y que tienen la misma significación que las percepciones para el yo, en el sentido de que son los estímulos que le mueven[1]. Él diferencia entre las pulsiones sexuales (Eros) y las pulsiones de conservación, que más tarde llamó de destrucción o muerte (Tánatos). Las primeras provienen del ello y las segundas del yo. La energía que constituye estas pulsiones se puede desplazar de unos objetos a otros, incluido uno mismo, pero también se puede desplazar de unas pulsiones a otras, en una transacción constante entre ambas tendencias. Freud parece pensar que esta energía proviene de las pulsiones sexuales. La

[1] "Los instintos son un estímulo para lo psíquico", Freud, 1.930, p.133. En este sentido, quizá la traducción más adecuada de la palabra alemana "Trieb", empleada por Freud, sería pulsión, y no instinto.

libido, el nombre otorgado a esta energía, se rige por el principio del placer y se desplaza y fija a objetos para facilitar las descargas pulsionales. La mediación del yo transforma estas cargas de objeto en identificación, desexualizando la libido, lo que le lleva a trabajar para las pulsiones contrarias, las de destrucción (Freud, 1.923, pp. 37-38).

La identificación no es solamente pertinente por el interés de este trabajo, sino que ocupa un lugar clave en la teoría psicoanalítica, ya que se encuentra en la base del complejo de Edipo, de la dinámica pulsional y de las relaciones entre las instancias psíquicas. Los procesos identificativos aspiran a "conformar al propio yo análogamente al otro tomado como modelo" (Freud, 1.921, p.2585). La primera identificación se produce con respecto al padre, y es anterior a las cargas de objeto de la libido. Es, además, la más importante, ya que se produce cuando aún el yo es débil, y es la heredera del complejo de Edipo. Posteriormente, la identificación se produce por la transformación de estas cargas de objeto en una modificación del yo, lo cual permite controlar mejor al ello, pues la carga afectiva del objeto revierte en el propio yo, es decir, supone la génesis del narcisismo. De hecho, según Freud, el yo está constituido en gran parte por identificaciones sustitutivas de cargas abandonadas del ello.

Esto nos lleva a considerar el carácter eminentemente social que tiene la identidad en Freud, y esto a pesar de las numerosas críticas de instintivismo que ha recibido su teoría. Sin embargo, el yo queda configurado tanto por las pulsiones del ello como por las identificaciones del yo, es decir, tanto por el pasado genético -el ello- como por el pasado cultural -el super-yo- y el presente interaccional -la realidad-. En definitiva, lo que propone Freud es una articulación de estos elementos tan importantes en cualquier teoría de la identidad en Psicología Social.

No obstante, la metodología propia a este paradigma conlleva una excesiva

centralización en el sujeto individual y sus procesos internos, lo que redunda en una comprensión incompleta de las relaciones del individuo con su entorno. De hecho, la caracterización que realiza Freud en su concepción de la realidad es siempre vaga, sin que se pueda saber con precisión si se trata de la realidad física, de la realidad interactiva o de ambas.

La obra freudiana está en el origen de buena cantidad de modelos de raíz conductista (como el de frustración-agresión, la teoría de los impulsos de Dollard y Miller, etc.). Por otro lado, su individualismo se ha convertido en supuesto epistemológico clave para teorías posteriores, tanto para las mencionadas teorías conductistas como especialmente para toda la psicología cognitiva, que toma como variable independiente las características del individuo para explicar comportamientos, actitudes, etc.

Sin embargo, una de las aportaciones más importantes de Freud y que ha tenido mayor influencia posterior, se ha desarrollado en el marco de las relaciones interpersonales: la importancia de la familia y de las relaciones entre sus miembros de cara al desarrollo y formación del niño. Las experiencias infantiles son fundamentales en la configuración de una serie de pautas, comportamientos, etc., que perduran en gran medida hasta la vida adulta. La teoría de Freud ha dado lugar a una gran cantidad de teorías del desarrollo, si bien partiendo de supuestos diversos, que han desarrollado enormemente el campo de la psicología del desarrollo. Por otro lado, el análisis de las pautas de crianza, en una línea inspirada por Freud y basada parcialmente en su obra, ha dado lugar a teorías que han relacionado éstas con la personalidad, dando pues un contenido social y/o cultural a la personalidad, lo cual ya estaba de alguna manera presente en la teoría freudiana.

- *Sociedad y personalidad.*

Nos vamos a referir en este momento a los estudios sobre la personalidad autoritaria y a la corriente antropológica de cultura y personalidad, que han desarrollado esta relación entre las pautas de crianza culturales y la personalidad de los sujetos pertenecientes a tal cultura.

Los estudios sobre autoritarismo realizados por la Escuela de Franckfurt participaron de concepciones tanto marxistas como psicoanalíticas y condujeron al estudio de la personalidad autoritaria que tiene como mayor exponente la obra de Adorno et al. (1.950). En ella, los autores analizan las relaciones entre la personalidad de los hijos y la relación de éstos con sus padres, especialmente con el padre, para lo que utilizan buena cantidad de conceptos psicoanalíticos. La personalidad autoritaria se establece debido a padres que utilizan métodos de disciplina severos que hacen depender su amor y aprobación de la obediencia incuestionada del hijo (Deutsch y Krauss, 1.965, p.151). El autoritarismo se explica como un complejo de Edipo mal resuelto, que refleja defensas contra la expresión de la hostilidad a la autoridad, tales como la proyección de los impulsos inaceptables a grupos externos o la identificación con la autoridad frustradora.

La comparación trascultural característica de la Antropología ha llevado en muchas ocasiones a la búsqueda de universales biológicos sobre los que cada cultura establecería sus costumbres e instituciones propias. Este hecho atrajo la atención de la disciplina hacia la teoría instintivista de Freud. El psicoanálisis llegó al ámbito de la Antropología de la mano de la corriente de "cultura y personalidad", con Abram Kardiner a la cabeza. Para Kardiner, según sean resueltas las necesidades e impulsos básicos humanos, se producirán experiencias específicas de frustración y gratificación que, junto con la realidad ambiental y las

instituciones que gobiernan las relaciones humanas, que desembocarán en cada cultura una estructura básica de personalidad (Kardiner, 1.945, p.136). Son las instituciones socializadoras primarias (la familia) quienes modelan dicha personalidad básica, la cual influirá en la constitución del resto de las instituciones sociales y culturales.

Son muchas las críticas que se han realizado a estas obras de las que sólo señalaré aquellas más relevantes a nuestro trabajo. Respecto a la personalidad autoritaria, no parece que se pueda establecer tal relación entre un estilo de comportamiento (el autoritarismo) y una serie de actitudes, ya que este estilo podría estar asociado a otras actitudes en otros grupos sociales o momentos históricos. Este extremo parece confirmarse con resultados obtenidos a partir de este modelo, según los cuales obtienen puntuaciones más altas en autoritarismo las personas de clase baja, con menos educación.

Respecto al trabajo de la escuela de "cultura y personalidad", no se puede asegurar que las actitudes formadas en la infancia continúen en la vida adulta, ya que, entre otras cosas, la posición del sujeto cambia. Por otro lado, la teoría de Kardiner mantiene un cierto biologismo al depender de experiencias de frustración y gratificación de impulsos. Además, su teoría es unidireccional, de la personalidad básica hacia las instituciones secundarias, al no explicitar la dirección contraria. Finalmente, la determinación de estas instituciones secundarias por la personalidad básica supone una coherencia excesiva o al menos no necesaria entre los diversos ámbitos sociales.

Ambos intentos de relacionar sociedad y personalidad han producido resultados muy interesantes y han tenido gran influencia posterior. Sin embargo, no parece que el concepto de personalidad sea el más adecuado para establecer relaciones entre individuo y sociedad. El uso que se ha hecho de este concepto, tanto en psicoanálisis como en la psicología cognitiva (ver más adelante) conlleva normalmente un sesgo en favor de la explicación

individualizante de los fenómenos, del que no quedan exentas las teorías recién comentadas, en las que una personalidad consolidada se convierte en factor explicativo ya sea de una serie de comportamientos autoritarios o de las instituciones sociales secundarias, y esto a pesar de la explícita raíz social de tal personalidad.

1. 2. ERIK H. ERIKSON.

Quien sí dedicó gran parte de su carrera al estudio de la identidad dentro de la corriente psicoanalítica fue Erik H. Erikson, quien dejando a un lado los presupuestos más biologistas de su maestro, estableció una teoría de la identidad psicosocial muy interesante.

El propio Erikson es totalmente consciente de la imposibilidad de la técnica psicoanalítica para "comprender la identidad porque no ha elaborado términos para conceptualizar el ambiente" (Erikson, 1.968, p.20). Al ser el psicoanálisis una técnica introspectiva, no resulta útil para el análisis de la acción planeada en el mundo externo, y su refinamiento debe ser complementado "con el estudio del funcionamiento psicosocial" (íd., 1.972, p.65).

En efecto, la identidad según Erikson es psicosocial. Psicológicamente, la identidad es parcialmente consciente (un sentido de continuidad e igualdad personal) y parcialmente inconsciente ("una cualidad del vivir-no-consciente-de-sí-mismo"), es conflictiva, con su propio período evolutivo y se refiere tanto al pasado como al futuro. Socialmente, la identidad depende de modelos parentales y comunitarios para su establecimiento y mantenimiento, con los que deberá guardar una cierta coherencia (ibíd., pp.11-12).

Así pues, nos encontramos con una teoría psicoanalítica que ha evolucionado desde los planteamientos de Freud, abandonando su concepción instintivista por un énfasis en el yo, al sostener que éste, como parte importante del aparato perceptual-cognitivo-motor no es un producto de la interacción de los impulsos con la realidad, sino que tiene orígenes y funciones autónomos (Deutsch y Krauss, 1.965, p.123).

Erikson establece de esta manera una psicología del yo, base de su teoría de la identidad. El yo es el responsable para él de la síntesis que el individuo realiza a partir de todas sus identificaciones, tanto infantiles como adultas. Y si la identidad personal "es la percepción de la propia mismidad y continuidad de la propia existencia en el tiempo y en el espacio, "la identidad del yo, en su aspecto subjetivo, es la conciencia del hecho de que hay una mismidad y una continuidad en los métodos de síntesis del yo, o sea que existe un estilo de la propia individualidad" (Erikson, 1.968, p.42). Esta caracterización nos hace pensar en todo el desarrollo de la psicología cognitiva que ya se encontraba bastante formada cuando Erikson escribió estas líneas. Un interés primordial de este paradigma ha sido y es la caracterización de los individuos por medio de sus características propias, su estilo individual. Erikson no puede escapar de estos presupuestos epistemológicos heredados, si bien reconoce en muchos momentos de su obra el importante papel desarrollado por la organización social y la comunidad a la hora de la delineación de esas mismas características personales.

Curiosamente, cuando Erikson señala la procedencia social de la identidad, los conceptos y el propio lenguaje que utiliza son deudores de manera significativa de los planteamientos del interaccionismo primigenio, fundamentalmente Mead y James. Según él, la formación de la identidad requiere un proceso en el que "el individuo se juzga a sí mismo a la luz de lo que percibe como la manera en que los otros lo juzgan a él comparándolo con

ellos y en los términos de una tipología significativa para estos últimos" (ibíd, p.19). Esta cita algo enrevesada parecería sacada de la propia teoría de la intersubjetividad meadiana. No sólo eso, Erikson afirma también que la síntesis del yo y la organización social se complementan, ya que debe haber una continuidad entre el propio estilo y el significado para los otros significantes de la comunidad inmediata. Reconoce igualmente la importancia del contexto sociohistórico cuando afirma que cada época histórica "ofrece sólo un número limitado de modelos socialmente significativos para que realice combinaciones practicables de fragmentos de identificación que sean viables", que deben satisfacer tanto "las necesidades del estado de maduración del organismo, el estilo de síntesis del yo y las exigencias de la cultura" (ibíd., p.45).

Erikson llega incluso a distinguir también en algún momento (ibíd., p.173) entre la identidad del yo y la identidad del sí mismo, otorgando a la primera el poder sintetizador del yo y a la segunda la integración de las imágenes del sí mismo y del rol del individuo, concepción nuevamente deudora del pensamiento meadiano.

Un aspecto muy importante de la teoría de Erikson sobre la identidad es su configuración como un modelo evolutivo basado en el principio epigenético. En primer lugar reelabora las tres etapas del desarrollo infantil señaladas por Freud (oral, anal y genital) con un contenido plenamente diferenciado. En segundo lugar extiende el desarrollo humano a toda la vida de la persona, a través de una serie de etapas (cinco infantiles y tres adultas), cada una caracterizada por una crisis concreta que ha de superarse con éxito para conseguir un desarrollo satisfactorio de la persona sin déficit alguno. Es este plan fundamental del que surgen las diversas partes hasta formar un todo que funciona (Munné, 1.989, p.94) lo que Erikson llama principio epigenético. La función del yo en este proceso es la integración de los aspectos psicosexuales y psicosociales y los elementos de identidad, lo cual se realiza a

través de síntesis sucesivas, en una configuración evolutiva de la identidad, donde tanto los éxitos como los fracasos de las etapas anteriores tienen consecuencias futuras.

La etapa principal, donde emerge todo lo vivido en las etapas anteriores y donde está en juego la adquisición de la identidad frente a quedar inmerso en una confusión de la misma es la adolescencia. El adolescente, con una sexualidad recién eclosionada, ha de conseguir integrar en una cantidad cada vez menor de imágenes los fragmentos de todas las identificaciones infantiles y las expectativas para el futuro, para lo que se valdrá de mecanismos de condensación (cognitivos) y de los prototipos históricos existentes. Sin embargo, le será difícil efectuar esa síntesis y encontrar una identidad, que supone nada menos que su inserción social activa. Dispone a tal efecto de lo que el autor llama una moratoria psicosocial, un momento para la libre experimentación del rol que permita encontrar el propio lugar en la sociedad, un lugar no diseñado para él, pero al que se adapte perfectamente (Erikson, 1.968, p.127).

De esta manera queda configurado un modelo de desarrollo que ha sido, a la vez que apreciado e influyente, ampliamente criticado y por varias razones. En primer lugar, no parece que sea una teoría generalizable tanto a hombres como a mujeres, ya que dado su énfasis en el rol ocupacional, Erikson no ofrece a la mujer otro papel que no sea el de madre, educadora de sus hijos. Por otro lado, este énfasis en el rol ocupacional parece excesivo, ya que si bien ha sido y es muy importante a la hora del establecimiento de una identidad personal, no parece que pueda convertirse en ese contenido clave tal como Erikson propugna. El autor deja de lado otras identidades que pueden ser para muchas personas más importantes que la derivada de su actividad laboral. Y esto sin tener en cuenta las consecuencias derivadas del proceso tecnológico que está incidiendo en la necesidad personal de variar de puesto laboral o de profesión, y por tanto, de identidad ocupacional en cada vez

más ocasiones (ver Gergen, 1.991).

En segundo lugar, tampoco parece que el modelo pueda ser aplicable a otros contextos culturales, ya que los logros que se alcanzan en cada etapa del desarrollo pueden tener sentido en este nuestro contexto occidental, pero no en otros. Por ejemplo, ¿por qué la autonomía ha de ser un valor a conseguir? En otras culturas será probablemente más valorada como medida de madurez la "socionomía", esto es, el seguimiento de las normas sociales, lo cual en Occidente se denominaría heteronomía y es visto como poco deseable en muchas teorías psicológicas. La propia oposición que define cada etapa podría no tener sentido en otros contextos: ¿por qué la iniciativa se opone a la culpa o la intimidad al aislamiento?, la iniciativa podría oponerse a la vergüenza o a la duda y la intimidad a la multiplicidad de relaciones, por señalar solamente alguna posibilidad.

De hecho se da el caso paradójico de que en estudios empíricos derivados de la teoría de Erikson aparezca que determinadas minorías alcanzan mucho más tarde el sentido de identidad o que experimenten sentimientos de falta de autodefinición (Ochse y Plug, 1.986), extremo que es más verosímilmente explicable si tenemos en cuenta que los diferentes ámbitos sociales en los que se mueven estos grupos dan lugar a otro tipo de configuraciones identitarias.

Respecto a la moratoria psicosocial, y tal como señalan Slugoski y Ginsburg (1.989, p.37), Erikson no toma en cuenta las condiciones objetivas en las que se encuentra la mayoría de la población juvenil y que impiden la "libre experimentación de rol", ya que las constricciones a las que se ve sometida impiden incluso la existencia de muchas alternativas entre las que elegir y así no podrá aparecer ningún problema de identidad al ser la respuesta suficientemente evidente para el individuo. Y es que normalmente son las condiciones sociales las que delimitan, y en gran medida incluso antes de la adolescencia, las

posibilidades identificatorias que se ofrecen a la persona.

Más importantes aun son las críticas derivadas de no llevar hasta sus últimas consecuencias los planteamientos sociales, interaccionistas, respecto a la identidad. El logro de una identidad queda finalmente caracterizado como un logro individual, llevado a cabo por los procesos intrapsíquicos en que consiste el poder integrador del yo, y por lo tanto es el individuo quien tiene el control del proceso (Slugoski y Ginsburg, 1.989, p.38). Erikson no especifica las instancias sociales que intervendrían ni el papel concreto que jugarían en la formación de la identidad, se limita simplemente a señalar cómo la organización social sirve de marco en el que poder buscar la identidad concreta de cada cual, por lo que, por omisión, se trata de una teoría que parte del individuo y no de la sociedad, como sería más acorde con una concepción interaccionista, a la que Erikson parece acercarse en algunos momentos.

Una de las críticas más veces recriminada al modelo de Erikson es sin duda su carácter moral, pues su teoría delimita cuál es el camino adecuado para adquirir una identidad apropiada, incluyendo una serie de etapas con su crisis característica. La no superación de alguna una de estas crisis supone un déficit, tanto psicológico como moral. Psicológico desde el momento en que cualquier déficit disminuye la fuerza del yo, que se traduce en menor bienestar personal, mayor dependencia de defensas, en definitiva, un peor ajuste psicológico. Moral en la medida en que se utiliza una gran cantidad de términos con connotaciones valorativas para describir cada uno de los estadios y los peligros a los que se enfrenta el individuo en cada momento. La propia disyuntiva de cada etapa marca ya su carácter moral. Por ejemplo, en la primera etapa la crisis está entre conseguir una confianza básica o quedar en el déficit que supone la desconfianza básica. En la segunda, autonomía (rasgo positivo) frente a vergüenza y duda (déficit), etc.

Por último, no parece acertada la concepción eriksoniana de la identidad como algo que se consigue, que se tiene o se está confundido si no se tiene una identidad adecuada. El énfasis en la integración de las identificaciones anteriores y las expectativas futuras en un todo coherente no se adecua a muchas experiencias individuales que muestran identificaciones potencialmente conflictivas entre sí, pero que no producen ningún problema a la persona. De hecho, en muchas ocasiones solamente si un otro percibe una incoherencia o incompatibilidad y se lo comunica a la persona, tendrá ésta que hacer frente a ese conflicto potencial de alguna de las maneras posibles (ver Billig, 1.987, p.159).

Es además una concepción con poco poder explicativo respecto a los cambios posibles en la identidad, que no serían más que probables síntomas de inmadurez. La teoría tampoco contempla la posibilidad de una crisis de identidad posterior al momento de adquisición de la misma en la adolescencia, lo cual sería visto como una regresión evolutiva. Pero la identidad no es algo que se tenga de una vez, sino que es algo en contínuo cuestionamiento, que se construye con retazos diversos que dependen de las relaciones y de los ámbitos sociales en los que se desenvuelve la persona. No hay, por tanto, ninguna identidad final que haya que alcanzar y que sea síntoma de madurez.

- *El modelo de Marcia: tipología de la identidad del yo.*

La mayor parte de los trabajos basados en el modelo evolutivo de la identidad de Erikson se han centrado en el estudio de la adolescencia y la juventud, no en vano es un momento clave para el propio autor, aunque tampoco conviene olvidar que gran cantidad de estudios en Psicología Social utilizan como sujetos de investigación a estudiantes, es decir, jóvenes sobre quien someter a prueba las ideas de este autor y que lógicamente son

adecuados para estudiar la etapa de la adquisición del sentido de la identidad.

Los presupuestos de Erikson hacían a su teoría adaptable a la epistemología cognitiva, y ha sido dentro de este paradigma que se han realizado la mayoría de las investigaciones derivadas del modelo de identidad eriksoniano.

Uno de los desarrollos más importantes a partir de esta teoría ha sido el propuesto por Marcia (1.966), que ya en tan temprana fecha concibió una tipología derivada de la etapa adolescente y la crisis de la identidad, y que comparte con el modelo de Erikson tanto sus fortalezas como sus debilidades. Basándose fundamentalmente en dos variables, crisis y compromiso, aplicadas a la elección ocupacional y a la ideología, diferenció a través de entrevistas semiestructuradas entre cuatro tipos de jóvenes según su posición respecto a estas dos variables:

- Identidad lograda, jóvenes con la crisis superada y comprometidos con ideología y ocupación.
- Moratoria, en plena crisis, con un compromiso vago.
- Identidad difusa, habiendo o no experimentado crisis, carecen de compromiso.
- Identidad apropiada (adueñada), sin haber pasado por crisis, están comprometidos, convirtiéndose en lo que otros (los padres) querían que fueran.

Los dos primeros tipos son considerados como altos en identidad del yo, mientras que los dos últimos son bajos en identidad del yo.

A partir de la configuración de esta tipología, se comenzó a relacionarla con otras variables dentro del mismo paradigma cognitivo. Así, se apreció que los sujetos con alta identidad del yo tienden a dar mejores resultados en una serie de dimensiones cognitivas y de personalidad, coherentemente con las ideas de Erikson, para quien los individuos cercanos a adquirir el sentido de identidad o con él ya adquirido, tienen mayor fuerza en el yo que los

individuos con resoluciones de la identidad menos maduras[2]. Sin embargo, cuando se aplicó el esquema a mujeres las hipótesis no se cumplieron de la misma manera. Las mujeres con identidad apropiada puntuaban más alto en medidas de ajuste psicológico que aquellas incluidas en la categoría de moratoria. Lo cual nos devuelve a la crítica antes realizada sobre el propio modelo de Erikson.

Esta tipología, como la de Erikson, no sólo establece diferentes clases de personas, sino que también predice los tránsitos posibles y los imposibles entre las categorías. Así, sería posible pasar de identidad difusa a moratoria o a identidad lograda, pero no sería posible una regresión de ésta a identidad apropiada o a identidad difusa, ya que se trata de un modelo evolutivo, por tanto, ascendente. Sin embargo, esto es lo que se extrajo de una investigación realizada por Marcia (1.976, apud Slugoski y Ginsburg, 1.989, p.46), en la que más de un 40 por ciento de los sujetos que habían sido clasificados como de identidad lograda en un primer estudio seis años antes habían "retrocedido" a la categoría de identidad apropiada.

A este respecto, Slugoski y Ginsburg realizan en su obra citada una interpretación discursiva de la teoría de Erikson y el modelo de Marcia, según la cual el discurso característico de la identidad lograda sería el discurso normativo, ideal, que expresa los valores sociales y culturales compartidos y que sirve para construir acciones, logros y fracasos en este contexto sociocultural. De esta manera, los cambios en el discurso de la identidad podrían ser considerados como expresión de los cambios en el contexto justificatorio. Por ejemplo, la exigencia normativa de experimentar (y narrar) un período de

---

[2] Como ejemplo de desarrollos de este tipo, es interesante la relación establecida entre las memorias personales y la tipología de Marcia, ya sea estableciendo diferencias en la cantidad de memorias recordadas (Neimeyer y Rareshide, 1.991), o en los temas evolutivos que se mencionan en las mismas (Orlofsky y Frank, 1.986), según cada tipo de individuo.

crisis en la universidad desaparecerá y los acontecimientos se reorganizarán de otra manera en una narración que dé más importancia a otros aspectos, probablemente normativos también en la situación actual de la persona.

En resumen, partiendo del psicoanálisis ortodoxo, Erikson agregó elementos cercanos al interaccionismo meadiano, de los que no extrajo las consecuencias necesarias para enriquecer su teoría con nuevos matices, y quedó en un punto intermedio que ha sido útil para algunas teorías de corto alcance características del enfoque cognitivo. A pesar de las críticas realizadas a su teoría, la obra de Erikson seguirá siendo una fuente importante de la que extraer ideas interesantes que merecerán tenerse en cuenta.

1. 3. JACQUES LACAN.

La razón fundamental de la inclusión en esta revisión teórica de Jacques Lacan es la importancia que otorga al lenguaje en su teoría. Sin embargo, dada la complejidad de la misma y su escasa centralidad para el presente trabajo, me limitaré a señalar de las ideas lacanianas aquellas más relevantes desde esta perspectiva, sin pretender realizar una revisión crítica completa.

No por conocida y repetida deja de tener gran importancia la famosa fórmula lacaniana: "el inconsciente es el discurso del Otro" (Lacan, 1.966, p.10). En ella se condensa una de las ideas más innovadoras en el campo del psicoanálisis que aportó el autor francés, ya que supone introducir lo social, el Otro, en el interior de la persona, en una línea que se

acerca a la filosofía contemporánea[3]. Además, las leyes del inconsciente y las del lenguaje son las mismas, es decir, el inconsciente está estructurado como un lenguaje.

Esto supone dar un vuelco a la concepción del inconsciente que venía de Freud, según la cual todos los contenidos mentales son en principio inconscientes, y por tanto, provienen del interior del individuo. Lacan afirma que lo más interior a la persona tiene una raíz social, y que la persona sólo aparece como sujeto a través de una relación con el orden simbólico, el orden del lenguaje y la sociedad, que es también el orden del inconsciente de Freud (Turkle, 1.979, p.253).

El paso a lo simbólico desde lo imaginario, que junto con lo real constituyen los tres registros de la realidad para Lacan, se produce al finalizar el estadio del espejo a partir de las identificaciones primarias realizadas en la etapa imaginaria, si bien estas identificaciones con gente e imágenes se producen de un modo directo y fusional que da lugar a un ego alienado, ya que el yo se pierde en el otro (Turkle, 1.979, p.58; Samuels, 1.993, p.139).

Dado que el psicoanálisis tiene una metodología basada en el lenguaje, su técnica podía ser considerada, como hace Lacan, como un análisis del discurso del paciente, a través del cual poder ayudarlo: "Es siempre pues en la relación del yo del sujeto con el yo [je] de su discurso donde debéis comprender el sentido del discurso para desenajenar al sujeto" (Lacan, 1.966, p.292). Es por ello que Lacan plantea la intervención en el discurso del paciente, sacando lo que no se puede decir para hacer emerger un mayor sentido, o un sentido nuevo de aquello que se dice.

Esta concepción de lo social, alienante a la vez que constitutiva del sujeto, nos remite

---

[3] Si bien son dos autores incomparables y no se pretende afirmar la influencia de una corriente en otra, puede apreciarse alguna semejanza respecto a la concepción de lo social en Ortega como algo que acompaña al hombre aun en su huida porque lo lleva dentro, en forma de su lengua materna ("El hombre y la gente", 1.957, p.254).

al pensamiento de su maestro Freud, quien, como hemos visto, desarrola una concepción similar. La singularidad de Lacan es su concepción del lenguaje como la instancia que introduce la sociedad y la cultura en el sujeto. La fuerza del lenguaje se comprende cuando se aprecia que Lacan introduce en lo más interior del individuo, en el inconsciente, una parte de este lenguaje, de la misma manera que Freud introducía el super-yo en ese mismo inconsciente.

2. EL ENFOQUE CONDUCTISTA.

Tras una época de claro predominio del paradigma conductista tanto en Psicología como en Psicología Social, las teorías conductistas se fueron mostrando insuficientes para la explicación del comportamiento humano. Hasta tal punto esto es así que en la actualidad este marco teórico y conceptual ha casi desaparecido como tal de la Psicología Social, si bien ha ejercido cierta influencia sobre el nuevo paradima dominante, la Psicología Social cognitiva.

Respecto a nuestro interés en este trabajo, los supuestos básicos del paradigma conductista excluyen de su consideración, en principio, toda referencia a conceptos no observables como los que nos ocupan aquí. En efecto, la identidad, el yo, la personalidad son constructos mentales y como tal habían de quedar fuera de esta reacción extrema frente al "mentalismo secular en psicología" (Munné, 1.989, p.110) que supone el conductismo. El conductismo aparece en Psicología como una teoría caracterizada por su determinismo social y su visión mecanicista del ser humano, de la mano de los experimentos de Watson. Sin embargo, este "conductismo radical" (Bandura, 1.977, p.24) comenzó pronto a tomar en

cuenta factores cognitivos y motivacionales que permitieran su acceso a la Psicología Social del momento.

Este marco teórico concede una importancia fundamental al aprendizaje como configurador de la conducta humana. De hecho, uno de sus elementos claves es el modelo de aprendizaje propuesto. Es un modelo que necesita de los impulsos como activadores del comportamiento en respuesta a los estímulos ambientales, el cual será reforzado positiva o negativamente por ese mismo ambiente, lo que derivará en un reforzamiento o en un debilitamiento de la conducta, respectivamente. Este esquema básico no ha sido abandonado en lo fundamental por los desarrollos posteriores, lo que da idea de su importancia. Además, en él se aprecian tanto las virtualidades como los defectos de este enfoque.

En efecto, las teorías conductistas otorgan un papel preponderante al medio social como determinante de la conducta de los sujetos, dejando al sujeto en un lugar pasivo como mero organismo responsivo ante los estímulos ambientales. Sin embargo, no deja de adolecer de cierto individualismo al explicar la conducta a partir del individuo, sin conceptualizar de ningún modo el medio social. El esquema del aprendizaje es también mecanicista al pretender con él explicar el conjunto de la conducta humana, lo que supone una visión extremadamente simplista de la interacción social. El énfasis en el estudio exclusivo de los fenómenos observables tendría como consecuencia la utilización predominante de la metodología experimental (positivista), despreciando, por ejemplo, los autoinformes, y con ellos el lenguaje.

Según este esquema la personalidad sería un proceso de aprendizaje de hábitos, o conexiones entre señal y respuesta, reductoras de impulsos, los cuales se convierten en característicos del individuo. En cuanto al yo ("self"), en un trabajo que recoge el pensamiento skinneriano sobre el tema, Day (1.977) afirma que la persona no es un agente,

sino un punto al que llegan multitud de condiciones ambientales y genéticas. Así, la consistencia de la identidad de una persona depende de la propia consistencia de las contingencias de refuerzo del entorno. Solamente en la medida en que haya sido expuesto en el pasado a repertorios que hayan tenido éxito en la disminución de la estimulación aversiva podrá el individuo contestar una determinada posición propia en el mundo (ibíd., p.243). De esta manera, para solucionar cualquier problema de inadecuación (autodecepción) no hay que actuar sobre el individuo sino sobre el ambiente. Consecuentemente, para Day cualquier intento de autodesarrollo está relacionado, no con la búsqueda de sí mismo, sino con la búsqueda de un grupo que permita al individuo la participación en contingencias de refuerzo positivas derivadas de la necesidad biológica de afiliación (ibíd., p.247).

A pesar de su evidente radicalidad, este planteamiento recoge un aspecto clave de la identidad individual que no es otro que su ineludible raíz social. Sin embargo, en esquemas de este tipo no hay sitio para la actuación del individuo sobre sí mismo, a la que estamos acostumbrados incluso en la propia terapia conductista. En efecto, como señala Secord (1.977), si pensamos que el individuo puede autoreforzarse y cambiar sus contingencias de refuerzo, esto nos lleva a pensarle como capaz de autocontrol, y por tanto le vemos como un agente, extremo manifiestamente contradictorio con el marco conductista.

Por ello, el conductismo ha incluido casi desde su entrada en la Psicología Social una serie de variables intermedias entre estímulo y respuesta (el famoso esquema E-O-R), lo que destruía la inevitabilidad y mecanicidad de la relación. En esta "O" se incluyen fundamentalmente aspectos cognitivos, lo que fue acercando los enfoques conductistas a la Psicología cognitiva. Vamos a dedicar una especial atención en este momento a dos de los autores más representativos de esta reorientación de las ideas conductistas hacia el sociocognitivismo, como son Albert Bandura y Walter Mischel.

2. 1. ALBERT BANDURA.

La teoría del aprendizaje social (o teoría cognitiva social, como prefiere denominarla en su última gran obra: Bandura, 1.987) de Bandura integra dentro de un marco conductista elementos que no le eran, en principio, propios, pero que hacen de ella un modelo complejo que extrae todas las potencialidades de este marco, si bien renunciando o matizando algunos de los supuestos primeros del conductismo social.

Como teórico del aprendizaje, Bandura se preocupa de la adquisición de las conductas que forman el repertorio comportamental de cada individuo. Para él, esto se produce en términos de una interacción recíproca entre los determinantes personales y los ambientales. Es lo que en otro momento (Bandura, 1.977, p.239; íd., 1.986, p.44) llama el determinismo recíproco entre ambiente, conducta y persona: la persona juega un papel activo en el ambiente a través de su conducta, del mismo modo que el ambiente influye sobre la conducta del sujeto y sobre sus propias características personales. Este enfoque, en el que se aprecia ya la distancia respecto a las primeras obras del conductismo, descansa sobre las cinco capacidades humanas diferentes que considera Bandura (1.986): vicaria, autorreguladora, autorreflexiva, previsora y simbólica.

Bandura otorga un papel fundamental al aprendizaje a través de modelos, ya que posibilita el aprendizaje de gran cantidad de comportamientos a los que no se podría tener acceso de forma directa, así como la capacidad de adquirir las reglas necesarias para regular la conducta (ibíd., p.40). La gran virtualidad de su concepción del modelado es que, al contrario que otras anteriores, separa el aprendizaje de la ejecución, lo que exige

implícitamente la participación activa del sujeto, pues es él quien decide el momento de reproducir tal modelo, si bien a partir del contexto de ejecución de la conducta observada, lo que a su vez introduce una serie de variables mediadoras (cognitivas). Las conductas nuevas se explican como producto de la diversidad de modelos existentes, ya que "los observadores combinan diversos aspectos, tomados de varios modelos, constituyendo amalgamas nuevas que difieren de sus fuentes originales" (íd., 1.977, p.66).

Las ideas expuestas por Bandura acaban reposando en buena medida en esas variables mediacionales, como, por ejemplo, qué modelos serán imitados, en qué medida y cuándo serán imitados, a cuáles se prestará atención, etc. Son los procesos autorreguladores del individuo y sus características personales las que condicionan tales selecciones. En efecto, el sujeto es capaz de autoobservación y de autoevaluación, lo que le permite autorreforzar su conducta según su adecuación a unos criterios personales. Estos criterios personales, internos, son más efectivos que las sanciones y demandas externas y de hecho las sustituyen en el proceso de socialización del individuo.

Es preciso añadir en este momento que Bandura reconoce el papel de los demás en el establecimiento de esos criterios de evaluación. Las personas aprender a evaluar su conducta según cómo reaccionan los miembros por ella valorados de su grupo. Sin embargo, este aspecto de su teoría (el cual se acerca en cierta medida al interaccionismo) no es integrado verdaderamente en su teoría, lo que la da el ya mencionado cariz cognitivo.

Finalmente, los procesos simbólicos (nuevamente presente el interaccionismo) son también tenidos en cuenta, si bien insuficientemente, por este autor, para quien la realidad es representada en forma simbólica (verbal o icónica), y estas representaciones sirven de guía de la conducta futura al estar la acción intencional basada en ellas. Los símbolos son fundamentales en el aprendizaje, ya que son los que hacen posible el modelado. Además, los

símbolos permiten cambiar el contexto de refuerzo, así como resolver problemas y prever las consecuencias posibles de diversas acciones. Son los que, en definitiva, posibilitan el pensamiento reflexivo.

A pesar de la diversidad de conceptos manejados con gran soltura por Bandura, la suya continúa siendo una teoría conductista, con los problemas que resultan de una teoría basada, de un modo u otro, en el concepto de refuerzo. En efecto, cuando habla de los refuerzos provinientes del ambiente o de los cambios producidos en él por el sujeto, no queda claro en qué consiste tal ambiente. El ambiente social, quien refuerza en todo caso, son las personas en interacción, desde el lugar que ocupa cada una en la misma. Podríamos decir, en definitiva, que si bien Bandura ha sabido integrar en su obra las aportaciones de la Psicología Social cognitiva, no ha ocurrido lo mismo con el Interaccionismo Simbólico, lo que, a nuestro parecer, deja importantes lagunas en su teoría.

2. 2. WALTER MISCHEL.

Walter Mischel, que llegó a colaborar con Bandura, ha seguido una trayectoria en parte similar a éste, que le ha conducido desde el conductismo social hacia el sociocognitivismo, si bien el principal interés de Mischel ha estado y sigue estando en desarrollar una teoría de la personalidad, la cual ha ido progresivamente perdiendo el referente conductista para centrarse cada vez más en los aspectos cognitivos de la personalidad. Incluso su teoría cambia consecuentemente de título: de teoría del aprendizaje sociocognitivo ("cognitive social learning theory", 1.973) a teoría sociocognitiva de la

personalidad ("cognitive social theory of personality", 1.993).

En su primer libro (1.968), Mischel aborda una crítica feroz a las teorías de la personalidad que se basan en rasgos o estados estables que ejercen efectos sobre la conducta, ya que no han conseguido suficiente evidencia empírica para confirmar su valor. Para él, no se puede afirmar la existencia de esos rasgos o disposiciones estables, pues no sirven para predecir la conducta, la cual depende más bien de la interacción entre las situaciones concretas y la historia de aprendizaje y reforzamiento del individuo en situaciones similares. Por ello, para poder explicar la conducta es necesario estudiar las relaciones entre los cambios ambientales y los cambios de conducta (1.968, p.176), así como las experiencias pasadas directas y vicarias del individuo (id., p.204).

Tras las enormes críticas recibidas por la mencionada obra, Mischel, en un artículo fundacional (Mischel, 1.973), pues todavía en la actualidad sirve de referencia de su pensamiento, introduce las variables personales, responsables de las transformaciones cognitivas de los estímulos, en las que distingue cinco clases: a) aptitudes sociales y cognoscitivas; b) estrategias de codificación y constructos personales para categorizar situaciones y a sí mismo; c) expectativas (conducta-resultado y estímulo-resultado) sobre la situación particular; d) valores subjetivos de los estímulos; e) sistemas y planes autorregulatorios para organizar secuencias complejas de conducta (Mischel, 1.971, p.322).

Mischel apunta en este trabajo la necesidad de estudiar el comportamiento individual tal como interactúa con las condiciones particulares de las situaciones, lo que le ha llevado posteriormente, en colaboración con diversos colegas, a intentar establecer las regularidades comportamentales intraindividuales en situaciones concretas (Shoda, Mischel y Wright, 1.994), ya que piensa que existe estabilidad en la variación de la conducta de cada individuo a través de las diferentes situaciones. Esta estabilidad se mantendrá en la medida en que haya

estabilidad en las variables personales al ser activadas en la situación concreta. Vemos, pues, cómo las variables cognitivas se convierten en explicativas de las regularidades de la conducta sin que se indague en ningún momento el origen de tales variables, perdiéndose pues prácticamente todo referente a la teoría conductista.

Otro interés relacionado del autor que nos ocupa ha sido lo que él llama la psicología intuitiva de los rasgos, y que en otros lugares se denomina las concepciones comunes de la personalidad (Semin y Krahe, 1.987; Wojciszke et al., 1.993), es decir, la manera en que la gente común conceptualiza la personalidad y su relación con la conducta. En su obra de 1.968, Mischel pensaba que el observador solía simplificar sus percepciones de las conductas propias y de las de otros, a partir de las que se abstraían unos rasgos globales de la personalidad del individuo. Estos rasgos, una vez establecidos, eran difíciles de deshacer, pues se retienen a pesar de evidencias contradictorias. Además, esto facilitaba la sensación de continuidad y consistencia (Mischel y Mischel, 1.977, p.50) en uno mismo que necesita la persona[4]. En definitiva, Mischel venía a afirmar que las personas tenían una concepción de la personalidad similar a la teoría de los rasgos que él tanto criticaba.

Sin embargo, el propio autor ha consagrado muchos de sus últimos trabajos (Wright y Mischel, 1.988; Shoda, Mischel y Wright, 1.994, por ejemplo) a intentar demostrar que los individuos funcionan con una teoría de la personalidad sociocognitiva, coincidente con la suya propia, según la cual las personas son capaces de observar las pautas estables de variación del comportamiento en distintas situaciones para así poder discernir las disposiciones apropiadamente. Así, los individuos serían capaces de relacionar a ciertas personas con

[4] Es interesante señalar aquí que Mischel iguala el "self", el yo y el "ego", que son para él sinónimos de la persona como entidad total, lo que evita los riesgos de explicaciones basadas en tales constructos mentales que se convierten en agentes generadores de conducta (Mischel y Mischel, 1.977, p.50).

ciertos tipos estables de respuesta ante estímulos concretos.

Así pues, la teoría de la personalidad de Mischel supone una aportación interesante que nos aleja del simplismo de las teorías de rasgos sin renunciar a las estabilidades conductuales. El giro sociocognitivo de su obra queda patente en sus trabajos más recientes que le alejan enormemente del paradigma conductista de procedencia. Esto, que puede pensarse como positivo en algunos aspectos al permitir hacer frente a las deficiencias propias del conductismo social, está conduciendo al autor hacia un mentalismo que no difiere en exceso del que fue criticado por él y que olvida totalmente las condiciones sociales. Así mismo, está derivando hacia un mayor individualismo, del cual quizá nunca estuvo libre la teoría conductista.

3. LA PSICOLOGÍA SOCIAL COGNITIVA.

La Psicología Social cognitiva se ha convertido en las últimas décadas en la corriente hegemónica en la disciplina. Las teorías que hacían referencia a los procesos cognitivos se encontraban en un segundo plano durante el auge conductista. Sin embargo, el conductismo que penetró en la Psicología Social fue siempre mediacional, es decir, establecía unos procesos intermedios entre estímulo y respuesta, procesos que podríamos considerar cognitivos desde el momento presente. Las limitaciones que pronto mostró el enfoque conductista para la explicación de ciertos comportamientos humanos hizo que teóricos tan importantes como Bandura y Mischel se acercaran con el paso del tiempo a las explicaciones cognitivas (ver más arriba).

Incluso otras corrientes psicosociales, como el interaccionismo simbólico (ver más adelante), recogen igualmente aspectos cognitivos en su quehacer científico. Pero lo que caracteriza al enfoque que nos ocupa es la centralidad que concede a estos procesos cognitivos en la explicación del comportamiento social e individual.

Desde el punto de vista de la identidad, no es éste un tema de investigación privilegiado por las teorías cognitivas en absoluto. Los aspectos más relacionados, como veremos más adelante, son aquellos que hacen referencia al estudio del yo ('self').

3. 1. ANTECEDENTES.

La mayoría de los textos, desde dentro y desde fuera del sociocognitivismo, recogen como principal antecedente de la Psicología Social cognitiva a la escuela de la Gestalt, a través de toda una generación de científicos, en su mayoría europeos, formados en esa tradición y que desarrollaron su trabajo en los Estados Unidos. En efecto, la huella de esta corriente se deja ver en numerosos aspectos de la Psicología Social cognitiva. En primer lugar, en el énfasis en la actividad constructiva del ser humano, que conduce a valorar especialmente la experiencia subjetiva del individuo, los procesos cognitivos internos mediante los que interpreta la realidad. En segundo lugar, la importancia otorgada a la experiencia cotidiana del hombre, lo que redundó en nuevos temas de investigación, así como en un interés especial por los procesos cognitivos de los individuos concretos. En el plano metodológico, el fuerte experimentalismo característico de esta tradición facilitó su integración en la Psicología Social positivista.

Fueron varios los autores que recogieron e impulsaron esta tradición gestaltiana dentro de la Psicología Social[5]. Quizá el más social de todos ellos sea Solomon *Asch*, ya que es quien más énfasis sitúa en la interacción entre las personas como la base de todo proceso social. Sin embargo, sus investigaciones han seguido otros derroteros. Sus estudios sobre formación de impresiones potenciaron la idea de que la percepción depende de manera importante de factores subjetivos y está estructurada a partir de procesos cognitivos. Su influencia ha sido también importante a partir de su trabajo sobre el conformismo social, que derivaron, junto con los trabajos de Sherif, en una importante línea de investigación sobre la influencia social que ha marcado la disciplina y que ha llegado hasta el concepto de influencia minoritaria de Moscovici.

El caso de Fritz *Heider* es en cierta manera especial, ya que, no siendo uno de los autores más sobresalientes en su momento, el desarrollo del enfoque sociocognitivo ha supuesto una revitalización de su pensamiento, como predecesor de importantes desarrollos posteriores. La preponderancia que otorgó Heider a la "psicología ingenua", es decir, la concepción ordenada y coherente que de su medio tiene cada individuo, es un precedente claro del interés actual por el pensamiento cotidiano. Las explicaciones de sentido común que intentaba descifrar Heider le condujeron a formular una teoría de la atribución, una de las corrientes teóricas y empíricas más fuertes de la Psicología Social aún en la actualidad. Otra interés fundamental de este autor radicaba en la coherencia que habían de tener estas teorías de sentido común, lo que se tradujo en una teoría del equilibrio estructural, antecedente igualmente de los modelos sobre coherencia cognitiva (como la teoría de la disonancia cognitiva de Festinger).

---

[5] Esta revisión se basa en las obras de Deutsch y Krauss (1.965), Munné (1.989) e Ibáñez (1.990).

Kurt *Lewin* con su teoría del campo ha sido uno de los más influyentes maestros de la Psicología Social de este siglo. Sin embargo, su influencia se ha configurado más por su concepción general de la psicología y por sus líneas de investigación que por sus conceptos y teorías (Deutsch y Krauss, 1.965). Si bien su adscripción a la tradición gestaltiana es matizada por algunos debido al predominio que otorga en su teoría a la motivación por encima de la percepción, comparte con otros autores gestaltianos su énfasis en la realidad fenomenológica. En consonancia con esto, Lewin concede la mayor preponderancia a la situación tal como es vivida en el momento presente, prescindiendo de toda referencia a la génesis de la situación. Este es un aspecto que se conserva, de manera similar en sus consecuencias, en la Psicología Social cognitiva. El campo al que hace referencia Lewin es un sistema integrado por fuerzas psicológicas en tensión que generan un movimiento hacia las zonas de valencia positiva. Este concepto de equilibrio meta-estable inspiró fuertemente la teoría de Festinger, su discípulo, de la disonancia cognitiva (Ibañez, 1.990).

Por último, es ineludible hacer mención expresa de Leon *Festinger*, discípulo de Lewin y ya más alejado de los planteamientos gestaltianos, quien ha producido teorías muy influyentes en el devenir de la disciplina. En primer lugar, la teoría de la comparación social afirmaba que los individuos tienen la necesidad de evaluar correctamente sus opiniones y habilidades, para lo que se comparan con otros similares a ellos. Esta teoría ha dado lugar a desarrollos posteriores que han ampliado las motivaciones que conducen a la comparación y el rango de comparación afirmando que no siempre nos comparamos con personas similares y que no siempre la comparación es intencional (ver Taylor et al., 1.994). Los procesos de comparación social también tienen un papel importante en las teorías de la identidad social y relaciones intergrupales (Tajfel, 1.981). En segundo lugar, la teoría de la disonancia cognitiva comparte con el resto de teorías de la coherencia cognitiva la necesidad de

congruencia en las percepciones, opiniones o conocimientos de la persona. Se diferencia de ellas en el lugar que ocupan en ella las consecuencias de las decisiones, como fuente potencial de disonancia. De forma similar a la anterior, la teoría de la disonancia ha sido fuente de numerosísimas investigaciones, a pesar de las importantes críticas que sufrió. Esta preponderancia adquirida por el fenómeno de la disonancia ha llevado al interés cada vez mayor por los aspectos cognitivos, y por tanto, ha contribuido a la implantación hegemónica de la Psicología Social cognitiva. Pero el impacto del trabajo de Festinger ha ido más allá. Las teorías de alcance medio han ido adquiriendo una preponderancia cada vez mayor en la disciplina dejando en un segundo plano las reflexiones teóricas de mayor calado. De igual manera, el experimentalismo de su obra, por otro lado muy sugerente, parece haber impulsado aún más este tipo de metodología en la Psicología Social contemporánea.

3. 2. LA COGNICIÓN SOCIAL.

El camino desde la escuela de la Gestalt, en su absorción por la Psicología Social, hasta el enfoque sociocognitivo viene marcado por un creciente racionalismo, que se aprecia tanto en la metodología empleada como en el modelo de hombre propuesto. En efecto, el positivismo en general y el experimentalismo en particular se han adueñado de la disciplina, constituyéndose en la práctica en el método legitimado, casi en exclusiva, por la comunidad científica. Por otro lado, el modelo de ser humano que guía este enfoque teórico es el del hombre como procesador activo de información, lo que nos remite a la metáfora del ordenador subyacente en todas las ciencias cognitivas (Ibáñez, 1.990).

Este énfasis concedido al procesamiento de la información remite al interés gestaltiano por la experiencia subjetiva y la interpretación que los sujetos realizan de la realidad. En su desarrollo, la Psicología Social cognitiva se ha centrado en dos aspectos bien diferenciados: a) los procesos cognitivos, que incluyen la selección, organización e interpretación de la información procedente del exterior para llegar a conclusiones sobre el mundo social, es decir, tanto la percepción como las inferencias sociales; b) los esquemas cognitivos, "estructuras organizadas de cogniciones sobre algún concepto o estímulo que incluye conocimiento sobre las diversas cogniciones sobre él y algunos ejemplos específicos" (Taylor et al., 1.994, p.81), esto es, la memoria social, la manera en que los individuos almacenan la información sobre las personas y los acontecimientos sociales.

Según este enfoque, la percepción y las inferencias sociales (los procesos cognitivos) se realizan teniendo como base los esquemas que la persona tiene en la memoria, de igual modo que la nueva información que llega al sujeto redunda en la construcción de nuevos esquemas o la modificación de los existentes. De esta forma, se pretende acceder a la lógica del pensamiento ordinario como diferenciada de la lógica formal o racional. Sin embargo, el modelo de lógica racional-formal se constituye en el marco de referencia a partir del que decidir sobre la exactitud de esta lógica cotidiana. Así, buena parte de la investigación sobre procesos cognitivos se ha centrado en el análisis de los errores, sesgos y heurísticos -"atajos mentales" ('mental shortcuts') que falicitan el procesamiento de información-, tanto perceptivos como inferenciales, característicos de la cognición humana. Estos elementos surgen de contraponer una supuesta realidad objetiva de laboratorio, guiada por una racionalidad científica, con el comportamiento de los sujetos en los experimentos, pues en gran número de ocasiones su respuesta en ellos no se adecua a lo esperable según este modelo de lógica racional. Todo lo cual supone un cierto menosprecio de las capacidades

cognitivas humanas en favor de una racionalidad objetiva, que no estaba presente en el pensamiento de Heider. Esto es lo que Edwards y Potter (1.992) llaman el perceptualismo del cognitivismo, es decir, el hecho de que la función del aparato cognitivo humano es concebir el mundo de una manera correcta, tal como es.

En definitiva, la Psicología Social cognitiva configura al individuo como un ser motivado por la necesidad de desarrollar una concepción coherente de la realidad, pero que, debido a sus limitadas capacidades de procesamiento, ha de recurrir a una serie de "atajos mentales" que le ayuden a procesar rápida y eficientemente la información para dar lugar a impresiones e inferencias sociales, si bien como contrapartida producen sesgos y errores. Esta concepción es así predominante a pesar de que ya se hayan levantado voces que afirman (ver Taylor et al., 1.994) lo inapropiado que resulta juzgar los procesos de inferencia social con modelos racionales como base, ya que normalmente la información que llega al sujeto es incompleta e inexacta, aparte de que en la vida real es importante la eficiencia y la prontitud con que se han de establecer estas inferencias. Sin embargo, los modelos racionales siguen constituyendo, en la mayoría de los casos, la base para la comparación.

Una de las características más definitorias de este marco teórico es su disgregación conceptual y empírica. No existe una producción teórica profunda y desligada de la investigación. Además, estos estudios se centran en asuntos independientes unos de otros, lo que dificulta en cierta medida la articulación del conjunto en un todo coherente. Esta configuración conlleva una serie de limitaciones que pasamos a tratar.

La consecuencia más aparente de esta falta de integración teórica es la poca precisión conceptual. Esto se traduce, por un lado, en que uno de los conceptos claves del enfoque, el esquema cognitivo, haya sido objeto de muy diversas definiciones. Pero no sólo eso, sino que diversos investigadores han propuesto conceptos similares sin que quede muy claro cuál,

si existe, es la diferencia entre, por ejemplo, esquema, marco, formato, guión, prototipo, etc. Taylor et al. (1.994) distinguen entre esquemas de personas, de rol, de grupos (estereotipos) y de acontecimientos (guiones). Donde existe mayor complejidad conceptual es en relación con los esquemas de personas, por otra parte los que más nos interesan aquí. Como señala Sangrador (1.991), estos esquemas son difíciles de distinguir conceptualmente de los prototipos, así como de las llamadas teorías implícitas de la personalidad. Aunque los prototipos parezca mejor dedicarlos a los ejemplares representativos de una categoría, existen autores que los utilizan indistintamente. Respecto a las teorías implícitas de la personalidad, no queda claro si son esquemas como tales o si se encuentran a un nivel de abstracción mayor, algo así como esquemas de esquemas.

Un caso similar es el de las inferencias sociales. El sociocognitivismo recoge, por un lado, la tradición de las teorías de la atribución, como explicaciones causales que realizan los sujetos sobre los acontecimientos de la realidad. Por otro lado, se emplea el mencionado concepto de inferencia social, que incluye la selección de la información que se integrará en un juicio. Así, se añade un nuevo concepto, el de juicio social, que se configura como una especie de resultado del proceso de inferencia. Lo que resalta de esta cuestión es tanto la evidente relación entre inferencia y atribución, así como la ausencia de cualquier planteamiento integrador o que relacione ambos constructos en un mismo esquema.

El enfoque cognitivo adolece de un marcado psicologismo, que se hace patente en el escaso interés y preocupación por el contexto social en que se desarrollan los procesos cognitivos. Como señala Gergen (1.989c), el mundo social desaparece para convertirse en un artefacto de la cognición individual. Las investigaciones son meramente interindividuales, no toman en cuenta factores grupales o sociales de los individuos. Por otro lado, si bien existe un reconocimiento formal del origen social de tales procesos, condicionados por la

socialización y la influencia de los otros, en la práctica estos aspectos son obviados absolutamente. Las investigaciones se interesan básicamente por las diferencias entre individuos en relación con las variables en estudio, sin preguntarse por el origen social de tales diferencias. Por ello, existe la tendencia a biologizar o naturalizar las características de los individuos (ver Gergen, 1.989c), lo cual redunda en que se les responsabilice de las consecuencias negativas de sus cogniciones. Y así, es el individuo el que ha de cambiar, no la realidad.

Este último aspecto está en conexión con el desinterés por la dinámica y modificación de los procesos cognitivos (Sangrador, 1.991). En efecto, las teorías cognitivas no han tratado apenas las posibles circunstancias en las que los procesos y esquemas cognitivos podrían variar. Al proponer un modelo racional respecto al que comparar las cogniciones individuales, todo se limitaría a acercarse a esa lógica racional, que supone el mejor de los procesamientos de información posibles. La persona lo único que tiene que hacer es prestar más atención a los inputs informacionales y basarse menos en los esquemas previos, fuente de errores y sesgos.

Por otro lado, el modelo sociocognitivo deja de lado en buena medida los aspectos motivacionales[6]. Como consecuencia, queda imposibilitada toda explicación convincente de cómo pasar de los esquemas cognitivos a la acción, y por tanto cualquier alternativa de explicación del comportamiento social (Gergen, 1.989c), ya que no es posible saber cómo se conecta un contenido mental con un comportamiento sin que se proponga alguna instancia intermedia. Además, cualquier intento de incluir en la teorización cognitiva los aspectos motivacionales redunda en una complejización de este enfoque. En efecto, esta inclusión

[6] Isen y Hastorf (1.982) abogan por la integración de cognición, motivación y afecto, pero su propuesta es meramente teórica y no ha sido recogida como debiera por la corriente cognitiva en su actividad empírica.

supondría renunciar al supuesto de que los individuos buscan y necesitan de una adecuada percepción del mundo, para entenderles como sujetos que actúan y piensan con unos objetivos en mente. Por eso, las únicas motivaciones que se proponen en el caso de los esquemas del yo son cognitivas: motivación por tener un autoconcepto preciso, estable y positivo (ver más adelante).

Es muy posible que estas implicaciones de los modelos cognitivos sean debidas a ciertas características del método empleado en sus investigaciones. En efecto, la pretensión de que los resultados sean extrapolables, generalizables a toda la población, conlleva que los individuos que participan en los experimentos se elijan de manera aleatoria para que las conclusiones no puedan deberse a que la muestra de sujetos no es representativa. Tal pretensión impide incidir en la consideración del origen social de la cognición social, ya que los sujetos participan en la investigación bajo el supuesto de que son intercambiables. Por ello, resulta mucho más sencillo y congruente hablar de diferencias individuales, cuyo origen no se intenta aclarar en ningún momento.

Otra consecuencia de la metodología usual en este marco teórico es la ausencia de interacción social en las investigaciones (Sangrador, 1.991). Los individuos ejecutan algún tipo de conducta (normalmente verbal) en una situación de aislamiento sobre la que los investigadores infieren cuál sería el comportamiento en las situaciones relevantes a la actuación experimental. En definitiva, los estudios de cognición social se basan en el análisis del discurso de los sujetos, eso sí, un discurso extraordinariamente pautado según los requerimientos de la investigación y fuera de su contexto natural que es la interacción social.

Es sobre este discurso, el producto de las pruebas diseñadas por el equipo investigador, que los investigadores infieren los procesos cognitivos que ocurren en la mente de los sujetos. Este extremo, que del discurso se pueda acceder a las estructuras cognitivas

del sujeto, es expresamente criticado por Edwards y Potter (1.992). El discurso en la vida cotidiana no está orientado hacia la adquisición del conocimiento más exacto posible sobre la realidad, sino más bien hacia necesidades y objetivos prácticos, propios de la acción social: "La memoria no es un mero recordar, aislado y sereno, sino que está relacionada con acciones e intereses comunicativos" (ibíd., p.16).

Así pues, hemos caracterizado a la corriente cognitiva de la Psicología Social como una serie de teorías un tanto inconexas preocupadas especialmente por los procesos y esquemas cognitivos del ser humano planteados como procesamiento subjetivo de la información procedente del mundo exterior. Se trata de un enfoque marcado por un cierto psicologismo y perceptualismo, que olvida los aspectos sociales de la cognición al establecer una realidad objetiva sobre la que comparar las cogniciones humanas. Sin embargo, existen dentro del sociocognitivismo ciertos elementos que apuntan hacia una mayor presencia futura de tales contextos sociales en la investigación cognitiva. Por un lado, el propio concepto de esquema, como conocimiento estructurado sobre un objeto, no debería tardar mucho más tiempo en incluir el hecho de que tales esquemas son necesariamente compartidos en cierta medida por las personas pertenecientes a una misma cultura. Aun con más razón, los esquemas de situaciones sociales (guiones) son todavía más claramente conocimiento social compartido que hace posible la interacción entre las personas. El impulso que está tomando en los últimos años la Psicología cultural ha de redundar en una similar profundización en los elementos socioculturales que influyen en las cogniciones dentro de cada grupo cultural.

En definitiva, y como recoge Ibáñez (1.990), se trata de lograr el paso de la consideración de los aspectos subjetivos que intervienen en la representación de la realidad social a la consideración de la intersubjetividad, que permita recoger adecuadamente los aspectos sociales de la cognición.

3. 3. EL YO ('SELF') EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL COGNITIVA

El estudio del yo[7] es el aspecto de la Psicología Social cognitiva que más se acerca a nuestro interés en el presente trabajo. El sociocognitivismo rara vez trata el tema de la identidad como tal[8]. Sin embargo, dado su interés en los procesos subjetivos -perceptivos, cognitivos-, la investigación sobre la cognición personal que realizan había de incluir una conceptualización sobre el yo, que de hecho se ha convertido en una de las áreas estelares de la disciplina (Baumeister, 1.987). Pero como no podía ser de otra forma, este campo de estudio presenta las mismas características y deficiencias que la Psicología Social Cognitiva en general.

La concepción del yo que realizan es plenamente cognitiva: el yo coincide con el autoconcepto, la colección de creencias que tenemos sobre nosotros mismos (Taylor et al., 1.994). Este autoconcepto se compone de una serie de esquemas de sí mismo (conocimiento sobre el propio yo en general) que definen las dimensiones en las que pensamos sobre nosotros mismos. El autoconcepto posee un importante aspecto afectivo y evaluativo (la autoestima). Los procesos cognitivos del yo son reunidos bajo el nombre de autorregulación,

---

[7] En todo este apartado el 'self', que responde a toda una tradición de pensamiento anglosajón, ha sido traducido por el término 'yo', el equivalente más cercano en nuestra propia tradición. En los términos compuestos (self-...), bien se ha optado por el prefijo auto (autoestima, autoconcepto), bien se ha preferido en algún caso la perífrasis '... de sí mismo' (conocimiento de sí mismo), pues nos parece más acertado desde la perspectiva utilizada por el enfoque cognitivo.

[8] Cuando se emplea el concepto de identidad, se le iguala con el de autoconcepto, otorgando de esta manera un carácter igualmente cognitivo a la identidad (ver, por ejemplo, Scheier y Carver, 1.980).

que pretendidamente incluye las maneras en que las personas relacionamos nuestros esquemas con la acción concreta, así como los aspectos motivacionales que mueven a los sujetos hacia una acción determinada.

- *El conocimiento de sí mismo.*

Como en el resto del enfoque, la difusión conceptual está también presente en este apartado. La diferencia entre conocimiento de sí mismo, autoconcepto y esquemas de sí mismo (los conceptos más utilizados) no es nunca fijada con claridad, incluso se llegan a emplear a veces indistintamente. El autoconcepto es el constructo que goza de mayor tradición en Psicología Social, a pesar de lo cual la Psicología Social cognitiva prefiere sustituirlo por el de esquemas de sí mismo ('self-schemata'), pretendiendo así enfatizar el procesamiento activo de información que realiza el sujeto (Greenwald y Pratkanis, 1.984). Lo cual no impide que se defina el autoconcepto como una serie de esquemas de sí mismo que cada uno posee (Taylor et al., 1.994). El conocimiento de sí mismo, cuando se utiliza, aparece como un sinónimo del autoconcepto, como una especie de constructo que recoge la totalidad de los esquemas que uno almacena en su memoria. En cualquier caso, la definición que se realiza del yo, como vimos hace un momento, es plenamente cognitiva, al igualarlo con el autoconcepto o el conocimiento de sí mismo.

Un artículo fundamental en el desarrollo de la teoría de los esquemas del yo es el de Markus (1.977). Para ella, "los esquemas de sí mismo son generalizaciones cognitivas sobre el yo, derivadas de experiencia pasada, que organizan y guían el procesamiento de la información relativa a uno mismo contenida en las experiencias sociales del individuo" (ibíd., p.64). Aquí se aprecia ya cómo los esquemas de sí mismo se configuran de la misma manera

que el resto de los esquemas, con la única diferencia de que el objeto y el sujeto de la cognición coinciden. Este trabajo de Markus también iba a marcar la investigación subsiguiente en otro aspecto, a saber, la preocupación por las funciones que cumplen dichos esquemas, antes que por el contenido de los mismos. En efecto, el contenido de los esquemas de sí mismo se concibe como variable de unos a otros individuos (son específicos a la persona). Solamente interesa, pues, los procesos cognitivos generalizables a todos los sujetos y que demuestran, al menos eso se pretende, tanto su existencia como sus funciones.

Y es que aunque existe en términos generales una consideración teórica de los determinantes sociales de tales esquemas (ver Taylor et al., 1.994), en la investigación empírica desaparecen para ser sustituidos por el análisis de las diferencias individuales, siempre en términos de algún constructo cognitivo.

En concreto, el estudio de Markus se centró en la función de los esquemas como facilitadores del procesamiento de la información. Los sujetos del estudio decidían más rápidamente sobre si un adjetivo era autodescriptivo cuando tenían un esquema de sí mismo respecto a la dimensión estudiada (dependencia-independencia) y el adjetivo pertenecía al extremo de la dicotomía coincidente con su esquema. Así, los sujetos 'independientes' decidían más rápidamente que los 'dependientes' y los aesquemáticos sobre si un adjetivo 'independiente' era autodescriptivo.

Un aspecto singularmente importante es cómo se decide que los sujetos tienen o no un esquema sobre una dimensión determinada. En el trabajo de Markus, a los sujetos se les presenta una lista de adjetivos sobre los que tienen que puntuarse, según sean más o menos descriptivos de sí mismos. Los sujetos que puntuan alto los adjetivos 'independientes' son considerados ya 'independientes' para el resto del estudio. Como se puede apreciar, Markus, y como ella gran parte de los estudios subsiguientes, da un paso peligroso al pasar de lo que

podríamos llamar una identificación con una serie de adjetivos a suponer un esquema de la persona en esa dimensión. Si no se investiga el contenido concreto del esquema y cómo varía de unos individuos a otros (pues los esquemas son específicos a cada persona), no es posible saber a ciencia cierta si existe tal esquema. Cuando la variable independiente reposa sobre una base tan inestable, toda la construcción se derrumba inevitablemente.

Sin embargo, la teoría de los esquemas de sí mismo no es la única existente en este campo de investigación. Como recogen Greenwald y Pratkanis (1.984), el yo también ha sido considerado como una estructura categorial jerárquica (Rogers, 1.981), como una serie de prototipos (Kuiper, 1.981), como una red asociativa (Bower y Gilligan, 1.979) o como un espacio multidimensional (Breckler y Greenwald, 1.982)[9]. Esta situación dista de ser, para ambos autores, preocupante, ya que la investigación sobre el conocimiento de sí mismo se encuentra en un estadio inicial.

Como otras teorías psicosociales, la Psicología Social cognitiva -como se muestra en el propio concepto de esquema- concibe el yo como una entidad que se compone de una serie de características (rasgos, esquemas, prototipos, etc.) medibles y que pueden ser conocidas por el investigador con los medios adecuados. Además, este conocimiento que hemos de obtener del propio yo se encuentra en la esfera privada, ya que el yo público está sometido a las presiones de la autopresentación (ver más abajo), lo cual nos recuerda las ideas de la Psicología Humanista en este sentido. Así, la persona ha de luchar por lograr el conocimiento de sí mismo y por definir su propia identidad, ya que no son tan fácilmente accesibles como la realidad material (Hogan y Cheek, 1.983).

Sin embargo, en el caso del conocimiento de sí mismo existe una imposibilidad de

[9] Todas las citas de este párrafo son recogidas del citado trabajo de Greenwald y Pratkanis (1.984).

acceder a un conocimiento objetivo sobre el que comparar las autocogniciones individuales, que es la manera como hemos visto que se procede en otros campos de la investigación cognitiva. De esta manera, se pierde toda relación con la realidad. Es más importante lo que ocurre en la mente del individuo que las acciones y actividades del mundo externo, con lo cual se ha de actuar sobre la percepción subjetiva del mundo que mantienen los individuos, antes que sobre las propias circunstancias externas (Sampson, 1.981, apud Munné, 1.989). Así, por ejemplo, si una persona tiene autoestima baja, es necesario actuar sobre ella para elevar su autoestima, y no sobre las circunstancias sociales que hayan podido determinarla.

Por otro lado, también en el conocimiento de sí mismo cabría hablar de sesgos perceptivos, en la medida en que no se ajuste el conocimiento de un sujeto sobre sí mismo a las características 'reales' del yo (ver más adelante, en los procesos motivacionales del yo).

Ante la evidencia de que las respuestas de los individuos ante las escalas que miden el autoconcepto suelen variar -de hecho la propia manipulación de la investigación induce a veces tal variación-, se ha propuesto lo que se llama el 'autoconcepto de trabajo' ('working self-concept'; Markus y Kunda, 1.986), "una estructura temporal que consiste en elementos procedentes del conjunto de autoconcepciones, organizada en una configuración determinada por los acontecimientos sociales en curso" (ibíd., p.859). Es decir, el hecho de que las manifestaciones del autoconcepto varíen no pone en cuestión su existencia. Pero indirectamente sí cuestiona las conclusiones de muchos estudios que basan sus resultados en la medición de una variable independiente (esquema, rasgo, etc.). ¿Cómo saber si lo obtenido en la medición -que es por definición autoconcepto de trabajo- es central para el individuo o solamente un aspecto periférico del mismo sacado a la luz por la poco común (para el sujeto) experiencia de la investigación?

Finalmente, me gustaría señalar la confluencia que se está produciendo entre los

campos de estudio del yo y de la personalidad desde la perspectiva sociocognitiva. En principio el objetivo es diferente: por un lado, el estudio de la personalidad pretende la descripción de las personas mediante una serie de rasgos; por otro, el estudio del yo requiere el análisis del conocimiento del sujeto sobre sí mismo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que ambos campos confían sus resultados en escalas y mediciones que se basan en el propio juicio del sujeto sobre sí mismo. Además, los rasgos están siendo caracterizados, cada vez más, como esquemas de sí mismo[10].

- *Los aspectos afectivos del yo.*

El afecto es un elemento que la teorización sociocognitiva ha dejado de lado en buena medida. Vamos a tratar en este momento dos aspectos: a) cuál ha sido la manera de abordar el afecto y su relación con la cognición; b) la forma en que se ha recogido y continuado el estudio de la autoestima, un tema de gran raigambre en la Psicología Social, pero que ha tomado nuevos aires de la mano de este enfoque teórico.

Consecuentemente con su planteamiento positivista, la Psicología Social cognitiva había de considerar el afecto como un elemento que interfiere en los procesos cognitivos, produciendo algún tipo de error o sesgo. Incluso los defensores de la integración en un mismo esquema de afecto y cognición (Isen y Hastorf, 1.982; Isen, 1.984) no escapan a tal afirmación. En primer lugar, se reduce el afecto al estado anímico ('mood') producido por determinadas cogniciones. En segundo lugar, se intenta ver el efecto que tiene tal estado anímico sobre subsiguientes procesos cognitivos, comparando a los sujetos de buen humor

[10] Por ejemplo, Breckler et al. (1.991) pretenden incluir los rasgos en su representación multidimensional del yo. Recordemos también que en el estudio pionero de Markus (1.977) se utilizó una dimensión de personalidad, un rasgo, como esquema personal.

con los de mal humor o humor neutro. Al intentar aislar de esta manera la influencia del afecto sobre la cognición, lo que se consigue es constituirlo en una fuente posible de sesgo, a la vez que se imposibilita la consideración conjunta de afecto y cognición.

La hipótesis fundamental es que las autoconcepciones tienden a ser congruentes con el estado anímico, ya que éste prima el acceso a la información autorreferencial congruente con él (Clark e Isen, 1.982). Pero la manera de provocar el estado anímico no permite discernir si es el afecto es el produce tal efecto o si es el contenido del comportamiento que han de realizar los sujetos en la manipulación experimental para que adquieran tal estado anímico. Esto se observa con bastante claridad en el trabajo de Levine et al. (1.994). Los autores hacen recordar a los sujetos una experiencia de logro (positiva o negativa según corresponda) para inducirles un estado anímico, y así posteriormente hacerles juzgar su competencia en situaciones de logro. De esta manera, es posible realizar una explicación en términos cognitivos sin necesidad de suponer un estado anímico. Así, el hecho de recordar situaciones de logro negativas hace más saliente ese tipo de información para el sujeto y hace recordar más fácilmente situaciones del mismo tipo. La explicación es similar a la de la hipótesis, si bien permite obviar el componente afectivo. Por otro lado, la hipótesis de la congruencia afectiva no ha sido verificada en muchos casos (ver Sedikides, 1.994).

En definitiva, el tratamiento que se realiza del afecto es sumamente insuficiente, al ser encuadrado en un marco cognitivo y positivista, que dificulta enormemente su compresión adecuada.

Por lo que se refiere a la *autoestima*, ésta se refiere a la evaluación ligada al autoconcepto, el valor que concedemos a nuestras cualidades, lo cual está ligado ineludiblemente al componente afectivo. La investigación de la autoestima en Psicología Social tiene una larga tradición, si bien podemos diferenciar dos tratamientos bien diferentes

que recibe el concepto, que además nos remiten a grandes rasgos a dos tradiciones distintas de la Psicología Social. Por un lado, el tratamiento de la autoestima como variable dependiente, causada por una serie de relaciones sociales que inciden sobre el autoconcepto del individuo. Este enfoque ha sido más característico de cierto tipo de Interaccionismo simbólico y también de las teorías europeas de la identidad social (ambas las veremos más adelante), ésta última dentro de la corriente cognitiva, si bien enfatizando su componente más social. Por otro lado, tenemos el tratamiento de la autoestima como variable independiente, explicativa de otros procesos cognitivos individuales, de sus esquemas personales o del comportamiento del sujeto, más característico de la corriente que tenemos entre manos.

Una obra clave en la configuración de este área de investigación es la de Rosenberg (1.965). En ella, el autor realiza una detallada exposición de las relaciones de la autoestima tanto con variables sociales como con variables cognitivas. La idea de Rosenberg es que la autoestima se crea en función de las características del medio social, y familiar más concretamente, pero que una vez existente, la autoestima puede entonces influir en el funcionamiento cognitivo del individuo, así como en las acciones que realiza, las cuales tienen consecuencias para su vida en sociedad. La importancia de su obra radica también en que proporcionó a la disciplina un instrumento de medición de la autoestima sumamente sencillo de administrar y en poco tiempo. De hecho, su escala de autoestima, con variaciones, aún es empleada en la actualidad en numerosas investigaciones. Este extremo ha facilitado enormemente su impacto sobre la Psicología Social cognitiva.

La investigación sobre autoestima en el sociocognitivismo se ha centrado exclusivamente en su tratamiento como variable explicativa de multitud de otras varibles, cognitivas o comportamentales. Por ejemplo, se la ha relacionado con el comportamiento deshonesto (Ward, 1.986) o con la respuesta a la insatisfacción en las relaciones de pareja

(Rusbult et al., 1.987), en lo que se refiere a aspectos comportamentales. También se la ha relacionado con los procesos autorregulativos, como el 'autorrealce' ('self-enhancement', Brown y Smart, 1.991). Taylor et al. (1.994) recogen una síntesis de los efectos de la autoestima en las cogniciones de los sujetos: las personas con alta autoestima tienen un claro sentido de sus cualidades personales, piensan bien de sí mismos, se fijan objetivos apropiados, utilizan las respuestas de los demás de manera autorrealzante y hacen frente a las situaciones difíciles con éxito. Prácticamente lo contrario se podría decir de los sujetos con baja autoestima. Por otro lado, el concepto de autoestima se ha intentado enriquecer con la estabilidad del mismo (Kernis et al., 1.993) y con la diferenciación entre autoestima global y específica (Woike y Baumgardner, 1.993).

De esta manera, la autoestima se ha convertido en una variable 'todo terreno', pues se emplea en multitud de áreas de investigación diferentes como un indicio del autoconcepto o de la personalidad del individuo, y que sirve para 'demostrar' la influencia de las variables cognitivas internas en las respuestas del individuo. Aparte de criticar el tipo de explicaciones que se pueden realizar a partir del concepto de autoestima, el uso que se está haciendo de él muestra a las claras que no se cumplen las premisas que permitirían establecer las conclusiones que se extraen de las investigaciones. Me refiero fundamentalmente a las manipulaciones de la autoestima que se realizan en algunos estudios (por ejemplo, Rhodewalt y Agustsdottir, 1.986). En ellos se mide típicamente la autoestima antes y después de la aplicación de la manipulación que constituye el esperimento y se establece la influencia de la variable sobre la autoestima a partir de las diferencias entre la mediciones anterior y posterior. Sin embargo, la utilidad de la autoestima se fundamenta en que debe ser característica y definitoria del sujeto y, por tanto, estable en buena medida. Si la simple administración de la variable experimental produce una variación importante en la

autoestima, esto pone en cuestión la existencia misma de la autoestima, o al menos su utilidad explicativa.

Esta cuestión pone de manifiesto la importancia de la situación concreta en la producción del autodiscurso evaluativo y la imposibilidad de pretender acceder con la simple administración de una escala de autoestima a cualquier cosa de permanente en el individuo.

- *Los procesos regulativos del yo.*

Un aspecto muy importante para la pervivencia de los modelos cognitivos es que los esquemas cognitivos se relacionen con el comportamiento efectivo de los individuos. La forma en que éstos controlan y dirigen sus acciones, partiendo de sus esquemas de sí mismo, es lo que se conoce como procesos regulativos del yo o autorregulación. Vamos a distinguir aquí entre los mecanismos cognitivos que se proponen para dar cuenta de esta relación y los aspectos motivacionales que, según se afirma, están en la base del comportamiento humano y más concretamente de tal autorregulación.

Antes de ello, es necesario reseñar ciertos aspectos de la estructura de los esquemas de sí mismo que tienen influencia sobre la autorregulación. En primer lugar, la complejidad del yo ('self-complexity', Linville, 1.985), que puede actuar en contra del impacto de los acontecimientos causantes de estrés, ya que los fracasos o decepciones que son experimentados en un área vital se pueden compensar cuando otros aspectos del autoconcepto importantes para el individuo son satisfactorios. Por otro lado, las creencias en la propia eficacia para acometer con éxito algunas tareas ('self-efficacy'), que favorecen el que la persona se ponga manos a la obra con decisión, facilitando así su éxito efectivo.

Lo primero que han de explicar los autores de esta corriente es en qué momento se

activan los esquemas de sí mismo. Éstos entran en escena cuando el individuo dirige su atención sobre sí mismo ('self-focus'), lo que conduce a comparar su comportamiento actual con algún tipo de esquema (estandar, valor de referencia, etc.) y así proceder o no a un ajuste según se acerquen más o menos ambas instancias (Scheier y Carver, 1.988).

Esto coincide prácticamente con la teoría de la autoconciencia ('self-awareness', Duval y Wicklund, 1.972), que propone la diferenciación entre autoconciencia objetiva -el yo como objeto para sí mismo- y subjetiva -el yo como sujeto ante objetos externos-. La autoconciencia subjetiva es el estado primario, necesitándose algún tipo de estímulo para producir el estado contrario. La autoconciencia objetiva provoca en el sujeto una comparación automática de sí mismo con ciertos estándares de corrección (esquemas de sí mismo), y en caso de que el individuo observe una discrepancia entre ambos aspectos, éste sufrirá una emoción negativa que se convierte en motivación para actuar.

Un elemento importante de la teoría de Duval y Wicklund es que ellos consideran que cada persona pasa en numerosas ocasiones de un estado a otro autoconciencia, por tanto, se trataría de un mecanismo cognitivo que es común a todos los individuos. Sin embargo, los teóricos cognitivos, como vimos en el caso de la autoestima, tienen una gran tendencia a establecer diferencias individuales mediante la clasificación de los individuos a partir de alguna disposición extraída de la aplicación de algún tipo de escala. En este caso, y poco tiempo después, Fenigstein et al. (1.975, apud Scheier y Carver, 1.980) distinguieron entre individuos caracterizados por una propensión a focalizar su atención hacia los aspectos más personales de sí mismos, autoconciencia privada, y aquellos con tendencia a centrarse en sí mismos como objetos sociales, autoconciencia pública[11]. Se podría decir que los primeros

[11] Aunque en el idioma original se utilizan una raíz diferente en cada teoría ('awareness', Duval y Wicklund, 'consciousness', Fenigstein et al.), hemos mantenido en castellano la misma traducción, ya que, aunque el tratamiento teórico es distinto, ambas teorías aluden al

están más atentos a las señales que emanan de su interior, preocupándose por conocerse a sí mismos; por el contrario los segundos prestan más atención a la impresión que dan y lo que piensan los demás de ellos.

Esta diferenciación nos recuerda sobremanera a la dicotomía comentada más arriba entre el yo privado (auténtico) y el yo público (insincero, por las presiones que sufre debido a las necesidades de la autopresentación). Remite, pues, a una idea bien asentada en nuestra cultura y que tiene su reflejo en otros muchos modelos cognitivos, algunos tradicionales, como son las diferencias individuales en deseabilidad social o el locus de control. Respecto a las más modernas me limitaré a señalar las correlaciones que se han encontrado entre autoconciencia privada, estilo autorregulativo autónomo (Koestner et al., 1.992) y baja autovigilancia ('self-monitoring', Snyder y Gangestad, 1.986), al igual que entre las categorías situadas en el polo opuesto.

El concepto de autoconciencia pública está claramente emparentado con la presentación del yo (Goffman, 1.959). La autopresentación ha sido objeto de mucha atención por parte de la Psicología Social cognitiva, ya que suponía un importante peligro potencial para los mecanismos autorregulativos. En efecto, si los individuos actúan motivados por la autopresentación y no por los esquemas de sí mismo, queda en entredicho su propia utilidad al negarse su relación con la conducta efectiva de las personas. Además, el impacto que tuvo la citada obra de Goffman hacía imposible ignorar las ideas allí contenidas.

Para Goffman (ver apartado II.5.3.), la presentación de la persona es un elemento que forma parte ineludiblemente de la interacción social. Además cuando un individuo se presenta, está haciendo una demanda de ser un tipo determinado de persona y una exigencia de ser tratado como tal. Sin embargo, desde la teorización cognitiva la autopresentación está

---

mismo fenómeno.

casi por definición en contraposición con lo que es el yo auténtico de la vida privada. De esta forma, cuando un individuo se autopresenta de una manera determinada, lo hace para conseguir un fin concreto en la interacción. Se establece así una dicotomía entre la expresión del yo y la autopresentación motivada. Así, es posible investigar las variables que influyen en los motivos para autopresentarse y ver en qué condiciones la tendencia a autopresentarse es mayor o menor (ver por ejemplo Leary et al., 1.994). Esta dicotomía se mantiene a pesar de los autores e investigaciones que muestran lo contrario, es decir, las personas pueden convertirse en lo que dicen que son o en lo que se puede derivar a nivel de conocimiento personal de sus actuaciones (Arkin, 1.980; Tice, 1.992; Schlenker et al., 1.994).

Así pues, la autopresentación se percibe como una estrategia para conseguir un fin, y así se estudian las diferentes maneras mediante las que se controla la impresión ('impression management'). Entre ellas se encuentran el presentar información positiva sobre uno mismo, adular al interlocutor, el uso estratégico de la modestia, mostrar una relación con alguien bien considerado por la audiencia ('basking in reflected glory', Cialdini y De Nicholas, 1.989). Una de las estrategias a las que se ha dedicado más tiempo es la autolimitación ('self-handicapping'), que consiste en crear obstáculos para el propio éxito a los que luego se puedan atribuir la culpa del fracaso anticipado y no a la propia carencia de habilidad (Baumeister y Scher, 1.988). Pero nuevamente se ha procedido con este constructo a crear una escala que mida la tendencia a autolimitarse, con la que clasificar a los individuos y relacionarla con otras variables, como por ejemplo autoestima (Tice, 1.991; Rhodewalt et al., 1.991) o autoconciencia pública (Shepperd y Arkin, 1.989). De esta manera, se convierte una estrategia en un rasgo de personalidad.

Un caso similar es lo que ocurre con la autovigilancia ('self-monitoring'), es decir, la tendencia a exagerar el control de la impresión que uno produce a los demás; por tanto,

sería una especie de medida general de autopresentación. Las personas altas en autovigilancia tienden a ser especialmente sensibles a las características de la situación, mientras que las bajas atienden más a sus actitudes y demandas internas. Con esto damos un salto importante para convertir la presentación de la persona en la interacción social en un rasgo de personalidad, o lo que es lo mismo, diferenciar a los individuos según su grado de coherencia interna entre actitudes y comportamiento, pues de eso se trata en definitiva.

Según el sociocognitivismo, las motivaciones que producen la autorregulación individual se reducen a la búsqueda de una autoconcepción que se corresponda con la realidad -es decir, que sea precisa-, que sea estable y positiva, a la vez que existe una motivación para mejorar.

Respecto a la autoconcepción precisa, Trope (1.975) afirma que las personas buscan participar en actividades que son especialmente informativas de sus habilidades o características, de forma que puedan evaluarse correctamente en esa dimensión. Esta búsqueda de un conocimiento seguro sobre sí mismo tiene como finalidad hacer más predecibles y controlables nuestros futuros resultados en las diversas situaciones. Como evidencia de que el conocimiento que se tiene sobre sí mismo es correcto, se utiliza el acuerdo entre los autojuicios del sujeto y los juicios de personas conocidas por él (Funder y Colvin, 1.988).

Por otro lado, la persona también necesita tener un concepto de sí misma positivo, lo que la conduce a desarrollar una autoimagen falsa o exageradamente positiva, si bien esto produce en el individuo un sentimiento de bienestar personal (Taylor y Brown, 1.988). Esto es lo que se ha llamado autorrealce ('self-enhancement'). De nuevo, se emplea como comparación el juicio de otras personas sobre el sujeto para determinar si la autoconcepción es exageradamente positiva o ajustada a la realidad. Motivaciones similares han sido

señaladas por Steele -autoafirmación- y Tesser -modelo de mantenimiento de la autoevaluación-, pues se basan igualmente en la necesidad del individuo de mantener una concepción positiva de sí mismo. La autoafirmación se produce cuando el yo sufre alguna amenaza, afirmándose aspectos del autoconcepto no necesariamente relacionados con ella (Steele, 1.988). El mantenimiento de la autoevaluación se produce por comparación del yo con el desempeño de las personas cercanas. Cuando el otro cercano tiene éxito en un área no relevante para el sujeto, éste puede mantener o aumentar su autoestima por reflejo de la gloria de la persona cercana. Sin embargo, si ese otro desempeña bien en un área relevante para el yo, la autoevaluación de éste puede sufrir, y por ello actuará para evitar el éxito del otro cercano en la medida de sus posibilidades (Tesser, 1.988).

Una tercera motivación sería la consistente en mantener una autoconcepción estable, que permita al individuo pensarse como una persona con una serie de cualidades determinadas, así como afirmar para sí una coherencia interna. Esta motivación conduce al sujeto a embarcarse en procesos de autoverificación, es decir, a confirmar las autoconcepciones que poseía mediante un filtrado selectivo de la información que le llega (Swann y Read, 1.981). También pueden realizar atribuciones autoconfirmativas, que consisten en atribuir a disposiciones propias los comportamientos congruentes con el autoconcepto y a factores situacionales el comportamiento inconsistente (Kulik et al., 1.986).

Por último, existe también una motivación, según los teóricos cognitivos, hacia la automejora ('self-improvement'), lo que permite a los individuos establecer fines para sí mismos y encaminar el propio comportamiento hacia ellos. Sin embargo, esta motivación no es objeto de mucha atención por parte de la investigación empírica que se realiza dentro de este paradigma.

Tras este breve repaso, un primer acercamiento parece indicar que estas motivaciones

se contraponen dos a dos. En efecto, la búsqueda de una autoconcepción precisa y que refleje la realidad del individuo está prácticamente en las antípodas de lo que implica el autorrealce, es decir, una imagen excesivamente positiva de sí mismo. De igual modo, la autoverificación (motivada por la necesidad de una autoconcepción consistente) implica una estabilidad que se opone claramente con el cambio que supone la automejora. Incluso la autoverificación parece indicar una recogida selectiva de la información que viene de la realidad, selección que produce un sesgo que no permite tener esa autoconcepción correcta y adecuada a esa realidad.

En definitiva, estas motivaciones cognitivas son contradictorias, sin que se especifique verdaderamente cuándo se emplean unas y cuándo otras. Por otro lado, los fenómenos que pretenden explicar estas teorías motivacionales se entienden mucho mejor como estrategias discursivas. Así, en ocasiones las personas necesitan argumentar la consistencia de su comportamiento, por el valor que nuestra cultura la otorga; en otras no quedará más remedio que reconocer algún defecto (comportamiento interactivo inadecuado) y utilizar como salida el compromiso personal en la automejora; igualmente, hablar de sí mismo positivamente permite, al menos en nuestra cultura, que la persona sea mejor considerada en la interacción.

En resumen, el enfoque sociocognitivo diferencia básicamente entre esquemas y procesos cognitivos. Los esquemas de sí mismo nunca son objeto de descripción exhaustiva, sino que como máximo se investiga la existencia de algún esquema sobre un rasgo concreto. Por tanto, la mayor parte del esfuerzo investigador se ha dedicado a mostrar la existencia de diferentes procesos cogntivos, especialmente autorregulativos. Lo que parece derivarse de tal esfuerzo es la dicotomía entre la expresión del propio yo (el papel de los esquemas de sí mismo en la autorregulación del comportamiento) y la autopresentación (imagen dada por el

sujeto para la consecución de un fin). Las motivaciones propuestas se refieren a la configuración de los esquemas de sí mismo como precisos, consistentes y positivos.

Los problemas que plantea tal paradigma son muy importantes. No parece adecuado que el concepto sobre el que reposa la bondad del modelo de yo que ofrece el sociocognitivismo, el esquema de sí mismo, sea objeto de tan escasa atención en lo referente a su contenido. La relación entre esquemas de sí mismo y comportamiento es insatisfactoria, y en ningún momento parece clara, como muestra la existencia de la autopresentación. Pretenden acceder a la descripción de los rasgos individuales mediante escalas (discurso pautado sobre sí mismo), pero con la dificultad de que es imposible saber si las respuestas de los sujetos responden a la realidad de estos rasgos o a factores situacionles o de autopresentación. Las motivaciones son contradictorias y difícilmente integrables en un mismo modelo teórico. Además, el enfoque sociocognitivo dedica una gran atención a las diferencias individuales en los procesos autorregulativos sin que sepamos en ningún momento cómo se configuran tales diferencias.

Por consiguiente, a pesar de su preponderancia en la disciplina, la Psicología Social cognitiva presenta una serie de limitaciones epistemológicas, teóricas y metodológicas que la convierten en poco adecuada para el estudio de la identidad, ya que no permite la consideración de los elementos sociales, interactivos y discursivos que creemos básicos para una adecuada conceptualización de la identidad en Psicología Social.

4. LAS TEORÍAS DE LA IDENTIDAD SOCIAL.

Aunque el interés principal de la teoría de Tajfel y sus seguidores ha sido el comportamiento intergrupal, el modelo por ellos utilizado recurre al concepto de identidad social de manera recurrente, ocupando de hecho un papel primordial en él, y de ahí la atención que le brindamos en este momento, si bien centrándonos en los aspectos más relacionados con la identidad.

La Teoría de la Identidad Social, como en concreto se la conoce, está claramente relacionada con la Psicología Social cognitiva, como veremos a continuación. La identidad social, la pertenencia grupal, la comparación, etc., se definen en términos tanto cognitivos como individuales. A pesar de ello, las diferencias que presenta respecto a la corriente sociocognitiva aconsejaban un tratamiento separado.

4. 1. HENRI TAJFEL.

No cabe duda de que Henri Tajfel ha sido el fundador de una escuela, la de Bristol, que se ha convertido en una de las más influyentes de la Psicología Social europea en las últimas décadas, como creador de una metodología propia y revitalizador de un campo de estudio importante para la disciplina como es el de las relaciones intergrupales.

La pretensión de Tajfel era la de proporcionar una verdadera explicación social de las comportamientos intergrupales, no basada en los determinantes intra- e interindividuales.

Considera que la sociedad comprende diversas categorías y grupos sociales que mantienen entre ellas relaciones en términos de poder y status. Por ello, Hogg y Abrams (1.988) quieren ver contactos de esta teoría con la sociología estructuralista, los teóricos del conflicto (Marx), e incluso el interaccionismo simbólico, por examinar "el grupo dentro del individuo" (p.17).

No obstante, Tajfel recogió especialmente el legado de aquellos teóricos postgestaltianos que encontró más cercanos a su planteamiento. Por un lado, los trabajos de Sherif sobre relaciones intergrupales, que relacionaban la cohesión intragrupal y la hostilidad intergrupal a actividades de competición, y a actividades comunes la cooperación intergrupal. Por otro, la teoría de la categorización de Bruner, según la cual ésta es el proceso básico de relación del individuo con el mundo, adquirida a través de la socialización. Por último, hay que hacer mención de la teoría de la comparación de Festinger. Tajfel critica abiertamente esta concepción en dos aspectos: a) por ocuparse exclusivamente de la comparación interindividual, sin mención de la pertenencia de esos individuos a diversos grupos sociales; b) por dejar en un segundo plano la comparación social frente a la comparación objetiva no social, comparación ésta que Tajfel considera irrelevante para la explicación de la conducta social. A pesar de estas críticas, la comparación social se sitúa en un lugar predominante del modelo tajfeliano, como una motivación en sí misma de los sujetos, y en esto sí se acerca al modelo de Festinger.

Para Tajfel (1.978b), el grupo incluye un componente cognitivo -conocimiento de la propia pertenencia al grupo-, otro evaluativo -valor positivo o negativo de la pertenencia al grupo- y otro afectivo -emociones sobre el propio grupo derivadas de los aspectos cognitivos y evaluativos-, esquema similar a los propios de la corriente sociocognitiva. Estos componentes son aplicables tanto a los grupos pequeños como a las grandes categorías

sociales. Y es que Tajfel no diferencia, a conciencia, entre grupos y categorías o entre grupo de pertenencia y grupo de referencia, pues su interés reside en explicar las consecuencias de la mera diferenciación categorial -sea del tipo que sea- como proceso cognitivo. El diseño de su método de investigación, el paradigma del grupo social mínimo, consistía precisamente en diferenciar a los individuos en grupos según un criterio mínimo y poco relevante, y a partir de ahí observar las consecuencias de esa categorización grupal.

El comportamiento de los individuos se puede situar a lo largo de un continuo entre conducta interpersonal y conducta intergrupal, existiendo diferencias importantes según el comportamiento se encuentre más cerca de uno u otro extremo del continuo. Estos extremos del continuo son como tipos puros prácticamente inexistentes, si bien Tajfel (1.978b) considera que el extremo interpersonal no tiene sentido en la vida real, pues aun en las relaciones personales más íntimas está presente algún tipo de categorización. De esta manera, los individuos pueden actuar en función de su categorización como miembros del grupo o en función de sus características personales. Por tanto, un aspecto fundamental en esta teoría es en qué ocasiones se actúa como miembro del grupo y en cuáles como persona individual.

Tajfel recurre para explicar esto a una creencia de los individuos del grupo sobre la sociedad (una variable grupal), la creencia de que en la sociedad predomina la movilidad o el cambio social. Cuando existe una creencia en la movilidad social, los individuos creen poder pasar fácilmente de un grupo a otro, por lo cual serán más frecuentes las soluciones personales a las amenazas a la identidad social, y en consecuencia el comportamiento social global se moverá más cerca del extremo interpersonal más arriba definido. Si es la creencia en el cambio social la predominante, entonces las soluciones tenderán a ser grupales (redefinición de las características del grupo o cambio de la situación de inferioridad), y nos encontraremos más cerca del polo intergrupal del comportamiento social.

La categorización se entiende como un proceso automático, empleado por el individuo para sistematizar y simplificar su entorno en base a agrupamientos de personas con sentido para él y que le sirve de guía para la acción (Tajfel, 1.983). En algunas de estas categorías se incluirá el individuo y formarán parte de su identidad social, esto es, la parte del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo social junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia (Tajfel, 1.981). De esta forma, la categorización se convierte en el sistema que define el puesto del individuo en la sociedad.

La mera identificación de un individuo con una categoría social se afirma que producirá favoritismo intragrupal y acentuación de las similitudes intragrupales y de las diferencias intergrupales. La conexión entre categorización e identidad social la realiza Tajfel a través de su concepto de comparación social. En efecto, como las características del grupo adquieren su mayor sentido cuando se las relaciona con las diferencias percibidas respecto a otros grupos, los miembros de cada grupo tenderán a compararse con los miembros de otros grupos y a los grupos entre sí.

Las consecuencias de ésta comparación son importantes. Las personas tienden a mantener una concepción positiva de su identidad social, por lo que si la comparación con otros grupos no obtiene resultados positivos, el individuo tenderá a abandonar el grupo, a la redefinición de las características de éste o a cambiar la situación intergrupal desfavorable, según la creencia predominante en los individuos. Si esto es así, es porque Tajfel supone una motivación individual hacia la autoestima positiva, en este caso derivada de la necesidad de mantener una identidad social positiva.

En definitiva, la pretensión de Tajfel consistía en explicar como derivados de la pertenencia grupal o identidad social del individuo diversos comportamientos que se

entendían hasta entonces en la disciplina como expresión del yo o de la identidad personal. Esto no deja de suponer un avance respecto al sociocognitivismo, pues según esta corriente el comportamiento del individuo o es expresión de su yo auténtico o es producto de las presiones de la autopresentación. Tajfel introduce de esta manera el grupo (y con ello la sociedad) dentro del propio individuo a través de la identidad social, al convertir a ésta en parte de su autoconcepto, lo cual efectivamente supone una cierta cercanía con el interaccionismo clásico. Sin embargo, su teoría depende finalmente de procesos cognitivos (internos), precisamente por interesarse no por los contenidos de la categorización, sino por unos procesos cognitivos que se pretenden universales, los derivados de la categorización social (Michael, 1.990).

Esa es la razón, por ejemplo, de que se utilice una noción de grupo tan absolutamente omnicomprensiva, la cual no permite establecer diferencias entre los distintos tipos de consecuencias de la pertenencia a distintos tipos de grupos o de categorías sociales. De hecho, y dado que en los experimentos no existe práticamente interacción social (Doise, 1.988), lo que se investiga no son relaciones intergrupales, sino relaciones interpersonales entre personas adscritas experimentalmente a distintas categorías. Se hace, pues, necesaria algún tipo de distinción entre categoría y grupo social (ver Rabbie y Horwitz, 1.988), pues son conceptos que definen tipos de interacción social diferente. Así, quizá el concepto de grupo sería más conveniente reservarlo para las personas que interactúan entre sí de manera más o menos habitual (grupo de interacción), si bien estos grupos son posibles por la pertenencia de los individuos que lo constituyen a una o más categorías comunes, y que definen la actividad del grupo, sus relaciones con otros y buena parte de los contenidos de

su propia identidad grupal[12].

Además, la teoría no tiene en cuenta la múltiple pertenencia grupal de las personas (ver Allen et al., 1.983), y la posible interacción de unas y otras identidades sociales en los contextos concretos. Y esto a pesar de que en un volumen editado por Tajfel (1.978a), Deschamps y Doise se apercibieron ya de la influencia de la categorización cruzada en la suavización e incluso desaparición de la diferenciación intergrupal. En efecto, estos autores vieron que cuando a los sujetos se les hacía juzgar a individuos pertenecientes a categorías que se solapaban se diluían las diferencias entre categorías (Deschamps y Doise, 1.978).

Como la categorización es un proceso tan automático y fácil de provocar empíricamente, el interés se centró en las consecuencias y no en los orígenes de la membrecía grupal (Deaux, 1.992). Billig (1.985) ha cuestionado también esta concepción de la categorización, proponiendo que ésta es inseparable de la particularización y como tal de lo que se trata es de analizar en el discurso en qué momentos y contextos se utiliza una u otra, no en vano la categorización tiene su origen en el lenguaje. Teniendo en cuenta, además, la multiplicidad categorial presente en la interacción social, esta perspectiva nos permitiría dar cuenta de los usos de que es objeto cada categoría.

Por otro lado, la teoría tajfeliana depende finalmente de la motivación hacia una identidad social (individual) positiva. En efecto, el individuo se erige en la base de las dinámicas grupales, ya que su identidad social y su decisión consecuente sobre su actitud hacia el grupo explican lo que ocurre en el interior de éste, y en buena medida también las relaciones intergrupales.

La identidad social es un concepto clave para la relación entre individuo y grupo. Para

---

[12] Esta diferenciación proviene del grupo de trabajo sobre 'Violencia de Jóvenes en Grupo' que dirige Concepción Fernández Villanueva y del que formamos parte Roberto Domínguez, Leonor Gimeno y yo mismo.

evitar controversias sobre su definición, Tajfel limita el concepto a una parte del autoconcepto, sin que en ningún momento se ocupe de lo que hay en la otra parte. Es decir, supone que en el individuo una parte de su identidad deriva de su autocategorización como miembro de un grupo, y otra remite a características individuales de la persona, pero sin especificar cuál es su origen. Por tanto, recoge de algún modo la idea del interaccionismo de que la identidad es creada a partir de los otros, aunque sea parcialmente. En algún momento su pensamiento se acerca incluso a vaciar de contenido la identidad personal, como cuando niega la posibilidad de la existencia de una interacción interpersonal en la que no aparezca algún tipo de identidad social. Sin embargo, Tajfel no da el paso definitivo de considerar que la identidad personal no puede ser otra cosa que una construcción social creada y mantenida en la interacción (Torregrosa, 1.983). La disyuntiva se establecería así, no entre identidad social y personal, sino en qué identidad -siempre social- se reclama en cada momento. Tal paso, empero, quedaba muy lejos del paradigma sociocognitivo, pues supone poner en cuestión una de sus bases, a saber, que existe un conocimiento intraindividual al que se puede acceder mediante introspección y que es independiente del mundo social.

4. 2. JOHN C. TURNER.

Uno de los colaboradores y discípulos más influyentes de Tajfel es John C. Turner, que se ha convertido en el autor más prolífico de los que integran esta escuela, con su *teoría de la autocategorización del yo*. Sus presupuestos coinciden con los de su maestro, si bien,

como veremos a continuación, los aspectos más sociales del pensamiento de Tajfel se cognitivizan en exceso, minando aún más la base social de esta escuela.

Para Turner, la autocategorización del individuo es fundamental para la explicación del comportamiento grupal. La adscripción de un individuo a una categoría depende del principio cognitivo de metacontraste. Según este principio, un conjunto de individuos se categorizarán a sí mismos como grupo si las diferencias percibidas entre ellos son menores que entre ellos y el resto de personas de dicho entorno (Turner, 1.987). Nos encontramos, pues, ante un perceptualismo similar al señalado respecto a la Psicología Social cognitiva y que está presente en varios aspectos de la teoría de Turner.

Según él, existen tres posibles niveles de abstracción en la categorización del yo: a) el nivel del yo como ser humano; b) el nivel endogrupo-exogrupo; c) el nivel de las categorizaciones personales del yo (Turner, 1.987). La comparación se hace posible cuando existe identidad de los individuos en el nivel más inclusivo (superior), es decir, las comparaciones intergrupales suponen una identidad común humana, y las comparaciones interpersonales, una identidad categorial.

La saliencia de cada nivel es lo que determina que se utilice un tipo u otro de categorización, y depende de la accesibilidad de la categorización y el ajuste entre el estímulo y las especificaciones (el contenido) de la categoría. Esto es, las características del estímulo son las que hacen que se active una u otra categorización con la que se identificará a éste. Al hacerse saliente un nivel, se acentúan las semejanzas interclase y las diferencias interclase, lo cual no es más que una generalización del principio tajfeliano de homogeneidad intragrupal y heterogeneidad intergrupal.

Los niveles más importantes serían para Turner el del endogrupo-exogrupo y el nivel del yo, existiendo entre ellos una relación inversa, lo cual significa que la saliencia de uno

imposibilita la del otro, aunque la mayor parte del tiempo la percepción del yo se hallará en un punto intermedio, donde se es consciente de las diferencias en ciertos aspectos entre los miembros del endogrupo y el propio yo, así como de las diferencias en otros aspectos entre éstos y el exogrupo. Los factores que realzan la saliencia de la categorización grupal suponen una "despersonalización de la percepción del yo individual", la cual es el proceso básico que subyace a los fenómenos del grupo, como la estereotipia, la cooperación, el etnocentrismo, etc. (Turner, 1.987). Esta despersonalización supone un proceso de 'estereotipación del yo' por el que las personas se ven como miembros intercambiables del grupo, quedando relegados los factores personales. Además, en los momentos de predominio de la categorización grupal la evaluación positiva de los miembros del grupo depende de su grado de prototipicalidad respecto de las dimensiones comunes al grupo.

Así pues, lo que hace Turner es preguntarse por el modo en que los individuos se identifican con los grupos. Es decir, constata la existencia de individuos y se pregunta por el hecho de la grupalidad, cuando la tradición interaccionista ha mostrado repetidamente la precedencia del grupo (la sociedad) sobre el individuo. Sitúa a continuación la categorización como intermediaria entre ambas instancias, haciéndola depender de un principio cognitivo y perceptivo (inspirado en la tradición gestaltiana) como es la razón de metacontraste. Este perceptualismo se traduce también es la pretensión de que tanto individuos como grupos tienen una serie de características (rasgos los individuos, estereotipos los grupos) a las que podemos acceder y describir, que, como vimos, también es un supuesto básico de la corriente sociocognitiva.

El concepto de despersonalización también refleja la primacía que Turner concede al individuo sobre el grupo, a pesar de que no tenga las mismas implicaciones que la deindividuación, ya que, según él, esta despersonalización permite superar las limitaciones

individuales. De todos modos, no parece ni mucho menos necesario suponer que el individuo haya de percibirse estereotipadamente para que sea posible el comportamiento grupal.

En definitiva, Turner reserva una parte del comportamiento individual para la expresión de la categorización grupal, de forma que la persona a veces actúa según sus características personales y otras en función de su identificación con el grupo. Esta configuración hace que la teoría de Turner sea especialmente compatible con la de la autoconciencia revisada más arriba. Como vimos, la teoría de la autoconciencia suponía que las personas a veces dirigían la atención hacia sí mismos, mientras que otras atendían más a estímulos externos. La diferencia fundamental es que mientras que esta teoría afirmaba que al atender a estímulos externos el individuo se veía sometido a las necesidades de la autopresentación, de la teoría de la autocategorización se deriva que no es autopresentación cuando se atiende a estímulos externos, sino que se trata de una parte de la identidad social de la persona. Abrams (1.992) ha propuesto un modelo que integre ambas construcciones teóricas.

En cualquier caso, el modelo turneriano está tan interesado o más en los procesos categoriales como lo estaba el propio Tajfel. Por eso, no se ocupa tampoco de los contenidos de la categorización, ni de qué situaciones concretas inciden en la saliencia del nivel grupal frente al individual, lo cual, dada la importancia otorgada a la saliencia, coloca al modelo en una especie de nebulosa, muy alejado de los procesos grupales concretos que pretenden explicar. Además, como señala Abrams (1.992), al no especificar en qué situaciones se hace saliente uno u otro nivel, es posible explicar las actuaciones experimentales de los individuos que no responden a las hipótesis propuestas como debido a que su identidad personal era saliente en ese momento, con lo que las hipótesis se convierten en imposibles de refutar.

La identidad social en Turner se hace menos social si cabe al depender de un proceso

cognitivo-perceptivo, la razón de metacontraste, para que se produzca la identificación de un sujeto con una categoría, y de un proceso cognitivo-informacional, la saliencia, para que el individuo actúe según su identidad personal o según su identidad social.

5. LA TRADICIÓN DEL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO.

El Interaccionismo Simbólico es una corriente que ha ocupado un lugar secundario en el devenir de la Psicología Social a lo largo de su historia. Sin embargo, el enfoque interaccionista ha logrado dar cuenta, como ningún otro en la disciplina, de la incuestionable socialidad constitutiva del ser humano.

Este marco teórico se nutre aún hoy del pensamiento enorme de un filósofo pragmatista de principios de siglo, George Herbert Mead, y de ahí el espacio importante que le dedicamos. Esto no significa que el pensamiento de Mead haya sido la única influencia la corriente interaccionista. Cabría señalar, por ejemplo, a los filósofos morales escoceses (Smith, Hume), el pragmatismo (James, Dewey y el propio Mead), la escuela de Chicago (Cooley, Thomas) e incluso los clásicos de la sociología alemana (Simmel, Weber)[13]. Sin embargo, desde el punto de vista de este trabajo, la aportación de Mead fue especialmente sobresaliente, en lo que respecta a nuestros intereses, por la mayor articulación de su teoría de la intersubjetividad lingüísticamente mediada y su brillante superación del idealismo.

El Interaccionismo propiamente dicho nace de la mano de Herbert Blumer (desde la

[13] Stryker (1.980) realiza una estupenda revisión de las raíces del pensamiento interaccionista, de quien hemos recogido los autores citados.

escuela de Chicago), quien acuña el término, aplicándolo tanto a la obra de Mead como a la suya propia. Esta corriente suponía tanto una continuación como una crítica de las teorías del rol, pues si bien éstas reconocían la influencia de la sociedad en el ser humano, se configuraban de una forma en cierto modo determinista que ha sido extensamente criticada por los autores que nos ocupan. Su desarrollo tuvo lugar de manera bicéfala con otro núcleo interaccionista en la escuela de Iowa (alrededor de Kuhn), debido fundamentalmente a una diferente postura metodológica.

Además de tratar el pensamiento de Mead y el desarrollo de esta orientación, vamos a ocuparnos de desarrollos más recientes, de gran interés para nosotros desde el asunto de la identidad que nos ocupa. Será necesario, de igual modo, recoger desarrollos afines al interaccionismo, como son la etnometodología, la fenomenología de Berger y Luckmann, y especialmente el modelo dramatúrgico de Goffman.

5. 1. GEORGE H. MEAD.

El pensamiento de Mead es normalmente enmarcado dentro de la corriente de la filosofía norteamericana conocida como pragmatismo, caracterizada por su aceptación del método científico para la reflexión filosófica y por su formulación de la experiencia de acuerdo con el proceso de conducta social (Sánchez de la Yncera, 1.994). Y si a esto unimos la influencia del evolucionismo darwiniano sobre Mead, tenemos lo que Joas considera los tres temas fundamentales del pensamiento meadiano, a saber, "la confianza en las posibilidades emancipadoras de la racionalidad científica, la determinación de enraizar el

'espíritu' dentro del organismo, y la búsqueda de una teoría de la intersubjetividad que concibiera al 'self' como socialmente originado" (Joas, 1.980, p. 38, apud Sánchez de la Yncera, 1.994). Este último tema es especialmente característico del pragmatismo de Mead y es además el que más nos interesa desde la Psicología Social y desde el presente trabajo. Por otro lado, Mead llamó a su obra conductismo social, fundamentalmente porque él pensaba que el conocimiento científico tenía que partir de la conducta, especialmente la observable. La oposición del conductismo a la introspección (en línea con la famosa frase de James de que gran parte de lo que se había puesto en la conciencia debía volver a la naturaleza) la consideraba Mead justificada. Sin embargo, su pensamiento no puede estar más lejos de la simplicidad del conductismo de Watson, incapaz de dar cuenta del mecanismo de la socialidad humana.

La teoría de la intersubjetividad de Mead supone una crítica a las tesis individualistas que parten originariamente del individuo, y explican el proceso social a partir de las relaciones entre esos individuos previamente constituidos como tales, por lo que no pueden dar cuenta de la existencia de esas mentes y personas (Mead, 1.934[14]). Por el contrario, el punto de partida de este autor es la propia sociedad como preexistente al individuo. Las personas ('selves')[15] aparecen en el proceso social, que es el que las hace posibles.

---

[14] Mead critica el individualismo de los plantemientos sociológicos de constitución de la sociedad incluso en un autor como Cooley, creador de un concepto tan influyente como el del yo reflejado ('looking-glass self'), ya que éste último entiende que las interacciones sociales dependen de las imaginaciones de los individuos involucrados, lo que Mead considera que refleja una postura subjetiva e idealista (ver Mead, 1.934, p.246, n.26).

[15] La traducción al español de 'mind' como 'espíritu' y de 'self' como 'persona' no deja de resultar problemática. Sin pretender abordar el tema en profundidad, se hace necesario tomar partido por algún término. En el caso de 'mind', hemos preferido la traducción directa como 'mente', que no tiene las connotaciones idealistas de la palabra 'espíritu'. En el caso de 'self', no nos ha parecido conveniente utilizar 'sí mismo', como en otros casos se ha hecho, ya que la concepción de Mead es más abarcante que lo que da a entender el término 'sí mismo'. Empleamos persona, tampoco verdaderamente adecuada, si bien añadimos entre

Solamente mediante la adopción de la actitud de los otros hacia sí adquiere el individuo conciencia de sí mismo y de su individualidad. Y de la misma manera que las personas ('selves') se constituyen en el proceso social, la sociedad humana toma su forma característica y su complejidad creciente de la existencia de esas mentes y personas ('selves') creadas en su seno. Esto es, es la propia dinámica de la sociedad humana la que ha conducido al desarrollo de las mentes y personas ('selves') conscientes de sí.

Es este el mecanismo básico de la socialidad tal como la entiende Mead: la adopción de las actitudes de los otros hacia sí mismo. Mediante la adopción del papel del otro, el individuo logra controlar su propia reacción y adaptarla a las respuestas anticipadas de los otros; es decir, el control social se convierte en autocontrol, y queda asociado al desarrollo de la individualidad (ibíd., p.274). El individuo puede adoptar las actitudes de otros concretos o bien de la comunidad global de la que forma parte, que es lo que Mead denominó el 'otro generalizado'. Las actividades cooperativas constitutivas de la sociedad sólo son posibles en cuanto el individuo puede adoptar las actitudes generales de la comunidad en sus diferentes procesos e instituciones. Mead considera que una institución es una reacción común por parte de todos los miembros de la comunidad, lo que supone igualmente la adopción de la actitud del 'otro generalizado'.

Pues bien, todo esto es posible gracias al lenguaje. En efecto, los gestos vocales se erigen en símbolos significantes en la medida en que provocan implícitamente en el individuo que los hace la misma reacción que provocan explícitamente en los destinatarios (ibíd., p.88), siendo esa reacción que provocan su significado, que, por tanto, hay que buscar en la conducta de los individuos y no en el interior de la mente humana. Los significados son considerados por Mead como universales en el sentido de que posibilitan la identidad de la

---

paréntesis la palabra original para eliminar posibles confusiones.

reacción ante estímulos aun cuando éstos sean particulares. La importancia del lenguaje radica en que es el instrumento que con más eficiencia proporciona esa reacción idéntica en el organismo que produce el gesto y en el que lo recibe, de forma que permite al individuo adoptar la actitud de los otros y del 'otro generalizado' -y las actividades cooperativas humanas. Pero Mead va mucho más allá al afirmar que el pensamiento y la autoconciencia sólo son posibles en términos de gestos que son símbolos significantes, como internalización de las conversaciones de gestos llevadas a cabo en el proceso social (ibíd., p.90, ver también Sánchez de la Yncera, 1.994). De igual modo, la mente humana surge a través de la comunicación por una conversación de gestos en un proceso social (ibíd., p.92).

Así, la mente se erige en un fenómeno social producido en la interacción social, que se desarrolla a través de la internalización del proceso social mediante la reflexión, es decir, la posibilidad de adoptar la actitud del otro hacia sí. De igual modo, el mecanismo de la reflexión posibilita también que el individuo se convierta en un objeto para sí, y que de esta manera desarrolle su persona ('self'). Un individuo sólo se convierte en persona en la medida en que puede adoptar la actitud del otro y actuar hacia sí mismo como actúan otros, de forma que adquiere conciencia de sí al convertirse en un objeto para sí mismo (ibíd., p.199). Y lo que es más, el individuo posee una persona ('self') sólo en relación con las personas ('selves') de los otros miembros de su grupo social (ibíd., pp.192-193).

La persona ('self') alcanza su unidad en la medida en que adopta las actitudes globales de su comunidad, esto es, las actitudes del 'otro generalizado', que es lo que posibilita las actividades cooperativas y las funciones institucionales de la sociedad humana. Por tanto, no es suficiente que adopte las actitudes de los otros hacia sí y de los otros entre ellos (ibíd., p.184). Esta diferenciación entre la adopción de las actitudes de los otros hacia sí y la adopción del 'otro generalizado' sirve a Mead para establecer dos etapas en el desarrollo de

la persona ('self'). En la primera, el 'juego espontáneo' ('play'), la persona ('self') está constituida por la organización de las actitudes particulares de otros individuos hacia sí y la de esos otros entre sí. En la segunda, el 'juego organizado' ('game')[16], se añade a la anterior organización la que procede de la internalización de las actitudes de todas las personas inmersas en una misma actividad, lo que podríamos llamar el 'otro organizado'. Sólo tras éstas etapas puede la persona ('self') llegar a la internalización del 'otro generalizado' (ibíd, p.187) que la permite adquirir una unidad más allá de las situaciones particulares, estamos ante la adopción de las actitudes globales del proceso social de la comunidad en cuestión.

Hasta el momento, nos hemos ocupado mayormente de la constitución social del ser humano tal como es concebida por Mead. Sin embargo, la imagen de ser humano que desarrolla tiene también en cuenta la realidad de la individuación y de la unicidad de cada persona. Por un lado, Mead recoge el papel único de cada individuo dentro de la estructura social, es decir, el individuo refleja el proceso social desde un punto de vista particular y único, refleja un distinto aspecto de esa pauta de relaciones que constituye la sociedad (ibíd., p.226). Por otro lado, Mead es partícipe de algún modo de la tradición fenomenológica que iba a estar presente en la corriente interaccionista, como también lo está de hecho en el enfoque sociocognitivo. Así, Mead afirma que el individuo sólo reacciona al medio a través de la intermediación de sus procesos sensibles, de forma que el medio es determinado de algún modo por el organismo que reacciona a él (ibíd., p.266).

De otro lado, la actuación del individuo también produce transformaciones en el

---

[16] De nuevo con problemas ante la traducción de los conceptos meadianos, hemos optado por traducir como 'juego espontáneo' el concepto de 'play' y por 'juego organizado' el de 'game'. Con esto nos situamos en la línea de Sánchez de la Yncera (1.994), si bien él traduce 'play' como juego simplemente. Hemos preferido 'juego espontáneo' por parecernos más concreto y establecer una diferenciación más definida respecto al 'juego organizado'.

ambiente. La mera adaptación de éste al medio -lo cual supone una expresión de la actividad del yo- produce un cambio en sí mismo que no puede quedar sin consecuencias en los procesos sociales de los que forma parte (ibíd., p.238). Esta adaptación que modifica el medio es tanto negación de los prejuicios de la comunidad, como en otro sentido expresión especialmente completa de esos mismos prejuicios que remite a un tipo de comunidad más amplio. En definitiva, el individuo innovador no se puede salir del medio social del que es producto. Esta descripción de la individualidad como manifiesta por el rechazo o realización modificada de los tipos sociales vigentes concuerda con la de Durkheim y otros clásicos de la sociología (Habermas, 1.988).

Por último, realiza Mead una distinción en el interior de la persona entre el 'yo' y el 'mí', para reflejar la autonomía de esa persona ('self') socialmente constituida. El 'mí' sería la serie de actitudes organizadas de los otros que adopta uno mismo, lo que coincide básicamente con la concepción de la persona ('self') que acabamos de ver. Por contra, el 'yo' es la reacción concreta del organismo a las actitudes de los otros (Mead, 1.934, p.202). La acción de este yo no es nunca exactamente como cabría esperar, es incierta, constituyendo, pues, el espacio para la innovación. Esto no quiere decir que el 'yo' se salga del proceso social en su actuación, cosa que no es posible. El 'yo' parte en su actuación de la organización del 'mí', pero supone una oportunidad de dar una respuesta algo diferente a lo habitual hasta el momento. Frente a la libertad del 'yo', el 'mí' tiene el valor de que en él la comunidad reconoce al individuo y reconoce sus derechos (ibíd., p.221). En definitiva, se trata de dos fases distinguibles pero inseparables del proceso social que es la persona ('self', ibíd., p.205).

Así pues, como señala Habermas, "el yo sólo puede salirse al encuentro de sí como alter ego de todos los otros socializados" (Habermas, 1.988, p.226), y ello como instancia

socialmente constituida que refleja en su comportamiento los patrones de conducta del proceso social considerado en su conjunto. Pero además, el propio proceso social obliga de alguna manera a la persona ('self') al "abandono de las convenciones sociales" y así al desarrollo de una "identidad postconvencional" para lograr su autodeterminación y autorrealización, lo cual sólo es posible siguiendo la misma dirección que exige el proceso de civilización (ibíd., p.222).

Como hemos visto, el mayor valor de la teoría de la intersubjetividad de Mead reside en el mecanismo de interrelación entre individuo y sociedad que propone, que tiene en cuenta como ninguna otra teoría la especial configuración del ser humano como social y lingüísticamente constituido a la vez que dotado de autonomía de acción y pensamiento. Por supuesto, su teoría no entra en los procesos concretos de la dinámica social, manteniéndose siempre a un alto nivel de abstracción, de donde se derivan las críticas que ha recibido a la vaguedad de sus conceptos. Pero Mead no pretendía acometer el establecimiento de las relaciones concretas entre individuo y estructura social, ni desarrollar una teoría evolutiva completa, ni siquiera una concepción total de la persona, más allá de la mera (si bien importante) diferenciación entre 'yo' y 'mí'. En cualquier caso, la riqueza de su mecanismo de socialidad humana es tal que ninguna teoría de la identidad en Psicología Social debería pasar por alto el trabajo de Mead.

5. 2. EL DESARROLLO DEL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO.

Si bien la postura teórica de Mead es enmarcada por él mismo dentro de la Psicología

Social, la entrada de su pensamiento en la disciplina vino más bien de la mano de la Escuela de Chicago, donde estudiaron nombres tan importantes como Blumer, Goffman, Shibutani y Strauss, entre otros (Munné, 1.989). Por esta razón, el Interaccionismo Simbólico se ha considerado como un enfoque más cercano a la Sociología que a la Psicología (incluso por los propios interaccionistas), lo cual, junto con la marginalidad metodológica de buena parte de su producción, podría explicar la poca influencia que han tenido sus planteamientos hasta fechas recientes.

Fue Herbert ***Blumer***, quien antes comenzó a difundir el pensamiento de Mead desde Chicago (Strauss, 1.964) y el primero que utilizó el término Interaccionismo Simbólico para referirse a lo que había de constituirse en una nueva corriente dentro de la disciplina. Su aportación, pues, tiene más que ver con la influencia ejercida en la corriente interaccionista en general, más que como promotor de una teoría del yo o de la identidad propia.

Blumer enfatiza los aspectos fenomenológicos ya presentes en Mead al afirmar que "el ser humano orienta sus actos hacia las cosas en función de lo que éstas significan para él" (Blumer, 1.969, p.2). La consecuencia más inmediata, para Blumer, es que las personas no son determinables por factores que supuestamente influyen en ellas. Antes bien, la acción de los individuos se configura en el enfrentamiento con el mundo, esto es, en la interacción social. Es ésta una de las ideas que más repite Blumer, el hecho de que la conducta individual no debe ser explicada basándose en la identificación de factores que supuestamente influyen en ella. Ello es debido a su concepción del individuo como agente, que manipula y modifica los significados en un proceso interpretativo con base en la misma interacción.

El organismo humano orienta así su acción autoformulándose indicaciones, interpretando y construyendo su propia acción (ibíd., p.11), lo cual es posible por su capacidad de responder a los demás simbólicamente y de hacer indicaciones a otros. Esta

capacidad procede, según Blumer, de que el hombre tiene un sí mismo que puede ser objeto de sus propios actos al ponerse en el lugar del otro y observarse, lo que le permite interactuar consigo mismo y afrontar el mundo. Este sí mismo se forma por las distintas maneras de definir a las personas que tienen los demás.

La interacción simbólica, basada en esta capacidad humana, consiste en la interpretación de los gestos recíprocos que obligan a ajustar las actuaciones de los interactuantes y así configurar la acción conjunta en la que se basa la sociedad. Y es esta acción conjunta la que hace surgir los significados de las cosas en la propia interacción; por tanto los significados son sociales.

Desde mi punto de vista, la concepción de Blumer no recoge totalmente el pensamiento de Mead, sino que se encuentra más cerca de la concepción de Cooley del 'yo reflejado' ('looking-glass self'), pues en su esquema teórico no está articulada la idea meadiana de la presencia de la sociedad en el individuo a través de la interiorización del otro generalizado. Y ello es debido a que Blumer, como Cooley, parte de sí mismos ('selves') ya constituidos que establecen acciones conjuntas con los otros, dependiendo, pues, de las imaginaciones de éstos para explicar la interacción social.

Esta diferencia importante con respecto a Mead se va a perpetuar en la corriente interaccionista, que comparte más o menos matizadamente los planteamientos de Blumer comentados hasta el momento. La concepción del lenguaje también sufre con el paso de Mead a Blumer, quien parece reducir el lenguaje a la significación simbólica de las cosas. Esta pobre teorización, cuando no un total olvido, sobre el lenguaje también se va a mantener en la mayoría de las aportaciones de la corriente. Otra crítica importante que recibió Blumer, la ausencia, por otro lado deliberada, de la estructura social en su teoría, iba a ser objeto de debate, con autores que pretendieron incluir dentro de un planteamiento interaccionista tal

estructura (ver Stryker más adelante).

Donde no hubo coincidencia fue en los planteamientos metodológicos. Blumer era firme partidario de acudir directamente al mundo empírico para el desarrollo y la verificación de las teorías psicosociales[17]. Esto le condujo a una crítica decidida de la metodología predominante en Psicología y en Sociología, basada entre otras cosas en la operacionalización, así como en la creencia en el protocolo correcto como garantía de la cientificidad de la investigación (Blumer, 1.969, p.21). En su procedimiento científico distinguió dos partes: a) la exploración, que suponía una familiarización con la esfera de la vida social en estudio; y b) la introspección, el análisis de datos y el establecimiento de relaciones genéricas. Todo lo cual no podía tener otra consecuencia que la propuesta de una metodología cualitativa, alejada de los cánones científicos mejor establecidos en la disciplina. Discípulos suyos (ver Strauss, 1.987) continúan proponiendo una metodología cualitativa como la más apropiada para el conocimiento científico.

El trabajo de Manford H. ***Kuhn,*** a la cabeza de la escuela de Iowa, difiere de Blumer en varios aspectos. Si el énfasis de este último residía en la imposibilidad de determinar el comportamiento humano, el interés del primero se centraba en una explicación de la regularidad y estabilidad del medio social. Kuhn se apoya en la teoría de rol para establecer una continuidad entre el comportamiento personal y la estructura social, la cual es considerada como una red de posiciones junto con los roles que acompañan a éstas. La estructura social, una vez creada, constriñe la interacción (Stryker, 1.980, p.100). Sin embargo, éste autor considera excesiva la importancia dada por la teoría de rol a las expectativas de rol y al desempeño de éstos, pues redundan en una imagen sobredeterminada

[17] Cf. a este respecto el concepto de 'grounded theory' de Strauss (Glaser y Strauss, 1.967).

del comportamiento social[18].

Para él, hay que ocuparse más de la asunción de roles ('role-taking'), como elemento fundamental para explicar la relación entre estructura social y comportamiento, relación que se establece a través de la persona ('self') que toma la actitud de los otros. Y esto porque los individuos dirigimos nuestro comportamiento en términos de identificaciones subjetivas, que son internalización de las posiciones que ocupamos. De especial importancia son las prescripciones internalizadas procedentes de los grupos de referencia.

Por tanto, la persona ('self') se constituye en un elemento básico de su concepción, que él considera como un conjunto de actitudes, de manera congruente con la consideración de Mead de la persona ('self') como un objeto para sí mismo (Kuhn y McPartland, 1.954). La persona ('self') tiene además un núcleo ('core self'), un conjunto estable de significados asociados a ella, producto de las expectativas de los grupos en los que interactúa, y que es responsable de dar estabilidad a la personalidad y predictibilidad al comportamiento (ibíd., p.102).

Al consistir en una serie de actitudes o significados, la persona ('self') se convierte en algo medible. Consecuentemente, Kuhn preparó, junto con McPartland, una prueba abierta (el 'Twenty-Statements' Test) para investigar estas actitudes, que consistía en preguntar simplemente a los sujetos "¿Quién eres?" y dejarles veinte espacios libres para recoger sus respuestas. Estos autores observaron la preponderancia y mayor presencia de lo que llamaron 'referencias consensuales', que corresponderían básicamente a las identidades sociales tal como las definió después Tajfel, sobre las 'no consensuales', que se acercan más a lo que consideramos rasgos personales. Es dudoso que lo que mida este test sean realmente

[18] Probablemente parte de la teoría de Blumer se pueda entender como reacción a la teoría del rol en este aspecto.

autoactitudes, antes bien parecen referentes identitarios desprovistos de cualquier tipo de contenido. Esta concepción de la identidad como una serie de significantes que posee el sujeto tampoco parece especialmente adecuada.

Lo que muestra el desarrollo de este test es la actitud de Kuhn ante los aspectos metodológicos de la investigación social. Era partidario, como se puede apreciar, de especificar los conceptos teóricos de forma que fuera posible medirlos de manera apropiada, lugar donde radica la mayor discrepancia con respecto a Blumer, y que ha sido objeto de una controversia que ha durado varias décadas a través de los discípulos de ambos.

Han sido muchos los continuadores de las obras tanto de Blumer como de Kuhn. Ante la difícil tarea de elegir aquellas aportaciones de las que ocuparnos, hemos seleccionado autores en base al interés que tienen para nuestro objetivo, así como por su importancia dentro de la corriente interaccionista. En concreto, trataremos de la producción de Strauss y Shibutani (más cercanos a la escuela de Chicago), así como de la de McCall y Stryker (más próximos a la escuela de Iowa).

Anselm L. ***Strauss*** fue el primero de los grandes discípulos de Blumer. Su teoría se interesa especialmente por los aspectos procesuales de la vida social, necesitando de explicación no tanto el cambio social como la dirección que éste toma (Strauss, 1.959, apud Lauer y Handel, 1.977). Estos cambios se reflejan también en la vida individual: los individuos experimentan cambios en su identidad en el paso por diversas posiciones sociales. Los procesos implican interacción, que es donde aparecen los aspectos creativos que redefinen y producen cambio en las situaciones, y así también en la estructura social, pues la vida social puede considerarse como estructuras en proceso. Posteriormente, Strauss (1.978, apud Munné, 1.989) ha propuesto el concepto de negociación u orden negociado, como clave en el proceso de construcción y reconstrucción del orden social.

Para Strauss, la teoría tenía que estar fundada en la investigación ('grounded theory', Glaser y Strauss, 1.967). Por ello, si bien su labor investigadora comenzó con investigaciones cuantitativas, la mayor parte de su trabajo empírico ha tomado la forma de investigación de campo, con un papel importante concedido a la observación. Reseñar especialmente sus investigaciones en hospitales sobre profesiones, organización y sociología de la salud (ver Lauer y Handel, 1.977).

Por último, el lenguaje es, según él, tanto un factor de cohesión como un mecanismo organizador de cogniciones, emociones y acciones (Lauer y Handel, 1.977). Como cohesionador, el lenguaje proporciona el medio común a través del cual se constituyen las unidades sociales. Como mecanismo, el pensamiento depende del lenguaje del que disponemos; de igual manera, el lenguaje también incorpora en sus conceptos las acciones que son adecuadas respecto a éstos.

Otro discípulo importante e interesante de Blumer fue Tamotsu ***Shibutani***, cuyo punto de partida es la comunicación, de la que la naturaleza humana y el orden social son productos (Shibutani, 1.961, p.32). La comunicación hace posible la adaptación recíproca entre los hombres interdependientes, es decir, los que pertenecen a un mismo grupo. La cultura grupal consiste en modelos de conducta apropiada que surgen en dicha comunicación. La acción grupal se constituye con los fragmentos de actividad de varias personas, cada una desempeñando su rol. Por ello, los roles sólo adquieren sentido en relación con otros, son recíprocos (ibíd., p.53). La adaptación recíproca y, por tanto, la comunicación son posibles porque cada persona puede convertirse en objeto de sí mismo mediante la asunción de roles (ibíd., p.89).

A Shibutani le interesa especialmente el control social, posible porque la interacción está regulada recíprocamente de modo regularizado. Y lo que es más, toda persona es un

agente de control de su grupo, pues la costumbre se refuerza con lo que se aprueba y desaprueba en la interacción (ibíd., p.63). Sin embargo, las normas no dictan la línea de acción, sino que no son más que modelos o sobreentendidos convencionales. El control social se convierte en autocontrol, producto de la capacidad humana de constituir un sí mismo ('self'), que posibilita la reorientación de la conducta en función de cómo la persona se imagina ser percibida por los otros en la interacción (ibíd., p.92).

Para finalizar, este autor desarrolla una teoría de la identidad interesante. Señala el sentido de identidad que tiene cada persona como proveniente de la continuidad de las experiencias, así como del sentido de autonomía personal, que parece otorgar cierto control sobre el propio destino[19]. De manera congruente, la persona desarrolla una autoconcepción relativamente estable. Una autoconcepción es el significado que la persona tiene para sí misma, teniendo en cuenta que el significado, para Shibutani, es antes una propiedad de la acción que de los objetos, de forma que las acciones de un hombre dependen del tipo de persona que piensa que es.

Shibutani considera el origen social de la autoconcepción al afirmar, desde Cooley, que ésta es reflejo de cómo la persona es considerada por la sociedad de la que forma parte (ibíd., p.224). Además, las autoconcepciones surgen por la reconstrucción de las experiencias en función de las categorías lingüísticas (rasgos, actitudes, motivos, etc.) de que dispone el grupo. Por otro lado, el sentido de identidad se pone constantemente a prueba en la interacción social, confirmándose a medida que otras personas se comportan de acuerdo con las expectativas, configurando un modo coherente en el que es tratada la persona y que cristaliza en esa autoconcepción más o menos estable (ibíd., p.228).

---

[19] Harré (1.983) ha desarrollado posteriormente una concepción con una cierta similitud diferenciando entre el sentido y el hecho de la identidad (ver más adelante).

Vayamos hacia las inmediaciones de Kuhn. Nos ocuparemos del pensamiento de George J. ***McCall***, como valedor de una teoría de la identidad (McCall y Simmons, 1.966) que incorpora elementos procedentes del modelo dramatúrgico de Goffman, alejándose con ello de su maestro, aunque no así en los planteamientos metodológicos. McCall otorga considerable importancia a la persona ('self'), en la que distingue, desde Goffman, tres aspectos: el actor (el yo de Mead), la audiencia interna (el mí) y el personaje ('character'), que, si la actuación es correcta, la audiencia identificará con la persona ('self'). Esta concepción permite a McCall considerar una diferente concepción, también desde Goffman, de lo que es el rol. Si el personaje es una organización distintiva de características personales ratificado en la situación, el rol es la línea plausible de acción expresiva de la personalidad del personaje. Ambos se determinan conjuntamente con la audiencia. Esto le posibilita criticar la teoría de rol, teniendo en cuenta la vaguedad de las expectativas de rol, lo cual imposibilita que sirvan de guías para la acción.

Las identidades ('role-identities') son constituidas por el personaje y el rol que un individuo prefiere para sí como ocupante de una posición social (McCall y Simmons, 1.966, p.65). Suponen, pues, una visión imaginada de uno mismo (de nuevo la herencia de Cooley), más bien idealizada, que refleja los intereses interactivos del individuo en el contexto. La importancia de estas imágenes reside en su influencia como criterio para la evaluación de posibles planes de acción. Estas identidades presentan dos aspectos diferenciados, a saber, a) el convencional, que incorpora expectativas y estándares de la cultura; y b) el idiosincrásico, la elaboración personal de tales convenciones. Estas identidades sólo pueden mantenerse si son legitimadas, tanto por uno mismo como por los demás a través de una conducta consistente con esa visión imaginada de sí.

Las identidades del individuo forman una compleja organización, que McCall llama

'la persona ideal' ('ideal self'), y que depende de una jerarquía de prominencia, constituida por el apoyo de los demás, el compromiso, las gratificaciones y la inversión en cada una de esas identidades. Esta persona ideal se pone en juego en cada situación, dando lugar a la 'persona situacional' ('situational self'), que depende de la saliencia relativa de las diferentes identidades. El subconjunto de identidades salientes en una interacción constituyen el personaje del individuo en la situación.

La teoría de McCall se acerca, más que otras dentro del Interaccionismo Simbólico, al enfoque sociocognitivo en varios respectos. Primero, la teoría de la percepción que desarrolla, como sujeta a errores y no correcta en la mayoría de las ocasiones (ver McCall y Simmons, 1.966), sería suscrita igualmente por buena parte de los teóricos sociocognitivistas. Por otro lado, su énfasis en los procesos cognitivos (imaginativos) de la persona, que conforman su identidad idiosincrásica, nos recuerda a la insistencia sociocognitiva en las diferencias individuales. Por último, y relacionado con esto último, esa jerarquía de prominencia de la identidad supone una especie de esquema de sí mismo, que redunda en una dependencia, al igual que en la corriente cognitiva, de la saliencia de unos u otros de los contenidos de ese esquema u organización de la identidad en cada situación social.

La preocupación fundamental de Sheldon ***Stryker*** es establecer un tipo de relación satisfactoria entre la estructura social y la persona social, como manera de superar una de las críticas más repetidas, desde la Sociología, al Interaccionismo simbólico. La estructura social estaría compuesta de una serie de posiciones sociales a las que estarían asociados expectativas y roles. Las personas se reconocen mutuamente como ocupantes de esas posiciones. Incluso la persona ('self') queda definida extensamente por las categorías o posiciones que reflexivamente se aplica, y que constituyen su identidad.

Sin embargo, estas expectativas de rol no determinan el comportamiento como tal. Stryker considera que las diferentes posiciones que ocupa el sujeto dan lugar a expectativas diferentes que no permiten servir de guía para la acción. Antes bien, el autor recoge de Ralph H. Turner el hecho de que la conducta es producto de la construcción de roles ('role making'), que se inicia con esas expectativas, pero que se desarrolla de forma tentativa en la interacción (Stryker, 1.980, p.55). Algunas estructuras sociales son más abiertas que otras, posibilitando con ello que predomine la construcción de rol sobre el desempeño de rol ('role playing'), más frecuente en otras situaciones. De igual manera que la estructura social impone unos límites claros sobre la interacción, esta construcción de rol redunda en que la conducta creativa de los individuos dé lugar a una modificación de las propias estructuras.

Si la estructura social constituye un sistema complejo e interrelacionado, la persona ('self') supone una organización diferenciada y compleja, basada en las múltiples posiciones que ocupa el individuo. De nuevo, como en McCall, esto nos conduce hacia la saliencia de cada identidad en la situación, a lo que Stryker añade una conceptualización más completa del compromiso con las diferentes identidades del individuo, la cual conduce hacia una consideración de los aspectos electivos individuales.

Para terminar este repaso por los autores y propuestas más relevantes del Interaccionismo Simbólico, reseñaremos la teoría de la identidad situada, propuesta por C. Norman ***Alexander***. Para él, la teorización en Psicología Social ha de comenzar con las acciones sociales como unidades de análisis, lo que permite evitar una concepción donde esté presente el conflicto entre respuestas individuales buscando su expresión contra una sociedad represora (Alexander y Wiley, 1.981, p.270). La conducta comienza cuando el actor se orienta hacia un campo en el que otros están psicológicamente presentes. Esta conducta se convierte en actividad situada cuando incluye las perspectivas particulares de los demás y es

constreñida por la vigilancia supuesta de los mismos. Estas actividades situadas son un proceso continuo de establecimiento, modificación e incluso destrucción de identidades situadas, concebidas como relaciones entre un actor y su medio en un momento concreto (ibíd., p.274). Alexander basa esta consideración en la afirmación de Goffman de que cualquier cosa que una persona hace ofrece información sobre los atributos que se le pueden imponer y por tanto de las categorías en las que se le puede colocar. Así, las demandas de identidad configuran la pauta para las relaciones de estatus, afectivas, evaluativas y de poder que prevalecerán en una secuencia de actividad dada (ibíd., p.274).

Con esta prometedora caracterización de la identidad, Alexander emprende, junto con una serie de colaboradores, una labor de investigación de laboratorio que muestre la influencia de la identidad situada emergente en el experimento sobre la actuación del sujeto y las reacciones de los otros. Sin embargo, un error capital de este autor es que no establece ningún tipo de distinción entre identidad y rasgos, siendo de hecho rasgos y disposiciones de lo que él trata en sus experimentos. De esta manera, no es posible investigar los contenidos de ciertas identidades, cuyo caracterización es independiente de que el sujeto sea simpático, interesante, egoísta o cualquier otro rasgo. En definitiva, su trabajo remite al interés por los procesos ante que por los contenidos de la identidad, tal como sucede en el sociocognitivismo.

A pesar de la diversidad de énfasis en las diferentes concepciones interaccionistas, sí parece posible establecer una serie de premisas básicas compartidas por la práctica totalidad de los que se consideran pertenecientes a tal corriente. Sería una especie de común denominador que partiría de la consideración de la interacción como base del comportamiento social. Esta interacción es siempre comunicación simbólica que tiene lugar a partir de los

significados que los participantes en la interacción otorgan a las cosas, de ahí la importancia que tiene la definición de la situación.

De esta forma, la interacción se configura como una actividad creadora y convencional al mismo tiempo. Como actividad convencional, la interacción depende de los roles desempeñados por los participantes en ella, así como de las expectativas creadas por estos roles. De igual modo, los significados se configuran socialmente, pues solamente una cierta conjunción de perspectivas puede hacer posible la actividad conjunta. Pero la interacción no está nunca totalmente determinada. En primer lugar, debido a que las expectativas de rol son normalmente vagas, permitiendo un cierto margen de maniobra, e incluso contradictorias, teniendo el individuo que elegir de alguna manera entre diferentes líneas de acción sólo delineadas a partir de las posiciones sociales que ocupa. En segundo lugar, la capacidad reflexiva humana permite ir más allá de las convenciones y buscar una línea de acción que responda mejor a las necesidades individuales o de grupo. Por último, las personas son finalmente las encargadas de dar existencia y continuidad a la estructura social, por lo que ésta depende de alguna manera de que los individuos reproduzcan las relaciones sociales, lo que no siempre ocurre totalmente.

Una de las claves del Interaccionismo Simbólico es, sin duda, el lugar concedido a la reflexividad humana que cristaliza en el concepto de persona ('self') derivado en lo fundamental del pensamiento de Mead. La persona ('self') se constituye a través de la asunción del papel o de la actitud del otro hacia uno mismo, y sin esta socialidad previa no puede existir. El individuo internaliza, pues, el proceso social a través de ésta adopción de la actitud del otro hacia sí. Es esta capacidad reflexiva socialmente constituida la que permite al ser humano actuar de la manera compleja con que lo hace. El enfoque interaccionista ha incorporado esta concepción de la persona ('self') a la explicación científica, de forma que

el comportamiento humano se entiende como derivado de los significados que el individuo concibe como su persona ('self'). Sin embargo, hemos señalado que la influencia de la escuela de Chicago en el Interaccionismo (fundamentalmente Cooley) condujo a sus teóricos a partir de las imaginaciones de los individuos para caracterizar la interacción. Como consecuencia, esta corriente se ha visto en la disyuntiva permanente de suponer una determinación absoluta del individuo por parte de la sociedad de la que forma parte -de ahí la crítica a la teoría de rol-, o bien reservar un espacio para la idiosincrásica expresión de la individualidad personal que finalmente no se puede explicar. Lejos queda la idea de Mead de que la persona ('self') solamente es capaz de innovar expresando de manera más cabal las convenciones de la sociedad de la que forma parte, pues éstas nunca son unívocas. Con ello queda seriamente dañada la concepción de la intersubjetividad en el Interaccionismo.

La concepción de la persona ('self') dentro del Interaccionismo no difiere en lo fundamental del empleo que realizan sus teóricos del concepto de identidad. Desde nuestro punto de vista, es preferible éste último, pues el 'self' parece implicar una instancia interior al individuo, como algo que se posee, lo cual no parece especialmente adecuado (ver apartado III.2.1.). Por otro lado, el interés por el 'self' es compartido, como hemos visto, por la Psicología Social cognitiva, que sostiene una parecida perspectiva de raíz fenomenológica, si bien las diferencias son muy apreciables a otros respectos. Sin embargo, la preocupación por un tema común puede traer líneas de contacto entre ambas corrientes.

El hecho de que el desarrollo del Interaccionismo Simbólico se haya producido en buena medida a partir de la obra de un filósofo, Mead, ha supuesto que en esta corriente la teoría, aun con todas las variantes existentes, haya primado sobre la producción investigadora. En efecto, Mead se limitó a producir, en lo que concierne a la Psicología Social una brillante teoría de la intersubjetividad, lo que configuró un marco genérico difícil

de traducir en consideraciones metodológicas, al menos desde la perspectiva del método científico dominante. Por eso, el debate metodológico ha sido tan importante en el desarrollo del Interaccionismo, si bien tanto unos como otros no consiguieron apreciar la clave de la cuestión. Esto es así debido a que el énfasis en los aspectos simbólicos de la interacción han ocultado el mecanismo lingüístico que permite tal simbolización. Solamente el estudio del lenguaje tal como se utiliza en la interacción puede aportarnos un conocimiento adecuado de los significados (roles, identidades) presentes en ella, y solamente en base a estos significados es posible comprender la interacción social. Para ello, es necesario construir tanto una teoría del lenguaje, como una metodología que recoja sus peculiaridades y las emplee para la obtención de conocimiento científico. Por eso, dedicaremos nuestra atención a las corrientes que han formulado una teoría del lenguaje más prometedora, integrando las influencias de Wittgenstein y Austin. Antes de ello, es imprescindible tener en cuenta desarrollos afines al Interaccionismo Simbólico, como son el enfoque dramatúrgico de Goffman, la fenomenología de Berger y Luckmann y la Etnometodología.

5. 3. ERVING GOFFMAN.

El estatus de Erving Goffman como integrante del Interaccionismo Simbólico es objeto de controversia desde poco después de la publicación de sus primeros trabajos. Y es que su obra guarda tanto una similitud con algunos principios básicos de esta corriente, como una enorme diferencia en otros aspectos. El trabajo de Goffman es interaccionista en la medida en que su interés primero reside en el estudio de la interacción cara a cara: su

estructura y las normas que la rigen. De igual modo, Goffman coincide con los interaccionistas en una cierta perspectiva fenomenológica, que toma en consideración la manera en que las personas otorgan significados a la interacción en la que están inmersos, si bien en este autor se aprecia un mayor énfasis en los aspectos normativos de la interacción, más que en el proceso de negociación de los significados de la misma (Lauer y Handel, 1.977). Pero, en definitiva, ambos comparten la visión de tales significados como un producto social que es actualizado en cada interacción por los participantes en ella.

Uno de los rasgos más distintivos de este autor norteamericano es su desinterés por ofrecer un marco general integrado de su pensamiento, algo inexistente en su producción. Como vamos a ver, los conceptos que utiliza surgen como una necesidad del campo de estudio del que se ocupa en ese momento. Por ello, la glosa de su obra se convierte en una tarea nada sencilla, pues supone dar unidad a un trabajo que en principio no la tiene. Respecto al objeto de nuestro interés, si bien dispersa y poco articulada, el análisis de la interacción que realiza, como realización dramática y estratégica con consecuencias para la identidad personal, resulta de enorme importancia para la labor investigadora que hemos emprendido[20].

De todos modos, sí parece posible seguir unas líneas recurrentes. Para ello, vamos a emplear los tres niveles de abstracción objeto de su interés, y que él menciona brevemente en su primera obra importante (Goffman, 1.959). Se trata de la personalidad individual, la interacción y la sociedad (ibíd., pp. 258-259), tres niveles interrelacionados y articulados entre sí, aunque quizá otorgue una preponderancia a la interacción sobre los otros dos niveles.

---

[20] No es tampoco desdeñable la influencia que ha ejercido Goffman en autores que vamos a tratar posteriormente. Nos referimos especialmente a Harré.

Como consecuencia de consagrarse al estudio de la interacción social cotidiana, Goffman dejó a un lado el análisis de la estructura social más amplia. Esto no quiere decir que el *contexto social* esté ausente de su obra. Antes al contrario, para Goffman, la sociedad está presente hasta en la más pequeña de las interacciones cotidianas, incluso en aquellas que normalmente son consideradas como el espacio de la subjetividad. La interacción social está reglada, se encuentra apoyada en normas sociales que sirven de guía para la acción (Goffman, 1.971, p.108). De ahí, su especial dedicación a las regularidades que es posible encontrar en la interacción cotidiana como medio de poner al descubierto alguna de esas reglas, por supuesto limitadas a un espacio y a un tiempo determinado -normalmente la clase media norteamericana contemporánea a su trabajo, aunque también se ocupó de las instituciones totales, de las personas estigmatizadas, etc.

Las normas sociales llevan conexa la posibilidad de una sanción en caso de incumplimiento, la cual no es llevada a efecto solamente por instituciones sociales, sino que los propios actores se convierten en agentes coercitivos sociales, siquiera por su adhesión a las normas prevalecientes en un contexto determinado. Pero el incumplimiento de estas normas no tiene consecuencias solamente para la interacción. La persona que incumple una norma puede quedar desacreditada como actor social competente, es decir, la propia identidad personal queda en entredicho. Existe aún otra manera mediante la cual la sociedad influye en el sistema de personalidad: el medio social establece las categorías de personas que se pueden encontrar en él (Goffman, 1.963, p.12).

Cada participante en la *interacción* tiene una actuación que desarrollar, que si se repite se convierte en una relación social, constituida por roles que definen los derechos y deberes de los interactuantes (Goffman, 1.959, pp. 27-28). Por supuesto, son múltiples los posibles roles que una persona puede desempeñar a lo largo de su vida social. Cada nueva

interacción, pues, ha de ser definida por los participantes para establecer los límites del comportamiento posible -los del rol a desempeñar- en esa ocasión y para dar significado al encuentro, todo lo cual da a esta interacción una estructura. La situación se define a través de la actuación de los participantes y su experiencia previa, hasta alcanzar, tras un proceso negociador, un consenso operativo que armonice las diferentes perspectivas y permita la fluidez de la interacción (Goffman, 1.959). Sin embargo, para Goffman la definición de la situación no es un asunto de mera interpretación cognitiva, sino que está sujeta a unas reglas convencionales de interpretación que se ponen en funcionamiento a partir de las acciones de los participantes. Tampoco el diferencial de poder entre los participantes es ajeno al resultado de la negociación, pues cada actor encara la interacción desde su posición de rol que posibilita a la vez que limita las expectativas, derechos y deberes que puede esperar obtener.

Uno de los hallazgos geniales de Goffman es lo que se ha venido en llamar la perspectiva dramatúrgica, que, si bien la metáfora de la interacción como representación teatral puede resultar problemática llevada al extremo, ha puesto de relieve los aspectos de representación de toda actuación individual. La persona no sólo ha de desempeñar correctamente su rol, sino que ha de hacer saber al resto de los participantes que lo hace correctamente, es decir, ha de dramatizarlo. Goffman ha señalado acertadamente la tendencia de los individuos a dotar a su actividad de signos que muestren la significatividad de los que están haciendo (Goffman, 1.959, p.42), así como de ofrecer una impresión idealizada que ejemplifique los valores aceptados socialmente (ibíd., p.47). De esta forma, el individuo intentará establecer un control de la información que da a los demás e incluso la que se desprende, más o menos voluntariamente, de él.

Todo esto abre las puertas a la posibilidad, frecuentemente vivida por otra parte, de una representación estratégica que dé una impresión a los demás que no se corresponda con

la actuación que el individuo realiza y que prefiere ocultar. Pero más allá de esta posibilidad de mentir, el asunto no se limita simplemente a considerar si el participante es sincero o (se) engaña, es la propia relación social la que está organizada como una escena (Wolf, 1.979). Goffman (1.959) señala que establecer una dicotomía entre las actuaciones reales y las construidas (falsas) supone un pobre análisis de vida social. Y es que en general las personas tendemos a considerar nuestras actuaciones como reales, no ideadas, y solamente cuestionar en su caso la realidad de las actuaciones de los otros.

En cualquier caso, toda interacción requiere de esa representación para sostenerse, pues al fin y al cabo existen unas normas de interpretación de las actividades de las personas en la interacción, de forma que si no se da la impresión de estar haciendo una actividad concreta (aunque de hecho se esté realizando) el resto de los interactuantes dudarán de que se esté llevando a cabo correctamente tal actividad. Este aspecto escénico de la representación se basa en la capacidad de las personas de ponerse en el lugar del otro y saber cuáles son sus intereses y su posible línea de acción, siendo precisamente esta característica del ser humano la que permite la utilización estratégica de la interacción. Como consecuencia, los interactuantes están constantemente a la búsqueda de indicios que puedan contradecir la impresión fomentada por los demás, a la vez que cada uno se preocupa de que su actuación no pueda ser puesta en duda por los otros. Si la impresión de realidad fomentada se quiebra el individuo pierde la confianza que los demás tenían en él y queda cuestionado como interactuante, por lo que tendrá que proceder a una labor correctora que muestre su inocencia o repare el daño (Goffman, 1.971).

De todos modos, la definición de la situación y los aspectos de representación de toda

actuación no sólo tienen consecuencias para la interacción, sino también para el yo ('self')[21] o la *personalidad* del sujeto. Cuando una persona se presenta ante otros y define la situación, está demandando ser un determinado tipo de persona y ser valorado y tratado consecuentemente (Goffman, 1.959, p.25), de igual modo que las apariencias de esos otros orientan su actuación al convertirse en promesa de verdad sobre ellos y de ahí el carácter moral de toda representación (ibíd., p.266). De esta manera, cuando se produce una infracción la persona no sólo ha de repararla para así recuperar su posición de interactuante moral, sino que ha de enfrentarse a la difamación de su yo ('self') que se deriva de su pasada actuación incorrecta. Ha de librarse de las implicaciones caracteriológicas negativas de lo que hace (Goffman, 1.971, p.140).

Sin embargo, esta demanda de ser una determinada persona no es una mera elección individual que responda a unas características internas a la persona. El yo ('self') es un producto de la escena representada (Goffman, 1.959, p.269). Cuando una persona representa un rol o un personaje, se encuentra con que se le atribuye un yo ('self') determinado, con lo que tendrá que expresar las características apropiadas a ese yo (Lauer y Handel, 1.977). Así pues, el yo ('self) es un atributo de los roles sociales en determinadas situaciones. Como consecuencia, todo participante en una institución social tendrá que aceptar una concepción de su identidad como miembro de ella, tal como la institución concibe a sus miembros, en lo cual está implícita una concepción de ser humano (Goffman, 1.961, p.180).

Goffman ha propuesto una diferenciación entre dos instancias personales: el yo ('self') como actor y el yo como personaje. El yo-actor representa las capacidades innatas humanas que posibilitan su carácter dramático, su capacidad de desempeño de rol y su capacidad

---

[21] En el caso de Goffman hemos encontrado más adecuada la traducción como 'yo' del concepto de 'self', sin haber olvidado los problemas que tiene toda traducción de este término, como señalamos en el caso de Mead.

imaginativa (Goffman, 1.959, pp.269-270)[22]. El yo-personaje es el yo representado y producto de la escena, y que es atribuido a la persona que representa. Vemos, pues, que Goffman no supone ninguna instancia que recoja el poso global y estable que pueden dejar los diversos personajes representados. Sin embargo, es consciente de que en la vida social a las personas se les atribuyen una serie de características, incluso existe una especie de norma social que 'exige' que las personas posean unos atributos y cualidades. Lo cual no significa para él que esas características que el individuo proclama poseer o que le son atribuidas sean algo más que un producto de los personajes representados.

Estos desempeños de rol son los que forman la identidad social de la persona (Goffman, 1.963, p.12)[23]. Frente a ella, Goffman sitúa la identidad personal, que recoge los elementos de unicidad de cada ser humano, que para él son la marca de identidad (la imagen) y la combinación única de los acontecimientos de su historia vital. Dada la diversidad de identidades sociales de cada persona, un atributo vital de la identidad personal reside en el manejo de la información concerniente a esas identidades sociales en el transcurso de la interacción (ibíd., p.81), pues un acceso excesivamente abierto a la información personal puede exponer en demasía al individuo y dificultar su representación. La identidad personal se expresa también en las variaciones en el desempeño de rol, en forma de la distancia entre su comportamiento y los requerimientos normativos de la situación. Como señala Goffman, "nuestro sentido de ser persona puede venir de ser introducidos en

---

[22] Existe una cierta similitud entre el yo-actor goffmaniano y el yo de Mead por su carácter de entidad presocializada o psicobiológica. McCall ha visto también tal posibilidad cuando en su estructura tripartita de la persona recoge el actor y lo equipara con el yo meadiano (ver más arriba).

[23] En esta obra, Goffman basó en la identidad social el análisis del estigma, como una discrepancia entre la identidad social virtual -las demandas que formulamos derivadas de las expectativas de nuestra identidad social- y la identidad social real -los atributos que pueden demostrarse para que se acepten o no esas demandas.

una unidad social mayor; nuestro sentido del yo ('selfhood') puede elevarse a través de las pequeñas formas en que resistimos la presión" (1.961, p.320).

En cualquier caso, esto no quiere decir que esa expresión de la identidad personal sea una manifestación de un yo personal auténtico. Antes bien, las discrepancias de rol son posibles por proceder del mismo lugar que los materiales con los que construimos la identificación personal, que no son otros que las distintas identidades sociales de la persona (íd., 1.963, p.82). La coherencia del yo ('self') es importante para el mantenimiento del orden social contra las acciones estratégicas (Lauer y Handel, 1.977). Sin embargo, la coherencia de la representación individual sólo puede tener como referente la interacción concreta donde se desarrolla. Es en cada interacción donde se espera coherencia entre identidad social, identidad personal, relaciones sociales y el carácter moral de cada participante (Goffman, 1.971, p.215). La identidad sólo podrá ser mantenida en la medida en que sea apoyada por los otros interactuantes, y dada la gran diversidad de situaciones sociales, la única forma de mantener la impresión de coherencia es a través del control de la información y de la realización dramática. Estos son los materiales blandos con lo que se construye la identidad.

La labor que hemos acometido en estas páginas, la de glosar la rica y compleja obra de Erving Goffman, ha puesto de manifiesto tanto las brillantes aportaciones como las debilidades de su trabajo. Las publicaciones goffmanianas recogen una gran cantidad de material, ya sea propio, de estudios de campo de otros investigadores, referencias literarias, en definitiva, cualquier cosa que considere pertinente para ilustrar el tema del que ocupe en ese momento. Esta diversidad de materiales empleados le ha supuesto una importante crítica metodológica de un amplio sector de la Psicología Social, el cual afirma que sus ideas son indemostrables. De mayor calado parece la afirmación que observa en Goffman una difusión

conceptual, motivada por carecer su obra de una verdadera labor de unificación a este nivel.

En cualquier caso, hay dos aportaciones de Goffman que nos parecen claves para el desarrollo de este trabajo. En primer lugar, la consideración de la interacción social cotidiana con especial énfasis en sus aspectos de representación. Con ello, este autor ha conseguido explicar de una manera coherente los elementos dramáticos presentes en toda interacción como un ingrediente siempre presente y esencial para su normal desarrollo. Por ello, no tienen sentido las críticas que apuntan en Goffman una concepción del ser humano como mero manejador de impresiones preocupado por las apariencias. Lo que él afirma es que en cualquier interacción resulta imprescindible hacer ver a los demás que se está actuando adecuadamente para hacer posible un correcto desarrollo de la misma que no ponga en peligro el consenso de trabajo alcanzado. Aunque Goffman limite, razonablemente por cierto, sus análisis y conclusiones a la clase media norteamericana, nos atrevemos a afirmar que tanto la dramatización de la propia actuación como la posibilidad siempre presente de su utilización estratégica en beneficio propio no son algo limitado a nuestro tiempo -pensemos sin ir más lejos en 'El príncipe' de Maquiavelo.

En segundo lugar, Goffman ha sabido conectar acertadamente la interacción con la identidad de los individuos. Por un lado, por constatar que la actuación personal tiene consecuencias para la identidad personal y social, pues ésta es puesta a prueba, y ratificada en su caso, en cada encuentro. Por otro, porque ha sido uno de los primeros autores en disolver de alguna manera la identidad en las relaciones de la persona. En efecto, este autor no afirma la existencia de un núcleo estable de la personalidad que caracteriza al individuo más allá del que pudiera derivarse de una continuidad relacional. En este sentido, se ha adelantado a los integrantes de la corriente que forman de lo que hemos denominado el giro

sociodiscursivo en la Psicología Social[24].

5. 4. LA ETNOMETODOLOGÍA.

El espacio que dedicamos a continuación a la corriente etnometodológica se debe, no ya a una teoría de la identidad de la que carece, sino más bien al interés de Harold *Garfinkel* y sus seguidores en las prácticas discursivas, con lo que se han erigido en una de las más claras influencias de las corrientes alternativas posteriores.

El punto de partida de Garfinkel, al igual que el de Goffman, es la interacción cotidiana. Sin embargo, mientras que este último se centró en la estructura de esa interacción, al primero le preocupa sobremanera la forma en que los individuos construyen su mundo social a través de esas realizaciones prácticas. De esta forma, la teoría de Garfinkel se convierte en una sociología del conocimiento de sentido común, en buena parte influida por la fenomenología, sobre todo desde Alfred Schutz. De él se derivan las ideas etnometodológicas sobre la intersubjetividad, basada según la fenomenología en un mundo común de significados compartidos que permite a las personas comunicarse mediante un ajuste recíproco de perspectivas. Es este mundo compartido dado por supuesto el que Garfinkel pretendiera hacer manifiesto en sus investigaciones a través de la problematización de las situaciones cotidianas, rompiendo las prácticas y las expectativas que implícitamente se realizan en la interacción social (Garfinkel, 1.967).

Si bien la existencia de este mundo de significados compartidos es indudable, es en

[24] A este respecto ver el concepto de yo relacional de Gergen (1.991).

las prácticas cotidianas donde se construye el significado de la interacción a través de las prácticas discursivas que dan cuenta de la realidad. Esto es posible gracias al carácter reflexivo de las prácticas explicativas ("accounting practices", ibíd., p.1), que a la vez que transmiten una información crean el contexto en el que pueden ser entendidas (Wolf, 1.979). Estas prácticas explicativas poseen una lógica y una racionalidad de sentido común que se reconoce en el uso que los individuos hacen de las actividades cotidianas. Su importancia radica en su inevitabilidad como instrumento para afirmar la racionalidad y coherencia de los cursos de acción emprendidos. Por otro lado, la insistencia de Garfinkel en la situacionalidad del discurso, pero también de la acción, tiene su correlato en una propiedad predicada sobre el lenguaje, la indexicalidad, esto es, el hecho de que muchas expresiones sólo adquieren su significado en la situación concreta, donde queda marcado por referencias a persona, espacio y tiempo.

De esta manera, las prácticas discursivas se convierten en el objeto de estudio preferido de los etnometodólogos como lugar privilegiado de acceso a la realidad construida en cada situación. Con ello, la realidad pierde su carácter objetivo para convertirse en algo de lo que se debe dar cuenta en cada situación para permitir los logros prácticos en juego. Es pues este estudio de las prácticas discursivas situadas como constructoras de realidad lo que se ha convertido en la mejor herencia del movimiento etnometodológico.

5. 5. PETER L. BERGER.

El trabajo de Peter L. Berger tiene en común con la etnometodología la influencia

recibida de la obra de Alfred Schutz, en el caso de Berger como discípulo directo, y su interés por la manera en que los individuos construyen la realidad, lo cual se convirtió en éste en una sociología del conocimiento basada en la vida cotidiana de los sujetos.

Esta vida cotidiana se fundamenta en los procesos mediante los cuales se construye un mundo intersubjetivo común, que permite establecer una correspondencia entre los significados propios y los de los otros (Berger y Luckmann, 1.967, p.41). La experiencia individual de la vida cotidiana es la interacción social, especialmente en las situaciones cara a cara (ibíd., p.46), la cual se basa en esquemas tipificadores recíprocos que pautan las actividades respectivas. En ella juega un papel especialmente importante el lenguaje, como sistema de signos objetivado que permite la tipificación y la existencia de un conocimiento social compartido.

La tarea de la sociología del conocimiento sería el análisis de la construcción social de la realidad (ibíd., p.15)[25], teniendo en cuenta el carácter dual de la sociedad, como facticidad objetiva que determina la conciencia individual -tradición durkheimiana-, y como significado subjetivo que sólo existe en tanto en cuanto los individuos tienen conciencia de ella -tradición weberiana (ibíd., pp. 35 y 103). Es, pues, una visión dialéctica del mundo social con dos momentos distinguibles analíticamente, la sociedad como realidad objetiva y la sociedad como realidad subjetiva.

La sociedad como realidad objetiva se basa en la institucionalización, que "aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores" (ibíd., p.76), es decir, se trata de un conocimiento objetivado y accesible a los integrantes de un determinado grupo social a través de la objetivización lingüística. El actor se identifica

[25] Esta idea ha dado nombre a toda una corriente de la Psicología Social actual, el construccionismo social de Gergen.

con las tipificaciones de comportamiento objetivadas socialmente (roles), dando lugar al 'yo social', una parte del yo que se objetiviza como ejecutante de la acción, mientras que todo el yo se distancia subjetivamente del desempeño de rol (ibíd., p.97). Una vez institucionalizados, los universos simbólicos han de legitimarse para mantenerse plausibles, lo que implica un continuo proceso de explicación y justificación.

Como realidad subjetiva, la sociedad, preexistente a los individuos concretos, es internalizada por ellos mediante la socialización primaria -identificación con los otros significantes- y la socialización secundaria -internalización de submundos institucionales. La socialización primaria es la que se internaliza más firmemente, pues se experimenta no como uno de los mundos posibles, sino como "el mundo tout court" (ibíd., p.171), lo que da lugar a la aparición del otro generalizado como abstracción de los roles y actitudes de los otros significados (p.169). El yo se constituye así como una entidad reflejada en la medida en que solamente por la identificación con los otros significantes es capaz el individuo de identificarse a sí mismo y "adquirir una identidad subjetivamente coherente y plausible" (p.167)[26].

Para Berger y sus colaboradores, la identidad se forma en procesos sociales y es mantenida o transformada por relaciones sociales (p.216). La identidad individual supone una ubicación en un mundo determinado, dentro de unos horizontes y de unas significaciones sociales determinados (p.168). De hecho, cada sociedad da lugar a tipos de identidad característicos que forman el repertorio de las identidades individuales posibles. Sin embargo, no se trata de un proceso unilateral, sino dialéctico entre la identidad objetivamente atribuida y la subjetivamente asumida.

En otro trabajo (Berger, Berger y Kellner, 1.973), Berger y sus colaboradores

---

[26] La deuda con Mead es clara y explícitamente reconocida por los autores.

desarrollan una teoría de la identidad en la sociedad moderna, caracterizada por cuatro elementos principales. En primer lugar, la identidad moderna es especialmente abierta, pues puede ser objeto de importantes transformaciones o realizaciones sucesivas de una serie de posibles identidades (ibíd., p.75). En segundo lugar, la identidad es especialmente diferenciada, ya que el individuo experimente una pluralidad de mundos sociales distintos, lo que le hace relativizarlos con la consecuencia de que la experiencia subjetiva del individuo de sí mismo se le hace más real que su experiencia del mundo social objetivo. En tercer lugar, la identidad es especialmente reflexiva: la realidad social siempre cambiante obliga al individuo a una reflexión continua no sólo sobre el mundo sino también sobre su propio yo. Por último, la identidad es especialmente individuada, pues por todo lo anterior el individuo deviene la unidad fundamental de análisis al girar todo alrededor suyo.

Estas características de la identidad, como "indeterminada, transitoria y propensa al cambio" (ibíd., p.76), producen tanto una sensación de libertad como una crisis permanente de identidad, que se traduce en una alta probabilidad de frustración y alto grado de nerviosismo. Por mor de esta cierta posibilidad de elección y la pluralidad de mundos sociales, aparece una mayor necesidad de planificación de la vida, un proyecto vital que se constituye en fuente primaria de identidad, pues no sólo se planifica lo que se va a hacer, sino también el tipo de persona y el estilo de vida que se quiere mantener (p.73). La importancia de este proyecto vital es tal que incluso las significaciones de la vida diaria se derivan de estos planes futuros. Por otra parte, la planificación de la vida está relacionada necesariamente con el entremado general de significaciones de la sociedad (p.74).

En definitiva, el trabajo de Berger y sus colegas, especialmente Thomas *Luckmann*, posee la virtualidad de haber relacionado inteligentemente la identidad con la producción social del conocimiento en la interacción y a través del lenguaje. Además, su análisis de la

identidad tiene un componente histórico del que carece la mayor parte de la reflexión sobre el tema en Psicología Social. Por ambas cosas merece ser tenido en cuenta en cualquier análisis sobre la identidad.

6. EL GIRO SOCIODISCURSIVO EN PSICOLOGÍA SOCIAL.

Bajo esta denominación pretendemos reunir todas aquellas corrientes alternativas actuales de la Psicología Social que se han hecho eco de una concepción del lenguaje como formador de realidad, especialmente a partir de las aportaciones de Wittgenstein y Austin. A pesar de la diversidad de planteamientos, es posible identificar una serie de presupuestos comunes a los autores y escuelas de los que nos vamos a ocupar. Como señala Ibáñez (1.990), las corriente alternativas contemporáneas comparten un claro antipositivismo metodológico, el carácter construido de las realidades psicosociales, la importancia concedida al lenguaje y a la significación, la atención prestada a la racionalidad práctica y a los procesos de la vida cotidiana y una preocupación por las implicaciones de la propia reflexividad del conocimiento.

En lo que concierne a la concepción del sujeto y la identidad, el ser humano se caracterizaría por ser un agente parcialmente autodeterminado, capaz de autorreflexión y autointervención. Cuestionan la posibilidad de acceder a una instancia interna, el yo ('self'), que sea posible describir exhaustivamente mediante el trabajo empírico. La concepción de la persona sobre sí misma deriva de las prácticas discursivas empleadas en la cultura para la descripción de sus miembros, es decir, de las teorías sobre el yo de sentido común. De

esta manera, cobran gran importancia las autonarraciones o autodiscursos que el sujeto elabora en base a esas teorías y con las que construye su individualidad.

En concreto, nos vamos a ocupar y de la etogenia de Harré, del construccionismo social de Gergen y Shotter y de la escuela del análisis de discurso (Potter y Parker).

6. 1. LA ETOGENIA.

La etogenia es una corriente de la Psicología Social, preconizada especialmente por *Rom Harré* y que resulta difícil de clasificar, debido a las diferentes influencias que incluye. En concreto, la obra de Harré es especialmente deudora de la Teoría de la acción de la Escuela de Oxford por su concepción de la agencia y la importancia concedida a la misma. Por otro lado, es clara la influencia del Interaccionismo Simbólico (Mead), así como de la Etnometodología y la dramaturgia goffmaniana. Por último, y de ahí la justificación para ubicarlos en este momento del capítulo, se hace también patente la influencia del segundo Wittgenstein y, con ello, su teoría del lenguaje (ver Ibáñez, 1.990). De la obra de Harré nos vamos a interesar principalmente por las dos primeras obras de su trilogía sobre el ser humano ("El ser social" y "El ser personal"), por ser las más relevantes de cara a la fundamentación de una teoría sobre la persona y su identidad[27].

El programa etogénico pretende identificar los mecanismos que generan la conducta social. Lo que interesa es investigar la forma en que la acción social se da en la realidad, en

[27] A pesar de que Harré tiene una extensa producción posterior sobre el mismo tema o cuestiones relacionadas, pensamos que ésta no ha venido a modificar en ningún aspecto sustantivo el pensamiento de Harré, y de ahí que nos hayamos centrado en estos trabajos.

particular su aspecto convencional (reglas y pautas sociales). Esta acción social tiene lugar en un mundo moral, lo que permite entender las reglas no como determinantes de la acción, sino como posibilidades que tiene el individuo para fundamentar su carácter de persona moralmente responsable y racional y, por tanto, su calidad de interactuante legítimo. Se pueden diferenciar dos órdenes en la acción social, que si bien son inseparables en la realidad, es interesante su distinción analítica: por un lado estaría el orden práctico, la acción social como resolución de problemas; por otro el orden expresivo, la acción social como drama. En el primer caso, la acción social se realiza para la obtención de una meta determinada en el mundo material. En el segundo, lo que está en juego es la presentación de una persona aceptable, con el sentido de valía y dignidad asociado (Harré, 1.979, p.220), lo que nos introduce de plano en el tema de la moralidad.

Esta teoría de la acción pretende sustentar una concepción etogénica del ser social a través de la agencia individual, es decir, la persona como ser autónomo, si bien sin afirmar la libertad incondicionada de la voluntad. El individuo actúa siempre en virtud de algún principio de determinación, consistiendo su autonomía en la posibilidad de pasar de actuar según un principio a actuar según otro. El ser social se constituye de esta manera en la acción pública, en la estructura humana primaria, que, para Harré, son las personas, cada una con su propia localización espaciotemporal, en sus conversaciones. Por tanto, la persona sería "el ser corporeizado ('embodied') socialmente definido y públicamente visible, dotado de todo tipo de poderes y capacidades para la acción pública con sentido" (Harré, 1.984, p.26). Por tanto, persona es un concepto empírico que distingue seres en el espacio público-colectivo.

Frente al ser social, se encontraría el ser personal, el yo ('self'), concebido como "la unidad personal que tomo por mi yo" y que estaría constituido por "un sistema de creencias

que uno tiene de sí mismo" (ibíd., p.26). Es, pues, un concepto teórico, adquirido en la interacción social y, por tanto, relativo a la cultura de la que el individuo forma parte. El yo ('self'), como producción teórica de las mentes humanas, constituye la estructura humana secundaria. Esta teoría que es el yo ('self') deriva del uso de las formas gramaticales pronominales, en especial, las formas indexicales referentes al yo ('I') que le sitúan como posición única dentro del conjunto de personas. En nuestra cultura, el trabajo cultural sobre el yo ('self') toma la forma de una creencia en un núcleo interior activo, caracterizado por tres unidades: de conciencia (unidad de experiencia), de agencia (unidad de acción) y de biografía (unidad histórica).

A pesar de que el yo ('self') es un concepto teórico y producido culturalmente, Harré afirma su realidad, una realidad que sería del mismo tipo que la tienen los conceptos de las ciencias naturales (por ejemplo, el campo gravitacional). La producción cultural de una teoría sobre el ser personal otorga a los juegos de lenguaje del yo ('I') una fuerza referencial respecto a una entidad hipotética que es el yo ('self', ibíd., p.82). Esto supone afirmar que las construcciones sociales, si bien convencionales, una vez creadas se cosifican u objetivizan, con lo que adquieren una condición de realidad innegable, al menos en un contexto determinado y durante un espacio de tiempo determinado. Es este aspecto el que ilustra mejor la concepción realista que mantiene Harré, la cual le permite, en este aspecto, sostener la existencia de una cierta coherencia en la experiencia personal que se hace bastante patente cuando menos en nuestra sociedad, y que resulta un problema no solucionado en la Psicología Social postmoderna.

La virtualidad de la diferenciación apuntada entre estructura humana primaria y secundaria radica en que con ella Harré aborda la cuestión de los aspectos comunes al ser humano -universales- respecto a aquellos específicos y relativos a cada forma cultural. La

estructura primaria, las personas en sus conversaciones, sería la base de la socialidad humana y, por ello, común a todas las sociedades, y se fundamentaría en una común concepción de ser humano como agente corporeizado (ibíd., p.85). La agencia se hace necesaria como universal pues permite que las personas sean capaces de compromiso y responsabilidad, lo cual es posible gracias a la indexicalidad del lenguaje (ibíd., p.161). Respecto a la estructura secundaria habría una gran variedad "en el grado de singularidad con que las personas organizan sus pensamientos, sentimientos, premoniciones y planes como propios" (ibíd., p.85).

Una concepción sustentada en la interacción lingüística como es ésta ha de otorgar necesariamente prioridad al ámbito público-colectivo sobre el personal-privado. Consecuentemente, Harré afirma la precedencia del ser social sobre el ser personal -lo cual le acerca al Interaccionismo Simbólico-, pues éste proviene de "la apropiación del concepto de ser social de nuestras actividades público-colectivas", como una generalización y abstracción de este concepto, "con el propósito de organizar nuestra experiencia como la vida mental de un agente autoconsciente" (ibíd., p.108). Esta apropiación que da lugar al ser personal se realiza lógicamente con los materiales provistos por la cultura, fundamentalmente las formas de hablar sobre el yo ('I') dominantes en la sociedad.

La apropiación constituye una primera fase en el proceso de desarrollo, que consta, según Harré, de cuatro momentos: apropiación, transformación, publicación y convencionalización (ibíd., pp.256-257). La primera supone la creación de mentes, en las que se reflejan las formas lingüísticas y las prácticas sociales. La transformación de las apropiaciones sociales conduce a la creación de un ser personal único. Las innovaciones, mayores o menores, que se hayan podido realizar en la fase anterior llegan al mundo social en este momento denominado publicación. Por último, si la innovación tiene éxito y es bien

acogida se convertirá en patrimonio cultural y se hará convencional. Como se puede apreciar, este esquema es especialmente deudor del trabajo de G.H. Mead, aunque también de la obra de Berger y Luckmann.

La concepción de ser humano de Harré quedaría incompleta si no nos ocupamos de los aspectos morales. En efecto, para este autor, no solamente se necesitan unas capacidades lingüísticas y unas teorías determinadas para poder ser una persona; también es necesario tener derechos para su utilización en el ámbito público (p.265). Un orden moral, inherente a toda sociedad, se caracteriza por una distribución (desigual) de derechos entre el conjunto de personas integrantes, y que tiene su reflejo en interacción social (lingüística), donde se negocian interpretaciones y justificaciones sobre los acontecimientos (p.245). Es necesaria también la existencia de rituales que muestren públicamente respeto y desprecio en los momentos que lo requieran y hacia las personas a las que sus derechos les hagan merecedores de tales rituales. Por último, las acciones de las personas son tratadas como manifestaciones del carácter de éstas y, por tanto, lo que está en juego es la valía de la persona y su identidad, ya que pueden quedar en entredicho por una actuación inconveniente. Estos dos últimos aspectos (el carácter dramático y las consecuencias cara a la identidad de la acción social) son fiel reflejo de la influencia de Goffman en el pensamiento de Harré.

De las tres unidades del ser personal que anuncia Harré como propias de nuestra manera peculiar de teorizar sobre el yo, a saber, autoconciencia, agencia y autobiografía, nos interesa especialmente ésta última, pues es la que remite más claramente hacia el concepto de identidad en la concepción del autor. Son tres los aspectos referentes a la identidad que vamos a tratar: la diferenciación entre el hecho y el sentido de la identidad, la distinción entre identidad social e identidad personal y los proyectos de identidad.

La diferenciación entre el hecho y el sentido de la identidad remite a la dicotomía

entre persona y yo ('self'). El hecho de la identidad es lo que hace posible que los miembros de una sociedad no tengan dificultad en reconocerse como distintos unos a otros y tratarse cada uno como una persona particular en el contexto público-colectivo (p.203). La fuente del hecho de la identidad está en el cuerpo, pues son la continuidad corporal y la apariencia física y la localización espacio-temporal los que sirven como criterios para la asignación de una identidad continua. Por contra, el sentido de la identidad, si bien deriva del hecho de la identidad, es la forma en que las personas experimentan la unicidad de su yo ('self'), basada en teorías personales localmente válidas. Para tener este sentido, es necesario que la persona sea percibida y tratada en las prácticas sociales como poseedor de un propio punto de vista (conciencia) y como capaz de ejercer de agente (p.211).

De igual modo, las características del ser social y del ser personal definen respectivamente identidad social e identidad personal. La primera está constituida por el conjunto de categorías a las que una persona pertenece, roles y categorías humanas principalmente (Harré, 1.983). La segunda por el sistema de creencias autobiográficas[28].

Los proyectos de identidad son importantes de cara a la formación de una persona y un yo ('self') que sean bien considerados por el individuo y su entorno. Existirán, pues, tanto proyectos de identidad social como proyectos de identidad personal, si bien de lo que se trata en ambos casos es de los esfuerzos que se realizan para lograr el carácter de persona única. Respecto a la identidad social, la unicidad se logra mediante un desempeño idiosincrásico en el espacio público-colectivo (Harré, 1.984, p.273). Así, los proyectos de identidad social consisten en los esfuerzos por conseguir una identidad social existente, de forma que se puedan remediar posibles disparidades entre creencias privadas y representaciones públicas. Para esto se requiere adquirir unos determinados atributos sociales y convencer a los demás

[28] En este aspecto también se aprecia la influencia de Goffman (ver más arriba).

de que se tienen esos atributos y por derecho propio (ibíd., p.274).

Los proyectos de identidad personal dependen de la existencia de un individuo bien establecido en una posición de rol, una identidad social bien definida. Con ella, son dos las acciones necesarias para crear una identidad personal: imponer marcas distintivas sobre los desempeños de rol; y convencer a los otros de que se poseen atributos especiales. De esta manera, podrá crear y sustentar un discurso único. Para Harré, serán los proyectos de identidad personal los que predominarán normalmente, pues lo difícil es sobresalir como individuo mientras se mantiene la membrecía grupal (Harré, 1.983).

La contribución que resulta más interesante de la obra de Harré desde nuestro punto de vista es su posición realista (que Parker recoge parcialmente, ver más adelante) y a la vez relativista acerca del ser personal. Nos referimos concretamente a su conceptualización del yo como una creación teórica realizada con materiales culturales, pero que toma de este su carácter construido una realidad que se nos impone en la interacción cotidiana. Para ello, Harré recurre a separar, por un lado, la crítica a la Psicología tradicional, especialmente la corriente sociocognitiva, a la que convierte en una versión cultural de lo que es el desarrollo y la creación de personas en nuestras sociedades occidentales. Por otro coloca una teoría que intenta dar cuenta de lo que es común a los seres humanos, a saber, la interacción social lingüística, que intenta fundamentar con su teoría del ser social como ser dotado de capacidad de acción.

Esta "teoría universal de la socialidad humana" recoge elementos principalmente del pensamiento de las inmediaciones del Interaccionismo Simbólico (Mead, Goffman y la Etnometodología) junto con los elementos wittgensteinianos referentes a los juegos de lenguaje. Por supuesto, se trata simplemente de una teoría cuestionable, con sus virtudes y

sus problemas, pero que señala un ámbito importante para la Psicología Social, una vez vista la necesidad de un pasaje relativizador por la Antropología al hacerse patentes las limitaciones en la aplicación de los esquemas psicológicos a otros entornos socioculturales[29]. De esta forma se distinguen dos programas distintos de investigación en Psicología Social. Por un lado, la investigación y desarrollo alrededor de una concepción de la socialidad humana que pueda hacerse extensible a todos los grupos humanos. Por otro, el análisis empírico de las formas que toman la construcción de personas y yoes en las culturas concretas.

Es este segundo programa el que Harré pretende acometer en su teoría del ser personal, que pretende que sea simplemente una sistematización de las teorías de sentido común. Sin embargo, esta tarea requiere algo más que una revisión, espléndida por supuesto, de trabajos de cariz principalmente filosófico y científico sobre el particular. Se necesita una labor investigadora, un trabajo empírico que dé cuenta de esas teorías de sentido común acerca de cómo se crean, cómo son, qué quieren, etc., los seres humanos. Por ejemplo, ¿son las tres unidades descritas por Harré (de conciencia, acción y biografía) las que tienen importancia en el autodiscurso de las personas?

Si bien consideramos que estos aspectos epistemológicos tienen un gran valor, cuando llegamos al análisis de la teoría concreta de la identidad sustentada por Harré las cosas cambian. Es cierto que el autor no dedica demasiado espacio al particular, a pesar de que su herencia goffmaniana -las acciones tienen consecuencias para la identidad personal- parece requerirlo. En cualquier caso, la diferenciación que establece entre identidad social e identidad personal no deja de ser una concepción cuando menos problemática. Si

[29] Es esto lo que acomete también la corriente de la disciplina denominada Psicología cultural, que parece haber descubierto más de medio siblo después a los maestros clásicos de la Antropología Social.

consideramos, como hace Harré, la identidad social como la pertenencia a roles y categorías determinadas y la identidad personal como desempeño distintivo de los requerimientos de esos roles y categorías, tenemos los problemas de la teoría de rol -sobredeterminación del comportamiento- y los de la Psicología cognitiva -cuál es la procedencia de la actuación idiosincrásica. La falla de este planteamiento quizá se encuentre en la separación tan rotunda entre ambos aspectos de la identidad o tal vez en no dar cuenta propiamente de lo que es la especificidad de la identidad personal. Es la múltiple pertenencia a diversos grupos y categorías, pero también el conocimiento cada vez mayor de otras maneras de vivir, lo que permite al individuo salirse de unas expectativas de rol que, además, nunca son omnicomprensivas, sino que se limitan a incidir en algunos aspectos concretos del comportamiento, relevantes para la tarea.

En definitiva, la postura realista de Harré supone un esfuerzo de integración de elementos interaccionistas junto a una concepción del lenguaje en la línea de Wittgenstein, que ha dado lugar a una concepción del sujeto como producción teórica formada a partir de las convenciones culturales propia de cada sociedad. Este planteamiento permite cuestionar la inherente unicidad del yo, como entidad coherente, continua y susceptible de ser caracterizada exhaustivamente, sin por ello disolver el sujeto en la relatividad absoluta: son las construcciones culturales las que se encargan de proporcionar los elementos concretos que definen la manera en que las personas se constituyen en la interacción social, construcciones que se imponen como realidad dentro de los límites de la sociedad en cuestión.

6. 2. EL CONSTRUCCIONISMO SOCIAL.

El nombre de Construccionismo Social aparece ligado a la figura de *Kenneth Gergen*, autor que lo utilizó por vez primera, para designar un "movimiento" en Psicología Social, en un trabajo de 1.985 (Gergen, 1.985a), y ha sido y continua siendo el mayor exponente y el motor fundamental de la corriente socioconstruccionista. Una característica importante del pensamiento de Gergen es su permanente evolución, que le ha llevado desde una perspectiva cercana a la Psicología cognitiva -con una preocupación especial por el yo ('self') y el autoconcepto- hasta las cercanías de una Psicología Social postmoderna que esboza en sus más recientes trabajos. Sin embargo, sí se pueden identificar algunos intereses que informan su trabajo hasta la fecha, a saber, una crítica total al empiricismo dominante en la disciplina que le ha conducido a indagar en las alternativas existentes, así como una atención a la manera en la que la ciencia puede ser útil y beneficiosa para la sociedad, en general con los criterios morales que pueden sustentar la labor científica.

Su acercamiento a lo que después serían las tesis construccionistas se hace visible a partir de un influyente artículo publicado en plena crisis de la Psicología Social (Gergen, 1.973) donde cuestiona la posibilidad de que el conocimiento en las ciencias sociales sea acumulable y que responda a leyes universales, al estar el objeto de estudio sujeto a cambios históricos, por lo que la Psicología Social habría de convertirse en una especie de Historia Social. No fue hasta más de una década más tarde (Gergen, 1.985a y 1.985b) cuando dio forma a la orientación socioconstruccionista, basada en la premisa de que el conocimiento es un producto social, fruto de intercambios históricamente situados entre personas (1.985b). Por ello, no resulta posible afirmar que las teorías científicas reflejan la realidad (perspectiva

exogénica), ni que éstas sean representaciones mentales que dependen del organismo (perspectiva endogénica). De esta manera, la Psicología habría de convertirse en una especie de Etnopsicología, pues lo que tradicionalmente se estudia como psicológico deviene consecuencia de las relaciones sociales.

No sólo eso, además la propia disciplina de la Psicología resulta dependiente de los procesos sociales de los que forma parte y su conocimiento se vuelve sospechoso como consecuencia de haber perdido su tradicional criterio de validez, el enfrentamiento con la realidad (ahora socialmente construida). Ante tal concepción, Gergen ha sido a menudo acusado de relativismo, pues de su planteamiento se derivaría que cualquier interpretación puede ser tan válida como cualquier otra. Como respuesta, Gergen advierte, por un lado, que la actividad científica, y por tanto el criterio de verdad, estará siempre sujeta a las reglas y convenciones propias de la comunidad, si bien éstas están histórica y culturalmente situadas. Por otro lado, el autor afirma la relevancia de los criterios morales para la práctica científica, no en vano el propio proceso investigador mantiene unas pautas sociales a la vez que pone otras en peligro. Por ello, el investigador habrá de afrontar las implicaciones pragmáticas de sus conclusiones (1.985b)[30].

El otro frente del que se ocupa principalmente esta corriente está constituido por una crítica a la tradicional concepción del sujeto individual, así como a la posibilidad del autoconocimiento. Tan pronto como en 1.977, Gergen cuestiona la existencia de un conocimiento de sí mismo que sea posible descubrir. Antes bien, las explicaciones personales que dan cuenta de la acción individual se constituyen mediante una serie de reglas sociales

[30] Gergen (1.982) había propuesto como criterio de comparación de teorías su capacidad generativa, es decir, la capacidad de cuestionar las asunciones fundamentales de la cultura. Sin embargo, este criterio no supone en sí mismo que ese cuestionamiento haya de resultar necesariamente en algo beneficioso para la comunidad. Así pues, preferimos el criterio de 1985 para fundamentar estas teorías socialmente situadas.

que se aplican a la clase de fenómenos que se considera relevante para el yo personal (Gergen, 1.977).

Ante la imposibilidad de fundamentar una ciencia del yo ('self') basada en un conocimiento objetivo del sujeto, Gergen utiliza el constructo de autonarraciones o narraciones del yo (Gergen y Gergen, 1.983), el cual le permite explicar la constitución social del autodiscurso, y por tanto del sujeto, manteniendo al tiempo la posibilidad de la agencia individual, pues es el individuo quien construye y reconstruye sus autonarraciones en la interacción social con una función determinada, para posibilitar o impedir los diferentes cursos de acción. Así pues, las autonarraciones, es decir, los informes de la propia experiencia que relacionan los acontecimientos de la vida, son construcciones lingüísticas formadas a partir de convenciones de discurso históricamente contingentes (Gergen, 1.985b, p.14) que no reflejan el funcionamiento de la mente, sino la estructura de la acción social (Gergen, 1.985c, p.117). Por otro lado, el autodiscurso que hace referencia al mundo mental puede servir para respaldar la construcción lingüística del mundo del individuo que aparece en la vida cotidiana. Por ello, será empleado como un importante medio de conseguir ese respaldo, el cual es necesario dada la existencia de diversos relatos sobre el mundo que se encuentran en lucha constante por la hegemonía en la sociedad (Gergen, 1.989a). De esta manera, el autor hace referencia a la idea de poder implícito en las posibilidades de uso de las diferentes construcciones lingüísticas.

A pesar de haber abrazado el giro lingüístico en Psicología Social y rechazar de pleno el empirismo, Gergen mantiene una postura relativista también en el plano metodológico. En efecto, sostiene por un lado que la metodología positivista no es adecuada para fundamentar una ciencia del sujeto, como muestra el que cualquier respuesta a cualquier ítem de un test puede servir para justificar cualquier estado psicológico (Gergen, Hepburn y Fisher, 1.986);

por otro, que cualquier metodología puede ser empleada en tanto en cuanto permita al investigador desarrollar una tesis plausible. Tal contradicción permanece irresuelta en la producción gergeniana, aunque es necesario añadir que en sus pocos acercamientos al trabajo empírico, Gergen ha preferido una metodología similar a la empleada por los analistas del discurso, quizá con una preferencia sobre los textos escritos frente a los orales.

El giro gergeniano a la Psicología postmoderna comienza en un artículo (Gergen, 1.989b) en el que trata los argumentos que socavan las bases del empirismo y dan lugar, según él, al clima postmoderno. Se trata de temáticas afines a los planteamientos construccionistas, a saber, la imposibilidad de establecer criterios objetivos para la interpretación, los procesos mentales como convenciones de lenguaje, imposibilidad del lenguaje de representar la realidad exterior -sólo es posible narrarla. Como consecuencia de estos retos, la Psicología postmoderna ha de estar abierta a la autorreflexividad, las teorías han de ser susceptibles de discusión y de abandono en caso necesario. Al ser el conocimiento fruto del intercambio social, el investigador debe definir las prácticas sociales de su elaboración y los medios por los que una formulación es superior a las demás. De esta manera el científico puede contribuir a crear recursos simbólicos para la cultura, y así convertirse en un factor potencial de cambio.

En la subsiguiente producción gergeniana (Gergen, 1.991; Gergen y Kaye, 1.992) la postmodernidad se impone como una realidad indiscutible. No existen ya los grandes relatos (Lyotard), la racionalidad se convierte en retórica y se han perdido las posibilidades de ir más allá de los textos (Derrida). Y como el yo no puede tener una realidad objetiva, sino que se construye en la interacción, queda convertido en una serie de manifestaciones relacionales, lo que abre la posibilidad de un juego libre del ser, relaciones ligadas al contexto que no pueden trascender la esfera particular, frente a las imposiciones de la identidad moderna. Con

esto, Gergen da por hecho el paso imparable a este discurso postmoderno sobre el yo desde los discursos moderno (racionalidad y observación) y romántico (sentimientos ocultos y moralidad). Sin embargo, el autor olvida algunos aspectos importantes. Por un lado, es necesario estudiar empíricamente la prevalencia supuesta del discurso postmoderno frente a otros tipos de discursos sobre sí mismo; en caso contrario todo queda en un mero ejercicio de prospección que, si bien en extremo sugerente, no puede dar cuenta de las narraciones que se emplean en este momento y de las relaciones sociales subyacentes.

Por otro lado, a pesar de la multiplicidad de relaciones, la persona en su autorreflexividad establece algún tipo de continuidad y coherencia en la diversidad de interacciones en las que participa, formando unas autonarraciones -concepto por cierto utilizado por Gergen- que de algún modo objetivizan un autoconocimiento sobre sí mismo. El propio Gergen había afirmado hacía unos años (Gergen y Gergen, 1.983) que la persona tenía que estar preparada para dar cuenta de sí mismo como una persona estable y en proceso de cambio positivo a un tiempo, lo cual implica de alguna manera que el individuo se ve impelido a trascender la mera situacionalidad de la interacción y acometer un proceso de dotación de sentido a la multiplicidad de relaciones cotidianas. Y lo que es más, Gergen ha podido apreciar más tarde la forma en que las personas construyen esa cierta coherencia en autobiografías publicadas de personajes famosos (Gergen y Gergen, 1.993).

Por último, lo que el autor piensa que es una liberación de las presiones de la identidad moderna, puede ser visto como la imposición de un nuevo discurso sobre el yo, un discurso caracterizado por una multiplicidad de autonarraciones en plano de igualdad, cada una específica de una relación determinada, sin ninguna predominando sobre las demás, es decir, sin compromiso hacia ninguna de las diferentes identidades. Es este discurso el que Gergen (1.992) proscribe para la terapia personal, como opuesto a la imposición de una

narración que suponen las terapias tradicionales (psicoanalítica o cualquier otra), sin apreciar que su propia alternativa no deja de ser una nueva posibilidad de reconstruir el autodiscurso que puede ser tan opresora o inadecuada como cualquier otra.

Así pues, la mayor virtud de la obra de Gergen ha sido, desde nuestro punto de vista, el hecho de permanecer abierto a las ideas críticas en las ciencias sociales y construir una metateoría propia que recogiera los argumentos principales de las corrientes antiempiristas. Sin embargo, su coqueteo con la postmodernidad le ha conducido a una postura en exceso relativista, que imposibilita la conexión de las prácticas lingüísticas con el mundo de la vida. Y es que, al contrario de lo que afirma Gergen, del hecho de que no existan unos criterios de validez universal para la interpretación no se deriva necesariamente que ninguna descripción pueda ser superior a otra. Los criterios de validez han de ser siempre sociohistóricamente situados y contingentes temporalmente, siendo la comunidad de hablantes la que ha de negociar (nunca en plano de igualdad) la superioridad (coyuntural, nunca absoluta) de una lectura de los acontecimientos en estudio sobre otra. Estas convenciones lingüísticas solamente pueden ser superadas sacando a la luz las relaciones sociales que sostienen y haciendo ver la inadecuación o imposibilidad de justificación de tales relaciones.

Del mismo modo, de la constatación metateórica de que no es posible justificar a la manera tradicional una ciencia del sujeto que busque un conocimiento auténtico sobre el yo, no se deriva necesariamente que cualquier clase de conocimiento sobre el yo sea imposible, por lo que se haga ineludible tarde o temprano la disolución del sujeto en sus relaciones. Por el momento, parece difícil imaginarse en nuestra sociedad una clase de sujetos que no afronten la tarea de construir en sus relaciones sociales un tipo de narración de sí mismo que vaya más allá de la situación concreta y que apunte a dotar de sentido una biografía que se presenta fragmentada. Por ello, resulta necesario a nuestro entender acometer la tarea de

estudiar estas autonarraciones tal como son empleadas en la interacción social cotidiana, y así poder conjeturar sobre una base empírica las estrategias que emplean las personas para dotar de sentido a su vida.

Otro autor importante dentro del Construccionismo Social es ***John Shotter***, quien si bien presenta una obra encuadrable dentro de esta corriente, presenta ciertos matices dignos de mención expresa. La herencia de Garfinkel se hace en él especialmente patente cuando afirma que nuestra experiencia y nuestro conocimiento de la realidad se constituye por la forma en que debemos hablar en nuestros intentos de dar cuenta ('account') de ésta (Shotter, 1.985, p.168). De esta manera, Shotter subraya la obligatoriedad ('must') de este proceso de explicación de la realidad del que no podemos escapar, pues toda acción es llevada a cabo de forma que pueda ser explicada en caso necesario. Como consecuencia, nuestro discurso se ve constreñido a desarrollarse sobre formas establecidas para satisfacer las demandas que se nos imponen para mantener nuestro estatus como miembros responsables de la sociedad (Shotter, 1.989a, p.141), con lo que de alguna manera reproducimos el orden social dominante.

Del mismo modo que nuestras prácticas explicativas constituyen nuestra realidad, nuestra experiencia de nosotros mismos queda definida por nuestra forma de hablar sobre nosotros en las actividades de la vida cotidiana. Estas formas de hablar crean las diferentes relaciones sociales, informando de lo que está pasando en cada situación, a la vez que las relaciones sociales posibilitan los diferentes autodiscursos que nos constituyen tal como predicamos ser. A partir de aquí, Shotter desarrolla una interesante concepción sobre las diferencias que existen entre hablar en primera, segunda y tercera persona, maneras de hablar constitutivas de las relaciones sociales y de nosotros mismos y que no pueden entenderse como verdaderas o falsas (Shotter, 1.989a, p.136). Comenzando por la última, considera que

la perspectiva de la tercera persona es la más utilizada en la ciencia social positivista, la de un observador externo a la interacción entre primeras y segundas personas cuya forma de hablar requiere una instancia interior que pueda ser ofrecida como causa del comportamiento observable de las personas (Shotter, 1.985).

La perspectiva de la primera persona, lo que llama el punto de partida cartesiano, es un texto que supone la existencia innegable de un yo ('self') dentro de uno como algo único y distinto del resto que garantiza la identidad personal y que se convierte en la fuente del pensamiento y del lenguaje (Shotter, 1.989a, p.137). Shotter cuestiona este discurso del 'individualismo posesivo' como inadecuado desde un punto de vista epistemológico. No existe, afirma, un objeto definible como un yo ('I') al que se puedan referir de la misma manera todas las instancias de uso del yo en el habla cotidiana. Antes bien, cada yo tiene su propia referencia, se trata de un signo vacío que se llena de contenido de acuerdo con las diferentes formas en que se emplea en el discurso (ibíd., p.139).

En definitiva, Shotter opta por la perspectiva de la segunda persona, la única que puede dar cuenta del carácter de las relaciones sociales, lingüísticamente constituidas, como formadoras de mundo y de personas, es decir, una perspectiva en la que el yo está sujeto a la interacción con un tú, sujeción recíproca que sitúa la acción conjunta en un contexto. Esta acción conjunta se caracteriza por su carácter intencional, si bien el resultado es independiente de los deseos particulares de los individuos, pues éstos actúan anticipando la posible respuesta del otro en la interacción entablando un proceso de negociación que nunca responde totalmente al interés de una de las partes. Por otro lado, Shotter considera que el tú es anterior al yo[31], pues para ser capaz de comprender la unicidad de la propia posición

[31] Shotter (1.989b) comienza significativamente su capítulo con la cita de Nietzsche: "El tú es más antiguo que el yo".

en relación a otros y así poder decir 'yo' de uno mismo, es necesario que previamente esos otros se hayan dirigido hacia uno como un tú. Así, "al dirigirse otros hacia ti como un 'yo' particular, en ciertos contextos, por cierto tipo de gente, llegas a conocerte a ti mismo como una clase particular de persona entre otras personas; como alguien a quien puedes [...] dirigirte como ellos se dirigen a ti" (ibíd., p.148). Esto no quiere decir que el individuo pierda su agencia, pues éste tiene mucho que decir en la constitución de una biografía susceptible de ser narrada, lo cual Shotter considera una parte esencial de lo que es ser una persona normal (ibíd., p.146).

Shotter (1.989b) también se ha acercado a lo que él llama una ciencia psicológica postmoderna. Sin embargo, el contenido que recoge para esa ciencia difiere de la propuesta gergeniana en aspectos sustanciales, lo que le evita de caer en la trampa relativista que disuelve el mundo en el lenguaje. Para él, el lenguaje y los métodos de estudio que utiliza la ciencia crean la ilusión de referencialidad, de que las palabras representan las cosas (p.152). Una ciencia postmoderna de la vida mental (caracterizada por una implicación valorativa en la teorización, un interés por la relación más que por el individuo, una concepción del lenguaje como coordinador de acciones y de la racionalidad como contextuada) ha de crear un lenguaje práctico "que no sólo dé sentido a la manera en que, conjuntamente, damos sentido a las cosas, sino que permita entender en qué consiste actuar de forma responsable y razonable [...] y al mismo tiempo mantener la naturaleza parcialmente estructurada, pero sin embargo abierta, de la vida social de todos los días" (ibíd., p.155). De esta manera, lo que en Gergen es una predicción inevitable (que el yo queda disuelto en las relaciones y el autodiscurso habrá de cambiar necesariamente), en Shotter se trata de un deseo de un cambio de discurso científico, pero también cotidiano, para poder responder mejor a una concepción que reconoce la interrelación entre yoes y túes en

la interacción.

Posteriormente, Shotter ha añadido a su concepción algunos elementos interesantes que le han llevado a denominar su construccionismo social como una versión retórico-responsiva (Shotter, 1.993). Apoyándose en Billig[32] y Bakhtin, señala el carácter dilemático del conocimiento de sentido común, lo que deriva en que los diferentes cursos de acción se producen en un contexto argumentativo. Esto da lugar a diferentes formas de hablar que conllevan una diferente posibilidad de ser y una diferente posición en el mundo. Estas formas de hablar, pero también de pensar y actuar, que sostienen una forma de vida social constituyen un género ('genre', concepto de Bakhtin) o una ideología viva ('living ideology', procedente de Billig). Un género define las posibilidades de ser humano en ese contexto social, siempre asimétricas, pues suponen el beneficio de algunos miembros del grupo sobre otros. Por ello, la lucha por conseguir voz será constante, única manera de traer a la existencia nuevos géneros que traigan nuevas posibles formas de ser. Se trata, pues, de una "economía política de acceso a oportunidades de desarrollo" (ibíd., p.20) donde lo que está en juego es la oportunidad de dar forma a la propia vida.

Así pues, la concepción que desarrolla Shotter consigue armonizar una metateoría crítica con el empirismo con la posibilidad de alcanzar un conocimiento más profundo de la vida social, aunque se trate inevitablemente de un conocimiento contingente temporal e históricamente. Dadas las características de esta vida social, las formas de hablar sobre sí mismo y el mundo ocupan un lugar preponderante, pues el mundo, las personas y los discursos sobre ellos se determinan recíprocamente.

---

[32] Billig (1.987) ha desarrollado una interesante concepción retórica del pensamiento y el discurso que ha sido recogida en sus ideas fundamentales tanto por el construccionismo social como por los analistas de discurso. Sin embargo, el hecho de que no desarrolle una teoría del sujeto ni una metodología particular -aunque ambos aspectos estarían implícitos- ha motivado que no sea objeto de atención específica en estas páginas.

6. 3. EL ANÁLISIS DE DISCURSO.

Por análisis de discurso conocemos una serie de trabajos en Psicología Social que proponen no sólo una teoría enmarcada en las corrientes alternativas que han recogido el legado del giro lingüístico, sino también una metodología propia que propone como una manera especialmente provechosa de realizar investigación en la disciplina, y de la que la corriente ha tomado el nombre. Este extremo puede dar idea de la importancia del método en esta corriente. El principal exponente de la misma es (al menos hasta el momento) ***Jonathan Potter***, si bien sería injusto no citar el importante legado que recoge Potter de Gilbert y Mulkay (de los que es discípulo) y la prolongada colaboración de aquel con Margaret Wetherell y más recientemente con Derek Edwards.

La escuela del análisis de discurso comparte con el construccionismo la problematización del conocimiento inmediato del mundo. Solamente podemos acceder a él a través del lenguaje, lo que lleva necesariamente a considerar cómo se construye el mundo en el discurso cotidiano. Nuestra visión del mundo no puede ser pues una representación de él, sino una versión del mismo que responde a unas relaciones y prácticas sociales, es decir, una versión contingente cultural y temporalmente.

De este modo, las descripciones no interesan como reflejo de una realidad, sino como versiones que construyen unos 'hechos' con unos materiales determinados y que utilizan una serie de técnicas para dar apariencia de realidad a la vez que para desacreditar explicaciones o descripciones alternativas (Edwards y Potter, 1.992). Esto conduce a una lucha, desarrollada en la interacción social, por conseguir que una determinada construcción de los

acontecimientos sea aceptada y tomada como real. Como consecuencia, ese discurso cotidiano se erige en el elemento a investigar para dar cuenta de la realidad social, que tendrá que ser investigado en su contexto de realización como construcciones situadas con sentido para los participantes.

Estas construcciones lingüísticas que dan cuenta del mundo reciben su estructura y contenido concreto de la función que cumplen en la interacción para el sujeto que las produce (Potter y Wetherell, 1.987). La función del discurso proviene de la idea de Austin (1.962, p.47) de la performatividad del lenguaje, es decir, de que el discurso no sólo constata el estado de las cosas, sino que también puede acometer acciones con consecuencias prácticas. De esta manera, el discurso de una misma persona sobre un mismo tema está sujeto a variaciones más o menos importantes según la función con la que se ha construido. Potter hace enorme hincapié en la variabilidad que se constata en el discurso cotidiano y convierte en uno de los objetivos fundamentales del análisis de discurso el proveer una explicación convincente de las diversas versiones que sobre un objeto puede construir una persona en la variedad de situaciones en la que está inmersa[33].

Los analistas de discurso utilizan como unidad de análisis el repertorio interpretativo ('interpretative repertoire'), que consiste en un conjunto de términos y metáforas a los que se recurre para caracterizar y evaluar acciones y acontecimientos (Potter y Wetherell, 1.987, p.138)[34]. Es el análisis de los textos el que ha de conseguir identificar unas recurrencias en

---

[33] De hecho es la variabilidad del discurso cotidiano lo que le lleva a cuestionar la teoría de las actitudes y la existencia misma de éstas como algo perdurable dentro de las personas y susceptible de ser medido mediante una escala (Potter y Wetherell, 1.987).

[34] Potter se refiere a estos repertorios como un concepto cuyo referente es el mismo que el de las representaciones sociales, si bien éstas poseen un carácter de esquema cognitivo que reproduce la idea del conocimiento como representación del mundo, aspecto cuestionado por los analistas de discurso.

el empleo de esos términos que permitan hablar de un repertorio interpretativo más o menos coherente. Sin embargo, estos repertorios no son propiedad o característica de un grupo determinado (como sería el caso de las representaciones sociales), sino que cada persona o conglomerado social utilizará probablemente más de uno (la ya mencionada variabilidad), siendo, pues, en extremo importante la manera en que se articulan estos repertorios.

El análisis de discurso como método -si bien no un método tal como se considera tradicionalmente- es descrito como una técnica necesariamente cualitativa, pues requiere de materiales que reflejen el discurso cotidiano tal como aparece en la interacción social, o al menos que sean analizables como una interacción social, como es el caso de las entrevistas en profundidad. El análisis de los textos recogidos es caracterizado como una tarea en cierto modo artesanal que requiere la lectura repetida del material hasta que aparezca una serie de pautas recurrentes, que tengan en cuenta la variabilidad del discurso y no la supriman, y que identifiquen sus funciones y consecuencias (ibíd., 168). Aunque Potter y Wetherell proponen algunas técnicas de validación de los resultados, los autores no afirman que la interpretación del discurso pueda ser unívoca, y por ello se han de proporcionar en el informe los materiales necesarios para que el lector pueda evaluar, siquiera parcialmente, las interpretaciones realizadas.

Del mismo modo que el lenguaje construye la realidad, en el discurso cotidiano se encuentran los modelos convencionales de construcción de personas y sus identidades. En efecto, Potter piensa que nuestro vocabulario de términos mentales y la manera en que son atribuidos los estados cognitivos en la interacción son una cuestión de prácticas discursivas (sociales) particulares de explicación y atribución (ibíd., p.179). De esta forma, los analistas de discurso ponen en entredicho la existencia de una instancia interna que haya que conocer y que pueda ser objeto de caracterización objetiva, tal como supone la Psicología Social

cognitiva. Mediante estas prácticas discursivas la persona confecciona un autodiscurso que da sentido a los acontecimientos de la vida cotidiana. Sin embargo, más que este autodiscurso, lo que interesa a los analistas de discurso son las teorías del yo ('self theories') tal como se expresan en el discurso cotidiano y que construyen unos modelos de ser persona propios de la sociedad de que se trate.

Por ejemplo, Wetherell y Potter (1.989) identificaron dos tipos de discurso del yo que se utilizaba para excusar un comportamiento violento. Las versiones utilizadas recurrían a describir unos rasgos de personalidad propios de las personas en cuestión, pero también de los seres humanos en general, con el efecto de que naturalizaban y universalizaban esa reacción violenta. Otras versiones utilizaban lo que denominan un modelo de rol, es decir, la violencia como comportamiento característico del rol desempeñado (eran policías), con lo que la culpa recaería más bien en las instancias políticas que ordenaron la actuación. Un punto importante de esta caracterización es que las versiones de ser humano construidas emplean teorías psicológicas tradicionales, como son la teoría de rasgos y la teoría de rol, lo que les sirve para fundamentar su visión de las teorías psicológicas como discursos construidos sobre el yo, como meras posibilidades que cobran realidad en tanto en cuanto se utilizan en el discurso cotidiano.

Las contribuciones más importantes de la escuela del análisis de discurso hay que situarlas en haberse puesto manos a la obra y acometer la labor investigadora en un marco cargado en exceso de reflexión epistemológica y con mucho menor peso otorgado a la investigación empírica, a pesar del énfasis metateórico que recae en los aspectos performativos del lenguaje. El análisis de discurso puede ofrecer unas pautas generales para la investigación que obtendrán su relevancia a través del consenso o de la institucionalización de tales prácticas en la comunidad científica -al menos en una parte determinada de ella. Por

tanto, es la práctica científica la que determinará la plausibilidad de conceptos e interpretaciones, de una manera, por cierto, no muy diferente a como se imponen determinadas técnicas cuantitativas como apropiadas para la investigación de un determinado fenómeno.

Resulta algo problemática la utilización del constructo de función como elemento a identificar en todo discurso: las funciones pueden ser varias en un mismo texto e incluso la decisión de cuál es la función que cumple puede ser objeto de polémica, pues al fin y al cabo se trata de una cuestión de interpretación. Pero lo que es más, hablar de esta manera de función en un texto nos hace olvidar las diferentes formas que pueden existir de conseguir un determinado fin. Nos hace olvidar, pues, las diferencias individuales, producto del rol, de la identidad personal, o del grupo a que se pertenece, que existen a la hora de construir un determinado discurso. Hablar de función, empero, nos acerca a la agencia individual, a los intereses que guían la acción social y la producción de discursos.

A pesar de los problemas que presenta esta caracterización del análisis de discurso, creemos que éste se constituye en la metodología más adecuada para una teoría de la identidad que tenga en cuenta los elementos de construcción lingüística de la propia identidad, lo que remite necesariamente a unas convenciones de discurso que dan forma a las posibles maneras de ser que existen en una sociedad dada.

Un problema no solucionado por los analistas del discurso es el aspecto ideológico de la investigación social. El análisis de discurso como técnica posee en principio una neutralidad ideológica, pues su intención es meramente dar cuenta de los discursos tal como aparecen en la interacción social. Sin embargo, la utilización que realizan Potter y sus

colegas es de manera patente ideológicamente progresista y bien intencionada[35]. Las consecuencias ideológicas de la interpretación científica son innegables dentro de esta corriente epistemológica, y por ello el investigador social ha de ser consciente de ellas e incluso hacerlas explícitas. Pero cualquier toma concreta de posición ha de ser justificada de alguna forma, y no dada por supuesto.

En definitiva, la concepción de los analistas de discurso no ha encontrado, tal como ocurre con el Construccionismo Social, la manera de articular una posición relativista que concibe el conocimiento como histórica y espacialmente contingente, con una realidad que, por muy construida que sea, se nos impone como incuestionable a través de su articulación lingüística, y posibilita a la vez que constriñe este conocimiento. Por supuesto, esta realidad es objeto de continuo cuestionamiento, cuando menos parcial.

Estas debilidades que hemos identificado de la posición de la escuela del análisis de discurso son una preocupación fundamental de ***Ian Parker***, el cual desarrolla una teoría encuadrable dentro de lo que es esta corriente, si bien con diferencias claras, derivadas de la resolución que propone para estas cuestiones irresueltas por Potter y sus colegas. En primer lugar, Parker ve la necesidad de sostener una posición realista ante el peligro, ya reseñado, de caer en un relativismo epistemológico que iguala en valoración cualquier posibilidad de conocimiento. Para él, los discursos son prácticas que forman los objetos de los que hablan, con la consecuencia de que les confieren una realidad, lo que permite que nos refiramos a los discursos como si fueran objetos (Parker, 1.992, p.10). De esta manera, Parker se apoya en Harré para sostener que si bien el conocimiento es históricamente producido, su objetivo es representar el mundo mediante unos criterios racionales

[35] Cf., por ejemplo, el trabajo de Wetherell y Potter (1.988), donde analizan el discurso racista como una mezcla particular de tres repertorios interpretativos y cuyo análisis muestra el 'carácter fragmentado e inconsistente del discurso' (p.182).

desarrollados de maneras particulares en culturas particulares, pero cierto dentro de cada contexto sociohistórico particular (ibíd., p.27).

Acorde con esta concepción realista, Parker desarrolla una concepción de discurso (Parker, 1.992, cap. 1) como un sistema coherente de significados que son accesibles a través de textos susceptibles de interpretación, con lo que se acerca a la concepción foucaultiana. El discurso es sobre objetos, que se forman precisamente en el discurso, y contiene sujetos, es decir, define tipos de personas y sus posibilidades de hablar (lo que pueden decir y lo que no) en esa forma de discurso. El discurso se refiere a otros discursos, a su interrelación con ellos, y está históricamente situado, pues se refiere a objetos y discursos pasados. Por último, el discurso tiene un carácter reflexivo (reflexiona sobre su propia manera de hablar) y, como señalaremos a continuación, mantiene o no instituciones, relaciones de poder e ideologías.

En segundo lugar, Parker se ha ocupado extensamente de los efectos ideológicos de los discursos sociales, aspecto innegable desde una perspectiva discursiva (el conocimiento no puede ser políticamente neutral), pero que no habían sido suficientemente fundamentados. El análisis de discurso ha de interesarse, según él, por las instituciones, el poder y la ideología, pues las prácticas discursivas sirven para mantener y/o subvertir las instituciones de las que tratan, las relaciones de poder y las construcciones ideológicas que proporcionan el marco justificatorio a las relaciones sociales. Por tanto, la labor del análisis de discurso ha de ser: por un lado, mostrar la forma en que las construcciones ideológicas que aparecen en los textos sancionan la opresión de determinados grupos sociales cuyos discursos quedan subyugados a los dominantes; por otro, identificar las instituciones sociales que un determinado discurso refuerza o, por el contrario, amenaza; por último, descubrir las categorías de personas que ganan y las que pierden con el empleo de un discurso y, por lo

tanto, querrían promoverlo las primeras y disolverlo las segundas[36].

Todo esto supone una deconstrucción de los textos sociales a los que el analista tiene acceso, una deconstrucción que Parker construye tanto con elementos de Derrida como de Foucault. De Derrida le interesa su técnica deconstruccionista de subvertir textos y sacar a la luz lo que queda oculto en el lenguaje empleado. De Foucault recoge su preocupación por descubrir la forma en que operan las relaciones de poder que subyacen en la interacción social (Parker y Shotter, 1.990). Estos elementos deconstructivos le sirven para acometer el "estudio de las condiciones de uso de los diferentes discursos y su intersección en las diferentes posiciones que ocupan los sujetos en instituciones gobernadas por relaciones de poder e ideología" (Parker, 1.992, pp. 33-34). Y es en este contexto en el que el analista ha de realizar elecciones concernientes a la reproducción y transformación de los discursos, pues ningún conocimiento puede ser producido sin implicarse de alguna manera en asuntos políticos (ibíd., p. 31).

Esta deconstrucción da lugar a la identificación en el análisis de los textos de discursos, como sistemas coherentes de significados, organización de los significados que culturalmente otorgamos a los objetos y sujetos. Este es un concepto similar al de repertorio interpretativo, al menos los resultados son enormemente parecidos[37]. Bien es cierto que Parker extrae posteriormente de sus análisis elementos que quedan fuera de analistas como Potter y colaboradores: las relaciones de poder, instituciones e ideologías sustentadas o

---

[36] Widdicombe y Wooffitt (1.995, pp.59-61) critican abiertamente esta posición moral y política de esta escuela de análisis de discurso, pues constituye una imposición sobre lo que debe guiar el quehacer investigador. Desde nuestro punto de vista, lo que es innegable son las implicaciones políticas de los discursos científicos y por ello es necesario hacerlas explícitas.

[37] Ver por ejemplo los repertorios que identifican Wetherell y Potter (1.988) y los discursos que señala Parker (1.996) a partir de materiales absolutamente distintos.

cuestionadas por cada uno de los discursos.

En lo que se refiere a la concepción de sujeto, Parker recoge fundamentalmente las reflexiones de Foucault sobre el particular. Esto es, se ocupa de las posibilidades de ser que son posibles dentro de cada discurso en el marco de las relaciones de poder que sostiene. El diferencial de poder entre unas y otras posiciones determina en buena medida los diferentes recursos que una persona puede utilizar para dar cuenta de su comportamiento y de su persona, en tanto que es identificable como objeto (ver Parker, 1.989).

Con todo, el mayor valor del trabajo del autor que nos ocupa hasta el momento ha sido el articular una posición que podríamos denominar construccionista, al menos dentro de esos parámetros metateóricos se encuentra, con ciertos elementos realistas que permiten fundamentar un conocimiento del mundo que parecía disolverse en una igualación de perspectivas y discursos en otras concepciones. La coordinación de estos planteamientos con la corriente postestructuralista le permite, a su vez, dar un sentido a la investigación científica, una vez cuestionado el papel de la ciencia como descriptora de una realidad susceptible de ser comprendida de manera objetiva. Este sentido supone un compromiso con la emancipación -no necesariamente con el cambio social desde nuestro punto de vista, ver apartado IV.1.-, por utilizar el término habermasiano, a través del desenmascaramiento de las relaciones de poder que subyugan a unas personas frente a otras. Todo esto puede resultar problemático en algunos aspectos, pero es un punto de partida sobre el que discutir cuál es el sentido de la ciencia social en la actualidad.

III. UNA PROPUESTA TEÓRICA DE LA IDENTIDAD PERSONAL.

Tras este repaso a las teorías más importantes sobre identidad en Psicología Social, parece necesario abordar la tarea de clarificar la posición personal que adopta este trabajo entre la multitud de modelos, marcos teóricos, etc. No vamos a volver en este capítulo a tratar en profundidad los autores en que apoyamos los planteamientos en lo que fundamos el modelo, pues ya se ha realizado en el capítulo anterior. Nuestra intención aquí es exclusivamente recopilar y organizar los planteamientos que creemos más interesantes, de forma que den lugar a un modelo de identidad teóricamente relevante, pero que también sea utilizable para el análisis de nuestro material empírico. Pero solamente apuntarlos brevemente, pues extendernos en todas las derivaciones, concomitancias, resonancias, etc., de cada uno de los planteamientos que formarán parte de este modelo es un trabajo fuera del alcance y posibilidades de este doctorando y de su tesis doctoral[1].

A estas alturas debe ya haberse intuido que este posicionamiento ha de pasar por ciertos planteamientos nucleares del pensamiento de G.H. Mead y otro autores relacionados

[1] El autor de estas páginas tiene cierto pudor por presentar cuestiones de tan hondo calado de forma tan breve, pero se trata de asuntos tan centrales a las ciencias sociales que podrían ser el tema de muchas tesis doctorales. En cualquier caso, hemos preferido explicitar un modelo que de todos modos se trasluce del análisis que hemos realizado de los discursos de nuestros jóvenes.

con el Interaccionismo Simbólico. El otro gran centro del que nos consideramos deudores, sin olvidar las diferencias, es lo que hemos denominado el giro discursivo en Psicología Social (ver apartado II.6.).

El modelo de identidad que proponemos desde estas corrientes ha de unir necesariamente una teoría de la intersubjetividad a una teoría de la identidad, impensables una sin la otra. Y es que la identidad personal solamente puede ser entendida situándola respecto a otros conceptos y teorías de las ciencias sociales. En concreto, como producción discursiva que tiene lugar en la interacción social a través de la que las personas se reconocen a sí mismas y unas a otras.

1. UNA TEORÍA DE LA INTERSUBJETIVIDAD.

Una teoría de la intersubjetividad ha de incluir, en primer lugar, una concepción de la sociedad como interacción lingüística, pues es ésta la realidad primigenia en la que estamos envueltos los seres humanos. En segundo lugar, habrá que incidir sobre cómo esta interacción lingüística que constituye la sociedad produce individuos que a su vez son los que conforman esa misma sociedad.

1. 1. LA SOCIEDAD COMO INTERACCIÓN LINGÜÍSTICA.

En efecto, la identidad personal sólo cobra sentido cuando se la considera desde el punto de vista de las personas en interacción dentro de una sociedad y una cultura determinadas, pues solamente se pueden entender unos relatos de identidad concretos dentro de un concreto espacio socio-cultural.

Hemos de partir, pues, de la interacción social -simbólica, cargada de sentido (Crespo, 1.995, p.161)- como realidad primigenia incuestionable, la vida social en la que están implicadas las personas que forman parte de la sociedad. Los individuos son sujetos de acción en el mundo social, acción que tiene lugar en términos de normas y pautas sociales. La interacción debe ser vista como una acción conjunta en la que los interactuantes están sujetos unos a otros (Shotter, 1.989b). Es reciprocidad en la acción, un "contar con" mutuo (Ortega y Gasset, 1.957, p.148). Y es intencional, si bien independiente de los deseos particulares de los individuos, ya que unos y otros tratan de ajustarse y anticipar las respuestas de los demás. Necesita, pues, de lo que Berger y Luckmann (1.967) llamaban un "mundo intersubjetivo común de significados" que es el que permite la acción social coordinada en el sentido apuntado por Mead (1.934): significados que provocan la misma reacción en los diversos individuos de una cultura (y por ello universales).

Estos significados culturales constituyen el saber tematizado de primer plano sobre el que tienen lugar los posibles acuerdos y desacuerdos acerca de cuestiones determinadas. Pero ese saber tematizado implica un *mundo de la vida*, un "saber de fondo" aproblemático, que sólo puede ser tematizado con un gran "esfuerzo metodológico" y "trozo a trozo"

(Habermas, 1.988, p. 94)[2]. Esta concepción del mundo de la vida guarda una similitud enorme con lo que pensara Ortega y Gasset sobre las creencias: fondo incuestionado sobre el que pensamos, con el que contamos ("Ideas y Creencias", 1.934, p.385). El mundo de la vida como marco de realidad compartido es el que nos otorga la "seguridad ontológica", la confianza obtenida gracias a la fiabilidad de los contextos de experiencia cotidiana (Giddens, 1991, p.36).

Luego son las experiencias concretas las de harán separarse el saber del trasfondo atematizado y el saber tematizado de primer plano, pues son las interacciones en el mundo las que pueden problematizar en su caso ciertos conocimientos hasta entonces incuestionados. Son estas cuestiones culturalmente tematizadas las que conforman la realidad social, sobre las que se desenvuelve la interacción cotidiana y alrededor de las que se han de pronunciar necesariamente los diferentes actores sociales. Es también la cultura la que sanciona como positivos o negativos, según corresponda, los diversos cursos de acción de los interactuantes.

Cada interacción ha de ser definida por sus participantes en un proceso de negociación en el que se determina de qué tipo de situación se trata, y con ello los tipos de comportamientos que resultan posibles (Goffman, 1.959). Por supuesto, se trata de una negociación, como todas por cierto, en la que cada uno parte de su posición social previa: negociación no es sinónimo de igualdad. Una vez determinado el tipo de interacción de que se trata se ponen en juego los recursos diferenciales a los que podrá tener acceso cada individuo en el orden práctico y material, institucional y estructural de cada sociedad particular. En efecto, es ahí donde se negocian interpretaciones de los acontecimientos,

---

[2] El interés del autor de este trabajo por Habermas tiene mucho que ver con las largas conversaciones mantenidas con Roberto Domínguez, excelente glosador de su obra (ver su tesis doctoral, Domínguez Bilbao, 1.996), las cuales han servido además de estímulo intelectual inmejorable.

negociación que se produce desde la posición relativa ocupada por cada persona en el orden social, lo que no puede dejar de producir una distribución desigual de derechos que reclamar. Es lo que Harré (1.984, p.245) llama un orden moral. Por ello, la interacción se caracterizará como una lucha por conseguir voz.

Hemos de hacer hincapié en la pluralidad de ámbitos sociales[3] de interacción en los que vivimos en nuestra sociedad, una pluralidad de ámbitos sociales que dan lugar a posibilidades de interacción bien diferentes en cuanto a sus experiencias y significados. Así, los individuos se ven llevados a mantener expectativas y demandas de rol y estrategias diferentes adecuadas para cada uno de ellos, lo cual no dejará de tener consecuencias para su identidad.

Todo esto tiene lugar en un medio lingüístico. La crítica al realismo ingenuo ha puesto de manifiesto que solamente a través del lenguaje podemos acceder al mundo, es imposible seguir manteniendo una visión representacionista del conocimiento: "...el tránsito fundamental de tipo teórico lo ha constituido... el paso de la concepción del lenguaje como portador... de contenidos, del lenguaje como portador de representaciones mentales al lenguaje como actividad" (Crespo, 1.995, p.162).

Por tanto, no queda más remedio que ocuparse de los discursos que utilizamos en la interacción cotidiana, pues es ahí donde es posible encontrar las prácticas discursivas que dan cuenta de la realidad (Garfinkel, 1.967, p.1). Se puede hablar incluso, como hace Shotter (1.985), de la obligatoriedad de estas prácticas, pues es al dar cuenta de la 'realidad' como la constituimos: el discurso confiere realidad a los objetos de los que habla (Parker, 1.992,

---

[3] Hemos preferido el término ámbitos sociales a mundos sociales, término empleado por Berger (1.967) que consideramos de significado similar. El concepto de ámbito social se refiere a espacios de interacción en los que participan habitualmente diversos actores sociales y en los que cada uno de ellos ocupa una determinada posición social y puede reclamar para sí y ser reconodido en una determinada identidad.

p.10).

Además, la interacción está ligada de forma inextricable al lenguaje. Por un lado, ésta tiene lugar siempre en términos simbólicos, entre los cuales el lenguaje es uno de los más recurrentes y efectivos. Por otro, como ya mostró vívidamente Austin (1.962), con el habla no sólo se dicen cosas, sino que también se hacen. Es lo que llamó los "enunciados realizativos" ("performative utterances") o después el efecto "ilocucionario" de los actos de habla (ibíd., p.144), con lo que hizo extensivo este extremo a todo tipo de enunciados. Y esto sin olvidar el efecto "perlocucionario", las consecuencias que tiene el emitir un acto de habla sobre el auditorio y sobre el propio emisor.

Pero el lenguaje también está presente de manera crucial en todos los aspectos que forman parte de la sociedad. Es en términos lingüísticos como se producen los entendimientos necesarios para la interacción, pues tenemos en el lenguaje el instrumento más eficiente que proporciona una reacción idéntica en emisor y destinatario (Mead, 1.934). Es también el lenguaje, como sistema de signos objetivado, el que posibilita la existencia y tipificación de un conocimiento social compartido (Berger y Luckmann, 1.967).

La lucha por conseguir voz se desarrolla discursivamente, exponiendo las razones que nos hacen acreedores a unos u otros derechos, utilizando unas versiones de los acontecimientos que nos hagan acreedores a lo que demandamos. Por supuesto, no nos es posible utilizar cualquier discurso y realizar cualquier demanda, sino que nuestra propia posición social marcará el rango posible de discursos susceptibles de ser empleados, pues finalmente las versiones que construimos responden a relaciones y prácticas sociales (Edwards y Potter, 1.992). Los discursos, pues, mantienen instituciones y encarnan relaciones de poder (Parker, 1.992).

Pero en los discursos no solamente está en juego el conocimiento del mundo con las

consecuencias, más o menos ventajosas para unos y para otras, que se derivan de las versiones triunfantes. En la interacción lingüística se dilucida el carácter de la persona como actor fiable y racional, extremo que se consigue cumpliendo las normas culturales propias de cada situación concreta. Si traducimos esto a términos discursivos, nuestro discurso ha de moverse en torno a las formas establecidas que se nos imponen para mantener nuestro estatus como miembros responsables de la sociedad (Shotter, 1.989a, p.141). Debemos matizar, desde Goffman, que más que el cumplimiento efectivo de los requerimientos sociales importa la impresión de cumplimiento, la impresión de realidad fomentada por cada interactuante. Con ello, incidimos de pleno sobre el aspecto de representación de la interacción, y con ello sobre la posibilidad de actuar estratégicamente. Si se rompe la impresión de realidad fomentada, trasluciendo así el incumplimiento de una norma, lo que se pone en cuestión es la propia identidad del sujeto.

Por último, hemos de señalar la manera en que los discursos con los que se constituyen las relaciones sociales son tanto productores de mundo como de personas. Esto es, los autodiscursos producidos en la interacción cotidiana son los que constituyen nuestra propia experiencia de nosotros mismos (Shotter, 1.989a), lo que nos lleva de lleno al asunto de la identidad personal. Es en definitiva en la interacción donde se ponen en juego y se actualizan los significantes y relatos identitarios.

1. 2. SOCIALIZACIÓN E INDIVIDUACIÓN.

Si, como hemos apuntado, en la interacción se pone en juego y se construye la

identidad de las personas, entonces tendríamos que incidir sobre la manera en la que de esta interacción surgen sujetos capaces de reconocerse y de reconocer a otros en torno a diversos significantes y relatos identitarios.

La concepción que nos parece más ajustada a este respecto es lo que Mead (1.934) llama el mecanismo de la socialidad humana, a saber, la adopción de las actitudes de los otros hacia sí mismo. Con ello, el individuo logra controlar su propia reacción y adaptarla a las respuestas anticipadas de los otros, y así adquiere conciencia de sí y de su individualidad. También de este modo, el control social se convierte en autocontrol y queda asociado al desarrollo de esa misma individualidad. De este modo, la dinámica de la sociedad humana queda ligada a la existencia en su seno de mentes y personas ('selves'), pues es precisamente esta dinámica la que ha conducido al desarrollo de mentes y personas conscientes de sí. Como dice Giddens (1.991. p.145), "el desarrollo de sistemas sociales internamente referenciales está en el origen del proyecto reflexivo de la identidad ('self')".

Esto es absolutamente congruente con el planteamiento de Shotter (1.989b, p.148), quien considera que el tú es anterior al yo, pues para ser capaz de comprender la unicidad de la propia posición en relación a otros y así poder decir 'yo' de uno mismo, es necesario que previamente esos otros se hayan dirigido hacia uno como un tú. O como decía Ortega y Gasset (1.957, p.194), "averiguamos que somos *yo* después y gracias a que hemos conocido antes los *tús*, nuestros *tús*, en el choque con ellos, en la lucha que llamábamos relación social" (cursivas en el original). Por tanto, el yo nace como un *alter tú* (ibíd., p.196), esto es, solamente en la medida en que ha sido reconocido como un tú, puede la persona autorreconocerse como sujeto de identidad.

De esta forma, lo social ha de ser necesariamente constitutivo de la persona: lo más interior de la persona tiene una raíz social. Ya sea en forma de lenguaje (Lacan) o de

contenido cultural del super-yo (Freud), el sujeto está transido del Otro, pues se ha constituido a través de su relación con el orden simbólico, el orden del lenguaje y la sociedad[4]. En esta constitución del sujeto se produce la transmisión de contenidos culturales -sea por aprendizaje de modelos (Bandura), por las identificaciones del yo (Freud) con los otros significantes (Mead) o por ambos a la vez-, que le convierten en un miembro de la sociedad; estamos hablando, pues, de la socialización como interiorización de la estructura social (Torregrosa y Fdez. Villanueva, 1.984).

El Interaccionismo Simbólico ha distinguido tradicionalmente entre socialización primaria y socialización secundaria (ver Torregrosa y Fdez. Villanueva, 1.984). En la primera sería donde se transmiten los significados culturales centrales en la interacción con los otros significantes, dando lugar al Otro generalizado. Estos contenidos se internalizan como "el mundo tout court" (Berger y Luckmann, 1.967, p.171), como la 'realidad' en absoluto. En la socialización secundaria se internalizarían los submundos institucionales (ibíd.), internalización de las posiciones sociales y roles que ocupamos y desempeñamos. Es poca la precisión acerca de cómo y cuando se produce la transición entre un tipo y otro de socialización, o si ambos conviven durante cierto tiempo.

Esta socialización como internalización de contenidos culturales[5] ha de incluir naturalmente los discursos socioculturales que circulan sobre las diferentes cuestiones tematizadas socialmente. Podríamos decir incluso que la internalización se produce en buena parte en términos lingüísticos. En definitiva, para terminar siendo un miembro competente

---

[4] Esta visión más culturalista de los teóricos psicoanalíticos y en especial de Lacan se la debo a la directora de esta tesis doctoral, la profesora Concepción Fernández Villanueva. Ver apartado II.1.

[5] Torregrosa y Fernández Villanueva (1.984) señalan, citando a Levine, la enculturación, la adquisición del control de impulsos y el adiestramiento de rol como las tres perspectivas más importantes del estudio de la socialización.

de la sociedad es necesario manejar los diferentes discursos sociales.

Y para ser un sujeto de identidad es requisito fundamental conocer y utilizar los discursos convencionales de construcción de personas y sus identidades. Al fin y al cabo, cada sociedad da lugar a unos tipos de identidad característicos que forman el repertorio de identidades posibles. De esta manera, nuestra experiencia de nosotros mismos queda definida por nuestra forma de hablar sobre nosotros en las actividades de la vida cotidiana. Y es en estas actividades cotidianas donde quedan delimitadas las posibilidades de ser de cada discurso, las identidades posibles dentro de las relaciones de poder que sostiene cada forma de hablar sobre sí mismo (Parker, 1.989). Por tanto, hemos de dedicar atención a las "prácticas discursivas autorreferenciales" que nos constituyen como predicamos ser (Shotter, 1.989a), las formas de hablar sobre el yo ('I') dominantes en la sociedad (Harré, 1.984), donde incluimos también aquellas en las que se emplea el "vocabulario de términos mentales por el que se atribuyen estados cognitivos" (Potter y Wetherell, 1.987, p.179).

Pues bien, es con este fondo social inherente a las personas que se constituyen en ese mismo proceso social con el que hay que contar para llegar a la aparición en él de sujetos individuales, únicos e inintercambiables. En efecto, no se trata de que la individualidad se logre contra la constitución social de la persona; antes bien, la propia dinámica de la sociedad es responsable de la individuación que se nos impone como algo irrenunciable. Habermas (1.988, p.36), relaciona la subjetividad con la "impacable coerción individualizadora que ejerce el lenguaje como medio de los procesos de formación", que tiene que ver con la "lógica del empleo de los pronombres personales", la "necesidad de ser reconocido como ser individuado" (ibíd., p.230). De este modo socialización e individuación quedan ligadas de forma indudable.

Podemos distinguir tres aspectos en lo que concierne a la individualidad de la persona,

lo que Harré (1.984) denomina las tres unidades del ser personal. En primer lugar, la agencia, la experiencia de ser un actor autónomo, no determinable. En segundo lugar, la autoconciencia, la capacidad de verse y pensarse a uno mismo como sujeto entre otros sujetos. En tercer lugar, la autobiografía, en palabras de Habermas (1.988, p.192) "una biografía consciente de sí misma", relacionado plenamente, pues, con la autoconciencia. Estos tres aspectos de la individualidad son expresados por cada individuo en su medio social, necesidad de mostrar la posibilidad de la agencia personal, de una autocomprensión como producto de la reflexión (autoconciencia), que da lugar a una biografía que ha de ser mantenida en medio de los avatares de la interacción.

Hemos de subrayar que cualquiera de estos tres aspectos de la individualidad está cooriginariamente -término de Habermas- ligado a los procesos sociales. La autonomía del agente consiste en poder pasar de un principio de determinación, siempre social, a otro (Harré, 1.984). La autoconciencia no está exenta de las concepciones y reconocimientos que sobre el sujeto tienen y realizan los otros en la interacción. La autobiografía se va enriqueciendo con los materiales experienciales que se aportan en los procesos interaccionales lingüísticamente mediados.

La individualidad no puede, por tanto, salirse de la cultura para constituirse, sino que ha de realizarse en ella. Ortega y Gasset (1.957, p.254) señalaba que incluso en su huida la sociedad acompaña al hombre, pues lo lleva dentro constitutivamente en la forma de su lengua materna. El problema reside entonces en cómo dar cuenta de lo propio de cada individuo, pues esto parece quedar en cuestión con la premisa recién apuntada. Con ello, habremos de incidir en la posibilidad de la novedad, del cambio social que efectivamente tiene lugar y que una total determinación social de los principios de construcción de personas hace peligrar. A este respecto, Mead (1.934) sitúa en el yo ('I') el elemento innovador dentro

de la persona, como respuesta nunca determinable completamente del organismo al medio. Sin que pensemos que sea necesario construir una instancia interior a la persona (el yo) para fundamentar el fenómeno, sí creemos interesante la concepción meadiana que sitúa en la actuación del organismo sobre el medio la posible reacción innovadora. Es, pues, en la acción de la persona donde existe siempre la posibilidad de una innovación, de una respuesta cuando menos parcialmente sorprendente. Esto puede producirse cuando, como señala Harré, el individuo pasa a actuar bajo un principio de determinación distinto. También expresando lo que Apter (1.983) denomina negativismo, esto es, una actuación en contra de un conjunto de requerimientos de una fuente externa, lo que implica necesariamente conformidad respecto a otro conjunto. Por tanto, podemos situar en la posibilidad siempre abierta de una actuación potencialmente innovadora en un ámbito concreto uno de los pilares de la individualidad a la que conduce la socialidad constitutiva del ser humano. Como dice Harré (1.984), las transformaciones de las apropiaciones sociales conducen a la creación de un ser personal único.

De este modo, la individuación constituye tanto una negación como una afirmación más completa de los prejuicios de la comunidad (Mead). Es el propio proceso social el que lleva a la persona ('self') al 'abandono de las convenciones sociales' y así al desarrollo de una "identidad postconvencional" para conseguir una autodeterminación y autorrealización de la forma que hemos señalado, y esto sólo es posible siguiendo la misma dirección que exige el proceso de civilización (Habermas, 1.988, p.222), el cual parece exigir cada vez mayores cotas de individuación, al menos en nuestro entorno cultural occidental.

Pero hay otra instancia por la cual el ser humano no puede escapar de lo social, instancia que para la descripción podemos situar en el momento posterior a la innovación. Nos referimos al hecho de que toda respuesta novedosa es susceptible, en caso de resultar

exitosa, de ser recogida por otros actores sociales, en un proceso que Berger y Luckmann (1.967) llamaron institucionalización, "tipificación recíproca de acciones habitualizadas" (p.76), que para el asunto que nos ocupa ocurriría cuando una respuesta que fue original en su momento es utilizada recurrentemente, lo que da lugar a respuestas convencionales por parte de los otros interactuantes. Como ejemplo, pensemos en la primera vez que un jugador de ajedrez realiza una innovación, un movimiento no previsto. Se produce un desconcierto en el adversario, que reacciona de un modo concreto para salir del paso más o menos afortunadamente. La publicación (nombre que da Harré a este momento) de la novedad da lugar a un período de reflexión más o menos intersubjetivo que finalizará en la convencionalización de una respuesta determinada como la más adecuada a ese movimiento que fue innovador y que es ya patrimonio de los jugadores de ajedrez de todo el mundo.

De esta forma, la individualidad valiosa, exitosa respecto de unos cánones sociales, revierte nuevamente en la sociedad, alimenta el proceso social con nuevos materiales, nuevos contenidos culturales susceptibles de ser transmitidos por socialización a los nuevos sujetos que se habrán de constituir en su seno.

En definitiva, una teoría de la intersubjetividad como la mantenida en este trabajo nos pone en la pista de la tensión cultural ineludible para nosotros entre, por un lado, una necesidad imperiosa de puesta en escena de la propia unicidad e individualidad, de la realización y exhibición de un proyecto individual de vida. Y por otro, la socialidad constitutiva del ser humano que se traduce en que incluso las formas de individualidad están previstas o anticipadas en el proceso social global. Por ello, los discursos sociales que tratan estas cuestiones han de gozar de una gran importancia, están plenamente tematizados y problematizados, y de ahí nuestro interés especial por lo que hemos denominado el sentido de la identidad, el mantenimiento de la propia individualidad en la inconsistencia, el cambio

y la influencia externa (ver apartado III.2.4.).

2. LA IDENTIDAD PERSONAL.

Una vez delimitado el contexto en el que tiene sentido tratarla, en un mundo social creador de personas en su seno, hemos de ocuparnos en concreto de la identidad personal en todas sus extensiones. Para ello, procederemos en primer lugar a una clarificación terminológica y conceptual que manifieste lo que entendemos en concreto por identidad y por qué la preferimos a otros conceptos afines. En segundo lugar, trataremos la construcción discursiva y la narratividad de la identidad, para lo que será necesario especificar las relaciones entre interacción, cultura e identidad, así como tratar sobre la utilización estratégica de los discursos identitarios. A continuación, los relatos de identidad, como manifestación discursiva de unos significados alrededor de diversos significantes identitarios, positivos y negativos. Más tarde, habremos de intentar sustentar lo que llamamos un sentido de identidad, esto es, las formas discursivas en las que la persona se piensa y se sabe individuo único y concreto a pesar de diversas cuestiones alrededor de la interacción que parecen cuestionar tal extremo.

2. 1. EL CONCEPTO DE IDENTIDAD Y OTROS CONCEPTOS RELACIONADOS (YO, 'SELF', PERSONA...).

Para hablar de identidad hemos de partir de las personas como sujetos de identidad, personas como seres sociales con capacidad para la acción pública con sentido (Harré, 1.984, p.26). Son estos agentes en el mundo social los que pueden tener una identidad, pues ésta se funda en la "autocomprensión de un sujeto capaz de lenguaje y acción, que se presenta y, llegado el caso, se justifica ante los demás participantes en la conversación [e interacción] como una persona incanjeable e inconfundible" (Habermas, 1.988, p.207). Por tanto, depende de las relaciones con otras personas: se forma como respuesta a las exigencias de los otros en la interacción y son esos mismos otros los que han de reconocerla y validarla.

Por otro lado, la identidad supone un movimiento doble de igualación tanto como de diferenciación respecto de los demás actores con los que interactúa el sujeto de tal identidad (Sainsaulieu, 1.985, p.322, apud Ramírez Goicoechea, 1.991, p.7). Como afirma Habermas, "en la identidad del yo se expresa la paradójica circunstancia de que, en cuanto persona, el yo es, por antonomasia, igual al resto de las personas, mientras que en cuanto individuo es, por principio, distinto del resto" (Habermas, 1.976, apud Domínguez Bilbao, 1.996, p.332). Es necesaria, pues, una cierta igualación como premisa obligada que permita el entendimiento y la acción conjunta. Pero también una diferenciación que manifieste la radical inintercambiabilidad de cada sujeto individual. Tanto igualación como diferenciación dependen finalmente del medio social en el que se desenvuelven las personas, pues uno ha de igualarse a, y diferenciarse de, los otros en la interacción. Son, pues, las identidades de esos otros y el marco social de referencia los que marcan las cuestiones respecto a las que

tiene sentido igualarse y diferenciarse, por tanto, tematizan la identidad personal.

En este marco tiene sentido referirse a la identificación[6]. La identificación supone una similitud real o deseada basada en buena medida en el enlace afectivo que se crea entre dos personas. Esto hace posible la interiorización de, cuando menos, algún significante o significado identitario. Como dijera Freud (1.921, p.2585), "la identificación aspira a conformar el propio *yo* análogamente al otro tomado como modelo". Igualmente la desidentificación puede suponer la negación de un determinado significante o significado identitario como posibilidad de ser efectiva para la persona en cuestión. Lo que resulta es una modificación de la identidad personal en la línea del significante o significado que se pretende incluir en el repertorio identitario propio. De este modo, la persona tendrá que hacer suyos y adaptar una serie de relatos de identidad relacionados con la identificación que está teniendo lugar. Incluso habrá de modificar de algún modo su línea de actuación para poder proclamar su nueva adscripción identitaria de forma que le sea reconocida.

La identidad no debe ser entendida en sentido descriptivo, como un yo que trata de conocerse -como es la concepción de la Psicología Social Cognitiva. Debe entenderse como una garantía (Habermas, 1.988, p.208) de la continuidad de la persona, el compromiso que supone el habla en primera persona como consecuencia de la indexicalidad del lenguaje (Harré, 1.984, p.161), garantía de la que el otro interactuante es necesariamente fiador, pues es quien la ha de validar. El reverso del compromiso es la confianza. Esta confianza en que los otros interactuantes van a actuar dentro de unos márgenes aceptables hace verdaderamente

---

[6] Hablar de identificación, aun cuando pueda resultar extraño en un modelo de identidad tan discursivo como éste -no se puede tratar propiamente la afectividad desde el discurso-, se hace imprescindible si tenemos en cuenta la teoría de intersubjetividad que mantenemos. Si estamos constituidos como personas a través de los otros en la interacción, nuestros relatos de identidad han de estar habitados por esos otros y esto ocurre fundamentalmente por medio de la identificación. En definitiva, "no hay procesos de identidad sin identificación previa" (Marinas, 1.995, p.179).

posible la interacción. La pérdida de la confianza conduce a la exclusión de las relaciones sociales, a la *despersonalización* (Weigert, 1.983, p.183): no se puede sostener una identidad viable si no existe confianza en el sujeto y ésta debe mantenerse a través del compromiso inquebrantable con la propia identidad.

El autorreconocimiento que consigue una persona de esta forma, en la interacción lingüísticamente mediada, ha de permanecer siempre fragmentario, en forma de autopresentaciones ampliables *ad hoc* (Habermas, 1.988, p.208), en la medida en que el decurso de la conversación las tematiza y las saca a primer plano. Aun con esta fragmentariedad, la persona es capaz de producir unos *textos de identidad* (Shotter y Gergen, 1.989), construcciones discursivas autorreferidas, con las que da cuenta de sí mismo o al menos son susceptibles de ser utilizadas para tal fin cuando se presente la ocasión. Estas construcciones las vamos a denominar en este trabajo *relatos de identidad*, como forma de resaltar la importante narratividad presente en ellas. En estos relatos es posible identificar una serie de significantes identitarios por los que el sujeto se reconoce y es reconocido por los otros interactuantes. Pero no solamente están los significantes, sino también los significados asociados por la persona a esos significantes, y donde es posible encontrar una importante variabilidad, aun tratándose del mismo significante.

Se trata, pues, de un diversidad de relatos identitarios, indeterminables y contingentes temporalmente, que remiten a unos ámbitos de interacción concretos, espacios en los que tiene sentido proclamar una determinada identidad. A pesar de la fragmentariedad y contingencia, el sujeto consigue una cierta articulación, pues el empleo recurrente de algún modo los estabiliza y los hace objeto de autorreconocimiento privilegiado al menos durante un período vital. Así pues, con su carácter construido, la identidad logra una cierta objetivación que le otorga una condición de realidad innegable, al menos en un contexto y

durante un tiempo determinados (ver Harré, 1.984).

Por tanto, podemos definir la identidad personal como el autorreconocimiento reflexivo de una persona que toma forma en unos relatos de identidad en los que se apropia de una serie de significantes y significados y en los que construye su propia individualidad como sujeto único a la vez que parcialmente similar a otros. Estos relatos se producen en la interacción para dar cuenta de la demandas que ésta presenta.

Esta concepción de la subjetividad como autoconciencia y agencia inmersa en la interacción social necesitaba, desde nuestro punto de vista, de un término como es el de *identidad*, que preferimos a otros que se utilizan con similar contenido, como yo, 'self', persona, etc. La identidad ha sido tradicionalmente el concepto preferido para las referencias a la subjetividad en su vertiente social. Así, los autores del Interaccionismo Simbólico que lo utilizan lo hacen con dos sentidos distintos. Por un lado, como tipificaciones de conocimiento, sentimiento e interpretación (Weigert, 1.983, p.141), esto es, identidades de rol (McCall y Simmons, 1.966) que son asumidas e internalizadas por el individuo. Por otro, como continuidad de experiencias junto con el sentido de autonomía personal, lo que Shibutani (1.961) llama sentido de identidad y que guarda una similitud importante con la utilización del mismo concepto por parte de Harré (1.983).

El primer significado de identidad, superando con mucho los límites de la corriente interaccionista, ha derivado en multitud de trabajos y líneas de investigación que han incidido de pleno en lo que se ha venido en llamar identidad social, que se ha convertido casi en un lugar común de la Psicología Social actual. Parte de la responsabilidad de tal extensión del concepto le cabe a Tajfel, como propulsor de una teoría de la identidad social que ha gozado de un crédito importante en la disciplina y que ha constituido de hecho uno de los campos más importantes de la Psicología Social europea. Como vimos en su momento (ver apartado

II.4.1.), Tajfel solamente se ocupa de lo que él considera como una parte de la identidad personal, esto es, la identidad social, sin entrar en ningún momento a considerar qué sería lo que queda para esta identidad personal. Pero también se ocupan de la identidad social, y con significado similar a este respecto, autores más cercanos al Interaccionismo Simbólico, como son, por ejemplo, Goffman (1.963) y Harré (1.983).

El segundo significado de identidad converge de manera patente con la concepción que ha desarrollado el Interaccionismo Simbólico sobre el yo ('self'), pero también, aun con diferencias sustantivas en los planteamientos respectivos, con otras corrientes anglosajonas de la Psicología Social, como la Psicología Social Cognitiva. En efecto, en ambos marcos teóricos, el yo ('self') se reserva para la concepción de la individualidad, socialmente constituida en el Interaccionismo, autoconcepto mantenido por el individuo entre los sociocognitivistas. Y en la mismo dirección se encuentran conceptos como, cuando se utilizan, identidad personal (también Goffman y Harré) o sentido de identidad, como ya hemos apuntado.

Este doble uso -identidad social por un lado e individualidad por otro- podría remitir a la dinámica de igualación y diferenciación que mantenemos como clave para la identidad. Así, la identidad de rol o identidad social es una de las posibilidades más importantes de acercamiento a los otros, de encontrar puntos de contacto entre las identidades de unas y otras personas; mientras, el sentido de identidad nos conduce a la unicidad personal igualmente indudable.

Sin embargo, la utilización de tal concepción de yo ('self') o de la individualidad presenta una serie de inconvenientes que nos hacen optar por algo diferente. El concepto anglosajón de 'self' parece llevar implícito un contenido ontológico, el ser interior del individuo capaz de autoconciencia. Su utilización, pues, ha de enfrentarse constantemente al

peligro de dejar la puerta abierta a un cierto psicologismo o cognitivismo, del que no se libra siquiera el propio Harré por no especificar la procedencia de la actuación idiosincrásica que caracteriza a la identidad personal (ver apartado II.6.1.). Precisamente para evitar esta cuestión hemos considerado necesario dar cuenta, a partir de Mead y Habermas, de la posibilidad y la forma en la que es posible la innovación, la respuesta no esperada ante una determinada situación (ver apartado III.1.2.).

Por lo que respecta al yo propiamente, goza éste de cierta tradición de utilización en nuestro idioma especialmente en la filosofía (Ortega y Gasset, Gurméndez, por citar solamente un par de ejemplos)[7]. Al coincidir esta forma con el pronombre personal, la utilización en nuestro idioma de yo podría incluir, no solamente la autoconciencia, sino también la agencia. Y es que este empleo filosófico le ha otorgado, junto con un determinante (no es 'yo', sino 'el yo'), un carácter de entidad interior a la persona que no consideramos apropiado a este modelo de identidad personal.

Es precisamente este carácter casi ontológico lo que pretenden desmontar una serie de autores, entre los que nos centraremos básicamente en Shotter. Así, este autor señala que no existe un yo ('self') dentro de los personas susceptible de ser investigado (Shotter, 1.985, p.171). Igualmente, el yo ('I') es un signo no referencial en relación a ninguna realidad extralingüística, es más bien un signo vacío que solamente cobra sentido según las maneras en que es utilizado por los hablantes (Benveniste, 1.971, p.210, apud Shotter, 1.989a, p.139). Por tanto, tanto yo ('self') como yo ('I') son una realidad de discurso creada por nuestra forma de hablar sobre nosotros mismos.

Por ello, si se trata de conceptos que las personas no utilizan en nuestra lengua como

---

[7] La cierta colonización que ha sufrido la Psicología española de parte del ámbito anglosajón nos lleva a decir que el empleo del yo en esta disciplina ha sido más bien una traducción del término inglés 'self', con las características que acabamos de señalar.

tal (en general en todas las lenguas latinas), ni tienen un significado teórico adecuado, entendemos que no tiene sentido para nosotros hablar de un 'yo', como tampoco de un 'sí mismo' -la otra traducción posible de 'self'. Nuestra apuesta pasa por considerar: a) *personas como agentes en interacción*; b) en la que se ponen en juego las *posibilidades de autorreconocimiento y de reconocimiento mutuo* en forma de unos relatos de identidad que constituyen la identidad personal de cada sujeto.

Así pues, nuestra elección del concepto de identidad personal, tal como lo venimos delineando, se justifica en el sentido de que consideramos posible subsumir en él ambos aspectos de igualación y diferenciación, de identidad con los otros y de especificidad individual, de categorización y particularización[8], pues los pensamos como indisolubles y parte integrante de la identidad de toda persona. Solamente uniendo ambos aspectos bajo la rúbrica de identidad personal podremos dar cuenta de la socialidad constitutiva del ser humano, tanto en la reproducción como en la modificación de las pautas sociales, y así tratar "la identidad personal como identidad social" (Torregrosa, 1.983).

2. 2. LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DE LA IDENTIDAD EN LA INTERACCIÓN

Los relatos de identidad dependen de los repertorios discursivos culturales, pautas convencionales que proporcionan un recurso para interpretar y conferir significado a los

[8] Ver Billig (1.985) para una reivindicación de la particularización como complementaria a la categorización.

acontecimientos y transformarlos en narraciones o discursos concretos que circulan en el flujo incesante de la interacción lingüísticamente mediada. El medio social establece las categorías de personas que se pueden encontrar en él (Goffman, 1.963, p.12), a través de las diferentes formas de hablar que conllevan diferentes *posibilidades de ser* (Shotter, 1.993), delimitadas por tanto por los diferentes repertorios discursivos susceptibles de ser utilizados por cualquier persona a la que sea aplicable un determinado significante identitario. Por ejemplo, en el caso que nos ocupa, los jóvenes, las construcciones culturales alrededor de los espacios de ocio delimitan las posibilidades de ser joven a este nivel y dan lugar a un repertorio de discursos potenciales que pueden ser empleados por cualquier joven según su posición respecto a estos espacios de ocio.

De esta forma, los significados que aparecerán en los relatos de identidad ligados a cada uno de los significantes identitarios dependen de estos mismos repertorios discursivos culturales. Los discursos definen tanto lo que se puede ser como la forma en que es posible serlo. Para hablar de la identidad personal es necesario, pues, ocuparse de estos modelos convencionales de construcción de personas y sus identidades, lo que Potter y Wetherell (1.987, cap. 5) llaman 'teorías del yo' ('self theories'), concepciones de sentido común alrededor de la identidad. Y a pesar de este aspecto convencional y construido por la persona en su medio, los discursos que utilizamos para referirnos a nosotros mismos nos constituyen, del mismo modo que la realidad queda definida por los discursos que empleamos para dar cuenta de ella. De este modo, la identidad se convierte en un producto objetivado, 'real' en la medida en que se toma como 'real' en la interacción social[9].

El concepto de *posibilidades de ser* no solamente liga identidad, discursos y cultura, sino también la identidad personal con la posición social que ocupa cada sujeto en la

[9] Recogemos aquí la idea de Harré (1.984, p.82) de que el yo, aunque teórico, es real.

estructura social. En efecto, el abanico de discursos que una persona puede elaborar y utilizar sobre una cuestión concreta está limitado por su posición social. Es ésta la que condiciona las posibilidades de acceso a determinados ámbitos y espacios sociales, por lo que una serie de posibles discursos identitarios estarán vedados a cada persona por la sencilla razón de que no los conoce por no haberse encontrado con ellos en sus diversas interacciones, o conociéndoles no le serían nunca reconocidos como propios. Como señala Parker (1.989), dentro de cada discurso se podrán sostener unas determinadas posibilidades de ser y no otras en el marco de las relaciones de poder que ese discurso sostiene. Esto es lo que denominamos el factor de oportunidad en la identidad personal.

Por otro lado, la posición social tiene que ver con el acceso diferencial a recursos simbólicos y materiales. Cuanto mejor sea el acceso a estos recursos mayores serán las posibilidades de ser para esa persona, y viceversa, una igualación en las oportunidades implica también una similitud mayor en las identidades posibles. Este es el caso, por ejemplo, de hombre y mujeres: a mayor igualdad de oportunidades, mayor igualdad en las identidades susceptibles de ser sostenidas por ambos géneros. Pero también de los jóvenes, que en su proceso de emancipación están demandando nuevas libertades de actuación que les permitan acceder a nuevas posibilidades de ser.

Por supuesto, cada ámbito de interacción tiene unas posibilidades de ser que le son propias, que es posible encontrar en las personas que interactúan dentro de él. Y lo que es más, es precisamente en la interacción donde se actualizan las distintas posibilidades de ser, donde se hacen efectivas y donde tiene sentido reclamarlas como propias o exigirlas como propias de otras personas, donde la identidad se ve confirmada o negada por uno mismo y por los otros. Como dicen Widdicombe y Wooffitt (1.995, p.90), las identidades se producen en la actividad conjunta que son las conversaciones.

Pero no solamente se juegan en la interacción las identidades posibles en cada uno de los ámbitos sociales, sino también los significados propios a cada uno de los significantes identitarios se ponen también en juego en la misma: en ella se conocen y transmiten, se actualizan, se afirman o se niegan, se modifican o se refuerzan.

Los autodiscursos tienen también una dependencia importante respecto de las relaciones que se establecen en la interacción. En ellas es donde se concretan las posibilidades de igualación y de diferenciación, pues lógicamente sólo tiene sentido igualarse o diferenciarse de las personas del propio entorno de uno. Por tanto, en la interacción aparece el elemento comparativo de la identidad, comparaciones entre la propia persona y los otros interactuantes, desde nuestro punto de vista, una dinámica central en el sostenimiento y construcción de una identidad personal con sentido. Si tal es así, entonces no ha de extrañar que la identidad personal sufra modificaciones más o menos importantes cuando se accede a relaciones personales distintas, o cuando se produce un cambio en esas relaciones.

Aparte de relaciones interpersonales, el hecho de pertenecer a determinados grupos tiene también influencia sobre la identidad personal. Por un lado, las relaciones que se mantienen en el seno del grupo tienen la influencia que acabamos de señalar: es en relación a los miembros del grupo como tiene sentido la expresión de individualidad o de comunalidad. Por otro, la persona internalizará los significantes identitarios que comparte con los demás integrantes del grupo y los relatos a ellos asociados, de forma que los convierta en unos contenidos más de su identidad personal que intente armonizar en la medida de los posible y necesario con el resto.

Pero podemos hablar también de un nivel grupal que se manifiesta cuando las personas interactúan como tal grupo y serviría para poner coto a la expresión de la identidad

personal. En efecto, en la interacción grupal lo que está en juego es la identidad del grupo como tal, la identidad personal de cada uno de los miembros queda en un segundo o tercer plano. En la interacción grupal se expresan y manifiestan los significantes y relatos emergentes que constituyen la identidad grupal, de la que participan todos en esos momentos. La relación de la identidad grupal con cada una de las identidades personales ha de ser necesariamente particular. En la medida en que cada uno de los sujetos participa fuera del grupo de ámbitos y posiciones sociales diferentes, serán diferentes las formas en las que limitadamente se pueden integrar los diferentes significantes y significados de los que se apropia una persona concreta.

De este modo, la identidad se pone a prueba en cada interacción. Con la presentación se realiza una demanda de ser un tipo determinado de persona y de ser tratado en consecuencia (Goffman, 1.959, p.25). Pero esta presentación, o la apariencia de la misma, se convierte en promesa de verdad, pues cada acción es tomada como manifestación de carácter (Harré, 1.984, p.245). Es el efecto de compromiso de todo discurso identitario, lo que muestra además el carácter moral de toda representación (Goffman, 1.959, p.266). Por tanto, ante una actuación incorrecta es la propia identidad la que queda en entredicho, de forma que será necesario reparar la infracción. Con ello no solamente volvemos a erigirnos en actores sociales plenos, sino que también recuperamos la identidad que quedó bajo sospecha, volvemos a tener derecho a reclamar una identidad, a ser de una determinada manera.

Esta influencia de la interacción en sus diferentes aspectos sobre la identidad personal constituye el marco en el que se construye la misma. La construcción de la identidad consiste en un trabajo de transformación de las diversas experiencias que ocurren a la persona en una narrativa, en unos relatos de identidad que se han de adaptar a estas nuevas interacciones.

La construcción de la identidad necesita, por tanto, de una agencia individual, cuando menos parcial. La forma característica que toma este trabajo de construcción es la utilización de estrategias identitarias al servicio del mantenimiento de la individualidad y del sentido de identidad.

- *Estrategias discursivas e identidad.*

Entendemos las estrategias como una actuación encaminada a conseguir un determinado objetivo. Cada estrategia es un producto histórico siempre ligado a los *habitus*, "sistemas de disposiciones duraderas y transferibles" (Bourdieu, 1.980, p.92), que definen unas prácticas posibles dentro de los márgenes culturales. De esta forma, los materiales de la cultura están presentes en la utilización de una u otra estrategia, no se trata de una mera expresión de la agencia individual. Esta definición de estrategia pretende incluir las acciones más allá de su grado mayor o menor de consciencia, se puede hablar de estrategia tanto cuando se trata de un plan preconcebido de obtener un fin concreto, como cuando la persona es solamente parcialmente consciente -quizá sea éste el caso más frecuente- de lo que pretende conseguir. Al fin y al cabo, las pautas culturales se interiorizan con tal fuerza que llegan a ser en buena parte inconscientes, como ya viera Freud (1.940).

La estrategia es por tanto acción, y en cuanto tal, quizá no tenga mucho sentido distinguir entre acción y discurso estratégicos, pues finalmente lo que cuenta de la acción en el mundo material son las interpretaciones -lingüísticas- que de que ella se realizan. Tampoco olvidemos la aportación de Austin (1.962) en la dirección de apuntar la posibilidad de hacer "cosas con palabras".

En lo que concierne a la identidad, las estrategias identitarias serían "las formas en

las que los sujetos sociales... modifican sus posiciones, sus modos de autopresentación y reconocimiento, sus acuerdos y conflictos en la propia categorización de sus identidades" (Marinas, 1.995, p.178). Desde nuestro punto de vista sería conveniente añadir a tal definición el hecho de que no solamente la modificación de la identidad puede ser estratégica, sino que también puede serlo la reafirmación de la misma. Estrategia es tanto seguir una norma como romperla (Devillard, 1.989, p.193).

Como producto de la agencia individual, podríamos hablar de las motivaciones que inducen la utilización de estrategias. En lo que concierne a la identidad personal, creemos poder identificar dos tipos diferentes, aunque relacionados, de estrategias, en función de las motivaciones que subyacen a ellas. En primer lugar, las estrategias para mostrar que el sujeto es una persona, esto es, un actor fiable y digno de respeto, condición indispensable para poder sustentar una identidad viable. En relación a esta motivación podemos situar las estrategias encaminadas a mantener el sentido de identidad, esto es, a mostrar que se cumplen las demandas culturales de la coherencia, la permanencia y la autenticidad (ver apartado III.2.4), requisitos para poder ser tenido en cuenta en plano de igualdad por los otros interactuantes. Por ejemplo, una estrategia para beneficiarse de las ventajas de ser visto como una persona estable sería negar el cambio experimentado por sí mismo, mientras que se está atento a los cambios que se aprecian en los demás.

En segundo lugar, tenemos las estrategias destinadas a conseguir o mantener una identidad valiosa[10], lo que implica retener ciertos significantes identitarios, negar otros, tratar de acceder a otros mejor considerados socialmente y/o subrayar de los significantes con lo que se reconoce y es reconocido el sujeto aquellos que prefiere de cara a dar una buena

[10] Esta concepción de la identidad valiosa está inspirado en el concepto de personalidad valiosa de Weber, tal como es recogido por Soldevilla (1.995, p.114).

imagen a los otros interactuantes. Pero también es posible incidir sobre los significados positivos de un determinado significante y desvincularse o negar las implicaciones negativas del mismo.

Todas estas estrategias necesitan para su funcionamiento de un par de cuestiones que ya señaló Goffman (1.971), si bien él lo situaba solamente como medio de conseguir la impresión de coherencia. Nos referimos al control de la información y a la realización dramática. Es a través de estos mecanismos como es posible manejar las impresiones que se dan en la interacción, y solamente manejando los recursos simbólicos a su disposición para controlar esa impresión pueden tener éxito las estrategias identitarias que se plantee cada persona.

2. 3. RELATOS DE IDENTIDAD: SIGNIFICANTES Y SIGNIFICADOS.

La identidad personal toma en sus manifestaciones cotidianas la forma de unos *relatos de identidad* en los que la persona se reconoce y se sabe reconocida en ellos por los otros interactuantes. En estos relatos están presentes todos los aspectos de la identidad susceptibles de simbolización lingüística, tanto los significantes y significados identitarios (positivos y negativos), como el sentido de identidad, las estrategias identitarias y la propia historia de la persona.

Sería difícil hacer una especie de inventario completo de los relatos identitarios de cada persona. Éstos sólo cobran sentido cuando la interacción concreta los hace pertinentes, por lo que el autorreconocimiento es necesariamente fragmentario (Habermas, 1.988, p.208),

con una integración no más que suficiente para cubrir los requerimientos culturales tematizados en la interacción. Por otra parte, a lo único que podemos tener acceso es a relatos producidos en una situación concreta, en la cual la persona habrá organizado sus experiencias y significantes identitarios de la manera que haya considerado oportuna, lo cual no quiere decir que en otro momento el relato vaya a ser exactamente el mismo -con toda probabilidad tendrá una similitud importante en períodos cortos de tiempo.

Los relatos se apoyan en unos significantes identitarios que constituyen las 'marcas' de la identidad mejor reconocibles por los otros. Podríamos afirmar que los significantes son palabras o conjuntos de palabras utilizados para denominar a una categoría de personas. La variedad de tipos de significantes es enorme, unos ligados a ámbitos de interacción determinados (estudiante, hijo), otros más generales (joven, hombre, mujer). Unos permanentes e irrenunciables (hombre, mujer), otros mudables voluntaria o involuntariamente (joven).

Los significantes pueden estar más o menos relacionados entre sí. Algunos son solamente aplicables a unas categorías y no a otras, o solamente cobran sentido en relación a ellas. Por ejemplo, ser 'heavy' tiene sentido afirmarlo de sí mientras que se es joven. Otros, aunque en principio de ámbitos diferentes, puede parecer que guardan cierta relación entre sí, que son coherentes, como joven y estudiante o hijo y rebelde, del mismo modo que otros más pueden aparecer como contrapuestos, no susceptibles de ser integrados. Lógicamente habrá una tendencia a sostener significantes identitarios que guarden cierta relación entre sí, aunque no sea más que por una cuestión de normas culturales de coherencia, y es que las relaciones entre unos y otros significantes no dejan de ser asunciones culturales que delimitan las posibilidades de articulación de la identidad personal.

También es posible afirmar la centralidad diferencial entre unos y otros significantes

identitarios para una misma persona. Por un lado, los significantes irrenunciables (de género, por ejemplo) han de gravitar sobre las demás posibilidades de ser. Por otro, las personas han de tener mayor querencia hacia aquellos significantes que puedan ser valorados mejor por los demás y por sí mismas, como consecuencia de lo cual invertirán sus estrategias identitarias en darles mayor preponderancia. Por ejemplo, una persona que no ha podido estudiar lo que pretendía, al no poder acceder a una identidad que considera valiosa, invertirá probablemente más en otras posibilidades de ser, buscando espacios en los que poder interactuar en tanto tal, o de alguna otra manera.

Por supuesto, como sujetos con historia, las personas se van reconociendo sucesivamente en nuevos significantes y abandonan otros, pero esto no sucede a voluntad. Cualquier cambio debe poderse sustentar en el plano material y justificar en el simbólico. Esto es, para que un joven pueda decir que es miembro de un estilo juvenil tendrá que vestir de un modo determinado, escuchar una música concreta, sustentar la actitud correspondiente (ver apartado VI.2.). Pero también tendrá que acreditar que responde a algo que había ya en su persona, de algún modo congruente con la identidad sustentada hasta el momento, que no se trata de una presión externa, sino de algo auténtico.

Para complicar más el panorama, cada significante tiene asociados diversos significados, que son los que finalmente dan contenido a los relatos, sostienen los discursos identitarios[11]. Son estos significados los que hacen más congruentes entre sí unos significantes y no otros, de forma que facilitan o dificultan esa cierta integración necesaria. Además, dado que en muchos casos no es posible modificar la adscripción a ciertos significantes, la lucha se producirá en el mantenimiento o transformación de los significados

[11] La relación entre significantes y significados no es unívoca, sino múltiple, y no ausente de contradicciones y desacuerdos entre unos y otros actores sociales. Ver Lacan (1.966) para una teoría del significante y el significado.

a ellos asociados, pues estos significados pueden estar mejor o peor valorados socialmente, con lo cual en ello está en juego la valoración social del conjunto de personas que se reconocen en el mismo significante, y así la posibilidad de sostener una identidad valiosa. Esto es especialmente así en las identidades irrenunciables, donde al ser imposible el abandono del significante, el reajuste de significados se convierte en la única estrategia identitaria posible.

Y lo que es más, los significados asociados con un significante concreto limitan en buena medida las posibilidades de ser en relación con ese mismo significante, con lo que se erigen en marcadores de la adscripción al mismo. Las posibilidades, por ejemplo, de ser joven han de guardar una cierta congruencia con los significados asociados al hecho de ser joven (ver apartado VI.1.): libertad, poca responsabilidad, diversión, etc. Pero al mismo tiempo es en estos términos como cabe que se produzca la diferenciación entre las personas adscritas al mismo significante.

De esta forma, los significados que circulan socialmente sobre un significante identitario, que en este caso define una categoría (los jóvenes), forman el repertorio potencial utilizable por cualquier persona para sustentar su identidad personal en lo que concierne a tal significante. Pero el carácter multifacético de estos significados permite que cada sujeto se sitúe respecto a ellos de forma diferencial, subrayando unos significados, aceptando otros, desidentificándose de otros más. La importancia de este extremo radica en que es precisamente en estos términos como es posible fundamentar una individualidad diferenciada.

- *Identidad negativa.*

Aparte de los significantes de identidad de los que nos hemos ocupado hasta este

momento y que podríamos llamar positivos, cabe también hablar de los significantes de identidad negativos, esto es, de aquellos que la persona no es ni tampoco querría ser, el discurso del 'no ser'.

Desde nuestro punto de vista, la identidad negativa no es un mero epifenómeno de los relatos de identidad, pues en muchos casos la identidad personal parece construirse contra algo o alguien. Precisamente por la importancia que otorgamos a la dinámica de igualación y diferenciación en la constitución de la identidad, entendemos que las posibilidades de ser cobran sentido fundamentalmente por oposición entre sí. Esto es, sabemos lo que es ser mujer por comparación con lo que es ser hombre, estudiante respecto a trabajador, hijo respecto a madre, tío, etc.

De esta forma, las personas cuando hablan de sí mismas acuden a los significantes negativos, aquellos con los que no se identifican, en los que no se reconocen. Y esto para explicarse mejor, para mostrar lo que no gusta, ya sea de los significados sociales de los propios significantes o de los significantes que uno no es[12].

- *Proyectos de identidad.*

Ya hemos visto la incidencia del pasado en la identidad. Al fin y al cabo, ésta no es más que una reconstrucción que dota de sentido a las experiencias y acontecimientos que ha vivido la persona. Pero para tener en cuenta totalmente el aspecto dinámico de la identidad es necesario referirse a los relatos de identidad orientados al futuro, a los proyectos de identidad.

---

[12] Esto ha sido señalado entre otros, por autores como Kitwood (1.983), Widdicombe y Wooffitt (1.995) y Said (1.978, apud Widdicombe y Wooffitt, 1.995, p.180).

Hablar de proyectos de identidad o de identidad proyectada tiene sentido si se piensa en un actor autónomo, pero sólo parcialmente. Un actor sin autonomía no podría llevar a efecto unos planes de identidad. Un actor absolutamente autónomo podría adscribirse con inmediatez y sin consecuencias negativas a cualquier identidad deseada.

Por tanto, un proyecto de identidad podría definirse como el deseo de una persona de poder adscribirse a uno o más significantes y sus significados asociados y los esfuerzos que ha de realizar para ello[13]. Estos esfuerzos se traducirán en una serie de estrategias que requerirán de un tipo de actuación determinado, de una interacción con determinadas personas en términos de la identidad proyectada y del reconocimiento de los demás como tal persona. Todo esto ha de llevar cierto tiempo, de forma que el sentido de identidad personal no sea puesto en peligro en el proceso.

Berger et al. (1.973, p.73) han señalado que en la sociedad moderna existe una mayor necesidad de planificación de la vida, de un proyecto vital en el que se incluye el tipo de persona que se quiere ser y el estilo de vida que se quiere mantener. La pluralización de los mundos de la vida aumenta las posibilidades de elección y con ello de constituir un estilo de vida como "conjunto de prácticas que un individuo sigue" (Giddens, 1.991, p.81). Estas elecciones de estilo de vida y de planificación de la misma ayudan a dar forma a la propia actuación (ibíd., p.85[14]).

Sin embargo, como biografía parcialmente consciente de sí misma, la persona incluirá en sus proyectos de identidad no más que algunos elementos que considere relevantes para lo que quiere ser, no se referirán a todas las facetas de su identidad. Además, es posible

---

[13] Esto coincide básicamente con lo que Harré (1.983) ha llamado proyectos de identidad social. Los proyectos de identidad personal que recoge, como búsqueda de la distintividad personal, pensamos que tiene más sentido mantenerlo en el sentido de identidad.

[14] Para la noción de estilo de vida, ver el minucioso trabajo de Soldevilla (1.995).

pensar que los proyectos de identidad tengan importancia diferente en unos y otros momentos vitales, y también para unas y otras personas, probablemente según la situación en la que se encuentren.

Los proyectos de identidad pueden no tener éxito en su desarrollo, de forma que la persona no consiga la identidad pretendida, por ejemplo, por no lograr acceso a los ámbitos en los que se puede sostener tal identidad. En estos casos podemos hablar de identidad truncada, identidad proyectada que ha debido ser abandonada.

2. 4. EL SENTIDO DE IDENTIDAD.

La identidad es algo más que una serie de relatos en los que se reconoce la persona. Es también el saberse un sujeto concreto, único, inintercambiable respecto de las demás personas de su entorno. Para ello, al menos en nuestro entorno cultural, la persona ha de ser capaz de dar cuenta de sí mismo como individuo coherente -cierta integración entre los diversos relatos-, permanente -cierta estabilidad temporal- y auténtico -cierta autonomía respecto a los demás.

El sentido de identidad tiene un sustrato biológico, al fin y al cabo necesita -condición necesaria- de individuos corporeizados, organismos físicos sobre los que basar identidades reconocibles en el mundo social. De este modo, la imagen corporal se convierte en un soporte importante de la identidad, teniendo en cuenta que, como señala Harré (1.983), nuestro sistema conceptual prioriza la apariencia física a la hora de decidir sobre cuestiones de identidad.

Pero esto no puede ser suficiente. El sentido de identidad se basa en la posibilidad de *autoconciencia* del ser humano, pues solamente así es posible experimentar una *continuidad* vital a través de la multitud de sensaciones y percepciones, así como en las acciones e interacciones en las que la persona sucesivamente participa, y así desarrollar una autobiografía (Harré, 1.984). Sin olvidar que la posibilidad de la autoconciencia proviene también de ser tratado por los otros interactuantes como una persona concreta e identificable inequívocamente.

Con estos requisitos es posible fundamentar un sentido de identidad, si bien se necesita de los modelos culturales de construcción de individuos para llenarlo de contenido. En efecto, estos modelos delimitan las posibilidades en las que tiene sentido dentro de una cultura determinada reivindicar la propia individualidad. En el caso de nuestra cultura occidental, variante hispana, pensamos que el sentido de identidad se juega alrededor de tres polaridades diferenciadas: coherencia vs. inconsistencia; permanencia vs. cambio; autenticidad vs. influencia externa[15].

- *Coherencia e inconsistencia.*

La coherencia supone la necesidad de encontrar algún tipo de integración entre los diferentes relatos de identidad de la persona, los cuales podrían ser incompatibles en algunos aspectos. Al fin y al cabo, la sociedad en la que estamos requiere de actuaciones muy

[15] El hecho de centrar el sentido de identidad en estas tres polaridades se fundamenta en buena medida en el análisis que hemos realizado de nuestro material empírico, lo cual no quiere decir que no existan autores que se hayan ocupado de estos aspectos. Estamos pensando en Billig (1.987) y la coherencia, Gergen y Gergen (1.983) y la estabilidad y Widdicombe y Wooffitt (1.995) y la autenticidad, por citar solamente algunos ejemplos ya reseñados. Ver también los dilemas para preservar una coherente narrativa de la identidad del yo de Giddens (1.991, p.188 y ss.).

diferentes y por ello potencialmente incoherentes. Se trata de una exigencia cultural ligada a la responsabilidad y al compromiso con una determinada identidad, y que tiene como correlato en la interacción las acusaciones de incoherencia que unas personas realizan sobre otras o aprecian en sí mismas.

Sin embargo, no se trata de un imperativo absoluto, la incoherencia no es una cuestión de lógica formal. Antes bien, la obligación de compatibilizar relatos proviene de la interacción social, lugar donde es posible que aparezcan ciertas discordancias que la persona habrá de intentar integrar (Billig, 1.987). De este modo, los relatos de identidad no se pondrán en contacto unos con otros si no es en los términos que marque la interacción en la que participa la persona.

Esta cierta integración que realiza el sujeto como consecuencia de las exigencias de la interacción dará lugar a una serie de relatos interconectados en los que se reconocerá privilegiadamente, especialmente si hay estabilidad interaccional. Con ello nos alejamos de algún modo de concepciones como la de Goffman (1.971), quien no piensa en la existencia de una coherencia más allá de la interacción concreta. O la de Gergen (1.991), que afirma la existencia de una multiplicidad de relaciones y relatos en plano de igualdad sin que sea posible trascender la esfera particular. Esta integración parcial es exigida por las normas culturales de la interacción social, exigencia contextuada de coherencia entre las diversas interacciones de las que participa cada persona.

- *Permanencia y cambio.*

Los relatos de identidad tienen una innegable contingencia, se van modificando, reinterpretando, se añaden algunos, se pierden otros. No puede ser de otro modo: la

circunstancia vital cambia, la persona vive nuevas y distintas experiencias, pasa a ocupar otras posiciones sociales o a interactuar en otros ámbitos sociales. Por tanto, se puede pensar el cambio identitario como un fenómeno habitual, que no es extraño a nadie. El cambio personal, eso sí, nunca puede ser total, se necesita de al menos algún punto de anclaje que permita sostener la continuidad vital de la persona en sus experiencias. De hecho, podríamos hablar, en nuestra sociedad, de que las personas nos encontramos, a excepción de acontecimientos puntuales altamente desestabilizadores, en un leve cambio constante.

Quizá haya momentos vitales en los que la experiencia del cambio en la identidad sea más común y esté incluso más presente en los relatos de identidad. Son momentos de transición de una edad a otra, entre los que el paso a la edad adulta tiene una trascendencia especial. Es ahora cuando la persona reclama ser tratada como un actor social pleno y debe actuar en consecuencia, de una manera distinta a como lo hacía hasta el momento. Por tanto, en este como en otros momentos vitales, el cambio se considerará con toda probabilidad positivo, como una evolución, progreso o desarrollo de la propia persona.

Pero si el cambio identitario es en buena medida inevitable, también es cierto que existen presiones hacia la estabilidad, motivadas en buena parte por los requisitos de la interacción. En efecto, la persona tiene un compromiso con su propia identidad ante los otros en la interacción, un compromiso al que no puede renunciar de cualquier manera sin sufrir las consecuencias: quedar en entredicho como actor social responsable.

De este modo, respecto a la permanencia y el cambio personales tenemos dos discursos contrapuestos, ambos sancionados socialmente, el discurso de la estabilidad y el discurso de la evolución. Mientras el primero enfatiza la no variabilidad en los relatos de identidad, el segundo incide sobre la positividad que puede tener la adscripción a nuevos relatos en la medida en que supongan un progreso para la persona o tengan consecuencias

favorables en general.

En consecuencia, cada sujeto habrá de estar en condiciones de producir unos relatos sobre sus experiencias en estos términos, bien afirmando la estabilidad y continuidad de las nuevas experiencias respecto de la identidad personal, bien haciendo ver que se ha producido un cambio que, sin cuestionar totalmente la permanencia del sujeto, supone una mejora, un progreso para él. Esto significa que se hace necesario justificar el cambio experimentado, pues pone en peligro la permanencia personal, en una forma que deje traslucir una estabilidad personal en medio de esa variación identitaria. Como decían Gergen y Gergen (1.983), cada persona debe estar en condiciones de dar cuenta de sí misma como inherentemente estable y a la vez en un estado de cambio positivo.

Pero no hay que olvidar que el progreso en la identidad solamente puede ser sostenido a posteriori: una vez experimentada la vivencia que parece modificar la identidad es posible construir un relato que la haga aparecer como un cambio positivo, un progreso. En esta línea, Freeman (1.993, p.9) afirma que el desarrollo es una idea retrospectiva.

Estos discursos son susceptibles de ser utilizados estratégicamente dentro de los límites que permita la interacción concreta desde la posición ocupada por el sujeto. Y no solamente porque la persona, según los intereses de ese momento, pueda construir un discurso de uno u otro tipo, sino que también es posible su uso para minar la credibilidad de los otros en la interacción, sea explicitando el cambio que uno piensa que han experimentado y que pone en peligro su permanencia, sea afirmando que se están quedando estancados, que no progresan.

• *Autenticidad e influencia externa.*

Ya hemos visto que la identidad sucede en un medio social, en la interacción que se alberga en él, en un proceso sin fin de igualación y diferenciación respecto de las personas del entorno. Además está la identificación, a través de la cual la persona interioriza ciertos aspectos de los demás y los hace suyos, parte integrante de su propia identidad personal. Todo esto para afirmar la innegable dependencia de la persona respecto de su medio social. Pero no es menos cierto que existe un espacio para la autenticidad individual: la reproducción de las pautas sociales las va modificando a su paso por las diferentes personas que las interiorizan y actualizan, que siempre existe un margen para la innovación y la puesta en marcha de actuaciones cuando menos parcialmente novedosas.

De este modo, resulta posible justificar tanto la influencia que la persona recibe del medio como la autenticidad de su identidad y de su acción en el mundo. Por tanto, se podría hablar de la afirmación de la autenticidad y del reconocimiento de la influencia externa (heteroinfluencia) como de dos requisitos de la vida social que dan lugar a dos discursos en buena medida contrapuestos con los que han de manejarse las personas en sus interacciones.

El discurso de la heteroinfluencia es el que muestra consideración y gratitud hacia las personas del entorno. Sea por identificación con ellas, por aceptación de líneas de actuación (consejos), por asunción de las descripciones que realizan sobre uno, porque la identidad se modifica con nuevas relaciones, etc., el sujeto debe mostrar un reconocimiento del papel que han jugado los otros en el desarrollo de su identidad. Al fin y al cabo serán esas mismas personas las que puedan acusarle de ingratitud o poner en evidencia la influencia que han recibido de ellas.

Pero el discurso de la heteroinfluencia tiene otra cara. La influencia de otros es

considerada como una muestra de inautenticidad. Además, deja a la persona que la reconoce en una posición clara de inferioridad. Por eso es más fácil reconocerla respecto de personas claramente superiores -uno siempre está en posición de inferioridad respecto a ellas- o simplemente reconocer una influencia genérica del medio social -ninguna persona concreta puede colocarse en posición de superioridad (ver apartado VII.3.).

El discurso de la autoafirmación es necesario para mantener el sentido de identidad personal. Se trata de una presión cultural a mostrar la propia autenticidad, que uno es responsable de lo que es, de su identidad (ver Widdicombe y Wooffitt, 1.995). Para ello, la persona debe manifestar claramente su distintividad frente a los otros sujetos de su entorno. Y así ha de construir relatos de los que trasluzca que actúa libremente, que se mantiene firme ante las presiones externas, etc. Igualmente es fundamental que muestre que cumple el ideal cultural de tener una manera de pensar propia y una personalidad fuerte, pruebas fehacientes de la autenticidad personal. Como contrapartida, la autoafirmación puede ser considerada excesiva por las personas del entorno, y así vista como una muestra de desconsideración, ingratitud, e incluso falsedad: la persona no es tan independiente como presume ser.

Consecuentemente, estos discursos son utilizados estratégicamente en la interacción: autoafirmación para ser tenido en cuenta como actor social pleno, heteroafirmación para mostrar consideración y gratitud. Pero hay otro aspecto importante que se juega con estos discursos: la adscripción de responsabilidad. El discurso autoafirmativo es el discurso de la responsabilidad de los logros propios y la culpabilidad de los fracasos. El discurso heteroafirmativo elude la responsabilización de los fracasos, pero impide que le sea atribuida a la persona la responsabilidad por los éxitos (Revilla, 1.995).

Por tanto, ambos discursos han de ser utilizados con sumo cuidado, sutil y matizadamente, para que la propia identidad personal no quede en entredicho por una u otra

razón. Por ello, probablemente la estrategia más adecuada sea la conjugación de ambos discursos, no sin olvidar que es la situación concreta la que determinará las posibilidades discursivas susceptibles de ser empleadas con éxito.

Pero quizá se pueda afirmar que la autoafirmación tenderá a ser dominante, más frecuente, pues lo que parece más difícil en nuestra sociedad es mostrar la especificidad personal[16]. Esto puede ser especialmente aplicable al período juvenil, que, como proceso de emancipación, necesita especialmente de la autoafirmación personal, como medio de ser tenido en cuenta como actor social de pleno derecho.

[16] Esta idea la tomamos de Harré (1.983), que él aplica a los proyectos de identidad personal frente a los de identidad social y parece traslucirse también del análisis realizado por Widdicombe y Wooffitt (1.995) acerca de la identidad subcultural juvenil.

IV. METODOLOGÍA.

Las decisiones metodológicas son un momento importante en toda investigación en Ciencias Sociales. Dada la pluralidad de paradigmas, enfoques, perspectivas y técnicas, resulta imprescindible situarse en relación a todos estos elementos que configuran el acercamiento característico de un determinado trabajo.

A esta tarea vamos a dedicar este capítulo, para lo cual diferenciamos tres momentos de cara a una más clara narración, pero que en la práctica resulta difícil separarlos con nitidez. En un primer momento nos referiremos al propio posicionamiento en un enfoque metodológico y a la elección de una técnica concreta de obtención de materiales empíricos. Intentaremos aclarar en la medida de lo posible los criterios e intenciones que han guiado el análisis de la información. En un segundo momento describiremos las características de estas técnicas seleccionadas. Continuaremos, por último, con la narración acerca del diseño y del desarrollo de la investigación, como manera de explicitar las decisiones que se tomaron para alcanzar el objetivo propuesto y las condiciones en las que tuvo lugar la interacción investigadora.

1. EL ENFOQUE METODOLÓGICO.

El acercamiento al objeto de estudio de cualquier investigación en Ciencias Sociales no es ni mucho menos independiente del posicionamiento teórico que uno realiza en los primeros momentos del proceso investigador. Como señalan Guba y Lincoln (1.994, p.105), las cuestiones de método son secundarias respecto a las cuestiones de paradigma. Son estas los que guían las elecciones ontológicas, epistemológicas y metodológicas. Desde este punto de vista, el modelo de identidad expuesto en el capítulo anterior delimita con nitidez la forma en que ha de realizarse la obtención de materiales empíricos, base del análisis posterior.

Así, el enfoque metodológico de este trabajo ha de tener como premisa básica la existencia de la sociedad humana como interacción lingüísticamente mediada entre personas, o en palabras de Harré las personas en sus conversaciones como la estructura humana primaria. Esto nos sitúa cerca de una posición realista, si bien quizá fuera más correcto hablar de una *ontología interaccionista*, pues la interacción es la realidad, lo indudable. Hay un segundo elemento quizá no tan indudable ontológicamente, pero imprescindible para analizar nuestra sociedad. Nos referimos a la posición desigual que ocupa cada individuo en la interacción concreta. Esta posición desigual puede estar basada en condiciones materiales de reproducción o en construcciones culturales diferenciadas aplicables a uno u otro tipo de sujetos.

Epistemológicamente, estaríamos más cerca del extremo subjetivista del continuo que del objetivista -utilizando la terminología de Crespo (1.995)-, al ocuparnos de los significados que los acontecimientos y las acciones sociales tienen para los individuos, de cómo estos significados son construidos, otorgados y negociados por las personas en sus interacciones.

Por tanto, sería una *epistemología intersubjetivista*, con lo que estamos enfatizando el carácter más social que individual-interno de los procesos de dotación de sentido al torrente de acciones asignificativas en sí mismas. El conocimiento científico está sujeto a los mismos procesos intersubjetivos de dotación de sentido. Los investigadores se inscriben en tradiciones, paradigmas, enfoques y prácticas que tienen una historia concreta fruto de un contexto particular. Con estas prácticas de investigación configuradas históricamente se acomete la invención y construcción de realidades, dinámicas y actores (Delgado y Gutiérrez, 1.994, p.28). Además, estas tradiciones otorgan al investigador una identidad pública (Denzin, 1.994, p.502), le permiten situarse dentro del mundo académico hasta encontrar una posición propia y personal.

El énfasis concedido a los aspectos lingüísticos tanto en la interacción como en la construcción de una identidad personal nos ha de conducir inevitablemente a una *metodología dialógica*, pues es necesario que se produzca una interacción entre investigador y sujetos investigados para acceder a los significados de las acciones y concepciones de estos últimos y así poder construir una versión de la realidad más ajustada a la perspectiva de los actores sociales concretos. Pero también ha de ser una *metodología hermenéutica*, interpretativa, lo que implica ser consciente del papel del investigador en el proceso de investigación, desde las decisiones teóricas previas hasta la realización del informe final.

Esta configuración genérica del enfoque metodológico nos sitúa en el entorno de un construccionismo tal como es definido por Guba y Lincoln (1.994), pero también por un autor importante dentro de este enfoque en la Psicología Social como es Kenneth Gergen (ver apartado II.6.2). Sin embargo, hay un aspecto que nos separa de manera reseñable de tal postura, que no es otro que el relativismo propio a este paradigma. Esta posición ontológica nos conduce a una igualación en los discursos, ninguno puede reclamar ser superior a otro,

no existen criterios de validez universales. Aunque las corrientes postmodernas han mostrado la imposibilidad de sustentar estos criterios universales, creemos imprescindible salvar para la Ciencia Social la posibilidad de establecer una serie de criterios localmente válidos, contingentes histórica y temporalmente con los que juzgar cuando menos la pretensión y validez científicas de un determinado texto, de forma que pueda ser incluido en el debate sin fin de la Academia, sembrado de escollos, pero que da fruto a consensos parciales con los que entender y en su caso actuar sobre una determinada parcela de la realidad social.

El enfoque metodológico tampoco debe dejar al margen las cuestiones morales y políticas. Como dice Denzin (1.994, p.501), no existe la ciencia social libre de valores. Por tanto, las discusiones epistemológicas y metodológicas han de tener en cuenta las cuestiones políticas que se derivan de cada análisis de la sociedad y las cuestiones morales implícitas en los mismos. Con esto no pretendemos afirmar la obligatoriedad de la implicación política y valorativa de cara a la investigación social, pero sí la imposibilidad de producir conocimiento sin verse implicado en estas cuestiones (Parker, 1.992, p.31). El investigador con sus prácticas científicas reproduce o cuestiona, refuerza o debilita el orden social reinante, y puede optar legítimamente por una u otra posición, pero ha de ser consciente de ello. Como señala Parker (1.992), los discursos, en este caso académicos, sostienen instituciones, reproducen relaciones de poder y tienen efectos ideológicos, y esto más allá de la voluntad de 'objetividad' del investigador. No parece razonable, sin embargo, que la investigación social haya siempre de tender al cambio, para mejor, del sistema social -¿acaso ningún aspecto de nuestra sociedad merece ser conservado y preservado de ciertas amenazas?- como tampoco parece razonable que haya siempre de tratar de mantener el status quo -¿acaso no existen situaciones de desigualdad manifiesta que su conocimiento no pueda ayudar a cambiar? Por tanto, quizá no se pueda mantener el compromiso con el cambio

social como objetivo general de cualquier investigación social, pero sí pensamos en él como un elemento fundamental en muchas áreas de estudio (en general las que se ocupan de las desigualdades sociales y económicas).

Con este enfoque metodológico, la elección de un método determinado de acercamiento al objeto de estudio ha de pasar necesariamente por técnicas que sean capaces de acceder a la interacción social y simbólica, a los significados e interpretaciones de los propios actores sociales. Por tanto, hemos de situarnos respecto de las "tecnologías de invención de textos" (Delgado y Gutiérrez, 1.994, p.28). La clasificación más habitual de las técnicas de investigación es aquella que diferencia métodos cuantitativos y métodos cualitativos. Los primeros se basan en la medición y en la comprobación de hipótesis que conduzcan a un progresivo refinamiento de las teorías y de la cuantificación. Los últimos intentan más bien comprender el sentido y la estructura de los fenómenos sociales.

Pero mientras los métodos cuantitativos han predominado tradicionalmente tanto en Psicología, en Sociología como en Psicología Social -"imperialismo cuantitativista" (Dávila, 1.994)-, la crítica proveniente de muchos epistemólogos ha cantado las bondades de los métodos cualitativos, como más adecuados para comprender lo específico del ser humano - "triunfalismo cualitativista" (ibíd.). En Psicología Social, aun siendo todavía hegemónica la metodología cuantitativa[1], se ha producido una ruptura del "monolitismo epistemológico y metodológico" (Crespo, 1.995, p.163) y estamos inmersos ya en una pluralidad de métodos y objetivos de investigación.

En general, se ha producido una recuperación de la dimensión cualitativa como

---

[1] Para apreciar esto basta con revisar cualquiera de las revistas que gozan de mayor difusión en la disciplina, la mayoría provenientes del ámbito anglosajón: Journal of Personality and Social Psychology, British Journal of Social Psychology, Personality and Social Psychology Bulletin, European Journal of Social Psychology, etc.

reacción crítica frente a la absolutización cuantitativista, por sus limitaciones desde un triple punto de vista: teórico (negación de lo simbólico, del sentido), ideológico (conservadurización) y sustantivo (desconocimiento de la riqueza y profundidad del orden simbólico y sus formaciones; Ortí, 1.994, p.86). Se trata, por tanto, de recuperar, frente a la lógica cuantitativa de la productividad, la lógica cualitativa de lo simbólico (ibíd., p.89): la lógica de la diferencia que reconoce el papel de la interacción simbólica y las estructuras significantes.

Con todo, se ha producido un cierto consenso acerca de la conveniencia de elegir el método en función del objetivo de la investigación y del objeto de estudio. Así, J. Ibáñez (1.986, p.35) afirma que se debe ajustar la técnica al objetivo. Crespo (1.995, p.199) señala que los problemas sobre métodos sólo tienen sentido dentro del contexto concreto de investigación. Más explícitamente, según Conde (1.994, p.98) se ha de ir definiendo niveles o instancias de lo real a los que corresponde tendencialmente un conjunto dado de metodologías, prácticas y técnicas de investigación. Ortí (1.994) propone la utilización de ambos tipos de métodos, dada la insuficiencia abstracta de ambos enfoques tomados por separado, que hace necesaria una "mutua complementariedad por deficiencia" (p.88).

Desde nuestro punto de vista, si bien es cierto que no tiene sentido realizar descalificaciones generales sobre métodos (Crespo, 1.995, p.199), nos inclinamos con claridad hacia las aproximaciones cualitativas. Al optar por un enfoque metodológico como el que acabamos de describir, estamos afirmando la conveniencia de las prácticas que "entrañan un proyecto estratégico libre de comprensión totalizadora de los procesos sociales" (Ortí, 1.994, p.91), lo cual necesita de técnicas que recojan el lenguaje y lo simbólico en toda su riqueza y complejidad, lejos de la simplificación discursiva que suponen las técnicas cuantitativas, como también ciertas formas de análisis de materiales cualitativos basadas en

la codificación y en el recuento y que igualmente estereotipan los discursos de los sujetos participantes. Dejemos los métodos cuantitativos para las situaciones más cristalizadas y codificadas (Conde, 1.994, p.98), esto es, para aquellas en las que existe un consenso momentáneo, una interpretación establecida que sea susceptible de ser cuantificada y medida o para esas otras más fácilmente transformables (operacionalizables) en variables susceptibles de análisis estadístico.

Esta preferencia por los métodos cualitativos resultaba todavía más pertinente dado el objeto de estudio de este trabajo doctoral. Si entendemos por identidad personal la autocomprensión de un sujeto capaz de lenguaje y acción que se presenta y se justifica en la interacción (Habermas, 1.988, p.208), entonces resulta conveniente acceder al discurso del sujeto, a los relatos de identidad que construye y reconstruye cada persona a la hora de dar cuenta de sí mismo como interactuante responsable que merece la confianza de los demás. Son estos relatos los que conforman la identidad de una persona: en los significantes que emplea en ellos cada persona se reconoce y es reconocida por los demás; los significados que se les otorga a cada uno de ellos les confieren un contenido concreto.

Toda esta configuración nos sitúa en los alrededores de lo que Jesús Ibáñez (1.986) denomina perspectiva estructural, la que se interesa por la construcción, la estructura (relaciones entre elementos). Es una perspectiva estratégicamente alopoïética (constituida exteriormente a los sujetos participantes) y tácticamente autopoïética (autoproducida; Dávila, 1.994, p.80). Esto es, mientras que el diseño de la investigación tiene su origen lejos de los sujetos sociales concretos que serán objeto de investigación, la técnica elegida les permite expresarse por sí mismos, les deja libertad para exponer sus propios significados. Tal como ha sido expuesto por Ibáñez y sus discípulos, esta perspectiva tiene como principal técnica de investigación el grupo de discusión, si bien también se incluye característicamente la

entrevista en profundidad. Estas dos técnicas constituyen la base empírica de esta tesis doctoral.

2. EL ANÁLISIS DE DISCURSO.

Como no puede ser de otro modo, el análisis está altamente condicionada por las decisiones teóricas y metodológicas tomadas con anterioridad. Un enfoque teórico discursivo-interaccionista, así como unos métodos cualitativos nos restringen en buena medida las posibilidades de análisis del material y lo que queremos buscar en él. Si a esto añadimos los objetivos del estudio, la búsqueda de significantes, significados y dinámicas de identidad, entonces el tipo de análisis elegido debía ser el *análisis de discurso*.

Lógicamente existen diferentes maneras de realizar análisis de discurso. Desde nuestro punto de vista, lo que varía de unos a otros analistas es lo que se pretende extraer de los textos analizados, desde la propia perspectiva epistemológica, téorica y metodológica. Relaciones sociales, relaciones de poder, pautas de interacción, identificación de discursos o repertorios interpretativos, contenidos y procesos cognitivos, son solamente unos pocos ejemplos de los constructos teóricos que se suponen existir dentro de los textos que se analizan. Nuestra propia posición no es ajena a este tipo de conceptos y se apoya fundamentalmente en la escuela británica de análisis de discurso que ha dado lugar a dos ramas diferenciadas en sus pretensiones y objetivos a priori para toda investigación[2], entre

[2] Son las dos corrientes de análisis de discurso en la Psicología Social británica que señalan Widdicombe y Wooffitt (1.995): el grupo de Potter, Wetherell y Edwards, y el grupo de Parker y Burman. Ver esta primera obra para una crítica del 2º grupo y ver Parker y

las cuales nos situamos nosotros, no sin cierto temor a caer del árbol.

Son tres los elementos que vamos a distinguir como importantes de identificar y analizar en los textos que forman parte de cualquier investigación de este tipo: a) las funciones que cumple el discurso; b) los discursos que es posible aislar como conjunto coherente de significados a los que recurren las personas en sus argumentaciones cotidianas[3]; c) la interacción social como referente extradiscursivo, pero eminentemente presente en el discurso de todo individuo.

Todo discurso de una persona tiene una o varias ***funciones*** determinadas, está construido para hacer algo: formular una demanda, eludir responsabilidad, realizar una acusación, etc., funciones que tienen que ver con la interacción social. Por supuesto, no siempre resulta fácil identificar fuera de toda duda la función que está cumpliendo un determinado discurso, no en vano es muy posible que esté cumpliendo más de una a un tiempo. La función se puede inferir por la manera en que está construido el discurso, por la forma en que se construye una versión particular del mundo y la situación que en esa versión ocupan unos y otros actores sociales. Por ello es necesario leer -y escuchar- detenidamente el material para que no se escapen los matices que mejores pistas puedan dar para que la interpretación sea lo más cercana a lo que la persona pretendía decir. Haciendo de la necesidad virtud, no cabe duda de que el hecho de coincidir en la misma persona entrevistador e investigador facilita la tarea, al disponer de una información suplementaria referida al contexto de la situación de entrevista.

Las funciones que más interesan a este trabajo son las referidas a la identidad:

Burman (1.993) para una crítica del primero.

[3] Somos conscientes de que estamos utilizando el términos discurso con dos significados diferentes. El primero como una serie de emisiones lingüísticas de un determinado individuo. El segundo como este conjunto coherente de significados que enunciamos.

presentación de una personalidad valiosa, reconocimiento de la influencia externa, afirmación de la propia invididualidad, etc. Son las estrategias analizadas en el sentido de la identidad (ver capítulo VII). En el discurso que emite una persona está en juego su propia identidad. Por un lado, la consideración que puede esperar de los otros interactuantes. Por otro, el compromiso que supone la utilización de uno u otro discurso. Pero lo que es más importante, con el discurso se está negociando en cada momento la identidad que podrá reclamar para sí cada participante, con los derechos y deberes, posibilidades y limitaciones de ser, propias a cada determinado significado identitario.

Es posible identificar en el material una serie de ***discursos***, como repertorios interpretativos (Potter y Wetherell, 1.987), esto es, sistema coherente de significados acerca de un objeto determinado (Parker, 1.992, p.10). Los discursos que podemos identificar se nutren de los materiales que ofrece la cultura. Los discursos son recursos sociales que pueden ser utilizados por cualquier miembro de la cultura, en tanto en cuanto los conozca y su posición social se lo permita -todo discurso tiene sus condiciones de uso. Por ello, se puede hablar de los discursos como prácticas que definen los objetos de los que hablan (Parker, 1.996, p.80).

Del mismo modo, que las funciones, no resulta sencillo identificar los diferentes discursos existentes en el material que constituye la investigación. Los contenidos se solapan en muchos casos, en un mismo texto la persona puede recurrir a elementos que parecen provenir de sistemas de significado diferentes. Tal como enfatizaron Potter y Wetherell (1.987), los textos a analizar tienen una variabilidad importante que ha de ser tenida en cuenta a la hora de identificar los repertorios interpretativos (discursos). Como recursos sociales que son, no cabe duda de que la recurrencia o no de empleo de diversos contenidos en los textos de unos y otros participantes es el elemento clave que ha de guiar este proceso

de diferenciación de contenidos dentro del material. Sin embargo, el esfuerzo merece la pena, pues creemos que este tipo de análisis proporciona una interpretación interesante de los textos producidos en una determinada sociedad (ver los discursos sobre juventud del capítulo I).

La atención al contenido de los discursos nos proporciona una información identitaria vital desde nuestro punto de vista. Se trata de los significados atribuibles a los diferentes significantes identitarios, tanto positivos como negativos (ver capítulo VI). Con este análisis podemos delimitar los discursos posibles para las personas que reclaman o se les atribuye una identidad concreta.

Por último, el referente que debe estar presente en todo análisis de discurso es la ***interacción social***. La interacción es clave en la construcción y en la utilización de los discursos, no en vano las intenciones -y de ahí la posibilidad de hablar de funciones del discurso- del sujeto están siempre relacionadas con su actuación en un ámbito social determinado y con las relaciones sociales que mantiene en él. Por tanto, es muy importante en el análisis de discurso prestar atención a las otras personas que están presentes en el discurso de un determinado individuo, pues de los discursos que utilizan respecto de cada uno de esos otros es posible indagar acerca de las características de esas relaciones sociales apuntadas.

Con el análisis de los discursos que realiza cada individuo y las presencias de los otros en ellos podemos apreciar la diferente posición que cada persona ocupa en la interacción, los distintos derechos y deberes correspondientes a cada posición, reflejado en el rango específico y diferencial de discursos posibles que cada persona puede emplear en la interacción. De esta forma, accedemos a la distribución desigual de poder que caracteriza a la vida social en sus diferentes ámbitos, roles y posiciones sociales.

La identidad solamente puede ser entendida, desde nuestro punto de vista, en el marco

de la interacción social. Es en ella, o en las reflexiones suscitadas por ella, donde se produce la autocomprensión de un sujeto, autocomprensión indesligable de los procesos de igualación y diferenciación -respecto de los demás interactuantes- que son claves en la constitución de una identidad propia. Es en cada interacción concreta donde tiene sentido presentarse, justificarse y comprometerse con una determinada identidad, y siempre en la medida en que la conversación -en la interacción- tematiza y saca a la luz unos u otros significantes identitarios (ver apartado III.2.1.). Por ello, es necesario estudiar los diferentes ámbitos sociales que están presentes en los discursos como manera de apreciar las relaciones sociales en que participa la persona y el papel que juega de cara a su identidad (ver capítulo V).

Así pues, funciones, discursos e interacción son los elementos principales que hemos de buscar en el material empírico desde nuestra perspectiva. Esto no es ni mucho menos una tarea sencilla. El análisis supone siempre una interpretación entre otras muchas. La transformación de unos textos en una narración científica no deja de ser una lectura entre muchas posibles. Como señala Denzin (1.994, p.501), las ciencias sociales sufren una "crisis de interpretación postestructural y postmoderna", pues se duda de que cualquier discurso tenga un lugar privilegiado respecto del conocimiento (Richardson, 1.994, p.517). De este modo, la autoridad de un autor siempre puede ser cuestionada desde tres puntos de vista: las narraciones se pueden contar de diferentes maneras, todos los textos son producciones sesgadas y los criterios interpretativos pueden ser cuestionados (Denzin, 1.994, p.506).

Sin embargo, esto no quiere decir, así lo creemos, que toda interpretación, todo discurso científico tenga el mismo valor de cara a la comprensión de la interacción y de la estructura social, así como de la identidad personal. Se necesitan, por tanto, criterios para evaluar los análisis que se realizan de los diferentes aspectos de la sociedad. Tampoco pensamos que sea posible encontrar una serie de criterios de validez universal, aplicables a

cualquier tipo de investigación en Ciencias Sociales. Estamos con Denzin (ibíd., p.501) cuando afirma que los criterios de evaluación son específicos a cada comunidad cientíifica, y que la crisis solamente se puede resolver dentro de cada comunidad científico-social. Son, pues, las diferentes tradiciones de las ciencias sociales, la Psicología Social en nuestro caso, las que marcan las maneras de aproximarse al objeto de estudio y analizar los materiales empíricos obtenidos. Pero los acuerdos a los que se pueda llegar serán siempre parciales, contingentes temporalmente que sirven para guiar la investigación sobre una cierta cuestión durante un cierto tiempo, y siempre susceptibles de ser cuestionados, cuando menos en algún aspecto concreto.

Con esto quizá quedemos instalados en una cierta precariedad de los discursos científicos, ante la pérdida de la posibilidad de un conocimiento irrefutable, permanente y acumulable. Por ello es más conveniente atender preferentemente a otro tipo de criterios más acordes con esta situación. Nos referimos a criterios prácticos, la utilidad de la investigación, lo cual nos introduce de lleno en cuestiones morales, políticas y personales (ibíd., p.501), ya inseparables del proceso de creación de conocimiento científico. Por eso no es mal criterio el compromiso con la emancipación, la producción de textos que articulen una perspectiva participativa y emancipatoria sobre la condición humana (Richardson, apud Denzin, 1.994, p.501), pero no necesariamente con el cambio social.

3. LAS TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN.

La entrevista semiestructurada en profundidad y el grupo de discusión tienen en

común el hecho de ser técnicas de observación directa que entrañan una interacción personal entre investigador y sujetos investigados en condiciones controladas (Ortí, 1.986, p.177). Ambas poseen un desarrollo similar, con un guión que marca los temas a tratar -fijados a partir del objetivo de la investigación- pero no el orden ni la forma en que deben ser abordados. El investigador debe fundamentalmente escuchar y dirigir la conversación hacia los temas de interés. Como señala J. Ibáñez (1.986), se trata de una escucha ajustada a los objetivos del estudio, pero con un criterio abierto de pertinencia (p.60). El hecho de que su diferencia fundamental sea el número de participantes, esto es, una interacción más o menos numerosa, tiene consecuencias importantes de cara a la información que se puede obtener de ellas.

La entrevista en profundidad es un proceso comunicativo por el que se extrae información de una persona (Alonso, 1.994[4], p.225) y se construye el sentido social de su conducta individual (ibíd., p.228). Por tanto, es una expresión individual estructurada tanto por hábitus lingüísticos y sociales como por estilos de vida (ibíd., p.237) y con ella aspiramos a estudiar la forma social de la estructura de personalidad individual (Ortí, 1.986, p.179).

El grupo de discusión típico busca reproducir el discurso ideológico cotidiano sobre la realidad social de un determinado grupo o clase social, y así hacer emerger las emociones básicas, los conflictos y las normas sociales dominantes (ibíd., p. 181). De este modo, las posiciones discursivas que toman los participantes tienen carácter prototípico (Alonso, 1.994, p.227). Por este motivo se prefiere que los sujetos no tengan ninguna relación entre sí (Ortí, 1.986, p.181) y que pertenezcan al mismo grupo o categoría social. El otro criterio a la hora

[4] Para una más exhaustiva caracterización de la entrevista abierta acudir a este estupendo trabajo de L.E. Alonso.

de seleccionar a los participantes se articula en torno a la homogeneidad o heterogeneidad de los mismos. Una homogeneidad que haga posible la producción de un discurso coherente y una heterogeneidad que permita el intercambio (ver J. Ibáñez, 1.979, p.275).

Desde el punto de vista de la identidad, la entrevista personal permite acceder a los relatos de identidad del sujeto. En estos relatos aparecen los otros en la interacción, así como los ámbitos en los que actúa el sujeto. De este modo, es posible reconstruir el sentido que otorga a sus prácticas sociales, así como el lugar que ocupa en cada uno de los ámbitos en los que participa, lo cual es fundamental para conocer las dinámicas identitarias de igualación y diferenciación. Esta intención respondería a lo que Alonso (1.994) piensa como uno de los campos básicos de utilización de la entrevista, a saber, el estudio de la interacción entre constituciones psicológicas y conductas sociales específicas.

Los grupos de discusión proporcionan información sobre los significados atribuidos a los significantes identitarios que comparten los miembros del grupo, con las diferencias posibles de encontrar entre unas personas y otras. En nuestro caso aparece tanto lo que quiere decir ser joven, como las distintas maneras de ser joven significativas para los componentes del grupo. Pero además han proporcionado una información muy interesante, pues en ellos hemos podido acceder, además de a estas posiciones prototípicas, a algunas dinámicas identitarias en acción: control en la interacción, comparación, etc. Y esto debido a que los integrantes de estos grupos sí se conocían entre sí, como veremos en el apartado siguiente.

De este modo, ambas técnicas pueden complementarse entre sí (Alonso, 1.994, p.227), pues mientras el grupo proporciona solamente representaciones colectivas, la entrevista permite acceder a actuaciones individuales, por tanto información de carácter pragmático. En nuestro caso, sí aparecen en los grupos algunas referencias a actuaciones

concretas, sea como ejemplificación de lo que se intenta decir, sea porque los participantes se conocían entre sí. Pero estén o no presentes las actuaciones personales, hemos de partir de dos tesis fundamentales para el análisis del material obtenido[5]: a) el habla tiene referentes extradiscursivos; b) entre ellos están las prácticas sociales parcialmente constitutivas del discurso. Solamente pensando que el discurso tiene una relación privilegiada con la acción podemos alejarnos de una posición idealista. En entrevistas y grupos se conversa acerca de lo que se ha hecho, de lo que va a hacer o de lo que se debe hacer. Son discursos que la persona no construye de nuevas para la situación de la investigación, sino que utiliza parte de los recursos y prácticas que forman parte de su repertorio habitual.

La entrevista abierta no tiene reglas fijas, sino que es producto de un proceso interlocutorio concreto (ibíd., p.229). En cualquier caso, sí creemos posible explicitar el desarrollo más habitual de esta técnica de investigación, pues como práctica social tiende a ser realizada de manera similar por la mayor parte de los investigadores cualitativos. Una vez establecido el contacto y la cita con los sujetos, el primer paso es la propia presentación del investigador y de los objetivos de la investigación. Es lo que Alonso (íd., p.232) denomina el contrato comunicativo, los saberes mínimos compartidos sobre lo que hay en juego y los objetivos del diálogo y que se renegociará durante toda la entrevista. Es siempre una decisión difícil establecer una presentación adecuada, que reúna la información suficiente y ajustada para la persona responda de la forma en que se espera, pero que no dé información demasiado sensible que la pueda poner en guardia. Según se van realizando nuevas entrevistas, el investigador va perfilando cada vez más una presentación adecuada que 'funcione' hasta que ésta se consolida, y a partir de ese momento no se cambiará a menos

[5] Estas tesis las recojo del trabajo citado de Alonso (1.994, p.230), si bien este autor solamente las aplica a la entrevista abierta, no hace mención expresa del grupo de discusión a este respecto.

que el sujeto concreto muestre problemas con ella.

A partir de ahí comienza la conversación con una primera cuestión introductoria que suscite la conversación y la dirija hacia los temas del trabajo. Se trata de que la persona hable lo máximo posible, con las intervenciones del entrevistador limitadas a consignas (instrucciones que determinan el tema) y comentarios (explicaciones, observaciones, preguntas; ibíd., p.234) que aclaren y lleven la conversación a tratar todos los temas del guión previo, un guión que debe ser cubierto en su totalidad, pero no de un manera secuencial determinada. Moir (1.993) ve todo este proceso como un juego de lenguaje jugado atrás y adelante hasta que se alcanza un punto en el que entrevistador considera que la cuestión ha sido contestada satisfactoriamente e inicia un nuevo tema.

El investigador debe decidir también si va a evitar entrar en conversaciones 'reales' antes o durante la entrevista, tal como señalan conveniente las técnicas tradicionales de entrevista, o si por el contrario tratará de entrar en conversaciones 'reales' y así establecer un entendimiento empático con el sujeto entrevistado con 'toma y daca' (Fontana y Frey, 1.994, p.371). En nuestro caso, lo que hicimos fue separar temporalmente el contexto de la entrevista en sí de la información que legítimamente el entrevistado quisiera obtener del entrevistador en justa reciprocidad. Así, en la propia presentación solicitábamos de la persona que reservara sus preguntas acerca de la investigación y de la persona del investigador para cuando acabase la entrevista. Y así ocurrió en la práctica totalidad de los casos: entrevistador y entrevistado entraron en conversaciones 'reales' más o menos prolongadas una vez que el primero comunicaba al segundo que no había más preguntas que realizar. De esta forma conseguíamos que la información previa que recibían los entrevistados fuera similar y que las respuestas del entrevistador a las cuestiones del entrevistado no condicionaran el tono y el contenido de lo que éste pudiera decir.

El desarrollo del grupo de discusión es parecido en muchos aspectos, aun cuando no son pocas las diferencias de matiz. En el grupo es menos importante la presentación del investigador que en la entrevista, al no ser una interacción entre dos. La clave está en la presentación adecuada de los objetivos de la investigación, de forma que sea entendida por los participantes en el grupo, por lo que habrá de adaptar el lenguaje a ellos. El director del grupo habrá de intervenir lo menos posible, solamente cuando haya silencios o discusiones encrespadas, cuando se derive hacia otro tema o cuando algún participante monopolice la conversación -para tratar de que intervenga menos- (Ortí, 1.986, p.183).

Tanto en una como en otra técnica, es importante ser consciente y consecuente con el componente ético de la investigación. Básicamente se trataría de tener consideración respecto de las personas que han participado en ella. Desde nuestro punto de vista, éstas han de ser conocer con suficiente claridad los objetivos de la investigación y lo que se pretende de ellas. Es necesario mantener y preservar el derecho a la intimidad y protegerlas de todo posible daño que pudiera derivarse de la difusión de la información que han facilitado (ver Fontana y Frey, 1.994).

4. DISEÑO Y DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN.

Propiamente el diseño de cualquier investigación comienza con una pregunta, un interés por conocer una determinada parcela de la realidad social. Tras esta inquietud primera comienza toda una serie de trabajos y decisiones a nivel epistemológico, teórico y metodológico que irán determinando la forma concreta que tomará el acercamiento al objeto

de estudio, la obtención de unos materiales empíricos y el análisis de los mismos, así como su eventual publicación.

Existe una diferencia básica entre dos tipos genéricos de diseño en Ciencias Sociales, correspondientes a los dos tipos principales de metodologías que hemos señalado anteriormente. Por un lado tenemos el diseño cuantitativo, basado en operaciones sucesivas, encadenadas con un criterio lógico (Dávila, 1.994, p.76) y definidas *ex ante* (Ortí, 1.994, p.90). Por otro estaría el diseño cuantitativo, proceso concreto socialmente condicionado donde los objetivos marcan el proceso de investigación produciéndose una totalización *ex post* (ibíd., p.90) del sentido real del proceso. Mientras el primero es cerrado, pues se trata de que sea reproducible, el segundo es abierto y contingente y necesita de la integración de los investigadores como sujetos en proceso (Dávila, 1.994, p.77; Ibáñez, 1.979, p.263).

Precisamente esta flexibilidad del diseño cualitativo ha estado presente en todo momento en la realización de esta investigación. Muchas decisiones iniciales han debido ser modificadas y ajustadas a las circunstancias en que tenía lugar el proceso de acercamiento al objeto de investigación. En unos casos, esto ha ocurrido por razones sustantivas: por parecer más adecuado para comprender lo que ya se empezaba a atisbar. En otros casos, ha sido por razones pragmáticas: los recursos de que dispone el investigador no permitían emplear ciertos tipos de técnicas o contactar con ciertos tipos de sujetos[6]. De este modo, la apertura del diseño cualitativo se erige en un elemento positivo pues permite adaptar la investigación a las circunstancias del objeto estudiado, pero también a las del propio equipo investigador.

---

[6] Hablar de tesis doctoral supone siempre hablar de precariedad de medios para la realización de una investigación. Si bien esto es especialmente cierto para esos héroes que la realizan sin ningún apoyo exterior, es igualmente el caso de los becarios, cuyos recursos alcanzan para poco más que para procurarse un acomodo suficiente.

Con esta flexibilidad en mente, vamos a tratar cada una de las fases que podríamos distinguir en esta investigación. Genéricamente, podrían ser agrupadas en tres fases: *decisiones antes de entrar en el campo, decisiones durante y decisiones después de* abandonarlo (Janesick, 1.994).

- *Etapa de reflexión.*

El primer paso en una investigación cualitativa es la transformación de la pregunta, *interés o inquietud primera en la elección de un tema* (Bertaux, 1.993, p.23), un objeto de estudio que se ha de ir definiendo progresivamente. Esta definición se va logrando con la búsqueda bibliográfica, tanto teórica como sustantiva. Con ello se consigue situar el trabajo en un determinado paradigma y en una perspectiva teórica (Morse, 1.994, p.221), la segunda tarea de esta primera etapa. Con el tema definido y elegida la perspectiva teórica es posible realizar una primera definición de los objetivos de la investigación que oriente cuando menos los primeros pasos subsiguientes.

En muchos casos, y este es uno de ellos, de la pregunta inicial al tema de investigación final se recorre un trecho importante. Esta tesis doctoral comenzó teniendo como tema la violencia de los jóvenes en grupo -en la línea de investigación promovida por la Prof. Concepción Fernández Villanueva, directora de este trabajo. Esto orientó la lectura bibliográfica inicial en esa dirección. Fue precisamente la importancia otorgada a la identidad por parte del grupo dirigido por mi directora de tesis lo que me condujo a interesarme por esta cuestión, hasta que se convirtió en el objetivo fundamental de este trabajo doctoral.

Una vez centrados en la identidad, las diferentes lecturas nos fueron acercando hacia la perspectiva discursivo-interaccionista que hemos reseñado ya suficientemente (ver capítulo

III) y fueron concretando lo que habían de ser los objetivos básicos de la indagación acerca de la identidad de los jóvenes: la construcción de la identidad en los diferentes ámbitos de interacción, los relatos de identidad (con sus significantes y significados), la igualación y diferenciación como dinámica identitaria fundamental, las estrategias de identidad, etc.

- *Elección del método de investigación.*

Fuertemente condicionado por las decisiones teóricas, el método ha de ajustarse a los objetivos de la investigación, para obtener la información que se cree adecuada. El método cualitativo y la técnica de la entrevista semiestructurada en profundidad fueron las que parecieron más pertinentes para el estudio de la identidad personal. Con ello, pensábamos posible acceder a los propios significados de los sujetos y a la forma peculiar como son organizados por ellos (ver apartado IV.3. para una descripción del método y las técnicas elegidas).

- *Elección de la muestra.*

En este momento de la investigación se ha de seleccionar la población a estudiar -en nuestro caso los jóvenes-, la muestra de sujetos que se pretende entrevistar, así como los lugares a los que se quiere acceder y la estrategia que se va a utilizar para ello (Morse, 1.994, pp.222-223).

Una de las primeras decisiones que hubo que tomar fue la de poner límites etáneos a los sujetos que iban a ser entrevistados. Conocíamos los márgenes de edad habituales en los trabajos sociológicos sobre juventud (entre 15 y 30 años), las edades que la Psicología

estudia como adolescencia (entre 12 y 20 años). La gran amplitud de estos límites parecía hacer conveniente una restricción en los márgenes de edad, pues lo contrario suponía, desde nuestro punto de vista, una gran dispersión por tratarse de situaciones vitales poco comparables. El rango 18-22 años fue finalmente el elegido, dada su posición central dentro de lo que es la consideración habitual de la juventud. Por debajo, los 18 años actúan de frontera legal decisiva en la que la persona se piensa de una forma diferente y es vista por los demás de un modo distinto. Por encima, los 22 años es un límite absolutamente arbitrario, suficientemente distanciado de los 18 como para que se puedan apreciar diferencias, pero no demasiado como para que la situación vital sea en extremo disímilar.

En un principio era objetivo de este trabajo intentar conocer las más variadas posibilidades de identidad de jóvenes. Jóvenes que procedieran de distintas clases sociales, de diferente situación laboral y formativa, de diferentes estilos juveniles. En concreto se pensó que sería conveniente entrevistar a jóvenes de todas las posiciones sociolaborales posibles: estudiantes, trabajadores y parados. Sin embargo, tras la realización de las entrevistas a estudiantes de diversa procedencia, nos dimos cuenta de que disponíamos ya de bastante material para acometer un análisis con garantías. Además, como el objetivo de la investigación era de corte interpretativo y centrado en la identidad, poco importaba acceder a unas u otras personas: las diferencias estarían en los relatos de identidad, pero no en las dinámicas identitarias. De este modo se configuró una reorientación de los objetivos de la investigación, que ahora serían: analizar las identidades de jóvenes estudiantes como posibilidades de ser hegemónicas dentro de lo que significa socialmente ser joven. Y es que cuando se piensa en un joven en abstracto, en seguida viene a la mente la imagen de un estudiante, una persona en preparación para ser adulto.

Aun más, esta hegemonía de nuestra muestra, como transición socialmente más visible

y presente, se refuerza teniendo en cuenta que todos nuestros entrevistados, incluidos los de Formación Profesional, habían realizado el Bachillerato. Esta fue una de las sorpresas que nos proporcionó la entrada en el campo: el I.F.P. Clara del Rey imparte módulos de nueva creación destinados principalmente a personas que no han podido superar la selectividad o no han podido acceder a los estudios universitarios deseados. Teniendo en cuenta que eliminamos las entrevistas de estudiantes de F.P. tradicional, nuestra muestra queda mejor definida como estudiantes que se han preparado para acceder a la Universidad vía Bachillerato, si bien algunos no lo han conseguido y otros no han llegado todavía a la Universidad. No cabe duda de que, por lo menos hasta el momento, es éste el camino formativo normativo de la clase media y de los que aspiran a ella.

Para entrevistar estudiantes, lo más cómodo, como es bien sabido, es acudir a los lugares en que se reúnen a tal fin y donde es posible acceder a ellos en cuanto población cautiva. Por ello, se decidió acudir a centros de enseñanza media y superior de Madrid y su área metropolitana. Dado que la técnica elegida en cualquier caso no permitía esperar una cierta representatividad estadística, no había razón alguna para no utilizar contactos que facilitaran el acceso al centro de enseñanza. De este modo, realizamos entrevistas a estudiantes de 1° de Físicas (gracias al Prof. Carlos Vega) y de 2° de Sociología (gracias al Prof. José Ramón Torregrosa) de la Univ. Complutense de Madrid, y de 3° de Periodismo de la Universidad Antonio de Nebrija (gracias a la Prof. Mónica Ramos). Igualmente realizamos entrevistas en el Instituto de Bachillerato Móstoles IX (gracias a la Prof. Concepción Alba y a la dirección del centro) y en el Instituto de Formación Profesional Clara del Rey, si bien en este último caso no teníamos ningún contacto previo, nadie que nos facilitara el acceso y sirviera de carta de presentación (gracias, pues, a la directora del centro

por abrirnos las puertas de sus aulas)[7].

Es bien sabido que no se puede esperar de una muestra de este tipo la representatividad estadística que exigen los cánones positivistas. Sin embargo, es posible otro tipo de representatividad, la representatividad en el nivel sociológico, de las relaciones sociales, que es posible lograr a través de la "saturación de conocimiento" (Bertaux, 1.993, p.27). Esto es, según vamos realizando entrevistas en una población determinada, vamos apreciando patrones que se repiten, discursos similares en distintos participantes, de forma que la información acerca de los procesos y discursos identitarios que aporta cada nueva entrevista es cada vez menor. Así llega un punto en el que se tiene el convencimiento interno de que se comprende el objeto de estudio, de que se está en condiciones de producir un discurso coherente y novedoso sobre un área y una población determinadas. Esta es la representatividad a la que podemos aspirar.

Teniendo en cuenta las características de nuestra muestra, si a alguien podemos aspirar a representar de esta manera particular es a la población juvenil madrileña de clase media que opta por una formación universitaria vía bachillerato. Y si pensamos que no estamos lejos de representar en nuestro estudio a este grupo es debido a que son notables las recurrencias y reiteraciones discursivas que encontramos en nuestro material y en aspectos bien diferentes.

---

[7] También realizamos entrevistas en el Instituto de Formación Profesional Moratalaz sin contacto previo (damos las gracias igualmente a su director y a su jefe de estudios), si bien no han sido incluidas en el análisis por dos razones: porque no conseguimos realizar ninguna entrevista con chicos jóvenes, y porque nos pareció que ya teníamos información suficiente.

- *Realización del guión previo.*

Una vez que se conocen aproximadamente las personas que van a participar en la investigación y antes de 'entrar en el campo' es necesario construir un guión previo que delimite los contenidos que se van a tratar en la entrevista, sin menoscabo de que puedan surgir otros en cada entrevista concreta fruto de los intereses específicos de la persona. Este guión se configura a partir de la línea teórica en la que el investigador se va situando por considerarla la más adecuada para la investigación concreta que le ocupa.

En nuestro caso, el guión debía hacerse cargo de las categorías identitarias más inclusivas (género, grupo de edad), los ámbitos de interacción más frecuentes (familia, escuela, ocio), los grupos y personas más significativas para la persona, la forma que toma la expresión de la individualidad y las diversas dinámicas identitarias. He aquí la versión última del guión:

- Preséntate, dime lo que tú creas más importante de ti para que te conozca un poco.

1. Categorías.

1.1. Género: h - m. Qué te gusta de ser h/m y qué no. Diferencias intergenéricas. Diferencias entre mujeres y entre hombres.

1.2. Grupo de edad: joven. Qué te gusta de ser joven y qué no, qué caracteriza a la juventud actual, diferencias entre jóvenes.

1.3. Definición política: conservador, progresista,...

2. Ámbitos.

2.1. Escuela: alumno/a. Cómo te ves como estudiante. ¿Qué es ser estudiante para ti?

2.2. Familia: hija/o. Papel que tienes en tu familia. Posición que ocupas.

2.3. Ocio: Actividades, estilos juveniles.

3. Grupos y personas relevantes.

3.1. Familia. ¿Qué tal te llevas con tu familia?, ¿Piensas como tus padres?, ¿en qué te diferencias?, ¿Y con tus hermanos?

3.2. Amigos. ¿De dónde proceden tus amistades?, ¿qué haces con ellos?, ¿en qué cosas os parecéis (gustos, ideas, forma de vestir) y en cuáles no? Relaciones afectivas, ligues. Diferencias con ellos.

3.3. Personas y personajes significativos. Personas importantes para ti, conocidos o famosos.

4. Individualidad. ¿Qué cosas crees que son más características tuyas?

4.1. Personalidad. Rasgos que te caracterizan.

4.2. Apariencia física - forma de vestir. Qué es lo que tu apariencia y tu forma de vestir dicen de ti.

4.3. Ideas autodefinitorias. Ideas a las que no renunciarías por nada.

4.4. Afirmación de sí mismo - negativismo.

5. Dinámicas.

5.1. Discrepancias situacionales. Una situación en la que hayas sentido que actuabas de una manera que no iba contigo.

5.2. Identidad negativa. Qué no eres, eres opuesto.

5.3. Discrepancias temporales. Cambios.

Este guión fue depurado progresivamente a lo largo de las entrevistas en la medida en que se apreció que existían cuestiones que parecían carecer de sentido para nuestros entrevistados. Pero fue fundamentalmente en la entrevista piloto que se realizó previamente a la 'entrada en el campo' la que sirvió para poner a prueba el guión y modificar aquellas preguntas inadecuadas, eliminar algunos asuntos, etc. Por ejemplo, en un principio incluíamos en el punto 1 la posibilidad de hablar sobre la identidad nacional y regional, el hecho de ser español y madrileño. Pero en seguida vimos, desde la entrevista piloto, que esta cuestión carecía de mayor sentido para nuestros entrevistados en una situación de entrevista que se producía en un contexto intranacional. Esto muestra cómo los diferentes significantes identitarios solamente cobran sentido en la medida en que son pertinentes a cada situación concreta.

En cualquier caso, las variaciones que fue preciso realizar en el guión previo no fueron de gran entidad, por lo que decidimos mantener en el estudio la entrevista piloto, pues nos pareció que tenía información que merecía ser analizada.

Las cuestiones que figuran en el guión debían ser objeto de atención en algún momento de la entrevista, no importaba cuándo. Lo ideal es que el discurso del entrevistado abarcara espontáneamente todas estas cuestiones sin que el entrevistador interviniera para nada más que aclarar ciertos extremos. En la práctica, es necesario realizar algunas preguntas para tratar temas que de otro modo no serían tratados por la persona. Este es el caso de los puntos 4 y 5 del guión que requerían en la mayor parte de los casos de la pregunta directa del investigador acerca de ellos. Esto no quiere decir forzosamente que fueran irrelevantes para ellos como muestra el hecho de que en la práctica totalidad de los casos se obtuvieran respuestas cargadas de información con sentido para el individuo.

Por el tema que se trataba decidimos comenzar con la petición a la persona de una autopresentación, lo cual no dejaba de ser un poco violento, se rompe la premisa de comenzar con cuestiones generales para romper el hielo. Pero el objetivo de la investigación nos hizo optar por una cuestión que sacara a la luz lo que sería una primera presentación de un joven ante una persona no mucho mayor que él o ella en edad y en una situación interactiva particular como es la entrevista. La información así obtenida nos parece de especial relevancia, pues en ella aparece cuestiones que parecen centrales para cada sujeto, ya que en muchos casos aparecían reiteradamente a lo largo de la entrevista de una u otra forma (ver capítulo VIII).

En el caso de los grupos, del guión se eliminaron los puntos 4 y 5, por no parecer oportuno su tratamiento grupal, si bien algunos aspectos de ellos sí surgieron en su transcurso, especialmente aquellos referidos al cambio personal. Se prefirió comenzar por

el tema de juventud, por parecer más genérico, para dejar después vía libre al tratamiento de las diferentes cuestiones.

- *'Entrada al campo'.*

La dinámica elegida para acceder a los posibles sujetos participantes en la investigación fue siempre la misma. El investigador solicitaba permiso -al profesor y/o a la dirección- para hablar durante unos minutos a los alumnos de un determinado grupo, bien al principio o al final de la clase. Una vez acordado el grupo y el momento en que el investigador contactaría con los alumnos, no quedaba más que preparar una presentación más bien breve del investigador y de la investigación en la que quedara claro lo que se pretendía de ellos, esto es, que participaran voluntariamente en una entrevista sobre ellos mismos como jóvenes. La presentación tuvo en todos los casos una forma muy similar a ésta:

> Me llamo Juan Carlos Revilla, soy estudiante de Sociología y estoy haciendo la tesis doctoral. El tema que he elegido es la juventud, cómo son los jóvenes, qué piensan, cómo actúan, qué les gusta y qué no. Lo que pretendo es conseguir una visión más real de los jóvenes de lo que suele aparecer en las encuestas que de vez en cuando aparecen en los periódicos y que creo que están muy lejos de lo que vosotros pensáis. Pero para ello necesito de vuestra colaboración, porque la única manera de saber cómo son los jóvenes es hablar con ellos. Así que lo que estoy haciendo es charlar con jóvenes de todo tipo y preguntarles sobre ellos mismos, sobre cómo son, qué hacen, qué piensan, etc. Me gustaría que vosotros os animaseis a hablar conmigo y me contarais cosas de vosotros. Quiero dejar claro que la información es anónima, vuestros nombres no van a aparecer nunca en ningún sitio ni nada que permita reconoceros. Y, por supuesto, no hay ninguna obligación de hablar de lo que no queráis. Podéis pensarlo con calma, no tiene por qué ser mañana, sino cuando os venga bien. Sólo os pido que venzáis la timidez de hablar con un extraño, que yo haré todo lo posible para que no os arrepentáis de haberos prestado para esta investigación.

Como se puede apreciar, se utilizó un lenguaje que estimábamos cercano al mundo juvenil, nivel informal de comunicación. El investigador se presentaba como queriendo dar

una imagen 'real' de la juventud, distinta a la que aparece de vez en cuando en los medios de comunicación que pensábamos no gustaba a los propios jóvenes, extremo que se vio confirmado posteriormente en las entrevistas. Después se especificaba lo que se pretendía de ellos -que hablaran de ellos mismos, "sobre cómo son, qué hacen, qué piensan". Por otro lado, se aludía a otros jóvenes que estaban siendo ya entrevistados, al anonimato y confidencialidad de la información. Finalmente se pedía la colaboración en el estudio de forma que no pareciera un demanda excesiva: "no hay ninguna obligación de hablar de lo que no queráis", "podéis pensarlo con calma, no tiene por qué ser mañana, sino cuando os venga bien". Se concluía con un llamamiento a vencer la resistencia a participar ("la timidez").

El éxito de esta entrada en el campo fue desigual. En unos casos tuvimos una verdadera avalancha de estudiantes dispuestos a ser entrevistados (1º Físicas, 3º Periodismo). En otros la respuesta fue la justa, ni más ni menos (2º Sociología, I.B. Móstoles IX, I.F.P. Clara del Rey). En otros más, la entrada puede ser calificada de fracaso, al no conseguirse ningún voluntario y tener que acudir a otra clase[8]. La razón de este recibimiento desigual es difícil de adivinar. Podría ser debido a características diferentes de la población, a la popularidad del profesor que nos introduce en el aula, a dinámicas grupales propias del grupo en cuestión o específicas del momento, etc.

En los casos en los que nos vimos desbordados por el número de voluntarios -no era posible realizar entrevistas a todos ellos- decidimos aprovechar la información a través de la realización de grupos de discusión. De esta forma surgió la utilización de esta técnica que

[8] Esto ocurrió en una clase del Instituto Móstoles IX, de la que solamente pudimos conseguir una entrevista, por lo que lo intentamos en un segundo grupo, en el que tuvimos algo más de suerte, la justa. Igualmente, en una clase del Instituto de F.P. de Moratalaz que no incluimos en el análisis final no obtuvimos ningún voluntario, en un grupo exclusivamente masculino.

en principio no estaba prevista, pero que ha demostrado en el análisis su pertinencia para el estudio de ciertos aspectos de la identidad y su idónea complementariedad con la entrevista en profundidad.

La entrada al campo comenzó en abril de 1.994 en la Facultad de Físicas, continuó en mayo en la Facultad de Sociología y en la Universidad Antonio de Nebrija (Periodismo) y en junio en el Instituto B. Móstoles IX. Llegó el final del curso y tuvimos que dejar para el otoño el acercamiento a los Institutos de F.P., en concreto en noviembre el I.F.P. Clara del Rey y a primeros de diciembre el I.F.P. Moratalaz. Las entrevistas y los grupos que analizamos se realizaron en dos oleadas: la primera en los dos últimos meses del curso escolar 93/94 (23 entrevistas entre el 19 de abril y el 5 de julio; 4 grupos entre el 21 de abril y el 11 de mayo); la segunda a principios del curso 94/95 (4 entrevistas entre el 15 y el 23 de noviembre; un grupo el 17 de noviembre).

- *Realización de entrevistas y grupos.*

Tanto entrevistas como grupos tuvieron un lugar de realización variado. Cada entrevista se concertó teniendo en cuenta la conveniencia de los participantes, para hacerla lo menos gravosa posible. De este modo, se realizaron fundamentalmente en lugares cercanos al centro de estudios que sirvió de base al contacto o cercanos al domicilio del participante: en bares y parques, a excepción de las entrevistas de los alumnos de Sociología, que pudieron ser realizadas en un espacio más adecuado, el despacho de la Prof. Concepción Fernández Villanueva en la Facultad. Pero en ningún caso el espacio fue una traba importante para la realización de la entrevista. Los grupos, al ser más numerosos, necesitan de un espacio algo más apropiado. En tres de los grupos se consiguió un aula del centro

escolar, en uno tuvo lugar en un parque -lo que dispersó la atención de los participantes y costó más llevarlo a buen puerto- y otro en un bar, afortunadamente tranquilo a esa hora, aparte de que fue el de menor número de participantes.

Las entrevistas tuvieron típicamente un prólogo en el que explicábamos al entrevistado lo que iba a suceder: que se iban a hacer una serie de preguntas, que debía hablar y decidir si contestar o no con libertad, que al final habría un momento para que realizara todas las preguntas que considerara oportuno sobre la investigación o el investigador. Solamente si había transcurrido mucho tiempo entre el contacto en clase y la entrevista se hizo necesario recordar los objetivos de la investigación, lo que se pretendía de él.

La grabadora, instrumento imprescindible para este tipo de técnicas, se situaba desde el primer momento entre entrevistador y entrevistado. Normalmente el primero hacía una referencia a su necesidad -para no tener que tomar notas y poder escuchar atentamente- y la confidencialidad del producto -"no la va a escuchar nadie más que yo", a lo que el segundo asentía y daba su aprobación. A continuación se ponía en marcha la grabadora y se comenzaba con la pregunta inicial, la autopresentación, que solía tener una forma similar a ésta:

1. E.- Como suelo yo empezar, o como me gusta empezar es con una presentación tuya en este caso, que me digas, yo qué sé, lo que sea más importante de ti, lo que veas que me quieres contar así, como me acabas de conocer, pues lo que tú contarías para que te conozca un poco.
   P.- ¿De mí?, pues..
   E.- Aparte de que te llamas Paula y que tienes no sé cuántos años.
   MU21-15, p.1[9].

[9] Las citas de las entrevistas y grupos en este trabajo doctoral están numeradas, iniciando nueva numeración en cada epígrafe. El formato es el siguiente: la primera letra indica el sexo del entrevistado -H para hombre, M para mujer-, la segunda el tipo de estudios que cursa -U para universitario, F para Formación Profesional y C para COU-; el primer número es la edad de los entrevistados y el segundo, tras el guión, indica el número de la entrevista. La letra E al comienzo de una intervención quiere decir que es el entrevistador quien habla. La

Esta cuestión suscitaba una intervención más o menos prolongada por parte del entrevistado. Cuando ésta finalizaba, el entrevistador comenzaba a tratar los puntos del guión a partir de esa presentación y después intervenía según la conversación lo fuera aconsejando, subrayando, pidiendo aclaraciones, retomando cuestiones a medias, planteando otras no vistas hasta ese momento[10]. Todo ello, hasta cubrir todas las cuestiones que integraban el guión previo.

La dinámica de los grupos de discusión era similar. Se pedía una presentación breve de cara a la identificación del entrevistador de cada uno de los participantes y en seguida se comenzaba con la pregunta inicial acerca de la juventud, a partir de la cual el entrevistador había de intervenir para reconducir, aclarar, evitar monopolios, etc.

Una vez satisfecho el entrevistador con la completud de la información recibida, daba por finalizada la entrevista, así como las gracias y ofrecía a los participantes la posibilidad de preguntar cualquier cosa sobre él mismo y sobre la investigación. En algunos casos esto dio pie a una larga conversación, intercambio igualitario en este caso donde se producía una conversación 'real'. En otros casos, ante la ausencia de preguntas, el entrevistador contaba de todos modos alguna información que le había sido demandada en otros casos, forma de romper el hielo para que el entrevistado se animara a preguntar.

En total se han realizado 36 entrevistas y 5 grupos de discusión, si bien solamente 27 entrevistas[11] y los cinco grupos forman parte del material empírico analizado en los

---

letra O que es un chico (la desinencia de género) y la A una chica. A la letra le sigue un numeral en los grupos, para diferenciar a unos y otros participantes.

[10] Para analizar el papel del entrevistador ver el Apéndice, donde se encuentra la transcripción íntegra de dos de ellas.

[11] Tres entrevistas de COU no han podido ser aprovechadas por problemas técnicos de la grabadora; las demás pertenecen al Instituto de F.P. que se decidió no incluir por las razones ya mencionadas.

capítulos V, VI, VII y VIII. Estos son los participantes en las entrevistas y en los grupos:

ENTREVISTAS

MU21-1 (Filología)	HU19-10 (Sociología)	MU22-19 (Periodismo)
MU20-2 (Físicas)	HU20-11 (")	HU21-20 (")
HU19-3 (")	HU20-12 (")	MC19-21
MU18-4 (")	MU21-13 (Periodismo)	MC18-22
MU19-5 (")	HU22-14 (Sociología)	HC17-23
MU19-6 (Sociología)	MU21-15 (Periodismo)	HF19-24
HU20-7 (")	MU20-16 (Sociología)	MF19-25
MU20-8 (")	HU21-17 (Periodismo)	HF22-26
MU20-9 (")	MU20-18 (")	MF19-27

Edad:	Sexo:	Formación:
17: 1	Hombres: 11	Univ.: 20
18: 2	Mujeres: 16	COU: 3
19: 8		FP: 4
20: 8		
21: 5		
22: 3		

GRUPOS

	Edad:	Sexo:	Formación:
1. 6♂ 1♀ Físicas	17: 7	Hombres: 21	Univ.: 22
2. 3♂ 4♀ Físicas	18:25	Mujeres: 11	COU: 8
3. 6♂ 2♀ Físicas	19: 7		FP: 3
4. 4♂ 4♀ COU	20: 1		
5. 3♂ FP			

Como se puede apreciar, hay más mujeres que hombres en las entrevistas, al contrario de lo que sucede en los grupos, donde algunos de ellos no tienen presencia femenina o ésta es escasa. Globalmente la desproporción no es demasiado acusada. También se aprecia una sobrerrepresentación de los estudiantes universitarios, si bien esto es plenamente acorde con los márgenes de edad elegidos, en los que la mayoría de los estudiantes se encuentran ya inmersos en su formación universitaria. En las entrevistas las edades mejor representadas son las centrales del rango elegido, 19, 20 y 21 años, mientras que en los grupos tenemos una

sobrerrepresentación de personas con 18 años, debido a los tres grupos que se realizaron en la Facultad de Físicas.

- *Trascripción del material.*

Es ésta una de las tareas más arduas y pesadas de este tipo de investigación cualitativa. Sin embargo, resulta imprescindible para realizar el análisis que requiere nuestra perspectiva teórica y metodológica. La tarea de la trascripción consiste en convertir la grabación en cinta magnética en una pila de hojas que puedan ser leídas una y otra vez durante el análisis.

No existe un solo método de trascripción. Los hay más completos -pausas, entonación, dudas, solapamientos, etc.-, y menos completos -aquellos que se limitan a producir un texto a partir de la cinta. Lógicamente, cuanta más información existe en la trascripción más útil puede resultar para el analista. Sin embargo, no pensamos que en nuestro caso fuera necesaria tal información, teniendo en cuenta que nuestro interés residía fundamentalmente en el contenido de los discursos empleados más que en la forma. De este modo, además, se facilita la lectura del material (ver Moir, 1.993, p.20; Potter y Wetherell, 1.987, p.166).

En total han sido cinco meses de pesado trabajo que han convertido 28 horas de grabación en unas mil páginas de texto analizable.

- *Análisis del material.*

En la metodología cualitativa el análisis es el momento más complejo de la

investigación. No hay reglas fijas, ni posibilidad de que las haya, para transformar el material en un discurso que dé cuenta del objeto de estudio de una manera que parezca ajustada, plausible y en cierta medida innovadora, la pretensión de cualquier investigador social. Así, podríamos decir que si en la perspectiva cuantitativa el momento oscuro está al principio, en la transformación del objeto de estudio en variables operacionalizables y en hipótesis, en la perspectiva cualitativa se encuentra al final, en la dotación de sentido al material.

El primer paso que llevamos a cabo fue leer un par de veces el material en su totalidad hasta tener una cierta idea de conjunto. A continuación, había que leer nuevamente la totalidad de las páginas tomando notas, dividiendo temáticamente el material. De este modo se produce un esquema de análisis temático que se modifica continuamente según el investigador repara en nuevos aspectos hasta entonces inadvertidos. En el caso de la identidad, de la lectura reiterada y de las notas extraídas surgió un esquema de análisis que se corresponde básicamente con los capítulos de análisis (del V al VIII). Así, dividimos los textos en ámbitos, relatos y sentido de identidad. No se trata de un esquema a priori, sino que se realizó a partir de la lectura repetida del material.

Una vez construido el esquema, el siguiente paso fue analizar pormenorizadamente los textos que incluimos en cada apartado del mismo, un análisis detallado en el que se buscaron los diferentes discursos y sus pautas de utilización, las diferencias y similitudes de los textos de cada participante, las funciones y las referencias a la interacción (ver apartado IV.2.).

****

Tras haber expuesto en profundidad la perspectiva metodológica, el desarrollo de la investigación y el tipo de análisis que se ha realizado, es el momento de acercarnos al producto de tal análisis, lo que va a ser el objetivo de los próximos capítulos.

V. ÁMBITOS DE LAS IDENTIDADES DE LOS JÓVENES.

Los pasos previos que hemos dado en los capítulos precedentes nos ponen en condiciones de acometer la tarea principal de esta tesis doctoral, el análisis empírico de la identidad de los jóvenes de nuestra muestra. Para ello, hemos diferenciado entre los ámbitos de la identidad, los relatos de identidad y el sentido de la identidad.

Los ámbitos de la identidad son aquellos en los que interactúan los sujetos, siendo en esa interacción donde se ponen en juego las diferentes posibilidades de ser propias a cada uno de ellos. Algunos ámbitos son comunes a todos los jóvenes de nuestra muestra, o al menos están suficientemente presentes como para dedicar unas páginas a cada uno. Hemos considerado la descripción de estos ámbitos como un paso previo necesario para el análisis de los significantes y relatos de identidad, pues proveen a estos del contexto en el que es posible una más adecuada comprensión de los mismos.

Los significantes de la identidad que hemos identificado en el análisis son las nominaciones de las que se apropian los sujetos, haciéndolas suyas mediante unos relatos de identidad propios, que constituyen lo que hemos venido en llamar los significados de los significantes identitarios. De esta forma, hemos procedido a ocuparnos de esos significantes y significados tal como aparecen en el discurso de nuestros jóvenes, con un esquema parcialmente coincidente con el de los ámbitos. Pero no solamente es necesario ocuparse de

los significantes que hacen suyos nuestros sujetos, los positivos, sino también de esos otros de los que se desmarcan, o que rechazan de manera rotunda. Son los significantes negativos que consideramos que tienen una importancia fundamental a la hora de que el sujeto se identifique con unos u otros significantes, de su posicionamiento a nivel identitario.

Por último, hemos intentado acceder a algo parecido a lo que Harré llama el sentido de la identidad personal, del cual conservamos la denominación. Con ello, queremos referirnos a aquellos aspectos que se pueden apreciar en el discurso de las personas en los cuales está en juego el (auto)reconocimiento de la persona como un ser específico e inintercambiable, esto es, con coherencia suficiente entre sus relatos identitarios a pesar de la diversidad de situaciones sociales, con permanencia en medio de las variaciones de las circunstancias a las que se ha de enfrentar, y con autenticidad en un mundo social del que recibe multitud de influencias que pueden llevar a cuestionarla. Alrededor de estas cuestiones está en juego el prestigio interaccional de la persona, lo que da lugar a un buen número de estrategias para mantener ese sentido de identidad personal frente a los peligros potenciales que lo amenazan.

Antes de finalizar, sin embargo, surgió la necesidad de complementar este análisis de conjunto, aun cuando se intentó dar cuenta de las variaciones encontradas en cada uno de los diferentes temas, con una perspectiva más individualizada que sirviera para ilustrar la idea de que la especificidad personal que hace del individuo un sujeto único tiene que ver con la específica combinación de significantes diversos, relatos diversos, que es posible encontrar en la historia vital de cada persona.

Con todo ello, hemos pretendido dar una imagen completa de lo que puede ser la identidad personal, al menos en nuestro mundo occidental, si bien aplicada a una muestra tan específica como la nuestra, compuesta por jóvenes estudiantes madrileños de un rango de

edad determinado.

La perspectiva teórica de esta investigación hace necesario el tratamiento de la identidad en los ámbitos en que sus significantes se ponen en juego, esto es, en la interacción social cotidiana. El análisis del material que constituye el cuerpo de este trabajo doctoral confirma este a priori teórico. Solamente la identidad tiene sentido cuando es confirmada por los otros con quien interactúa la persona y en el sentido en que es confirmada por ellos. Por supuesto, cada persona no es un mero espectador de su identidad, de lo que los demás dicen de él. En la medida de sus posibilidades, el actor intervendrá para conseguir que la identidad con la que es reconocido por los demás tenga sentido y la considere adecuada para sí. Todo ello teniendo como fondo un mundo material incuestionable en el que se desarrolla la vida social.

En este capítulo V vamos a ocuparnos, pues, de los diferentes ámbitos en que tiene lugar la interacción de los jóvenes con su medio. Entendemos por ámbito aquellos espacios sociales que proporcionan acceso a unos determinados tipos de relaciones en un contexto material determinado y con unos objetivos igualmente concretos. Algunos de estos ámbitos son comunes a la totalidad de los jóvenes: espacios de ocio y relaciones familiares. Algún otro es común a la totalidad de nuestra muestra: el marco escolar. En cada uno de estos ámbitos intentaremos dar cuenta de las condiciones en que se harán posible las distintas posibilidades de ser propias de cada uno de ellos y que serán explicitadas en sus distintos significantes y significados en el capítulo VI.

Por supuesto, existen algunos otros ámbitos en los que participan algunos jóvenes y

que pueden ser muy significativos para ellos y su identidad. Deportes, asociaciones diversas, teatro, música, etc., son algunos ejemplos extraídos de nuestras entrevistas, todos ellos relevantes para la persona que está inmersa en ellos. Mención expresa merecen los trabajos esporádicos o a tiempo parcial (fines de semana) realizados también por algunos de nuestros entrevistados, que si bien normalmente no proporciona un significante identitario valorado -son trabajos poco cualificados lejos de las aspiraciones laborales de estos jóvenes-, sí proveen de un espacio de interacción que puede proporcionar el acceso a otras posibilidades de ser joven hasta el momento desconocidas. Precisamente por ser ámbitos menos frecuentes resulta más difícil su tratamiento, pues con la información de que disponemos sería necesariamente fragmentario y escaso. Algunos de ellos aparecen en el tratamiento individualizado que realizamos en el capítulo VIII.

1. LOS ESPACIOS DE OCIO.

Dada la importancia que tiene el espacio de ocio para los jóvenes, no es de extrañar que en este terreno se juegue buena parte de lo que es la identidad de cada joven. Sin apenas otra determinación social importante más que ser joven -no hay estatus laboral, la familia queda, al menos temporalmente, en un segundo plano-, los materiales culturales propios de la juventud se convierten en señas de identidad que marcan a la vez la pertenencia a esta categoría social, los jóvenes, y las diferencias entre unos y otros. De esta manera, cumple los dos requisitos básicos que hemos señalado para la identidad personal, esto es, que iguala al mismo tiempo que diferencia respecto a los demás interactuantes en el medio social.

Así pues, es importante conocer las actividades que los jóvenes realizan en el tiempo libre, no en un afán de enumeración y ordenación de porcentajes, sino de saber dónde buscar esos contenidos (sub)culturales que sirven de importantes referentes para la identidad de los jóvenes. Por ello, la labor analítica de este apartado será la *descripción de las actividades que realizan los jóvenes en el tiempo de ocio* con especial énfasis en esos materiales con los que construyen su identidad.

La información que se puede extraer de nuestras entrevistas sobre las actividades de ocio -no olvidemos el carácter abierto de las preguntas, realizadas en el marco de una entrevista semiestructurada- no difiere en gran medida de los resultados de cualquier encuesta de juventud al uso (ver Navarro y Mateo, 1.993; González Blasco et al., 1.989). La actividad más realizada es también '*salir con los amigos*', que aparece de una u otra manera en la totalidad de las entrevistas. Ir al cine, teatro, conciertos, exposiciones, hacer deporte y otras posibilidades de ocio que ofrece la gran ciudad ocupan un lugar ya muy alejado de lo que es esta actividad hegemónica. Solamente el cine es mencionado como actividad de ocio de forma importante, si bien no conviene olvidar que al cine se suele acudir con los amigos como una actividad más dentro de estas salidas del grupo de iguales que tienen como marco privilegiado, pero no exclusivo, los fines de semana.

Como se puede apreciar, la práctica totalidad de las actividades citadas se desenvuelven en el espacio público. Esto se debe probablemente a que casi todos los entrevistados consideran como el tiempo libre por excelencia los momentos que pasan fuera de casa al margen de la educación reglada. En cualquier caso, las pocas referencias al ocio en el espacio privado existentes en nuestro material concuerda también básicamente con los datos de las encuestas de juventud: ver televisión, oír música, leer, estar con la familia (ver Navarro y Mateo, 1.993, pp.135-137). Sin embargo, el hecho de que las referencias sean

escasas nos impide profundizar en el significado que tienen tales actividades para la identidad de nuestros jóvenes. En cualquier caso, tendremos oportunidad de analizar la relación de éstos con la música en este apartado a partir de las referencias que aparecen, en muchos casos espontáneamente, a este tema. Del mismo modo, el papel de la familia también tendrá su hueco específico dentro de los referentes identitarios que consideramos importantes para estos jóvenes.

De especial interés sería conocer la selección que realizan nuestros jóvenes de la *programación televisiva*, pues es bien sabido, y de ello se pueden encontrar muestras en las entrevistas, que ciertos contenidos de la televisión entran a formar parte con inusitada fuerza del mundo juvenil. La televisión ofrece además la posibilidad de mantenerse al día, estar al tanto de la actualidad (ver cita 7), especialmente importante en nuestra sociedad, pero incluso más entre los jóvenes, donde la moda, a todos los niveles, incide en las tendencias juveniles, aportando nuevos contenidos y/o modificando parcialmente las posibilidades identitarias disponibles para los jóvenes.

Por otro lado, la televisión se ha convertido en un importante difusor de los discursos sociales que circulan acerca de la juventud, con programas cada cierto tiempo para tratar el 'problema', con determinadas noticias que tienen a jóvenes como protagonistas y que dan lugar a una serie de reflexiones por parte de 'expertos', etc. Por último, la televisión aporta temas de conversación para los momentos que se comparten con el grupo de amigos en las salidas de fin de semana, por lo que también cobra cierta relevancia estar al corriente de lo que se emite, incluso si es para criticarlo (no olvidemos la importancia que, desde nuestro punto de vista, tiene la identidad negativa en la configuración de la identidad personal).

Centrándonos en las *salidas de los jóvenes* los fines de semana, éstas tienen lugar en los espacios que ellos pueden hacer suyos, es decir, aquellos donde los participantes son en

su mayoría jóvenes y/o que no son susceptibles de control cercano por parte de alguna instancia adulta. En la ciudad los jóvenes se adueñan de ciertos barrios donde proliferan locales de diversión variada, ya sean bares, pubs o discotecas.

Una cantidad no despreciable de jóvenes madrileños, representada en nuestras entrevistas, acuden con regularidad durante el fin de semana a una segunda residencia (pueblo o urbanización) donde las actividades que se pueden realizar son más diversificadas -por supuesto también existen allí locales de diversión-, especialmente durante los días de buen tiempo. También la variable estacional tiene influencia en las actividades que pueden realizar los jóvenes en la ciudad, pues existe la posibilidad de ocupar espacios abiertos poco practicables en invierno:

1. A2.- ...en verano tienes montones de cosas más que hacer, yo qué sé, que en invierno, en invierno es eso, irte todos los días por aquí, sales un poco..
O1.- Igual te metes en un pub.
A2.- Claro, es que además eso, es el tiempo, yo qué sé, en verano te puedes ir al retiro, al parque de atracciones, yo qué sé, cosas así muy normales pero más variadas, y está mejor, no sé.
O1.- Y luego otra cosa, que ya en invierno lo que pasa es eso, que ¿adónde vas a ir?, o vas a una discoteca o te metes a un pub, porque no tienes más sitios, si está lloviendo no te vas a ir a la casa de campo, entonces también se nos echa mucho la culpa también a la juventud de que siempre estamos metidos en el bar, que si siempre no sé qué, pero tampoco se nos ofrece otras alternativas, vale, que sí, que a lo mejor hay una feria de no sé qué y, de ordenadores y puedas ir a un museo, pero que no, o sea, en verano normalmente ves más a la gente, o sea, ahora nos vamos al parque de atracciones, pues ahora nos vamos a la piscina, cosas que se consideran que son más sanas, ¿no?, pero..

G4, p. 5.

Como se aprecia en este fragmento, el verano ofrece muchas más posibilidades por dos razones. Por un lado, el factor climático permite acudir a espacios abiertos que durante el invierno permanecen cerrados o que a causa del frío se hace difícil la permanencia en ellos. Por otro, el verano es un momento donde el tiempo de ocio no sólo se multiplica, sino

que aparece en momentos normalmente ocupados por la educación formal. Nos referimos a la mañana y las horas centrales del día habitualmente ocupados con clases y estudio en nuestra población. De esta manera, los jóvenes ocupan con mayor asiduidad los espacios públicos en momentos del día distintos a los habituales en sus salidas de fin de semana.

En cualquier caso, en todo tiempo y lugar la actividad más realizada sigue siendo salir por la tarde-noche con los amigos a las zonas de diversión. Salir se hace necesario dada la inexistencia de un espacio propio en el que permanecer. Por ejemplo, son pocos los que tienen la posibilidad de quedarse en casa de algún amigo a pasar la tarde -tenemos dos personas en nuestras entrevistas que señalan tal posibilidad. Tampoco se puede decir que haya muchas alternativas para los jóvenes en esos momentos (ver cita 1). En las horas en que se suele salir lo más accesible para la población juvenil son los locales de ocio, que se pueden encontrar en todos los barrios de Madrid y en todos los pueblos del área metropolitana. Y es que aunque en muchas ocasiones lo que se pretende es divertirse, en otras muchas lo importante es estar con los amigos, para lo cual no es estrictamente necesario acudir a estos locales, aunque finalmente se acabe haciéndolo. Por ello, y a pesar de la importancia que tiene esta actividad de salir los fines de semana, como toda actividad tantas veces repetida puede llegar a resultar monótona y a producir un cierto hastío. Sin embargo, como se aprecia, tampoco nuestros entrevistados encuentran otras alternativas de diversión:

2. Es que te cansas, porque en Madrid ya es casi siempre lo mismo, y luego siempre buscas alguna forma de divertirte, pero luego acabas haciendo lo de siempre, vamos, las copas y los conciertos.

HU22-14, p. 3.

De todos modos, la asistencia a uno u otro *tipo de locales* de ocio varía en función de las pretensiones del grupo en ese momento. Según nuestros entrevistados, los bares y los

pubs son más adecuados para charlar con los amigos -a pesar del volumen de la música en muchos casos-, mientras que las discotecas se reservan más bien para ocasiones especiales en algunos casos o para las horas finales en otros:

3. E.- ¿Y qué hacéis cuando salís, os vais a divertir, a ligar, a..?
O.- No, nada más, charlar sobre todo, estamos, porque estamos metidos ahora en un garito, ¿no?, en un sitio que conocemos, lo abrieron, no sé, hace unos meses y eso, y empezamos a ir ahí, yo qué sé, conoces a la gente, a los camareros, y estamos ahí normalmente, luego en Alcorcón, no sé si estás enterado de lo del polígono ese, pues de vez en cuando bajamos ahí también, que joder, está muy bien.
(...) Es que nosotros o vamos muy tarde [a la discoteca] o vamos de vez en cuando, pero a lo mejor una noche decimos venga, hoy a celebrar algo o cualquier cosa, pues sí, allí te puedes quedar hasta la hora que quieras.
HU20-7, p. 1.

Por otro lado, existen también jóvenes que acuden invariablemente cada fin de semana a la discoteca, identificándose en mayor o menor medida con ese ambiente característico:

4. ...cuando salimos los fines de semana solemos ir a bailar a una discoteca, porque no sé, queremos este verano trabajar como animadoras, pero no sabemos si lo vamos a encontrar o no, de hecho, bueno, conocemos a gente de muchas discotecas, no sé, tenemos facilidad para hacer amigos, y a mí gusta mucho, y luego todo el mundo nos dice que bailamos muy bien, yo no me lo creo, es verdad, y es lo que hacemos, nos gusta mucho ir a bailar, a relajarnos, a estar ahí, conocer gente.
E.- ¿Qué soléis bailar?
M.- ¿Normalmente?, pues si te digo la verdad, bakalao, puro y duro, no puro y duro, sino comercial...
MC18-22, p. 6.

Sin embargo, existe un amplio sector de jóvenes, bien representado en nuestras entrevistas, que rechazan contundentemente las discotecas, como lugares donde no es posible la comunicación, donde sólo se va a ligar y a lucirse, etc. Estos jóvenes suelen preferir los bares tranquilos o cafés en los que es posible charlar con tranquilidad:

5. ...no soy de las típicas que me voy por ahí de bares, que si bakalao, no, no, no nos gusta, vamos con.., como solemos salir con el grupo de gente de los Scouts, pues vamos a bares más bien tranquilillos, ¿no?, donde podemos

hablar, no que nos tengamos que mirar los unos a los otros...

MF19-27, p. 3.

Entre los entrevistados que mostraron su preferencia por los bares tranquilos converge, en casi todos los casos, una actividad alternativa a este ocio urbano más común, a saber, salir al campo o de acampada, que es señalado por ocho entrevistados:

6. Bueno, sí, en mi tiempo libre la verdad es que en cuanto tengo pelas, bueno, y aunque no tenga, salgo mucho al monte, pero o sea, eso, al monte, con una tienda, un saco, eso en mi tiempo libre muchísimos fines de semana nos vamos a la sierra

MU20-16, p. 4.

Sin embargo, ésta es una actividad que se realiza con menor frecuencia que lo que es la salida común de fin de semana, que normalmente, de una u otra forma, se realiza la práctica totalidad de viernes y/o sábados. A pesar de ello, salir de acampada es una actividad que parece tener mucha importancia para estos entrevistados, hasta llegar a constituirse, junto con otros elementos y según nuestra opinión, en un estilo juvenil característico (ver apartado VI.2.).

Estas preferencias de locales de diversión no son ajenas a los diferentes estilos juveniles que es posible encontrar entre los jóvenes urbanos, los cuales marcan importantes diferencias en la manera de ser joven de nuestros entrevistados. La música, junto con la moda, es altamente relevante en la configuración de estos mismos estilos juveniles, como veremos más adelante. Por otro lado, la música, de uno u otro tipo, ocupa un lugar importante en todos estos locales supuestamente jóvenes e incluso es un argumento de peso a la hora de escoger el local en el que permanecer (ver cita 36).

Pero, *¿qué se hace* en estos locales en compañía del grupo de iguales? Podemos afirmar que la función principal de estos momentos de ocio es *comunicativa*, esto es, lo que se pretende es charlar con los amigos de los temas que más preocupan o interesan: de la

actualidad (y de la televisión), de música, de cine, de coches, fútbol y chicas los chicos, de ropa y chicos las chicas[1].

7. La situación del momento, pues mira esta persona ha hecho esto, y hablamos de eso, ¿no?, o ¿qué tal está la comida, está bien?, tal, la situación del momento en que estamos ahí, que ves una cosa y fíjate, o mira qué coche, o cualquier cosa. Otras muchas es de la actualidad, actualidad que hay en España, pues comentarios o lo que quieras, de la actualidad de España, de lo que sale en los periódicos, en la prensa, que si este programa de televisión, que si cualquier cosa, también pues.., algunas veces sobre la familia de los demás, ¿qué tal está tu madre?, si está enferma, o ¿has ido al cine?, tal, ¿has visto esto?, que comentes, no sé, este tipo de situaciones también. Hay otro que también le gusta mucho la música, pues con ese hablo muchas veces de ¿has visto esto?, en tal sitio está esto muy barato, o me tienes que prestar esto, de música, con otro que le gustan mucho los coches, pues mucha veces hablo de coches, que es una de las cosas que me gustan a mí, uno de los hobbies, por decirlo de alguna manera..

HU21-17, p. 7.

8. ...no me interesa la gente vacía, la gente que no sabe hablar más que de tópicos, de.. pues música, mujeres, sexo, o drogas, alcohol, pues para eso, tengo mucho que hablar yo, ¿no?, la verdad es que no me interesa en absoluto, bueno, no es que me interesa, bueno, una conversación banal, pues sí, vale, ja, ja, te ríes un rato, pero hay tanto.., es como que la gente sólo conoce, no sé, la cantidad de gente que conozco sólo sabe hablar de eso, sólo sabe hablar de eso...

HU21-20, p. 3.

9. ...lo más normal es hablar de qué vestido más bonito y qué ropa más guay, qué bien me lo pasé anoche y vaya birra que me tomé y no sé qué, con eso se llega fácilmente a todo el mundo, pero lo difícil es llegar a lo otro, a decir: bah, esta persona me va a decir ahora lo que piensa de política, lo que piensa de no sé qué, y realmente supongo que la juventud, en el fondo, todo el mundo tendrá sus cosas y será capaz de hablar seriamente con alguien, pero no con todo el mundo ¿sabes?...

MU20-2, p. 12.

---

[1] Esta diferenciación entre chicos y chicas aparece como tal en algunas de nuestras entrevistas. Su significado, desde nuestro punto de vista, es que se trata de intereses todavía segregados por género, si bien probablemente no generalizados en toda la población. De todos modos, la igualación se produce más por abandono de los intereses que estereotípicamente correspoden al propio género que por adquisición de los intereses del género opuesto, al menos en lo que concierne a los temas de los que nos estamos ocupando en este momento (ver identidad de género, apartado VI.3.).

10. ...a no ser que te haya pasado algo que te apetezca contarlo así un poco más en serio, lo que me apetece es estar con mis amigos y pasártelo bien, estar a lo mejor, yo qué sé, bebiendo, charlando, y quitarte de problemas, es lo que me apetece, el fin de semana es para expandirte un poco.

HU20-7, p. 2.

Como se puede apreciar, los temas que se hablan vienen en parte marcados por la *actualidad* (cita 7), en gran manera constituida a partir de las emisiones televisivas. Por otro lado, también tiene gran importancia en las interacciones entre los jóvenes los *productos culturales* que constituyen el mercado especialmente dirigido a ellos, esto es, cine (cita 7), moda (cita 9) y música (citas 7 y 8). También pueden aparecer aficiones en la medida que son compartidas por algunos de los miembros del grupo, como coches (cita 7), fútbol, etc.

Por otro lado, parte de las conversaciones parecen girar en torno a la propia *diversión*, por ejemplo, sobre las sustancias que se consumen para estar más alegre - fundamentalmente alcohol, pero también drogas en ciertos casos (ver citas 8 y 9). No sólo eso, sino que el propio tono de la conversación es jovial, divertido, se trata de pasárselo bien y reírse con las ocurrencias y chistes que surgen en la charla (cita 10).

En definitiva, nuestros entrevistados dan la impresión de que los temas de conversación son banales (cita 8) y superficiales (cita 9), aunque quizá sea lo más propio de un momento donde lo que se pretende es básicamente divertirse, 'expandirse un poco' (cita 10).

Esto no quiere decir que los jóvenes sean necesariamente superficiales, sino que en muchos casos se buscan otros momentos diferentes de las salidas de fin de semana para tratar ciertos temas que preocupan más, o para intercambiar opiniones sobre las experiencias comunes: los estudios y los profesores, la familia y los padres, principalmente:

11. O.- Sí, estoy a gusto, son más amigotes que amigos, pero bueno.
E.- ¿Amigotes, eso qué quiere decir?

O.- ¿Amigotes?, que son más para salir de cachondeo que no sé, para meterte en historias personales y eso.
E.- ¿Y tienes así algún otro amigo?
O.- Sí, aparte gente, sobre todo viene del instituto, lo que pasa, pues eso, cada más tiempo, más espaciado, he perdido contacto con mucha gente, (...) esos eran amigos, sí, vamos, que les llamas en cualquier momento, pues quedar a tomar algo y contarte tus historias, las de cada uno.

HU20-7, p. 2.

En este caso, como en algunos otros, parece haber una separación clara entre los amigos con los que se sale y aquellos con los que se entra en comunicación de las respectivas experiencias vitales. En otros de nuestros entrevistados, se separan no tanto personas como situaciones, esto es, se sale con los mismos amigos a los que se comentan las preocupaciones personales, si bien se diferencian los momentos adecuados para uno y otro tipo de interacción. De todos modos, parece razonable tal diferenciación, siquiera de situaciones, pues al fin y al cabo la situación grupal parece poco propicia para compartir experiencias algo más íntimas (sobre las dinámicas de los grupos de amigos, ver el siguiente apartado). Esto no quiere decir que en algún momento no salgan temas en la conversación en los que la implicación de los interactuantes sea algo mayor, o que no se discuta sobre determinados temas:

12. ...el otro día discutimos y además éramos 3 contra uno, bien es cierto, pero comentando sobre el.., 2 de los chicos estos dan clases a gente, ¿no?, a niñas pequeñitas, ¿no?, y sacaban con eso un sobresueldo, todos los meses, y estábamos discutiendo que uno de ellos decía, uno de los otros, decía que no, que a él le parecía que nuestros padres.., o sea, que no tienen por qué trabajar, que podrían tener las mismas cosas sin dar esas clases, porque nuestros padres nos darían el dinero y ya...

HU21-17, p. 8.

Aquí aparece el autoestereotipo negativo de los jóvenes en lo que se refiere a la superficialidad de las conversaciones de los jóvenes entre sí en los espacios de diversión[2].

[2] Del autoestereotipo negativo que apreciamos entre los jóvenes para referirse a sí mismos como generación nos ocuparemos en extenso en el apartado VI.1.

Esta concepción negativa se extiende también al resto de actividades que vamos a reseñar en este apartado, como iremos viendo.

En lo que respecta a las relaciones con el otro sexo, '*ligar*', son pocas las referencias que encontramos en nuestro material, quizá por una cierta timidez de hablar de los temas relacionados con el sexo, o mismamente por la mala consideración en que se tiene al hecho de salir a ligar los fines de semana, 'a cazar', y a las personas que lo hacen:

13. ...cuando sales por ahí a cazar, que es a lo que sale mucha gente, a ver qué sale o tal...

MU20-2, p. 13.

14. Y los chicos por ejemplo pues van a ver qué ligan esa noche, no sé, van como en bandadas a.., van buscando sexo y alcohol, fundamentalmente, y esa supongo que es la parte de la juventud madrileña con la que no me identifico.

MU19-6, p. 9.

Sin embargo, a pesar de esta consideración tan sumamente negativa, parece razonable que se utilice este espacio de ocio para entablar contactos con el otro sexo, de los que puedan surgir bien una relación de pareja más o menos duradera, bien una relación ocasional, bien cualquier posibilidad intermedia. Por supuesto, esta posibilidad de relación será más utilizada por aquellos jóvenes que no tienen otros ámbitos de relación con personas de sexo opuesto, pues lo que sí parece derivarse de nuestras entrevistas es que a la larga la mayoría de los jóvenes ven su futuro con una pareja estable (ver apartado VI.4.). Por ello, aunque no se busquen activamente las relaciones con el sexo opuesto, son una posibilidad que queda siempre abierta, e incluso se desea que se produzca:

15. ...tampoco soy de esos que van buscando obsesionadamente una chica para el fin de semana, que si no.., yo bueno, si la veo, pues bien, si no, pues nada, no me voy a morir, ya vendrá si tiene que venir.

HF19-24, p. 8.

Son muchas las referencias al consumo de sustancias estimulantes, fundamentalmente

pero no exclusivamente alcohol, durante las salidas de fin de semana que aparecen en nuestro material. Esto es buena muestra de su importante presencia en el ocio de nuestros jóvenes. Su empleo está ligado a la diversión, pues se utiliza como un medio para animarse, para pasarlo bien, objetivo que justifica el consumo mayoritario de alcohol y minoritario de otras drogas. Sin embargo, en el caso del *alcohol*, su presencia es tan intensa que no se hace necesaria su justificación, que no aparece en ninguna entrevista. Antes bien, lo que es ineludible es justificar su no consumo:

16. ...yo no bebo, no sé por qué les tengo que explicar por qué yo no bebo, ¿no?, se supone que si yo soy negra no tengo que dar explicaciones de eso, ¿no?, bueno, pues aun así las tengo que dar, ¿no?, y todas las preguntas con unas connotaciones pues eso, de que yo soy una reaccionaria, ¿no?, en ese aspecto, y entonces, pues claro, a mí se me cruzan los cables y me tengo que estar explicando.

MU20-9, p. 4.

Y es que el consumo de alcohol tiene una funcionalidad expresiva, de participación en la diversión y en la actividad grupal, de forma que quien no participa en ella de alguna manera cuestiona el consumo de los demás, sobre todo porque se trata de una actividad mal vista por los adultos. Tampoco conviene olvidar que las reuniones de jóvenes tienen lugar en unos locales especializados en la venta de bebidas, buena parte de ellas alcohólicas, por tanto, es un lugar donde consumir es prácticamente obligatorio, y donde el alcohol está siempre presente:

17. ...bebes porque bebes, porque estás en un bar y te apetece, pero no bebes para emborracharte, no sé.

MU19-5, p. 3.

Además, el alcohol cumple una función importante: como sustancia estimulante que es, facilita la diversión, en un momento en que es casi obligatorio, pues el espacio semanal reservado para ello:

18. ...casi siempre bebo cuando salgo, que no bebo en plan para cogerme el pedo, pero te ayuda pues eso, a seguir despierto, a animarte un poco.

MU22-19, p. 4.

Por otro lado, el consumo de alcohol, especialmente las borracheras, proporciona una serie de experiencias transgresoras, que toman su mayor significado cuando son narradas, casi parece que se desean para después ser rememoradas en el grupo o contadas fuera de él:

19. En realidad, no hacemos nada, únicamente vamos al bar de siempre, vemos las mismas caras de siempre y luego llegamos a la discoteca, hacemos el idiota y no nos acordamos de nada al día siguiente, y entonces lo mejor es al día siguiente preguntarnos qué pasó y tú dónde estabas y nada.

HU20-12, p. 2.

La práctica totalidad de los entrevistados que beben afirman que sus excesos en el consumo de alcohol no pasan de ser ocasionales, al menos no se va con la idea prefijada de emborracharse cada fin de semana:

20. ...si un día bebes más pues bebes más, pero que tampoco te pasas, no necesariamente.

HU19-10, p. 8.

21. O3.- ...de por sí ya no vamos con la idea de emborracharte ya, ¿sabes?, directamente, es según la situación.
A2.- Hay gente que sí, eh, tengo un compañero yo en clase que todos los viernes, hoy me emborracho, es que hoy me emborracho, es que.., y viene jo, ¡qué borrachera me pillé!, es así, sí, hay gente que sí lo hace, y hay otra gente que no y no va, no se emborracha y ya está, depende de la persona.

G4, p. 28.

Sí aparece, sin embargo, en varias entrevistas, como en esta cita anterior, una crítica hacia la gente que parece tener como único objetivo del fin de semana emborracharse, pues eso es lo que constituye un fin de semana divertido y bien aprovechado:

22. ...era como decir si no salgo por ahí y me emborracho, ¿qué puedo hacer un sábado por la noche en mi casa?...

MU21-15, p. 10.

Como se ve, nuestros entrevistados hablan de casos concretos de personas que

conocen y que hacen gala de divertirse con su consumo excesivo de alcohol. De todos modos, la crítica quizá suponga una generalización excesiva, en dos sentidos distintos. En primer lugar, porque incluso estos jóvenes que presumen de sus borracheras no consuman de manera tan generalizada y excesiva como dicen (sesgo de deseabilidad grupal). En segundo lugar, porque la mayoría de los jóvenes sólo se exceden en ocasiones especiales o determinadas, a pesar de la imagen social que circula:

23. ...eso, tampoco es que la imagen que da la televisión de los jóvenes, que salimos a emborracharnos y eso, yo creo que no es así, que sales, bebes porque bebes, porque estás en un bar y te apetece, pero no bebes para emborracharte, no sé (...) que alguna vez pues sí, bebes y te emborrachas y ya está, pero no es salir todos los fines de semana ni siquiera una vez al mes, a lo mejor algún día a una pues le apetece, se pone un poquillo mal, pero vamos que no es la media, la gente no va borracha por la calle los viernes.
MU19-5, p. 3.

Existen datos que refuerzan este último argumento. Según la encuesta del Instituto de la Juventud (Navarro y Mateo, 1.993, p. 136), un 42,2 % de los jóvenes entre 15 y 29 años dicen nunca tomar bebidas alcohólicas, mientras que un 45,1% las dicen consumir algunas veces, aunque estos datos podrían estar influidos por un sesgo de deseabilidad social, de sentido contrario al posible sesgo de deseabilidad grupal antes mencionado.

Respecto a los jóvenes de nuestras entrevistas y grupos, sin poder pretender una representatividad de la muestra, la mayoría de éstos estarían dentro del grupo de pequeños consumidores habituales de alcohol, entendiendo como tal a aquellos que consumen alcohol en pequeñas dosis cada fin de semana, con excesos ocasionales. Un segundo grupo serían moderados consumidores habituales, un tercero consumidores esporádicos, y un cuarto no bebedores o abstemios.

Pero incluso en las personas que beben excesivamente todos los fines de semana, esto necesariamente ha de producirse no más allá de una época de la etapa juvenil, aunque

solamente sea por las graves consecuencias que puede tener. En nuestro material encontramos un par de casos en los que se manifiesta haber pasado por tal etapa:

24. ...en cierta manera ya he encontrado un poco mi norte, ya sé qué es lo que quiero, cómo lo quiero y por qué lo quiero, ¿no?, y voy hacia ahí y bueno, arramblo con todo.., bueno, arramblo, voy hacia ahí, a partir de momento que tienes una meta, yo creo que ya te puedes sentir realmente bien, en aquel momento no tenía ninguna, no tenía nada, y es lo que pasa ahora, la gente no tiene ninguna meta, si se piensan que la meta es comerse más pirulos que nadie y pillarse las cogorzas más grandes, buf, yo he tenido dos comas etílicos, he estado muy mal en muchísimas ocasiones por culpa de muchas cosas y no te aporta nada, no te aporta nada...

HU21-20, p. 19.

25. ...cuando salía con mis amigas sí éramos de bares y de discotecas y de marcha y de cogorzo todos los días, ¿no?, pero ahora no.

MF19-27, p. 3.

Aparte de estos testimonios de abandono del consumo excesivo de alcohol, varios de nuestros entrevistados afirman que su consumo ha disminuido desde hace algunos años, lo cual no deja de ser significativo cuando quienes hace tal afirmación son personas de no más de 21 años, concretamente de 19 en estas dos citas:

26. O1.- Es que a lo mejor las locuras y las gracias que hacía antes mientras te ibas a un bar, pues ahora no, muchas veces que ibas a un bar y te pillabas un ciego que te cagas y ahora llegas a un bar a tomar algo tranquilamente.

G3, p. 12.

27. Yo no, no bebo mucho, yo creo que en mi caso al menos, y en el caso de la gente que tengo cerca son hábitos que se han ido perdiendo con la edad, de gente, bueno, todavía lo sigo viendo en alguna gente, de gente que tiene que volver pronto a casa, suele ser gente que sale muy pronto por la tarde, beben a una velocidad de vértigo y controlan justo el tiempo de dejar una hora antes de que se tengan que ir para casa para que se les pase la borrachera.

MU19-6, p. 5.

Esto parece indicar que durante la edad que se inicia la participación de los jóvenes en las actividades propias de tal edad, éstos se adhieren con especial intensidad a lo que se percibe que es lo propio de tal momento, esto es, salir con los amigos apurando lo más

posible la hora de vuelta a casa, acudiendo a los locales 'jóvenes' y consumiendo las sustancias hasta el momento prohibidas, o que lo siguen estando, pero que hasta ese momento no había habido ocasión de tomarlas fuera del control adulto (ver cita 27). Sólo posteriormente los jóvenes van relativizando la 'obligatoriedad' de tales prácticas para la expresión de su identidad juvenil y, normalmente sin abandonarlas, se realizan con mayor o menor frecuencia, pero lejos de esta primera convulsividad.

La explicación que aporta el sujeto de la cita 24 para su consumo excesivo de sustancias estimulantes es básicamente la desorientación en la que muchas veces se afirma que se encuentra la juventud, si bien nuestra información parece hacer más plausible una explicación alternativa, una que tenga en cuenta el ambiente en el que se desenvuelven los jóvenes y que, como estamos viendo, incluye toda una serie de prácticas de ocio alrededor de la diversión, no exenta de elementos supuestamente transgresores, como es el alcohol en este caso. Y lo que es más, estas prácticas delinean y delimitan las posibilidades de ser joven que tiene cada persona durante esta etapa vital.

Estas construcciones (sub)culturales alrededor de las prácticas de ocio no suponen una constricción absoluta, sino más bien una delimitación de las posibilidades de ser joven dentro de unos márgenes más o menos extensos según la cuestión de la que se trate. La frecuente presencia del alcohol en los espacios de ocio como elemento facilitador de la diversión indica su importancia para la juventud, lo cual provoca, como hemos visto en las entrevistas, que cada joven tenga necesariamente que situarse de algún modo concreto respecto a esta sustancia, sabiendo que su rechazo total tiene consecuencias negativas claras para su identidad de joven (ver cita 16). Pero tampoco es posible olvidar que una adhesión fuerte a la cultura del alcohol, aparte de las consecuencias físicas, implicará un enfrentamiento ineludible con las instancias adultas, fundamentalmente la familia, que consideran el consumo

de alcohol especialmente negativo en los jóvenes, pues son finalmente una población bajo su control.

Si bien el alcohol es la sustancia estimulante mayoritariamente consumida, en los espacios de ocio están presentes otro tipo de *drogas*, que por su carácter de ilegales difieren en su significado para la subcultura juvenil. Requieren, pues, de un tratamiento diferenciado fundamentado también por el hecho de que los jóvenes en nuestras entrevistas separan en su consideración estas drogas del alcohol.

En efecto, la permisividad que existe respecto al alcohol no es posible encontrarla respecto a otras drogas ilegales, como son las pastillas, la cocaína, y el hachís. Sin embargo, su empleo está ligado del mismo modo que el alcohol a los espacios de ocio y a la diversión de fin de semana, es esa la motivación hacia su consumo:

28. ...la gente que yo conocía que estaba metida en las drogas, era gente que sólo salía por la noche y que su vida era sólo por la noche, entonces la manera de aguantar y de divertirse era pues poniéndose lo que fuera, pero sí, yo creo que hay más.., o sea, de la gente que yo conozco, yo creo que es.., luego hay pues eso, gente que está marginada, que no tiene trabajo ni nada, pues los yonkies, por ejemplo, que es otro tema, ¿no?, pero la gente que yo he conocido es gente que pudiendo hacer otras cosas, o sea, que son de familias que tienen más o menos dinero, que la toman por tomarla, ¿sabes?, por divertirse...

MU22-19, p. 4.

Su consumo, además, se considera que no es equiparable al de la heroína, tomada por gente marginada y que responde, por ello, a otra problemática:

29. O4.- La peña que se toma esas pastillitas para estar todo el día de juerga y luego..
A2.- Y luego, porque yo no voy a ser menos que los demás yo me lo tomo.
O2.- Antes los que se ponían por la vena era otra historia, que era gente marginal y eso y acababa muy mal, pero ahora la gente que se droga así de pastillas y eso es porque quieren.

G4, p. 37.

Es decir, mientras que se acepta una influencia social en el caso de los consumidores

de heroína, gente marginada alejada de la posición social de los sujetos, se afirma la voluntariedad de quienes consumen estas drogas asociadas a la diversión. La funcionalidad de tal distinción se entiende, según nuestro punto de vista, teniendo en cuenta el rechazo del que es objeto, en nuestra muestra, el consumo de tales drogas, asumiendo de algún modo el discurso social que circula sobre tales sustancias[3]. En efecto, resulta difícil dar una explicación de un fenómeno a partir de la influencia del medio social cuando el sujeto se considera parte de esa población -los jóvenes normalizados. No resulta plausible una explicación con tantos aparentes casos en los que no se cumple, esto es, todos aquellos jóvenes, parece ser que la mayoría, que no consumen tales tipos de drogas.

Sin embargo, las drogas ilegales son lógicamente atractivas para los jóvenes y es por eso que están presentes en sus ámbitos de ocio. En definitiva, estas sustancias son un medio para alcanzar el objetivo que más sentido parece dar a las salidas de fin de semana, esto es, divertirse. Además, el hecho de que su consumo esté tan prohibido las convierten en un material privilegiado de transgresión, que, como hemos visto, está presente en la identidad juvenil. Por último, son drogas cuyos efectos nocivos no son tan claros ni tan evidentes o no se conocen tanto -al menos hasta el momento presente- como los de la heroína, y hay una percepción de que se puede abandonar su consumo en el momento en el que se quiera, de lo cual tenemos en nuestro material un caso de una experiencia personal (ver cita 24) y el testimonio de otra persona sobre amigos suyos en tal sentido[4]:

---

[3] Este discurso es expresado de manera señera en las campañas publicitarias de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, en las que se demanda una inequívoca y contundente respuesta negativa ante los ofrecimientos de consumir tales sustancias.

[4] Este trabajo no puede entrar en los aspectos médicos de la adictividad de tales sustancias, solamente constatar una percepción existente de que estas drogas son menos dañinas y adictivas (¿más o menos que el alcohol?) y señalar el discurso construido sobre experiencias en esa dirección.

30. ...aunque luego también sé de mucha gente de esta que luego lo ha dejado, o sea, conozco gente que lo ha dejado y que eso, que es la típica edad, de los 18 a 22, que estás en la típica edad que sólo sales por la noche, sólo haces eso, y que luego ya han salido, por sus propios pasos, sin que nadie les dijera nada, ni meterles en ningún centro ni nada, que se han dado cuenta un poco ellos mismos de lo que estaban haciendo con su vida.

MU22-19, p. 4.

Las páginas anteriores han sido un intento de describir las actividades que los jóvenes realizan en los espacios de ocio que ocupan cada fin de semana. La actividad que se puede considerar hegemónica, practicada por la totalidad de nuestros jóvenes con mayor o menor frecuencia, son las salidas de fin de semana con los amigos a locales de ocio en los que están presentes las sustancias estimulantes. Hemos tratado de mostrar la importancia que tiene estas actividades en la configuración de la identidad juvenil, de algún modo las cuestiones alrededor de las que se juegan las posibilidades de ser joven. Estas posibilidades de ser basadas en las actividades de ocio toman como referentes privilegiados lo que denominaremos estilos juveniles (ver apartado VI.2.), pues son los significantes y significados que utilizan los jóvenes para identificarse a sí mismos al menos en el ámbito del ocio, lo cual es mucho.

2. EL GRUPO DE IGUALES.

Nuestro interés en este apartado reside en analizar las relaciones entre iguales, cuya importancia ha sido ya tantas veces subrayada. Las relaciones entre iguales no constituyen por sí mismas un ámbito social, tal como nosotros lo entendemos. Son relaciones que se extienden y se desarrollan en más de un ámbito social -fundamentalmente el escolar y el de ocio-, pero su especificidad las hace merecedoras de un tratamiento separado. En este

apartado vamos a tratar estas relaciones entre amigos y los grupos que se forman alrededor de estas interacciones. Por tanto, en el análisis que acometemos estarán presentes dos niveles diferenciables cuando menos para dar mejor cuenta de este ámbito relacional; nos referimos al nivel interpersonal y al nivel intragrupal. Comencemos, pues, la elaboración con estos dos niveles en mente.

En el apartado anterior quedó patente la relevancia de los espacios de ocio en las relaciones entre jóvenes, espacios a los que se acude en la práctica totalidad de los casos en grupo. Por *grupo*, entendemos, en este caso, una serie de personas (normalmente más de dos) que acuerdan algún tipo de cita en un lugar concreto como inicio de una tarde-noche en compañía mutua. Son numerosos los testimonios en este sentido recogidos de nuestras entrevistas, que afirman los fines de semana como el momento más propicio para *salir a divertirse*, actividad que se realiza casi obligatoriamente en grupo:

1. O1.- ...vas a salir con cuanta más gente mejor, además que te lo pasas mejor, no es lo mismo salir 3 que salir 10 o 12.

   G4, p. 13.

2. ...siento un poco de insatisfacción al no tener un grupo más o menos extenso, pero bueno, pienso que no puedo tener todo en esta vida...

   HU19-3, p. 2.

3. E.- ¿Y cómo empezaste a salir?
   O.- Sí, ya más o menos que te vas viendo obligado porque..
   E.- Que todo el mundo lo hace, ¿no?
   O.- Sí, vamos, y bueno, también que yo qué sé, que veía que no tenía muchos amigos, ¿no?, y nada, pues en el Koska, el último año que estuve allí, pues con algún chaval de vez en cuando y poco a poco fui saliendo...

   HU22-14, p. 3.

Como se puede apreciar, la diversión parece requerir un número grande de personas agrupadas en torno a ese fin, es en definitiva lo que se entiende por 'ir de fiesta'. Pero la mayor afirmación de la importancia del grupo se obtiene de los casos en los que no se tiene y se desea (cita 2) y cuando no se tiene y se siente un impulso para remediar tal situación

(cita 3). De hecho, son varios los casos que encontramos de entrevistados que no salen los fines de semana con sus amigos más cercanos, o no solamente con ellos, es decir, que el grupo para salir incluye bastante más que lo que se consideran los amigos más cercanos:

4. A2.- Y lo que más, muchas veces, por lo menos a mí me ha pasado salir con una gente, y luego ha habido un determinado momento que me he llevado bien con una persona pero que salir, lo que es salir que no, salir los fines de semana con esa persona no me divertía, o sea, no era, que vale, me llevaba genial y podíamos hablar de mil cosas, pero lo que era el momento de divertirte y estar como estás con otra persona no era así, entonces hay veces que tus amigos, o sea, que es que mucha gente piensa que tiene los amigos y los tienes, o sea, que puedes hacer cualquier cosa con ellos, yo creo que eso no es verdad, que están muchas veces para distintas cosas, o sea, que..
(...)
O3.- Yo no sé, quizá sea coincidencia pero la verdad que siempre que he salido con mis mejores amigos me lo he pasado pero de puta madre, siempre, me lo paso bien con ellos.

G3, p. 52.

5. E.- O sea, que te llevas genial con ellos, ¿no?
O.- Sí, estoy a gusto, son más amigotes que amigos, pero bueno.
E.- ¿Amigotes, eso qué quiere decir?
O.- ¿Amigotes?, que son más para salir de cachondeo que no sé, para meterte en historias personales y eso.
E.- ¿Y tienes así algún otro amigo?
O.- Sí, aparte gente, sobre todo viene del instituto, lo que pasa, pues eso, cada más tiempo, más espaciado (...) esos eran amigos, sí, vamos, que les llamas en cualquier momento, pues quedar a tomar algo y contarte tus historias, las de cada uno.

HU20-7, p. 2.

Esto tiene que ver probablemente con la superficialidad que, hemos visto, afirman varios de nuestros entrevistados acerca de las conversaciones en los espacios de ocio (ver apartado anterior). Sin embargo, ninguno de ellos carece de amigos cercanos con los que interactuar de otra manera y "hablar de mil cosas" (A2, cita 4). Sea en momentos diferentes a las salidas de fin de semana o durante las mismas (O3, cita 4), todos los jóvenes de nuestra muestra afirman tener esos amigos cercanos, que tradicionalmente se considera que constituyen el grupo de iguales. Sin embargo, estas interacciones más 'profundas', de las que

también se afirma su importancia, tienen lugar más bien en grupos mucho más pequeños o incluso en forma de conversaciones entre dos personas (cita 5):

6. ...con Daniel es más a tomar un café o tomar incluso por la mañana una cerveza o algo, es quedar un par de 2, 3 horas, 4, pero no más, y para hablar, siempre, para comentar cosas y tal...

HU21-17, p. 6.

Esta consideración limita, pues, el ámbito de influencia del grupo de iguales, pues éste se manifiesta privilegiadamente en los espacios de ocio, donde el grupo se divierte y se intercambian las informaciones propias a la subcultura juvenil: se habla de música, moda, actualidad, intereses diversos, etc. En el resto de los ámbitos en los que participan los jóvenes el nivel grupal queda en un segundo plano, mientras que cobran especial relevancia las relaciones personales más cercanas. Por supuesto, estas afirmaciones son tendenciales, pues siempre queda abierta la posibilidad de una influencia grupal en otros ámbitos y de que las relaciones cercanas resalten con fuerza en determinadas circunstancias alrededor de los tiempos de ocio.

A la vista de la información de que disponemos, también parece posible afirmar que es sobre todo en los primeros años de la juventud cuando el grupo es más omnipresente, y por tanto su influencia mayor. En efecto, con el paso del tiempo los jóvenes van participando en una cantidad mayor de relaciones personales (básicamente por los cambios que se producen en su participación en diferentes ámbitos), diversificándose las posibilidades de interacción con personas y/o grupos diferentes. Además, estas relaciones personales de mayor calado necesitan cierto tiempo para constituirse tras el progresivo abandono de unas pautas de relación más infantiles, lo que produce numerosos ajustes en los grupos y relaciones. En el entorno de edad que nos hemos marcado, la fuerza del grupo ya ha quedado menoscabada en muchos casos, especialmente en los más mayores de nuestra muestra, por una pluralidad

de relaciones presente en todos nuestros jóvenes. De esta forma, si bien las salidas de fin de semana continúan siendo grupales, el grupo ya no está constituido de la misma manera (ver más adelante) ni con las mismas bases cohesoras, por lo que el modo de interactuar no puede ser el mismo.

Esta pluralidad de relaciones da lugar a una gradación, que podemos encontrar en muchos de los entrevistados, entre una serie de *relaciones más cercanas*, más o menos interrelacionadas entre sí, y uno o varios círculos de personas menos cercanos. Es la diferenciación que realizan entre 'amigos y conocidos'[5]:

7. O3.- Hay amigos que les puedes contar, pues yo qué sé, cosas de tu casa, por ejemplo, lo que tú has dicho que si mi padre se ha divorciado, pues eso yo qué sé, se lo cuentas a un amigo, mira, yo es que la verdad en casa no puedo estar, estoy incómodo, ya el chico te puede decir vente por ahí, vamos a dar una vuelta, son cosas que sí te pueden ayudar, pero luego yo qué sé, le cuentas ahí al típico ese que ves en el bar que siempre está haciendo el chorra y le saludas porque le tienes que saludar y le vas a contar esas cosas, pues no.
A1.- Pero es que es lo que decíamos antes, tú tienes tus amigos, y luego tienes conocidos.
O4.- Pues por eso, entonces es lo que he dicho yo, tú tienes unos amigos principales..

G4, p. 17.

8. ...pues hombre, sí, tengo grandes amigos, amigos, amigos, y luego conocidos en mayor o menor grado...

HU19-10, p. 7.

Son esos buenos amigos de los que se está más cercano, y con quienes se comparten, al menos discursivamente, las experiencias más íntimas y las más relevantes para ellos. Estos mejores amigos pueden ser 2 ó 3 con los que se forma un grupo de interacción muy cercano que también se mantiene para las salidas de fin de semana:

---

[5] Barruti (1.990, p. 76) ha afirmado algo similar al encontrar en su investigación una serie de grados relacionales en la amistad. Por su parte, Conde (1.985, p. 67) alude explícitamente a esta diferenciación entre "amigos y conocidos".

9. O4.- ...para mí los amigos que sales diariamente son los amigos principales, y no más importantes, vamos, yo no les doy más importancia que a los demás amigos, son con los que más tengo relación, entonces con los que más puedo comentar las cosas.
O1.- (...) yo por ejemplo salimos un grupo de 8 o por ahí y siempre hay 2 o 3 que tienen sus, que no tienen, o sea, eso no tiene por qué molestar al grupo, porque unos han podido congeniar mejor que otros y punto (...) pero yo creo que siempre hay, no sé, que hay, si se considera amigo, amigo, hay un amigo que te presta apoyo moral o simplemente para decirte yo estoy, o sea, que puedes contar conmigo...

G4, p. 17.

Mientras que el primero de los interlocutores se incluye en esta posibilidad enunciada, el segundo establece una diferencia dentro del grupo entre quienes están más cercanos a él y los que no lo están tanto. Este segundo tipo de grupo ha de ser necesariamente más numeroso, de forma que se puedan producir estas dinámicas subgrupales. Pero también existe la posibilidad según la cual solamente se interactua esporádicamente con los que se consideran mejores amigos, pues el tiempo libre más extenso (las salidas de fin de semana) se comparte con amigos menos cercanos (ver cita 5).

Lo interesante de esta última posibilidad es que los *criterios* que se utilizan para definir lo que es un buen amigo no son solamente la interacción frecuente, si siquiera es el más importante. En efecto, el criterio más veces nombrado en referencia a la *amistad* es la *confianza* como tal:

10. ...ahora salimos un grupo pequeño, que somos amigos de confianza, que confiamos el uno en el otro y tal...

HC17-23, p. 5.

La confianza se traduce en que se cuentan más cosas, se habla de todo, se intima[6]:

11. A2.- Y yo creo que es en general eso, que sí que pasa, porque son de tu edad y aun así Carlos les tiene que contar más cosas a sus amigos que a su padres,

[6] Conde (1.985) señala confianza e intimidad como los factores principales del ideal de amistad.

te sientes más cómoda con ellos.
O4.- Y además tus amigos siempre te ayudan mucho mejor que tus padres, siempre.
A1.- Y te entienden mejor tus amigos.
O4.- Tus amigos te entienden mucho mejor porque saben por dónde te mueves, qué haces y todo, te entiendes mucho mejor.

G3, pp. 48-49.

La fuerza de tal práctica es tal que incluso aunque alguien parezca afirmar lo contrario (como en esta cita), no se considera que sea una posibilidad que pueda existir. Se cuentan más cosas, en definitiva, porque hay una percepción de que los iguales te entienden mejor, por lo que se acude a ellos para expresar los propios problemas:

12. ...es gente también que es muy amiga ya porque puedes intimar en cualquier tema, puedes confesar cualquier cosa, tus problemas, todos los amigos con los que suelo salir son así...

HU22-14, p. 4.

Por supuesto, toda esta confianza requiere un sinceridad fuera de toda duda, que haga patente la autenticidad de la relación:

13. O1.- ...es que para mantener una relación lo primero que debe haber es sinceridad, y entonces si yo, es lo primero que digo a mis amigos, si hay algo de mí que os haya molestado, por alguna razón, porque yo puedo hacer cosas inconscientemente que a los demás les hayan molestado, pues que me lo digan, ahora, me molesta más que no me lo digan y que luego andes con segundas a que me lo digan directamente,

G4, p. 13.

Pero estos problemas no solamente se comentan por el mero hecho de compartirlos, sino que se espera que los amigos ayuden, sea con consejos, sea con actuaciones. Así, cuando la respuesta a la expresión de un problema a un amigo no es adecuada se pone en cuestión la propia existencia de la amistad: cuando el fallo es grave, el amigo no era un verdadero amigo[7].

[7] Nuevamente coincidimos con Conde (ibíd.), esta vez acerca del carácter de intercambio simétrico de la relación de amistad que se pone a prueba en las distintas situaciones.

14. O2.- Gente para tomarte una copa siempre la tienes por todos lados, pero gente que esté aquí al borde del cañón, que si tú tienes un problema pues oye...

G2, p. 12.

15. O3.- ...por ejemplo yo tengo uno que antes le consideraba amigo, ahora le considero sólo conocido, porque es que ha sido unas maneras de fallarme y de todo...

G5, p. 11.

Si esto es así, necesariamente las relaciones para ser importantes han de mantenerse y progresar durante un cierto tiempo para cumplir el papel que se le demanda. Es un tiempo en el que se pone a prueba la relación y durante el cual la confianza va aumentando progresivamente:

16. ...al principio de conocer a una persona, porque tampoco sabes por dónde va a salir la otra persona pues tienes mucho miedo a que ella sepa qué es lo que opinas sobre las cosas, porque el principio es muy delicado, muy frágil, porque tú por ejemplo empiezas ahora a tener una relación conmigo y te da igual, porque llevas no sé cuántos años sin mí, y que más te da estar otros no sé cuántos sin mí, ¿entiendes?, y si yo por ejemplo busco tener un amigo en ti, necesito ir con mucho cuidado, con las cosas matizándolas mucho, hasta que no te conozca, no abrirme demasiado...

MU20-2, p. 23.

Es un tiempo en el que se aprecia si la relación funciona (ver 'si te llevas bien'), donde las personas se van conociendo. Así, esta interacción repetida conduce paulatinamente a una intensidad en la relación y a la aparición de un componente emocional importante:

17. A1.- ..simplemente la amistad, porque el grupo que tengo del colegio es que no vemos de vernos, ¿sabes?, porque como cada uno tiene su vida y tal, pero simplemente eso, que es gente a la que quieres realmente y con la que, o sea, que te importa y que realmente pues te importa lo que la pasa, que quieres saber cómo está, o que quieres ayudarla en un momento determinado, ¿sabes?, pues por eso quedas con ellos o, eso es lo que me une, y con las de casa igual, o sea, lo mismo.

G3, p. 50.

Este sentimiento de amistad es finalmente lo que parece hacer más perdurable la amistad, más allá de la mera interacción continuada. Sin embargo, tal caracterización de los

elementos importantes, para nuestros jóvenes, de lo que es la amistad convierte en imprescindible esa interacción continuada y frecuente al menos durante el tiempo suficiente para se logre esa confianza y ese conocimiento estimado necesario, los cuales permiten la emancipación de la amistad respecto de esa misma interacción repetida:

18. O3.- Yo no sé, yo, es que luego también hay varios tipos de amigos, pero es que lo de los amigos no depende tampoco mucho del lugar y eso, para conocerles sí, pero luego, si un tío es muy amigo tuyo pues da lo mismo que esté o si se va o lo que sea que tú seguirás viéndoles.

G3, p. 50.

El énfasis discursivo en factores más allá de la mera interacción de lo que es la amistad se puede considerar como razonable, pues son estos elementos (confianza, ayuda, etc.) los que convierten en diferencial una interacción amistosa frente a otra más ocasional, teniendo en cuenta, además, que los jóvenes en medio urbano se ven inmersos en una multiplicidad de relaciones posibles entre las que se selecciona y se es seleccionado para algunas nada más.

La importancia del factor interacción en la formación de la amistad como elemento necesario, pero no suficiente, queda patente si atendemos a la *procedencia* de las propias *amistades* declarada por nuestros participantes[8]. La mayor cantidad de referencias aluden al ámbito de la educación reglada, esto es, buena parte de las amistades provienen de la propia clase del colegio, del instituto o de la facultad. Un segundo grupo de referencias se centran en la proximidad espacial, el barrio, proximidad que facilita la interacción continuada, debido a la cohabitación en los mismos espacios. Estas referencias convergen a veces con el primer grupo señalado, pues el instituto y el colegio recogen con preferencia a la población del mismo barrio. En siguiente lugar están las referencias al grupo de la parroquia y a las

[8] Ver Conde (1.985, p.95) para una referencia cuantitativa de los espacios donde se traba conocimiento con las amistades.

actividades deportivas, también ligadas al barrio en buena medida, y las referencias a actividades culturales (musicales, teatrales). También son dignas de mención las referencias a amigos provinientes de pueblos o urbanizaciones donde se pasan habitualmente las vacaciones y/o los fines de semana, y que en muchos casos se convierten en un grupo con el que salir los fines de semana en Madrid. Por último, dos de nuestros entrevistados pertenecían a asociaciones (grupo scout).

Como se puede apreciar, todos los ámbitos mencionados proporcionan un espacio propicio para la interacción continuada entre un gran número de jóvenes que es finalmente lo que posibilita estas relaciones de amistad, en la mayoría de los casos con la intermediación de los grupos de interacción cercana que se constituyen en este marco. Estos grupos se erigen en tales, sea cual sea su procedencia, en la medida en que añaden a su origen primero el ámbito de interacción más emblemática de la subcultural juvenil, los espacios de ocio. Quizá uno de los elementos más significativos de esta caracterización sea precisamente éste, que los grupos de interacción no se forman en los espacios de ocio, sino anteriormente y en otros ámbitos, de forma que estos espacios no son ocupados por individuos, sino por grupos más bien cerrados cuyos integrantes interactúan preferentemente entre sí, y solamente se acercan a otros grupos con un fin concreto -los dos únicos de los que tenemos constancia directa es para las relaciones amorosas con el otro sexo y para rivalidades más o menos violentas entre grupos. Tal afirmación es posible por la total inexistencia en nuestro material de referencias a amistades formadas en los espacios de ocio, ni siquiera a personas que se han conocido en ellos y que han pasado a formar parte del propio grupo. Esto no quiere decir que pensemos en la imposibilidad de tal circunstancia, pero sí creemos acertado afirmar la escasa frecuencia de las relaciones de amistad comenzadas en los espacios de ocio. Lo que sí parece más frecuente es que se establezcan relaciones a través de alguien del propio grupo en las salidas

de fin de semana. Esto es, como los jóvenes suelen participar de más de un ámbito y de más de un grupo, a veces se ponen en relación los grupos a los que uno pertenece o a alguna persona en concreto de la que se encuentra uno más cercano:

19. ...yo es que he ido a muchos colegios, pero como a 5 o por ahí, y entonces en cada colegio he conocido a un grupo de gente encantadora y entonces.., aunque se conocen.., claro, ya después de salir mucho con gente, entonces ya se han ido conociendo ellos...

MU22-19, p. 4.

Consecuentemente, cuando se les pregunta a los entrevistados acerca de lo que tienen en *común* con sus *amigos*, las respuestas más frecuente hacen referencia directa a las actividades que se realizan juntos y a las experiencias que se han compartido y se comparten, fruto natural del tiempo que se pasa en esas actividades conjuntas:

20. O4.- ...luego nos hemos vuelto a encontrar en el instituto y sigo saliendo con ellos, y vamos, se vienen a aquella clase, y vamos, ¿te quieres salir conmigo por ahí?, y nos conocemos desde el colegio, íbamos al colegio juntos, hemos jugado en el mismo equipo de balonmano, cosas así...

G4, p. 14.

21. E.- ¿Qué tenéis en común?
M.- No sé, problemas de casa, no sé, cosas que nos gustan, que nos han pasado, y tenemos muchas cosas en común, y claro, cuando a ella la ha pasado algo yo entiendo lo que la ha pasado, porque me ha pasado a mí, y cuando a mí me ha pasado algo, ella también me entiende, porque le ha pasado a ella...

MC18-22, pp. 4-5.

Son estas experiencias en común ("cosas que nos han pasado") las que constituyen el tipo de relación que hemos visto constituye una verdadera amistad para nuestros jóvenes. Pero esta comunalidad experiencial requiere una interacción no excesivamente conflictiva, y por tanto, una cercanía cuando menos en algunos aspectos:

22. O5.- Yo es que no creo, o sea, personalidades afines son amigos, yo creo que no, yo creo que la complementariedad..
O1.- No, no, no, personalidades afines no, personalidades afines no, puntos

en común.
O5.- ¿Puntos en común?
O1.- O sea, lo que es evidente es que si él piensa blanco y yo pienso negro..
E.- O sea, ¿de manera de pensar?
O1.- O sea, de manera de pensar.
O5.- Pero si estamos todo el día llevándonos la contraria.
O1.- Cállate.
O5.- Pero no sé.
O1.- Mi mejor amigo, opinamos cosas diferentes, pero el punto de vista, la manera de razonar lo tenemos de acuerdo, y eso ya es mucho.

G1, p. 22.

Esa cercanía está constituida por una manera de pensar (como en esta última cita), por unas actitudes, por unos intereses, por un estilo común ("mismos gustos") o también por una manera común de divertirse. Como vemos, buena parte de estos elementos nos remiten a los contenidos de la subcultura juvenil: un estilo, una actitud, una diversión (ver apartado VI.2.). Sin embargo, los entrevistados no son capaces de concretar más que esta serie de generalidades que ellos perciben como importantes en su caso, resultándoles imposible ir más allá:

23. E.- ¿...por qué tienes unos amigos, por ejemplo de todos los que había en tu clase del instituto, por qué unos y no otros?
M.- Pues por características comunes, por maneras de responder ante ciertos hechos, actitudes políticas, actitudes sociales, clase social, proximidad física incluso (...) por muchas cosas, por ejemplo porque tú y 2 o 3 más habéis decidido que no van a ir a clase de latín en lo que queda de curso, entonces, bueno, pues te los encuentras y empiezas a tomarte cañas con ellos, por cosas semejantes, por actitudes comunes.

MU19-6, p. 5.

24. No sé, hombre, nos reíamos juntos, bueno, nos seguimos riendo juntos, ¿no?, nos lo pasamos bien, y nos gustan más o menos las mismas.., el mismo tipo de música, porque la verdad que nuestro círculo siempre ha sido la música, y siempre relacionado con la música, y siempre hemos estado..

MF19-25, p. 4.

Esta dificultad de concreción puede ser relacionada con que estos mismos elementos son los que reseñan como contenidos de las *diferencias* entre esos mismos amigos. Se señalan diferencias políticas, en forma de pensar, en estilo, en manera de divertirse o de salir, y en

forma de ser. Solamente esta última no aparece de ningún modo entre las comunalidades entre amigos, pues se piensa como algo absolutamente propio de cada persona:

25. E.- ...¿podemos decir que pensáis de una manera parecida en algunas cosas?
M.- Sí, y sobre todo los amigos de aquí de la facultad (...)
E.- ¿Me sabrías decir qué cosas así pensáis más o menos igual, tú y tus amigos?, un poco una línea.
M.- Buf, no hay línea, es esto que el día de tu cumpleaños no puedes hacer una fiesta y mezclarlos a todos porque sabes que eso puede ser un cóctel molotov, y que aquello salga, ¿sabes?, que tienes que hacer estos por un lado, estos por otro, estos por otro, y con el que no compartes ideologías políticas pues compartes..

MU19-6, p. 4.

26. ...*entonces es un poco inútil ir con una persona que piensa igual que tú*, que está muy bien y puedes ser muy amigo, pero yo lo veo que no, que no tiene miga eso.

MU18-4, p. 5.

En cuanto al resto, efectivamente la similitud entre las diferencias y los puntos en común señalados es manifiesta, quizá con una presencia mayor en las diferencias del contenido político. De esta forma, parece que nuestros sujetos consideran necesario una especie de fondo común que permita una interacción satisfactoria, pero que haga posible de igual modo la diferenciación individual, la expresión de la unicidad personal. Pero también hay algo de indefinible, de inexplicable en las dinámicas que conducen a que unas relaciones se mantengan largo tiempo, mientras que otras no, lo cual queda expresado en la fórmula "llevarse bien". Esta fórmula puede remitir a todo lo dicho hasta el momento acerca de las similitudes y diferencias entre amigos, pero en definitiva parece indicarnos la presencia de un importante *factor afectivo*, que no nos es accesible más allá del propio discurso de los entrevistados al respecto:

27. Hombre, tienes amigos en todos lados, pero luego siempre te coges, no sé, te coges cariño con una persona y estás con ella, ¿no?...

MC18-22, p. 4.

28. A1.- Pero es que los amigos no están ni dejan de estar, ¿sabes?, tú tienes unos sentimientos por una persona, ¿sabes?, y esos sentimientos no van a desaparecer porque, o sea, no es que el amigo esté ahí, sino que están ahí los sentimientos...

G3, p. 52.

Si hasta aquí hemos glosado los aspectos más relacionales, a partir de ahora abordaremos el ***factor grupal***. Para ello, comenzaremos con una tipología tentativa de grupos de amigos, según lo encontrado en nuestro material. El criterio que organiza esta clasificación es básicamente el sexo de sus participantes, pues creemos, a la vista de nuestro material, que es el más determinante de la dinámica intragrupal. Así, tendríamos: a) grupo de chicas; b) grupo de chicos; c) grupo mixto[9]. Cada uno de estos tres tipos genéricos tienden a experimentar unas dinámicas características, que vamos a glosar a continuación.

Los *grupos de chicas* parecen tener frecuentemente una movilidad interna considerable, bien con cambios en la amiga o amigas más cercanas dentro del grupo, bien con cambios de grupo:

29. A2.- En un mismo grupo una temporada viene una gente, luego otra temporada te vas más con otro, luego ves a la misma persona de antes, yo qué sé, a mí me ha pasado.

G3, p. 15.

30. ...lo que pasa es que haces un cambio de amigas, yo, siempre éramos un grupo muy amplio y luego al pasar el tiempo pues las que eran antes tus mejores amigas pasan a ser que no las ves casi, porque, por ese cambio que siempre pasa, que les interesan otras cosas que a ti, salen y a lo mejor, no sé, yo salgo y pues me apetece encontrarme con gente, hablar, bailar, beber,

---

[9] El análisis que realiza Conde (1.985) acerca de la dinámica grupal dista bastante del que realizamos en estas páginas. Este autor no distingue tipos diferentes de grupos sino que traza una evolución general. Así, considera que en un primer momento existen pandillas con componentes de ambos sexos, mientras que nuestro material habla de grupos homo y heterogenéricos bien diferenciados. Conde habla acerca de la formación de grupos de amigos por sexo (homogenéricos según nuestra terminología) después de la formación de parejas, lo cual no aparece en ninguna de nuestras entrevistas, sino más bien la formación de un grupo de parejas con no demasiada implicación entre ellas.

beber poco, pero, o sea, ellas son de las que salen, paradas..

MU19-5, p. 5.

Lo más habitual es que se formen unos grupos cuyo número de integrantes va disminuyendo conforme pasa el tiempo. Esto se debe, en primer lugar, a que las jóvenes cambian de actividades, y esto produce una cierta separación y un consecuente cambio de intereses, gustos o manera de pensar que aleja definitivamente a las chicas que se han separado (ver también cita anterior):

31. A4.- Vas viendo cosas, yo por ejemplo, cuando estaba en el colegio pues salía con las muchachas, con la gente del colegio, pero luego ya se fueron, ellas salían más, yo estudiaba más que ellas, ya, y ya empiezas a conocer gente de tu clase, de 1º de BUP y al final acabas con esa gente, normalmente, porque es con la que te ves todos los días, con la que le pides el apunte de no sé qué clase y todas esas cosas, y al final acabas con esa gente, yo salgo con gente del instituto, no ya de mi barrio, cuando eras chica pues con la gente del barrio, cuando ya eres más mayor, así, con la gente del colegio, y luego ya con la gente del instituto.

G2, p. 13.

La disponibilidad de tiempo de ocio, la manera de pasarlo, son factores que condicionan el mantenimiento de estas relaciones grupales, todo lo cual redunda en que el grupo disminuya en número. En muchos casos, sea por esta disminución, sea por una dinámica propia al grupo, las chicas forman una relación especial con una mejor amiga, constituyéndose una especie de diada donde el grado de intimidad es máximo, casi equivalente en algunos casos a una relación de pareja, y en la cual no solamente se comparten las salidas de fin de semana y alguna otra actividad, sino que las amigas pasan gran cantidad de tiempo juntas en casa de alguna de las dos:

32. Empecé a ir más a su casa y ella a la mía y luego ya pues se hizo por norma estar todo el día juntas.

MU21-1, p. 4.

Los grupos de chicas suelen debilitarse sobremanera cuando sus integrantes comienzan

a formar parejas, más o menos duraderas, con chicos[10]. Es posible que la chica que comienza una relación con un chico abandone el grupo y comience a salir exclusivamente con él, o con amigos de él, o con el grupo mixto de él. En mayor número de casos se intenta compaginar la relación de pareja con las amistades anteriores, si bien se limita enormemente su frecuencia de interacción:

33. ...además como me metí en los Scouts, encuentras otras amistades, mis amigas también casi todas tienen novio ya, pero vamos, que si un día tengo que quedar con ellas, o me apetece, sobre todo entre semana algunas veces sí que suelo quedar, vamos a tomar un café, o vamos a tomar algo, o sea, que no he dejado de tener contacto con ellas, sí a lo mejor de salir todos los fines de semana, pero que no quiero perder contacto con ellas tampoco, y si una vez no me apetece salir con mi novio, sé perfectamente que me puedo ir con ellas.

MF19-27, pp. 3-4.

Por supuesto, el hecho de que la relación se debilite en frecuencia de interacción no implica necesariamente que estas relaciones pierdan su importancia para las jóvenes. Antes bien, en muchos casos, las amigas continuan suponiendo un punto de referencia, pues la confianza, cuya relevancia ya hemos señalado, permanece en muchos casos intacta.

Los *grupos de chicos* experimentan en ciertos aspectos una trayectoria similar. Al igual que los grupos de chicas, su número comienza siendo muy importante, pero la dinámica grupal (desavenencias, cambio de actividades, intereses diferentes, preferencia por espacios de ocio diferentes) conducen a una división de los grupos o al abandono del mismo por parte de alguno de sus miembros:

34. ...se separaron en dos grupos, sí, porque.., bueno, dos se pelearon, lo típico, ¿no?, y el grupo que estaba más unido, estaba más unido, pues eso, más que nada nos hemos separado un poco (...) Ya lo de salir en pandilla, como

[10] Este trabajo se ocupa exclusivamente de las relaciones heterosexuales pues en las personas entrevistadas no hemos encontrado ninguna referencia a otro tipo de tendencia sexual.

hacíamos antes que éramos 20, a lo mejor íbamos a una discoteca y la llenábamos nosotros solos, porque éramos ventitantos, ahora pues ya no..
E.- ¿Qué sois, 5 ó 6?
O.- Sí, vamos, somos 5 nuestro grupo, el día que más nos juntamos somos 8 ó 9, los otros siguen siendo 13, 14, pero vamos, yo soy un chico muy tímido, que vamos, si hace muy fácilmente amigos es raro, y bueno, siempre, siempre en grupo y tal, lo que pasa que son el círculo reducido de 5 chicos y luego la gente alrededor...

HC17-23, p. 4.

35. ...yo me hicé mis amigos, mis amigos del instituto y salía con ellos, luego bueno, llegó el invierno pasado o por ahí, estas fechas, no sé, empezó a enfriarse la relación y empecé a juntarme más con mi hermano y salgo con ellos.

HF19-24, p. 6.

Sin embargo, los grupos de chicos no propician normalmente relaciones tan cercanas como las diadas femeninas (al menos no hemos encontrado ningún caso). Esto es un indicio de que el grado de confianza, intimidad e implicación personal en los grupos de chicos es comparativamente menor, indicio que queda confirmado porque son chicos los únicos casos en los que se afirma una limitación en la confianza hacia los amigos:

36. E.- Pero cuando llega el momento de contar tus cosas, lo que te preocupa, ¿a quién acudes?
O.- Normalmente a los amigos (...) pero normalmente son con los amigos, con el amigo más, no sé, el amigo íntimo, pero que vamos, que tampoco es demasiado fuerte el hecho de que tengas que ir precisamente a esa persona, yo soy alguien que normalmente no cuento mis problemas así tampoco, suelo ser bastante en ese sentido introvertido.

HU19-10, p. 11.

37. O5.- No sé, yo la verdad que les cuento muy pocas cosas a mis amigos, eh, me cuesta mucho, o sea que..

G5, p. 53.

A pesar de la menor intimidad de relación entre los miembros del grupo, la identificación con éste es normalmente mayor en los grupos de chicos, de forma que el comportamiento propiamente grupal y la identidad característicamente grupales parecen ser cosa fundamentalmente de estos grupos masculinos. Y esto se aprecia, por ejemplo, en que

la lealtad hacia el grupo[11] (no hacia las relaciones personales) es mayor en el caso de los chicos que en el de las chicas, y así se demanda:

38. O4.- Hombre, pero lo que no puedes tener es unos amigos para unos días y otros amigos para otros días, tú no puedes decir este fin de semana me voy con unos, y este otro..
O1.- No, tampoco es chaquetear, o sea, tampoco es eso.
O4.- Es que a nosotros nos ha pasado, porque nos ha pasado, y vamos, se lo tuvimos que decir, o con unos o con otros, lo veo normal que un fin de semana, pues mira, hemos quedado con los chicos del pueblo, pues me voy con ellos, pero no que este fin de semana con nosotros, el otro con otros amigos, el otro con otros amigos, o sea, a lo que le conviene.

G4, p. 15.

Solamente una identificación fuerte con el grupo, aunque sea limitada a un período determinado de tiempo, puede hacer entendible esa exigencia de lealtad que apreciamos en esta cita. Y solamente la identificación con el grupo puede conducir a comportamientos grupales tan característicos como la rivalidad, la violencia grupal, pero también un cierto carácter ritual que es posible encontrar en las actividades de ocio del fin de semana.

La relevancia de la grupalidad en las relaciones masculinas también parece confirmarse por el hecho de que los grupos que se identifican con un estilo juvenil característico como tal son básicamente los grupos de chicos, como se aprecia, además de en nuestro material, en las informaciones que aparecen en los medios de comunicación social.

Y si esto es así, la aparición de relaciones de pareja habría de debilitar este factor grupal. Sin embargo, cuando llega el momento de los emparejamientos, las diferencias entre grupos masculinos y femeninos también aparecen en algunos aspectos. Lo más frecuente es, como en las chicas, tratar de compaginar la relación de pareja con las relaciones grupales. Sin embargo, en ellas esto se produce característicamente en días especiales en los que se

[11] Estas diferencias señaladas entre los grupos exclusivamente masculinos y femeninos en intimidad y lealtad concuerdan con las encontradas por Kitwood (1.980).

queda con las amigas o en momentos anteriores a las salidas de fin semana ("vamos a tomar un café", MF19-27, p. 3). Ellos, por contra, tienen frecuentemente la posibilidad de tener encuentros con los amigos después de haber devuelto a la pareja a su casa, aparte de esos días en los que se se sale exclusivamente con ellos. Esta mayor libertad de movimientos favorece el mantenimiento de la lealtad grupal, pues en general las sucesivas relaciones con chicas tardan más tiempo en debilitar la interacción grupal, al existir un espacio reservado en muchos casos para ésta:

39. O3.- ...después tengo que dejar a la novia a las 11 y media, ceno y me voy con mis amigos pues hasta la hora que sea, ha habido veces que nos hemos ido a desayunar a la churrería, a comer churros por ahí, ya lo empalmamos...
G5, p. 8.

Tanto los grupos de chicos como los de chicas suelen formar a menudo una pandilla mixta, especialmente a partir de que alguna o alguno de sus miembros traban relación con una persona perteneciente a un grupo del sexo opuesto. Esta pandilla así compuesta comienza a compartir algunas de sus salidas de fin de semana durante un tiempo más o menos prolongado.

40. E.- ¿Salís los chicos solos o salís con las chicas..?
O.- Sí, de vez en cuando ya te digo que a lo mejor pues un fin de semana quedamos con las chicas un día, al día siguiente se va con sus amigas, lo que pasa que ellas más que nada lo hacen porque nosotros se lo decimos, porque siempre están diciendo que formamos un grupo peligroso, como saben que nosotros solos somos muy locos pues ellas más o menos nos temen.
HC17-23, p. 5.

41. A2.- ...yo estoy saliendo también con un chico, pues yo me voy con el chico, si no salgo con el chico me voy con ellas, eso depende, también como él, que está saliendo con una chica, pues luego se va juntando esa gente en parejas y ya dejas a los amigos o vuelves o..
G4, p. 14.

Sin embargo, esta agrupación creemos que no llega a constituir un grupo mixto, tal como vamos a describir a continuación, pues las solidaridades más importantes se continúan

manifestando fundamentalmente entre los integrantes del grupo homogenérico:

42. A2.- Yo salgo con la gente que mejor me llevo, o sea, con las tías que más confianza tengo.
O3.- Y con los tíos ¿no sales?
A2.- Sí, pero no son mis amigos como lo pueden ser las tías, o sea, no confío en ellos como, no les puedo contar tantas cosas como si fuese una tía, yo he tenido.., yo es que por eso, yo no creo que pudiera ser amiga de un tío tanto como..

G3, p. 51.

Solamente si se constituye alguna relación de pareja o si hay posibilidades de que esto ocurra, la pandilla puede mantenerse en el tiempo, si bien ya hemos señalado que esta misma relación supone un factor de tensión que debilita estos grupos homogenéricos. Más adelante, estas relaciones de pareja pueden dar lugar a la formación de agrupaciones de parejas que salen juntas los fines de semana:

43. O3.- Después los sábados me voy por ahí con mi novia, a lo mejor nos vamos dos parejas, así con un amigo nuestro que sale también con una chica, nos vamos por ahí...

G5, p. 8.

Respecto de los *grupos mixtos*, entendemos por tales aquellas agrupaciones de jóvenes de ambos sexos que acuden juntos a los espacios de ocio y que manifiestan solidaridades importantes entre todos ellos. Estos grupos se forman preferentemente a una edad mayor que los anteriores, a raíz de una actividad conjunta que lo propicia, y lógicamente con personas que frecuentemente integraban ya un grupo homogenérico -que no se abandona necesariamente. Esta afirmación recoge la tendencia que hemos encontrado a constituir estas agrupaciones de personas del mismo género al entrar en la adolescencia, como el momento del despertar sexual y que se traduce en una búsqueda de relaciones amoroso-sexuales con el otro sexo ('ligar'):

44. O3.- No, yo suelo salir con los del grupo de confirmación que estamos, antes

estábamos con ellas, lo que pasa que ahora hemos tirado de irnos los chicos por un lado y las chicas por otro. (...)
A2.- Es que éramos muchos.
O3.- Éramos, yo qué sé.
A2.- A veces 30 o así.
O3.- 30 o así, todos juntos, y luego, lo que pasa al principio era la novedad, que no conocías a la mayoría, y ay, este es simpático, no sé qué, ay, esta me gusta, ¿sabes?, lo que pasa ya es que luego ya nos vamos cada uno por nuestro lado,

G4, p. 12.

De todos modos, en algunos casos los grupos mixtos comienzan en la adolescencia, pues al fin y al cabo los flirteos son también posibles en el interior del grupo, al menos al principio. Pero el grupo mixto se caracteriza por unas relaciones de amistad importantes entre las personas del grupo independientemente de su sexo. Así, las parejas se pueden formar tanto dentro como fuera, no siendo extraño que estos grupos mixtos también se salga a 'ligar' los fines de semana:

45. ...salimos todos y nosotras estamos tranquilamente y ellos están a ver lo que pueden cazar, que a lo mejor eso se ha dado siempre, supongo, pero que es a lo mejor.., yo no le doy tanta importancia y a lo mejor para ellos es básico, el salir una noche y ligar con 3 tías o con 5...

MU20-18, p. 9.

Precisamente el hecho de que en el grupo haya personas de ambos sexos permite que las parejas supongan una tensión menor para el grupo, pues pueden ser mejor incluidas entre las actividades del grupo y en su interacción. Así, encontramos casos de grupos mixtos con alguna pareja en su interior:

46. E.- Y así, ¿con quién sueles salir, tienes aparte de tu novio un grupo fijo, o varios grupos?
A.- Sí, los fines de semana solemos salir un grupo fijo, somos 6, ahora somos 6 amigos y eso, ¿no?, bueno, incluyéndome a mí y a este chico, pero vamos, somos 6, la verdad que nos lo pasamos muy bien.

MF19-25, p. 2.

Estos grupos mixtos parecen una consecuencia clara de la progresiva, aunque todavía

limitada, igualación entre hombres y mujeres, en este caso, jóvenes. Como hemos visto, estos grupos de amigos se basan en el supuesto (casi nunca efectivo) de una igualdad a todos los niveles entre sus miembros, que es la que permite esa amistad en la que todos están en principio en el mismo plano. Esto no quiere decir que las diferencias en actuación y de identidad hayan desaparecido entre hombres y mujeres, sino que aunque éstas se mantienen, lo hacen con un contenido diferente a lo que han constituido las tradicionales distinciones entre ambos géneros.

Como se ha podido apreciar, uno de los factores más importantes en la dinámica de los grupos de amigos está constituido por la posibilidad siempre presente de que se establezcan relaciones más duraderas entre personas de sexo opuesto dentro o fuera de las fronteras del grupo. Esto puede dar idea de la importancia que tienen estos momentos el establecimiento de contactos que conduzcan a algún tipo de relación amoroso-sexual. De esta manera, la identidad de género ha de ocupar necesariamente un lugar central en la identidad de los jóvenes (ver apartado VI.3.).

Tras esta descripción de los tipos de grupos más característicos que hemos encontrado y del intento de mostrar sus dinámicas más frecuentes, se hace muy necesario complicar aún más el panorama con la constatación de la pluralidad de grupos en los que están inmersos todos los sujetos entrevistados. Por supuesto, las combinaciones son múltiples, si bien éstas son las que hemos encontrado: a) chicas y chicos con grupo homogenérico que participan en un grupo mixto al entrar en otro ámbito; b) chicas y chicos miembros de más de un grupo homogenérico; c) personas que participan en varios grupos mixtos; d) chicos y chicas con grupo homogenérico que al comenzar a salir con una persona del sexo opuesto entran a salir en pandilla. En todas estas posibilidades resulta posible añadir también una relación de pareja.

Como es lógico, las posibilidades de que los grupos de los que participa un determinado joven sean más numerosos aumentan con la edad, pues se da la oportunidad de que se añadan nuevos ámbitos de relación, que se cambie de relaciones, etc. Por otro lado, el nexo entre unos grupos y otros no es en muchos casos un solo individuo, sino más de uno. Y esto porque en muchos casos los jóvenes suelen entrar a participar en nuevos ámbitos en compañía de alguien, no de forma aislada, con lo que se logran un importante apoyo mutuo ante un mundo desconocido. También porque en otros casos los diversos grupos a los que pertenece un individuo son puestos en contacto, de manera que se establece la posibilidad de que las interconexiones se multipliquen, dando lugar a una red de relaciones de límites imprecisos.

La relevancia de esta múltiple pertenencia grupal es enorme. Cada grupo de interacción proporciona a la persona una serie de posibilidades tanto de identificación como de diferenciación con un número importante de iguales, lo cual otorga a la identidad de los jóvenes una dinámica especialmente susceptible de matización y variación continuas.

Así pues, las relaciones entre amigos han quedado descritas como constituidas por una interacción intensa -pero más o menos frecuente- y procedentes de los ámbitos en los que participan los jóvenes y desde los que ocupan los espacios de ocio propiamente juveniles. Las similitudes y diferencias entre los amigos son, desde nuestro punto de vista, fundamentales en la constitución de la identidad de los jóvenes, no en vano el carácter eminentemente comparativo (ver apartado VII.3.) de toda identidad. Además, en este juego de atracción-repulsión en el que se desenvuelve la identidad, los jóvenes conocen las posibilidades que existen de ser joven, los tipos de jóvenes, las señas de identidad características de cada uno, y es finalmente con estos materiales con los que se va construyendo el edificio siempre

diferente y multifacético de la identidad personal[12].

3. EL MARCO ESCOLAR.

El papel del ámbito escolar en la edad juvenil es muy significativo, como proveedor de posibilidades de relación que se desarrollan en los demás ámbitos en los que los jóvenes participan con exclusividad. Así, hemos visto cómo buena parte de las amistades y los grupos de los que forman parte nuestros entrevistados provienen del colegio, instituto o universidad (ver apartado V.2.), al igual que bastantes de sus parejas. Del mismo modo, el enorme número de jóvenes que conviven en estos espacios educativos los convierten en un escaparate privilegiado en el que poder apreciar las diferencias entre unos y otros, los estilos juveniles existentes, con sus características definitorias (músicas, imagen y actitud, ver apartado VI.2.). Todo esto constituye, pues, un mundo al margen de la educación reglada, pero posibilitado por la existencia de esta educación formal en las formas en las que la conocemos actualmente.

Dada las características de nuestra muestra (urbana, entre clase media alta y media baja y entre 17 y 22 años) estimamos, a partir de los datos del Informe Juventud en España 1.992 (Navarro y Mateo, 1.993), que el porcentaje de la población madrileña estudiante en ese tramo de edad estará alrededor del 50%, en progresión decreciente según aumenta la

[12] Dada esta importancia de los grupos de amigos como contexto donde ponen en juego las posibilidades de la identidad de los jóvenes, los chicos y chicas que son rechazados o simplemente solitarios tienen una carencia notable en estas facetas de la identidad, que pueden solventar de mejor o peor manera con un reforzamiento de la importancia de otros ámbitos.

edad, desde aproximadamente el 70% a los 17 años hasta el 35% a los 22. La clase social es también un factor interviniente, pues son los jóvenes de clase baja los que más pronto abandonan los estudios y se incorporan al mundo del trabajo, como consecuencia de una experiencia de fracaso escolar (Feito, 1.990). Como nuestra muestra ha sido seleccionada a partir de diversos centros de enseñanza, esta experiencia de fracaso no aparece en nuestros entrevistados como conducente al abandono de la escuela, sino como un condicionante que fuerza un cambio de trayectoria, de importantes consecuencias a nivel identitario (ver apartado VI.5.).

En la parte formal de este marco educativo se desenvuelven dos aspectos diferentes, uno en presente y el otro como proyección hacia el futuro. Respecto a éste último, la formación que ofrece el marco escolar ha de conducir en principio hacia una *transción laboral*, que ha de ser importante para el futuro adulto de la persona. Respecto al primero, nuestros jóvenes comparten una *vida de estudiantes*, la cual se considera como propia de esta etapa vital aunque haya un número importante de jóvenes trabajadores en el entorno de edad elegido por este trabajo. Con esta doble referencia propia de este ámbito será posible describir adecuadamente las dinámicas que están en juego en los espacios educativos.

Probablemente por la mera duración de la etapa escolar, los jóvenes disfrutan en este momento vital, según su propia consideración, de una especie de moratoria (ver apartado VI.1.) respecto de las responsabilidades adultas, en la que las obligaciones derivadas de la actividad educativa se reducen al mínimo necesario. Así, estudiar se equipara con la falta de responsabilidad, que solamente vendrá con la entrada en el mundo laboral. Además, la moratoria se vive con total legitimidad pues se considera que es la edad adecuada para ser estudiante, ya que posteriormente estas mismas responsabilidades no lo permitirán:

1. E.- Entonces en el fondo, ser estudiante es estar mucho más libre que...

A.- Buena vida total. Luego vienen épocas malas, los exámenes, pero es buena vida. Además yo no siento ningún cargo de conciencia por ser estudiante, o sea, hay gente que le da mal rollo o que.., pero a mí no, yo tengo la edad de ser estudiante y también tengo la edad de ser trabajadora, pero dentro de 20 años a lo mejor, ya no puedo ser estudiante, porque no voy a tener la fuerza de voluntad, porque sería ir contra muchas cosas ¿no?, pues a lo mejor si tengo una familia, si tengo hijos y lo que sea, pues a lo mejor no puedo estudiar, o estudio lo que me obliguen a estudiar.

MU21-1, p. 15.

De este modo, nuestros entrevistados son partícipes de un significante identitario juvenil dominante a nivel simbólico, en el sentido de que normalmente se suele identificar de forma prototípica la juventud con vida estudiante, aunque en muchos casos no se corresponde con la realidad. Es, por ello, que la posibilidad de cursar unos estudios es dada por supuesto por nuestros jóvenes, como algo 'natural' y, por tanto, exigible.

Pero lo que parece interesar más a los jóvenes, cuando menos a nuestros entrevistados, es disfrutar de esta época juvenil, lo que implica no centrarse demasiado en los estudios:

2. O3.- ...yo ahora mismo, pues vale, le doy importancia a los estudios, pero yo pienso, a lo mejor vosotros no pensáis lo mismo, que es mejor pasarlo bien ahora y llevarlo todo con media, en vez de centrarte tanto en los estudios, como está mi madre que joé, siempre en la calle, que no estudias, no sé qué, pues yo le doy más importancia a pasarlo bien ahora, estar bien con los amigos y a la vez irlo sacando, aunque lo saque peor, pero prefiero sacarlo así.

G4, p. 25.

Esto es especialmente cierto en la enseñanza secundaria (Bachillerato o Formación Profesional), habitualmente menos absorbente, pues los jóvenes se encuentran en plena moratoria y la entrada en el mundo laboral se ve muy lejana. Es en este momento donde parece ser muy común la ostentación de una actitud no comprometida con la tarea educativa:

3. O6.- Es verdad que en primero de BUP, la posición que dabas a todo el mundo era que no estudiabas, no sé qué,..

O4.- Que pasabas de todo, porque está de moda.

G1, p. 38.

Como medio de presión para forzar esta actitud existe la posibilidad siempre presente de acusar de 'empollón' a la persona cuyo rendimiento académico es bueno o muy bueno, lo cual parece estar bastante generalizado:

4. O6.- Las buenas notas, cuando aprobabas, siempre se identifican con el tema del..
O1.- Del empollón.
O6.- Y hay personas que son empollones, es decir, yo considero empollón a la persona que estudia mucho.
(...)
O4.- Pero no es solamente que seas empollón o tal, sino que tampoco puedes reconocer que te gusta estudiar, o sea, ya en la facultad puedes reconocer que te gusta estudiar, dices: estoy haciendo lo que me gusta hacer y me gusta venir a la facultad y estar estudiando.

G1, pp. 36-37.

El alto rendimiento muestra de algún modo una adhesión a los valores escolares, percibidos como impuestos por los adultos. Por ello, precisamente este cierto desdén hacia el que sobresale es lo que posibilita la existencia de redes de resistencia a ese poder adulto, de solidaridad entre iguales. Esta solidaridad, pues, cimenta la cohesión categorial creando el marco idóneo para la afirmación de la comunalidad.

En la cita anterior, se afirmaba la existencia de un cambio de actitud entre el Instituto y la Universidad, aunque parece que comienza a apuntarse ya en el COU. Los mayores requerimientos de la enseñanza universitaria fuerzan de algún modo este cambio de actitud, pero también es motivado por el mero hecho de que no sea una enseñanza obligatoria y común para todos, sino elegida voluntariamente por la persona:

5. O4.- No me digas que no habéis cambiado en las responsabilidades del colegio a aquí, vamos, yo en el colegio era hacer las cosas por hacerlas, sacarlas por sacarlas.
O6.- Ya ves.
O4.- Llega la facultad y ves que mis padres pasan de mí, no pasan de mí,

pero me dicen ¿qué tal la facultad?, y yo, pues bien, y tal, pues vale, antes me decían saca esto, ahora me estoy viendo que mis padres pasan de mí y me dicen si no las sacas es para ti, qué se le va a hacer.

G3, p. 13.

Como se aprecia, el cambio de actitud tiene un claro inductor en los propios padres, cuyas exigencias de cara al rendimiento escolar se expresan de manera muy diferente.

El aspecto electivo está también presente en los estudios de Formación Profesional, aunque tradicionalmente se haya elegido entre un rango estrecho de especialidades. Pero como consecuencia del hecho de haber sido elegida por la persona, los jóvenes suelen mostrar mayor interés e implicación en las materias relativas a la especialidad (ver Feito, 1.990).

Pero no siempre la elección es posible, debido a la selectividad en el acceso a la Universidad. Así, también tenemos referencias de personas que no han aprobado la selectividad -produciendo un cambio de trayectoria escolar, y consecuentemente identitaria, ver cita 16- o que no han podido cursar los estudios elegidos en primera opción, lo que en algunos casos les conduce a la adaptación, pero en otros a la no implicación con la carrera:

6. ...la verdad es que fue un palo para mí, yo quería publicidad, ¿no?, aunque esta dentro de.., si me hubiera tocado Derecho sí que no hubiera aguantado, ¿no?, o Psicología, esta dentro de eso, de las que más me gustaban, después de Publicidad, (...) pero la verdad es que me hubiera gustado más estudiar Publicidad, además que se nota un montón, porque mi hermana está estudiando Psicología, que era la que ella quería, y mi hermana se coge después de comer y se lía allí, se pone a estudiar, y como se nota que le gusta pues está allí, yo sin embargo me.., es eso un de los rollos por los que te he dicho que me he pensado dejarlo, porque no me veía motivado, motivado, mi hermana sí tiene una motivación muy grande.

HU20-7, p. 10.

Así, no es de extrañar que sea posible detectar, como hacen algunos de nuestros entrevistados, una actitud de escaso interés general en los estudios, aunque no se culpe de ello necesariamente a los propios jóvenes. Esto ocurre especialmente en determinadas

carreras en las que la conexión laboral parece lejana y además existe un buen número de personas descontentas por razón de no estar estudiando lo que ellos deseaban.

7. ...yo noto que ahora la gente pues eso, le importa quedarse media hora más en una clase, porque les importa, por lo que sea, ¿no?, en vez de tomarse un café, pues si la clase está entretenida, vamos, a mí personalmente, no tengo inconveniente en quedarme, pero la gran mayoría sí, y los veo flojos en ese sentido, no tienen demasiadas aspiraciones, también el clima no da para muchas expectativas, el clima político y social, la realidad que nos rodea...
HU19-10, p. 4.

En consecuencia con lo anterior, solamente cuando se percibe cercano el final de la formación educacional, el fin de la moratoria, ha de aparecer una preocupación más apremiante por el futuro laboral, que, en el caso de los estudios poco conectados con el mercado de trabajo, puede conducir a plantearse la necesidad de una formación complementaria.

De este modo, todas estas consideraciones nos indican una limitación en la importancia del aspecto formal del marco escolar en la vida de nuestros jóvenes. El carácter homogéneo y homogeneizador de la enseñanza, especialmente en su etapa secundaria, proporciona, sin embargo, una dinámica de relaciones entre los estudiantes que acentúa la igualdad en los aspectos educativos (mediante un cierto menosprecio del alumno que rinde destacadamente). De esta forma, lo que resalta como diferenciador entre estos mismos jóvenes son sus experiencias subculturales, que se traducen en una mayor o menor participación en los estilos juveniles de cada uno de ellos.

Los aspectos recién señalados nos hacen pensar que la anticipación de lo que será el estatus laboral no está apenas presente en absoluto en el Bachillerato, muy alejado del final de la etapa estudiantil, y solamente aparece en los últimos cursos (o en el último) de la

Formación Profesional o de la enseñanza superior[13].

Sin embargo, de las referencias que encontramos en nuestro material acerca del futuro, lo más recurrente es el deseo mostrado de encontrar un trabajo, como medio para poder independizarse y, en su caso, formar una familia:

8. ...vas pensando que ya tienes que ir buscándote trabajo, que en unos años tienes que ver si te vas a casar, no te vas a casar, comprar piso, vas pensando en el futuro, ¿no?...

HF22-26, p. 9.

9. O2.- ...yo cuando termine la carrera me pongo a trabajar, ahorro, sigo viviendo en mi queli y cuando ya me vaya a casar..

G3, p. 13.

Como vemos, los estudios realizados se suelen mencionar como paso previo necesario para encontrar ese trabajo que permita la independencia económica. Se considera que se requiere algún tipo de titulación para trabajar casi de cualquier cosa, pero especialmente si lo que se quiere es conseguir un trabajo mejor:

10. ...yo creo que ahora de momento estoy como digamos formándome, intentando comerme cosas para luego más adelante, pero tampoco veo mucho sentido ahora coger, marcharme de casa y bueno, ¿a qué me voy a dedicar?, pues a fregar suelos, yo qué sé, a cosas así, que digo joé, pues me apetece estar un poquillo más y realmente hacer un trabajo que le ayude a alguien...

MU20-16, p. 8.

Por supuesto, la posición de nuestros jóvenes respecto a este tema es muy distinta entre unos y otros. Algunos tienen expectativas laborales positivas con los estudios que están realizando, mientras que otros saben casi con total certeza que no podrán trabajar en algo relacionado con la formación recibida:

---

[13] Esto es aplicable únicamente a estudiantes como los de nuestra muestra, que no se han planteado seriamente el abandono de los estudios y cuya relación con el ámbito laboral no pasa de trabajos temporales o a tiempo parcial que permiten continuar con la formación.

11. A4.- Claro, porque estás aquí 5,6,7 años, lo que dures en hacer la carrera y luego sales y lo que te gustaría es pues es salir, ir a un trabajo, o trabajar en algo aunque yo por ejemplo ganase poco...

G2, p. 4.

12. O4.- ...estoy esperando para conseguir la carrera que quiero, para el día de mañana trabajar en lo que a mí me gusta...

G4, p. 1.

13. ...yo lo que estoy estudiando lo estudio porque me gusta estudiarlo y sé que cuando termine pues difícilmente encontraré trabajo de lo que he estudiado, pero tampoco me importa...

HU20-12, p. 9.

En la clase social de nuestros entrevistados (media), la variabilidad en las trayectorias profesionales puede ser enorme, pues podrían tanto ascender en la escala social por mor de un buen puesto de trabajo fruto de su formación educativa, como descender respecto de la posición alcanzada por sus padres, dada la situación actual de elevadas tasas de paro y trabajo precario (ver Conde, 1.985). En este sentido, Valles (1.989) ha investigado con una metodología cualitativa la transición de los jóvenes al mundo laboral, y en este trabajo ha podido apreciar la precariedad y el cierto carácter azaroso de las trayectorias laborales seguidas por los jóvenes de su muestra. Agulló (1.996) describe también los itinerarios laborales de los jóvenes como "intermitentes, erráticos, precarios" (p.508).

Tal como esta situación es percibida y elaborada discursivamente, nuestros entrevistados difícilmente pueden saber si los estudios realizados o por realizar conducirán con relativa facilidad hacia un buen empleo, pues incluso las expectativas o las cifras de empleo de determinadas titulaciones pueden variar mientras se cursan tales estudios. Así, el dilema que han de enfrentar nuestros jóvenes a la hora de elegir sus estudios, con una información poco accesible[14] o cuando menos poco utilizable, es el de compatibilizar unas

[14] De todos modos, una información en exceso accesible dejaría de ser útil, pues si orienta las elecciones de muchas personas puede hacer que una buena salida profesional deje de serlo en poco tiempo.

preferencias y aptitudes personales con un mercado de trabajo que demanda unos conocimientos más que otros. Esto no siempre es posible acometer con éxito (ver cita 13).

Hay que tener en cuenta además la diferente valoración social que tienen unos y otros estudios. En efecto, siempre y cuando se considere capaz de acabar con éxito, la persona tenderá a preferir una titulación bien valorada socialmente, y no solamente por el prestigio de la identidad resultante, sino que el aspecto económico es también importante y acompaña en muchos casos[15].

14. A1.- Pues ¿qué pasa?, que si tú tienes 17 años y dices ¿yo qué voy a hacer con mi vida?, y entonces ¿qué pasa?, que dices o hago una carrera superior y me sitúo mejor en la sociedad, porque cuando te sacas una carrera superior se supone que vas a estar a un nivel superior y te van a pagar más, y tú ¿qué vas a hacer?, yo me meto de obrero porque también son necesarios..

G3, p. 16.

En este contexto, pues, la Formación Profesional ha sido siempre considerada como un recurso para los jóvenes poco capaces o poco motivados por alcanzar cotas educativas más elevadas, un medio rápido para acceder al mundo laboral, pero al precio de ver limitadas las posibilidades económicas, de status y, por tanto, de identidad. Sin embargo, en la situación actual parece estar comenzando un auge de la Formación Profesional, como medio más rápido de conseguir un trabajo que es tanto o más incierto que cuando se tiene una carrera:

15. O2.- Pues yo pienso que.. hombre, cuando acabe esto pues no sé, pero me imagino que no seguiré estudiando, haré cualquier otra cosa o me pondré a trabajar porque hay mucha gente que tiene carreras y luego está trabajando poniendo ruedas, con carrera, mi primo ha hecho Económicas, ha hecho el Master y está en el paro, y muchos amigos igual, además que a mí estudiar pues no me gusta mucho y eso, y veo que va a ser una tontería...

G5, p. 25.

Además, las nuevas titulaciones (módulos) de la Formación Profesional podrían

[15] La consideración identitaria y la recompensa material no siempre marchan parejas, como es lugar común respecto a los profesores de Universidad y los fontaneros, entre otros.

proporcionar una mejor expectativa identitaria y de estatus que las que ofrecían las opciones más tradicionales y que efectivamente se convertían en un recurso para los jóvenes con fracaso escolar que les posibilitara acceder a un oficio.

16. ...en casa también que lo que quieren es que su hija se meta en la universidad, y todo eso, y bueno, resulta que la hija no puede meterse en la universidad, y para mi madre no, mi madre se está dando cuenta de que lo que estoy haciendo no es nada malo, ni.., sino todo lo contrario, ¿sabes?, porque la verdad que están muy bien, eh, no es lo que la gente se piensa, pero para mi padre la ilusión es que yo me meta en la universidad, y la verdad pues ahora, ahora te lo piensas, yo ahora la verdad que me lo pienso, el decir bueno, me voy a meter en la universidad, con el sacrificio que es sacarse las asignaturas y todo eso, digo la verdad que no sé, la verdad que te lo piensas...

MF19-25, pp. 8-9.

Con todo, la precariedad laboral no conduce finalmente, hasta el momento, a la desvalorización del trabajo (Serrano, 1.995a; Agulló, 1.996). El trabajo no puede dejar de tener valor en sí mismo (ver Torregrosa, 1.989), como bien escaso que es en este momento en la medida en que continúa siendo en nuestra sociedad un "principio legitimador" (Serrano, 1.995a, p.177), como fuente de reconocimiento social (ibíd, p.180). En ese sentido, Agulló (1.996) señala que la precariedad laboral conduce a la precariedad social y a la exclusión social. En cualquier caso, y a la vista de nuestro material, la importancia de la inserción laboral se hará notoria solamente cuando cada joven vea acercarse el momento de su integración en el mundo adulto.

4. EL ÁMBITO FAMILIAR.

El ámbito familiar continua siendo la base socializadora de la sociedad, pues además

de ser el lugar en el que los niños reciben cuidados, afecto, protección y sustento, la familia provee de los modelos de comportamiento fundamentales en la configuración de unas pautas mínimamente estables de acción y de unos discursos propios en las personas que se crían en ellas. La influencia de estos modelos y discursos que los padres comunican a sus hijos es claramente perceptible, bien sea en positivo o en negativo. Y es que como mínimo, el importante protagonismo de los padres no puede por menos que dotar a sus planteamientos de una presencia que se impone a sus vástagos y que constituye el espacio discursivo en el que se producirá la discusión.

El discurso de nuestros entrevistados acerca de su familia y sus relaciones familiares incluye tanto referencias a sus progenitores como a sus hermanos, discursos plenamente diferentes en uno y otro caso, lo que hace conveniente su tratamiento separado. De lo que nos ocuparemos en estas páginas es de los aspectos de estas relaciones familiares que establecen el marco de las posibilidades identitarias propias de este ámbito social.

Cuando se habla de la familia en la Psicología Social, normalmente en seguida viene a la mente el papel socializador que cumple esta institución social, papel no por repetido menos importante. Pero conviene recordar que la socialización es posible gracias a que los progenitores se encargan del sustento y protección de su prole, cuidados en los que parece estar implicada una fuerte carga afectiva y emocional.

Por el grado de desarrollo evolutivo alcanzado por nuestros entrevistados, este proceso socializador ha recorrido ya sus etapas más importantes y determinantes para la persona, pues cualquiera de ellos ya se ha convertido, a partir de la influencia familiar y otras menos importantes, en un actor social determinado que ocupa un lugar concreto en la estructura social, lo cual es plenamente conocido por el individuo.

En estas circunstancias, ¿qué recogen estos jóvenes en su discurso acerca de lo que es la *labor* desarrollada en el momento presente por sus *padres*? Hemos de tener en cuenta que lo que encontraremos serán labores que nuestros entrevistados consideran positivamente, es decir, aquellas que expresan como necesarias, como labores de las que los padres deben hacerse cargo, y que son las que les permiten vivir de la forma que lo están haciendo. De esta manera, no han de aparecer aquellas que carecen de importancia para los hijos, pero tampoco aquellas otras que se dan por supuesto. En nuestro caso, sorprenden las escasas referencias a la *afectividad* propia de las relaciones paterno-filiales, que pensamos es posible analizar en estos términos, como una cuestión dada por supuesto, que solamente aparece cuando alguna de las afirmaciones del entrevistado parece cuestionar la existencia de un cariño suficiente entre padres e hijos:

1. A1.- Yo estoy muy a gusto, vale, porque somos muchísimos y yo ahora mismo me iría a vivir sola y notaría que me falta gente, ¿sabes?, porque vamos, que estoy perfectamente y que hay muchísimo cariño en mi familia...
G1, p. 44.

Uno de las referencias más recurrentes apunta al *sustento material*, las necesidades económicas, que la totalidad de nuestros entrevistados parecen tener cubiertas en un nivel general, si bien las limitaciones en las posibilidades de gasto están a menudo presentes. De esta forma queda patente el papel de la familia en la actualidad como sustentadora de su prole hasta una edad muy avanzada y sin que ésta aporte necesariamente a su mantenimiento en los márgenes de clase social que comprende nuestra muestra:

2. O1.- ...si sigues dependiendo de tus padres como.., pues estás acomodado, porque no te tienes que ganar la vida, te visten, te dan de comer, te hacen todo.
A4.- Es que hacen todo.
O3.- Te hacen todo.
O1.- Hacen todo por ti.
G2, p. 9.

3. A4.- Lo que pasa es que tú también ves muy fácil el trabajo que hacen ellos, que yo no sé si aguantaría como aguantan mis padres a trabajar 8 horas diarias durante un montón de años.
O4.- Mi padre trabaja 16 horas diarias, yo veo que mi padre se está matando a trabajar para sacarnos a nosotros adelante.

G4, p. 26.

Desde nuestro punto de vista, la aparición de estas referencias a los aspectos económicos tiene probablemente que ver, en primer lugar, con unos recursos nunca suficientes para atender las demandas pecuniarias de los jóvenes (mayores cuanto mayor es la capacidad adquisitiva familiar), de forma que los padres han de hacer comprender a sus hijos, nuestros entrevistados, que es necesario limitar el gasto. En segundo lugar, en caso de conflicto o simplemente cuando la edad del joven alcanza unas cotas 'preocupantes' para los padres, éstos fundamentarán sus reconvenciones en el coste económico que les supone su mantenimiento. Como se aprecia en este fragmento, las referencias paternas al dinero tienen que ver con la propia situación económica del núcleo familiar, hay menor conflictividad cuando la economía familiar marcha bien:

4. ...me llevo bien con mi madre, la doy disgustos, según dice ella, pero bueno.
E.- ¿Qué disgustos?
O.- Yo qué sé, pues estar estudiando con la edad que tengo, ya tendría que estar en carrera, que me tenía que poner a trabajar, bueno, aunque de eso no me habla mucho, de ponerme a trabajar porque estamos bien, no hace falta tampoco, y bueno, no me mete presión en cuanto al trabajo, me mete presión en cuanto a los estudios, quiere que seamos.. algo, ¿no?, y entonces nos mete presión.

HF22-26, p. 5.

Por tanto, es inportante tener en cuenta el éxito mayor o menor que los padres hayan tenido a la hora de conseguir ajustar el nivel de gasto de su prole a la capacidad adquisitiva familiar. En concreto, solamente encontramos un caso que explicite como conflictivo el tema del gasto:

5. E.- ¿Qué tal os lleváis con vuestros padres y eso?

O1.- Hombre, yo la verdad es que no sé, muchas discusiones, muchas discusiones.
E.- ¿Pero sobre algún tema en especial?
O1.- Pues sobre eso del dinero, que me dicen que aunque es mío, que gasto mucho, la verdad es que sí, y siempre es sobre el dinero...

G5, pp. 18-19.

Esto no quiere decir que nuestros jóvenes no aprecien la situación de dependencia económica en que se encuentran. Antes al contrario, esta dependencia es señalada como uno de los aspectos que menoscaban la libertad que caracteriza para ellos el período juvenil (ver apartado VI.1.). De esta forma, todo parece indicar que nuestros entrevistados tienen forzosamente que aceptar la situación tal como viene ante la imposibilidad de obtener recursos alternativos sustanciales por sus propios medios, debido a la difícil situación laboral del país, especialmente complicada en el caso de los jóvenes[16].

Otro aspecto señalado acerca de la labor de los progenitores se refiere a las *tareas* que se suelen llamar *de reproducción*, al ámbito doméstico, y que en nuestra muestra recaen fundamentalmente en la madre:

6. O6.- Ahora es que dices o me pongo a currar o no voy a poder irme de mi queli, es que es esto, que la juventud se quedan ahora en casa, yo no sé qué les dan en su casa pero vamos..
O2.- Porque en casa están de putísima madre, me vas a decirlo a mí, mira yo..
O6.- Todo el mundo no está de puta madre, tío.
O2.- Como que te cagas, me lavan la ropa, me hacen la cama, me limpian el cuarto.
O6.- Y el culo también.
A2.- Joder, ¡qué suerte!

G3, p. 13.

Sin embargo, en este aspecto los padres no están tan de acuerdo en que sea ésta una

[16] Ocho de nuestros entrevistados individuales o de grupo refirieron la obtención de ingresos propios derivados de un trabajo temporal (estacional) o a tiempo parcial (fines de semana), los cuales sirven básicamente para tener más recursos de cara a los gastos personales, muy relacionados con los espacios de ocio.

función exclusivamente suya, pues al fin y al cabo los jóvenes tienen ya edad y capacidad para realizarlas por sí mismos. De este modo, este asunto se convierte en una fuente de conflicto entre padres e hijos, base de recriminaciones de los primeros hacia los segundos. He aquí una buena nuestra de la situación que se produce:

7. ...yo y mi hermana estamos muy mal educadas y la verdad es que ayudamos poco en la casa, o sea, eso es una cosa que mi madre nos echa digamos en cara, pero claro, que dice ah, que es culpa mía porque os he educado mal, ¿no?, como a mí, mi madre nunca ha sido un ama de casa típica y no le ha gustado el rollo de la casa, pues que nos lo ha transmitido, (...) entonces cuando mi madre no está pues sí, o sea, hago todo, pero el saber que está mi madre en casa pues.., sí, la comida sí porque me gusta cocinar, y la voy a hacer, pero por ejemplo un día ponerme a pasar la aspiradora, pues es que ni se me pasa por la cabeza, y por eso siempre tenemos.., pero por ejemplo ya ha decidido que en mi cuarto no entra, porque dice que lo tengo que limpiar yo, y a mí es que no, o sea, yo puedo estar un mes en mi cuarto y a mí es que no se me ocurre pasar el polvo, ¿sabes?, las cosas así que.., que en ese sentido sí lo hay.

MU20-16, pp. 9-10.

Dada la situación discriminatoria todavía existente (ver apartado VI.3.), estas recriminaciones son más frecuentes que se produzcan hacia las hijas que hacia los hijos, si bien ya encontramos casos en los que la madre, cuando menos, responsabiliza al hijo del mantenimiento de su propia habitación.

Por último, hemos de señalar la *ayuda* y el *apoyo* que algunos de nuestros entrevistados dicen recibir de sus padres, extremo que también aparece en datos procedentes de encuesta. Así, González Blasco et al. (1.990) señalan que más de la mitad de los jóvenes valoran positivamente los consejos y orientaciones que reciben en casa, y lo valoran significativamente más que lo que reciben de sus amigos a este nivel. En nuestro material la ayuda y el apoyo paterno se recoge bajo un discurso genérico bien asentado acerca de la importante aportación de la familia para el buen desarrollo de la persona en todos sus aspectos. Incluso llega a aparecer la idea de la Psicología humanista de la búsqueda del

auténtico yo como un difícil logro, que se considera facilitado por una adecuada intervención paterna:

8. O3.- Yo creo que la familia, por lo que decíamos antes que ha salido el tema de la educación, es fundamental porque o sea, si un chaval tiene una familia realmente unida que realmente le apoya, que le ayuda a caminar en sus problemas y en esto, o si el chaval sin embargo sus padres pasan de él, el chaval hace lo que le da la gana, en el colegio le dicen esto y el chaval va a su aire un poco, pues salen 2 chavales bien distintos, que no se trata tampoco de que, o sea, de que los padres le metan por aquí al chaval y digan: tú vas por aquí y vas por aquí, sino que le ayuden a ser él mismo...

G2, p. 19.

Esta aportación paterna es apreciada por algunos de nuestros jóvenes especialmente en el momento que existe algún problema que les preocupa. De esta manera, aparece el discurso que alude a la experiencia paterna como posibilitadora de un consejo que pueda servir como orientación para la actuación filial:

9. ...si alguna vez he tenido algún problema o así, pues a ellos les ha pasado más o menos, no te van a decir lo que tienes que hacer, pero orientarte así un poco, yo creo que es bueno, a mí me encanta hablar con gente mayor...

MC19-21, p. 2.

10. ...pero yo siempre he tenido a mi madre, siempre le he contado las cosas a mi madre, entonces bueno, los consejos que me dio ella no creo que me los diese nunca una amiga, a lo mejor sí, pero no creo porque una amiga es un ciego guiando a otro, o sea, ella tampoco sabe...

MU20-2, p. 7.

Relacionada con esta ayuda y apoyo hacia los hijos tenemos lo que podríamos llamar la *aceptación incondicional* con la que algunos de nuestros entrevistados caracterizan lo que es la actitud de los padres respecto a sus hijos. Esta actitud tiene un componente moral importante, pues se plantea como propio de una buena paternidad, una paternidad que demuestra una entrega absoluta hacia los hijos como consecuencia del cariño que necesariamente deben tener los padres hacia su prole.

11. O5.-...los padres yo creo que son comprensivos en el sentido de que siempre te van a aceptar, aunque metas la pata, o sea, tú metes la pata, y eres un desgraciado, y siempre estás metiendo la pata, pero tus padres siempre estarán ahí, en cambio un amigo no, un amigo si tú le fallas, te puede perdonar, pero no te va a estar continuamente perdonando, al final te manda a tomar por saco.

G1, pp. 43-44.

Sin embargo, las demandas que realizan los hijos hacia sus progenitores distan de ser iguales en todos los casos, existiendo cuando menos un diferente énfasis en unas u otras demandas. Y esto es así porque las diferencias entre las relaciones paterno-filiales de unos y otros de nuestros jóvenes son tan grandes que crean unos espacios interactivos muy diversos en sus consecuencias, por lo que no resulta posible tratarlas globalmente. Pero sí que resulta posible afirmar como tendencia general que cuando mayores sean la confianza y la libertad de actuación que tenga el joven, más superarán las demandas lo meramente material y más tendrán que ver con un apoyo personal.

La *confianza* es una dimensión que aparece en la práctica totalidad de las entrevistas y grupos que forman parte de nuestro material, lo que es buena muestra de la importancia que se le otorga. Según el discurso de nuestros jóvenes, la diversidad de situaciones queda también patente respecto a esta dimensión. Así, tenemos casos de personas que no confían ninguno de sus problemas o inquietudes a sus progenitores, mientras que en algunos otros casos nuestros jóvenes afirman tener verdaderos amigos (confianza plena) en sus padres. E incluso en el caso de aquellos que afirman tener una confianza limitada en sus padres, ésta no se produce necesariamente en los mismos temas. Como punto de referencia cuantitativo, recogemos el trabajo de Conde (1.985), quien ha señalado a este respecto que la mayoría de los jóvenes no hablan apenas de ningún tema con sus padres, existiendo más bien coexistencia que convivencia (p. 171). Solamente respecto del futuro personal del joven más de un 50 % de los entrevistados afirmaban hablar frecuentemente con sus padres.

La relación de algunos de nuestros entrevistados con sus padres es altamente conflictiva, lo cual impide casi cualquier tipo de comunicación entre ellos. Según nuestro material, esto ocurre al existir una gran distancia en planteamientos generales o bien unas actitudes paternas que son consideradas como autoritarias en exceso y que distan mucho de crear un ambiente propicio para compartir intimidades:

12. ...directamente porque tengo otras cosas más interesantes que hacer que hablar con mi madre, ¿sabes?, porque me satisface más y estoy más a gusto aquí tomando café en el bar o con amigos o cualquier cosa que hablando con mi madre de cosas que ni yo entiendo lo que ella me dice ni ella entiende lo que yo le cuento, las conversaciones se reducen siempre al ámbito anecdótico, a mí me ha pasado esto o mira, ha pasado esto, no sé qué.

MU19-6, p. 7.

13. Mi madre tiene muy mal genio, tiene que ser lo que ella diga, si cuando nos llevamos bien que te cagas, pero cuando no, madre mía, tiene muy mala leche, es un poco difícil la señora, (...) de todas formas yo intento estar lo menos posible, así no me peleo, me voy a las 8 y vuelvo a las 9 de la noche y así no tengo problemas, no, es triste, pero es así, yo no quiero vivir en mi casa, pero es que no me queda más remedio, entonces tengo que aguantar, porque si no, es que estaría peleada todos los días...

MU20-8, pp. 8-9.

En otros muchos casos aparece la afirmación de una buena relación paterno-filial, si bien el marco de comunicación establecido deja fuera una serie de temas sensibles normalmente para el joven. Así, algunos de nuestros entrevistados refieren una gran incomodidad a la hora de comunicar ciertos temas considerados personales o íntimos:

14. ...evito llegar a esos temas para no tener que contárselos, porque sé que si yo llegase a esos temas pues se lo contaría, pero no sé, pienso que a lo mejor me iba a sentir incómoda, o no me siento cómoda en ciertas situaciones, ¿no?...

MU20-9, p. 11.

15. ...la verdad es que sí, que nos llevamos muy bien, que no tengo ningún problema, o sea, que si hay algo que hablar se habla, que tal, hay cosas que tampoco las contamos, ¿no?, como digamos un poco las intimidades, pero porque.., lo que pasa es que partimos del supuesto de que bueno, que cada uno tiene su intimidad, ¿no?, o sea, que yo, ciertas cosas, yo no se las voy a contar a mi madre, y ella a mí hay ciertas cosas que no me va a contar,

¿no?...

MU20-16, p. 9.

Otro tema extremadamente sensible que se sustrae en muchos casos a la conversación entre padres e hijos son los asuntos referidos a las relaciones con el otro sexo: flirteo y sexualidad.

16. O4.- ...pero creo que cosas así importantes no, por ejemplo, en el tema relacionado con chicas, yo no sé vosotros, pero yo a mis padres no toco ni el tema, cuando mis padres hacen la típica gracia de: y la chica esa con la que estás saliendo, digo bah, olvidarme.
A2.- Yo sí, porque conocen a éste y eso, pero muchas veces, en general no, pero a veces me ha cogido mi padre y me ha dicho, ahora que me he ido a esquiar me dijo..
O4.- Llévate preservativos.
A2.- Me dijo ¿qué, ya?, y yo le dije ah, no, me preguntó que si ya había pasado algo, y yo le dije que eso no era, o sea, que yo a él si me apetecía contárselo se lo contaba, pero que yo no me sentía, o sea, que yo no tenía por qué contárselo a él...

G3, p. 47.

Como se puede apreciar en esta cita, ocultar estos temas tiene un clara consecuencia: sirve para eludir o dificultar el control -y así el conflicto o la renuncia a hacer lo que se quiere- que los padres pudieran ejercer sobre sus hijos. Un control que se podría traducir en una limitación de los movimientos de los jóvenes, en una prohibición expresa de hacer ciertas cosas o en una mayor presencia de reconvenciones o consejos no deseados por ellos.

17. ...que te comunicas mejor con tus amigos que con tu familia, incluso con tus hermanos aunque tengan la misma edad, pero es diferente, yo no le puedo contar a mi hermana lo mismo que le puedo contar a mi amiga, ¿no?, o a mi prima, a mí sí me pasa, no sé a los demás.
E.- Sí, pero que es un poco por eso, ¿no?, como que son tus padres y en el fondo ellos también..
A.- Sí, que te van a decir ah, pues eso está muy mal y no sé qué, tus amigas te van a decir está mal, pero a lo mejor puedes hacer esto, no sé qué, ellos no, a lo mejor te van a cortar, pero nunca lo sabes, ¿no?...

MF19-27, p. 6.

Pero por contra, en otros casos, como hemos visto, nuestros entrevistados muestran

la necesidad de recibir apoyo y ayuda de sus progenitores, para lo cual es ineludible que los primeros comenten a los segundos sus preocupaciones y problemas más o menos grandes. Esto puede llegar a convertirse en una dinámica comunicativa habitual entre padres e hijos, que subraya de algún modo la posición de dependencia de los hijos (ver cita 9). Por supuesto, esta ayuda de los padres solamente será demandada en la medida en que exista un buena relación paterno-filial, de modo que los hijos vean una posibilidad real de recibir consejo y no crítica (ver Kitwood, 1.980).

Es necesario resaltar cómo en buena parte de los casos la confianza no es igual respecto a cada uno de los dos progenitores. Lo más habitual es que sea la madre la más cercana y quien reciba el mayor número de comunicaciones importantes de sus hijos. Esto se produce tanto en el caso de hijos como de hijas, si bien la distancia de estas últimas respecto a sus progenitores masculinos ha de ser mayor por el añadido de la diferencia de género. Semejante análisis han realizado Martín López (1.992, p.48), que constata la mayor compenetración de hijos e hijas con sus madres que con sus padres, y Conde (1.985) que destaca el papel afectivo y mediador de la madre frente al papel normativo del padre.

18. E.- Pero sí que hablas más con ella que con tu padre, entonces.
O.- Sí, a mi padre.. hablo menos con él porque le veo poco también, porque entre trabajo y eso pues hablo poco con él, pero vamos, mi padre es poco hablador, si le sacas un tema o él te pregunta alguna cosa, sí, empezamos a hablar, en ese sentido es como yo...

HF22-26, p. 6.

Por último, existen también algunos casos de jóvenes que afirman tener una confianza total con sus padres, lo que se suele asociar discursivamente con la existencia de una amistad con ellos:

19. O6.- ..y de hecho yo creo que mis padres van a ser unos de los 4 mejores amigos de mi vida, o sea, y punto.
(...)

O6.- Evidentemente es una persona de la que te fíes, y yo con mi amigo el grado de confiar, o sea, lo tendré con muy pocas personas, con mi mujer X y tal, por eso son mis padres.

G1, p. 42.

Lo que resulta curioso es que las 'pruebas' que se utilizan para mostrar la existencia de esta óptima relación con los padres se refieren a los mismos temas que hemos visto se mencionan como limitaciones a la confianza en otros casos. Así, la afirmación de la confianza plena se apoya en que se puede hablar con los padres de temas íntimos, personales y especialmente de cuestiones relacionadas con la sexualidad:

20. A4.- Sí, sí, sí, yo es que se lo cuento todo, por ejemplo, el otro día salió, estaba viendo el programa de Tal Cual, y salió de que si se tenía que ir virgen al matrimonio o no, entonces yo lo estuve comentando con mi madre, o sea, y a mí no me dio ningún corte y a mi madre tampoco de decirme pues tú esto o lo otro, o sea, nada, yo me llevo muy bien.

G2, p. 19.

21. O6.- ...yo es que puedo contarle todo, o sea, todo lo que me pase, o sea, cualquier burrada, le puedo contar un chiste verde de lo más demacrante que hay, y sin perder el respeto.

G1, p. 42.

Para nuestros entrevistados la confianza hacia los padres está condicionada indudablemente por una serie de actitudes paternas que agrupan bajo la *polaridad liberal-conservador.* De esta forma, la actuación de los padres respecto de los hijos es descrita por éstos de forma privilegiada en torno a esta dimensión:

22. ...la verdad es que son bastante liberales, hombre, mi padre quizá sea un poco más así que mi madre, pero es que es eso, que no te entiende mucho, que es que desde luego, es que ahora, tal, pero bueno, que tampoco.

MU20-18, p. 4.

23. ...mi madre es bastante cerrada, lo que se puede llamar muy conservadora, pero claro, también yo entiendo su postura, porque ella es muy mayor y ha vivido una época de España que probablemente si yo la hubiera vivido pensaría igual que ella, ¿no?, (...) al principio sólo, lo único que hacía era enfrentarme a ella, ¿no?, teníamos unas broncas increíbles...

MU22-19, p. 9.

Como puede suponerse, el extremo más valorado de la polaridad es el liberal, esto es, aquel que en principio concede más autonomía al joven, y que queda caracterizado en lo que concierne a los padres por tolerancia y respeto a las decisiones del hijo, consecuente renuncia a la imposición de normas arbitrarias y reciprocidad en la comunicación. Barruti (1.990[17]) también ha hallado en su investigación referencias a esta liberalidad o progresismo paterno.

Mientras, el otro extremo se relaciona con un mayor control paterno y mayor presencia de limitaciones a la libertad del joven, pero también por la presencia importante de reconvenciones más o menos fuertes del comportamiento del hijo. Todo esto produce una mayor conflictividad en la relación, al percibir el joven una incomprensión de sus necesidades e inquietudes.

Este cierto conservadurismo paterno es siempre interpretado, como en esta última cita, como una consecuencia de la educación recibida en la época franquista, lo que de algún desresponsabiliza a los padres de esta situación, pudiendo tener como consecuencia una imposibilidad de modificar la situación y una acomodación a la misma. Por otro lado, este origen sitúa en principio a la gran mayoría de los jóvenes en la misma situación, pues supuestamente todos las personas que vivieron esa España habrían recibido esa misma influencia. De este modo, el cierto conservadurismo paterno tendría que ser más generalizado que la actitud opuesta, liberal, y así en esta cita vemos cómo lo 'raro', lo menos frecuente, es tener unos padres con esta mentalidad:

24. ...eso siempre me lo han dicho, que es una diferencia, o sea, incluso mis amigos que piensan muy parecido a mí, sus padres son completamente

[17] El conocimiento del trabajo de Mila Barruti para el Ayuntamiento de Barcelona se lo debo al Prof. Federico Javaloy, que amablemente me entregó una copia de este informe que, según la información de la que dispongo hasta el momento, no ha sido publicado.

opuestos a ellos, o sea, son gente, pues eso, que.., hombre, no son analfabetos, pero que prácticamente, es gente que viene de un pueblo, que tal, muy cerrada, o sea, que no puede debatir ningún tema porque tienen sus ideas...

MU20-16, p. 11.

En los casos en que, a pesar del conservadurismo paterno, los jóvenes gozan de una libertad suficiente desde su punto de vista, la posible conflictividad no aparece, sino que la situación es considerada como una convivencia entre opiniones contrapuestas, que, si bien impiden una comunicación a ese nivel, no perturba una buena relación paterno-filial afectivamente plena:

25. ...mis padres son otro mundo completamente, y eso que mi madre es muy abierta, vamos, es abierta, relativamente, claro, que por lo menos nos deja libertad, nunca nos pone trabas, eso sí, de como entendemos mi madre el mundo a como lo entendemos nosotros es un abismo.

HU20-12, p. 11.

Y si en este caso encontramos esta aparente contradicción entre conservadurismo y libertad de acción, algunos de nuestros entrevistados señalan la incoherencia entre una supuesta mentalidad liberalidad genérica y ciertas actuaciones posteriores de cara a los hijos. Y en estas ocasiones el joven se siente de algún modo sorprendido negativamente, por lo que podríamos llamar una frustración de unas expectativas positivas:

26. ...hay veces que sí he tenido [discusiones], y fuertes, sí que he tenido, porque ya te digo que bueno, pues ellos pueden tener una supuesta mentalidad [liberal], o una imagen y tal, y bueno, que no coincidan los hechos, o que como digan, pues eso, en casa del herrero, cuchillo de palo, (...) pero cuando se ven con hechos o con cosas en las que tienen que tomar decisiones y tal, pues se van a lo más tradicional, a posiciones de lo más conservadoras.

MU20-9, p. 10.

Lo más interesante de esta diferenciación entre conservadores y liberales es que aparece también en el análisis como una de las categorías de los rasgos de personalidad atribuidos a los padres. Así, a los progenitores masculinos se les suele considerar como

autoritarios, duros, severos, pero también comprensivos (algunos), mientras que a los femeninos como comprensivas, abiertas:

27. A4.- Depende del padre que tengas, si él te ayuda o la madre falta más y eso, pero en general el padre suele ser menos flexible, eso de entender peor las cosas, cuando hay que echar alguna bronca mejor la prefieres de la madre antes que del padre.

G4, p. 19.

28. ...mi madre es muy comprensiva y muy tolerante, entonces no.., en cambio mi padre es quizá más severo, un poco más severo y siempre hay algún roce por eso, pero vamos, tampoco.., no es usual, ¿no?, es alguno así esporádico y no..

HU20-11, p. 6.

A este respecto hemos de señalar, en primer lugar, la ya mencionada diferencia entre padres y madres en el tipo de relación que mantienen con sus hijos, predominando una situación en la que la madre es la encargada de establecer una comunicación más personal con los hijos de ambos[18]. Pero en ambos casos queda patente que confianza y liberalidad-conservadurismo son dimensiones fundamentales en las relaciones entre padres e hijos.

Quizá sea el momento de dar cuenta de un aspecto importante en la consideración de los propios padres como más o menos liberales o conservadores, pero que también estará presente en otras dimensiones. Nos referimos a que esta caracterización, como otras muchas, es nítidamente comparativa, esto es, lo que los hijos piensen de sus padres depende de las actitudes que reciban como propias de los padres de su entorno, especialmente de los de sus amigos[19]:

---

[18] Son estas las otras tareas, no manuales, que Subirats (1.993) señala que realiza la mujer en el ámbito doméstico.

[19] A este respecto señala Kitwood (1.980) que existe un supuesto de correspondencia mantenido por los jóvenes, de igualdad que debe existir entre las normas que los propios padres imponen y las que mantienen los padres de los amigos.

29. ...quizá sean más liberales que otros padres, no lo sé, hombre, yo por lo que oigo sí, hay padres que tienen una mentalidad digamos..

MU20-18, p. 4.

30. ...tus padres siempre imponen respeto, aunque te lleves bien con ellos siempre imponen respeto, pero.., o sea, tampoco es miedo, yo tengo amigas que a sus padres le tienen pánico, yo voy con un suspenso y me matan, pero ¿cómo te van a matar?...

MC19-21, p. 3.

Lo que queda patente con esta circunstancia es que no pensamos que la liberalidad o el conservadurismo sea una especie de 'esencia' del pensamiento o la actuación de los padres, sino más bien una categoría útil para describir la actitud paterna hacia los hijos en lo que concierne a la libertad relativa de que gozan. Siendo la libertad uno de los aspectos más valorados de lo que es ser joven (ver apartado VI.1.), esta dimensión cobra una importancia enorme en las relaciones paterno-filiales. La categorización de los padres como de uno u otro tipo ha de ser forzosamente comparativa si tenemos en cuenta que la libertad se desea para algo, fundamentalmente para ocupar unos espacios de ocio en compañía del grupo de iguales, de forma que cualquier agravio comparativo con respecto a los miembros de este grupo menoscaba las posibilidades del joven de participar en esos espacios del mismo modo que los demás.

Todo lo que hemos comentado hasta el momento en este apartado deja traslucir una muy diferente posición -no puede ser de otro modo- entre padres e hijos. Estos últimos están en una posición de dependencia clara respecto a los primeros, un *diferencial de poder* en la interacción que se refleja en los discursos posibles para unos y para otros, pero también en el propio discurso de nuestros entrevistados, en el que aparecen referencias expresas que remiten a esta situación. Lo propio de esta situación es que la posición de dependencia no es percibida más que a partir de un momento indeterminado, la adolescencia o la primera juventud, que es cuando aparece esa imagen de la autoridad paterna como algo que

menoscaba la libertad individual y contra lo que hay que 'luchar' para convertirse en un actor independiente (ver apartado VI.6.).

La posición actual (en el momento de las entrevistas) de nuestros sujetos dista mucho de ser similar, pues mientras que algunos critican con dureza la autoridad ejercida por sus padres y la cuestionan abiertamente -llegando incluso a la desobediencia explítica-, otros la señalan como una situación a la que es necesario adaptarse, y otros más la aceptan como normal y lícita. Podríamos afirmar, pues, que la autoridad paterna es aceptada en tanto en cuanto no sobrepase un umbral indefinido e indefinible que viene marcado por las actitudes de los padres pero también por el grado de tolerancia y sumisión aceptable por los hijos -de nuevo aquí puede influir el factor comparativo.

La situación más potencialmente conflictiva quedaría descrita con estos dos elementos: a) un excesivo autoritarismo paterno percibido como tal por el vástago b) que afecta a la libertad de acción del joven en un grado inaceptable para él. Cuando esta situación desemboca en el cuestionamiento abierto ante los padres de su autoridad, el conflicto está servido:

31. ...yo trabajaba hace unos años en una pizzería y salía a lo mejor a la una de la mañana, a las 2, y pretendía que cuando saliera me fuera a casa, y yo decía que no, que después de salir me iba a tomar algo, hombre, no todos los días, ¿no?, pero fines de semana, y a partir de ahí, fuf, de echarme de casa y cosas así muchas.
E.- Pero ¿de echarte de verdad o de amenazarte?
A.- Sí, sí, me echaron de casa, no, no, de coger mi padre y echarme.
MU20-8, pp. 7-8.

Pero también hemos encontrado una salida distinta en nuestro material, que no es otra que el ocultamiento de las actividades desobedientes a la autoridad paterna, aunque para ello haga falta algún tipo de cómplice:

32. ...cuando es un día entre semana, llamo para decir que me voy a quedar en

casa de mi abuela, mi madre ni se imagina que hay noches enteras en las que no llego a dormir a casa, supone que llegaré más tarde que a la hora que llegaría estando en casa, que son las 12, mi madre supone que como muy tarde a las 2 estoy en casa, con el último metro.
E.- Y ¿tú crees que tu abuela no se lo dice ni nada?
A.- No, no se lo dice, no se lo dice porque si se lo hubiera dicho ya me habrían echado de casa.

MU19-6, p. 8.

Sin embargo, estos casos de conflicto no pueden ir más allá de situaciones puntuales, pues en caso de ser más frecuentes terminarían por el abandono -o expulsión- del hijo del hogar familiar. Eso sí, situaciones como éstas hacen muy difícil una buena relación entre padres e hijos. De este modo, lo más habitual parece ser la existencia de conflictos puntuales de intensidad variable que se producen por una actuación del joven que sus padres consideran reprobable en mayor o menor medida, siendo más bien escasos en nuestra muestra momentos similares a los recién descritos. En cualquier caso un conflicto de tal calibre no puede por menos que inaugurar un período de tensión larvada que puede durar mucho tiempo.

En estos conflictos se manifiesta la posición dependiente de los hijos -que incluso los padres hacen explícita en caso necesario ("esta es mi casa")-, quienes han de aceptar las normas paternas de mejor o peor grado, adaptarse a ellas y renunciar a ciertas cosas que les gustaría poder hacer o tener, o si no, atenerse a las consecuencias:

33. E.- Y cuando hay que hacer algo, ¿qué hay que hacer, lo que dice vuestro padre o lo que decís?
A4.- Te sales con la tuya y luego te buscas las consecuencias.
O1.- O te sales con la tuya o te buscas las consecuencias o dices esto ya, no la voy a montar más porque tampoco es una cosa que tenga mucha importancia y acato, porque al fin y al cabo estoy en casa de mis padres y si no..
A4.- Eso es lo que yo te digo, ese matiz es que no estás en tu casa, estás en casa de tus padres.
O1.- Si no acato las normas que tiene la casa de tus padres, porque es la casa de tus padres ya te puedes ir largando.
A2.- Claro que sí.
O1.- Está claro, si tú quieres tus propias normas, porque tú ya las normas de tus padres ya no te parecen bien, y no puedes seguir así, pues yo qué sé, pues

tú intentas y coges y te independizas.

G4, p. 22.

Los conflictos de este tipo no pueden dejar de tener consecuencias, que serán diferentes dependiendo de la forma en que se produzcan y en que concluyan. De esta forma, cuanto más fuertes sean las discusiones más difícil será en principio la existencia de confianza, de comunicación personal entre padres e hijos. Así lo relatan nuestros entrevistados cuando señalan esto mismo, que las reconvenciones, los gritos, los castigos impiden la confianza:

34. A4.- Claro, pero yo no, a mí nunca me han castigado ni nunca me han regañado así fuerte ni esas cosas y eso también influye mucho en la amistad que tú tengas con tus padres, si te castigan y eso y se imponen entonces yo veo que por ejemplo los castigos a un hijo no son buenos porque lo que hace ese hijo es temer a los padres, y eso no es el sentido de un padre a un hijo.

G2, pp. 20-21.

Pero también muchas veces los padres consiguen articular un discurso y una práctica coherentes susceptibles de ser asumidos e interiorizados por los hijos, de forma que éstos acepten la autoridad paterna cuando menos en el espacio familiar, y cuando menos al hablar con una persona ajena a la familia (el entrevistador). Esta parece ser, además, la situación más predominante, aquella en la que los hijos aceptan una autoridad paterna menos absoluta, a la vista de que no hay salidas viables para la emancipación, facilitado también por la percepción de que se está produciendo una evolución respecto de generaciones anteriores (Conde, 1.985, p.166).

35. E.- Ya, mantienen su postura, ¿no?
O.- Claro, tampoco intentan.., vamos, intentan imponerla en cierta manera a la hora de lo que atañe a la familia, tú haz lo que quieras pero aquí en casa no, en casa no, porque estás en mi casa, o sea, estás en nuestra casa, y aquí estamos todos, y hay cosas que pueden molestar a uno y pueden molestar a otro, en consecuencia tú lo que hagas fuera, yo no te puedo decir nada, pero tienes que saber que aquí no puedes.

HU21-20, p. 11.

En el mismo sentido, también hemos encontrado en nuestro material consideraciones acerca de la necesidad de que los padres ejerzan un cierto control sobre sus hijos, que no les dejen una libertad excesiva, si bien en estos casos las referencias son siempre hacia otros jóvenes y no hacia sí mismos.

Existe además un discurso claramente asumido por los jóvenes que es buena muestra de la situación de dependencia a la que nos referimos. Nos referimos al discurso del respeto debido a los padres y que provee a éstos de unos recursos sancionadores con los que limitar ciertos discursos de sus hijos por irrespetuosos, pero que también por estar asumido se convierte en una instancia autolimitadora del discurso de los mismos jóvenes (ver cita 30):

36. O1.- Yo cuando discuto mi padre ha dejado de ser mi padre para ser una persona, con sus defectos y con sus cosas buenas y con sus cosas malas, dejas de ver a.., hombre, le tienes que tener un respeto, pero..
O4.- Hombre, está claro.
A1.- Pero es que cuando discutes con otra persona también le tienes un respeto como persona.
O1.- Está claro.
A4.- Un respeto que te cohíbe, yo pienso que tienes que comportarte un poco más que con tus amigos.
O4.- No es lo mismo el respeto que tienes a un amigo que le respeto que debes tener a tu padre.

G4, p. 21.

Así pues, como mejor parece poder describirse la relación paterno-filial a este nivel es como un tira y afloja, un proceso de negociación, nunca en términos de igualdad entre las partes, donde tanto padres como hijos van a intentar siempre tensar la cuerda para acercar, más o menos forzadamente, a la otra parte hacia las propias posiciones. Pero si miramos este proceso diacrónicamente en seguida se hace evidente una direccionalidad, una tendencia común que comienza con una sujeción total de los hijos hacia sus padres (la niñez) y que va dando paso a su progresiva emancipación en las etapas de adolescencia y juventud. Sin embargo, el conflicto está siempre latente pues mientras que una de las partes tiende a

ralentizar el proceso ("ningún padre se resigna a que sus hijos se hagan mayores", MU19-6, p.8), la otra está deseosa de que le sea concedida con urgencia mayores cotas de libertad e independencia. De igual modo, los compromisos parciales y contingentes se hacen imprescindibles para continuar una interacción sin excesivos sobresaltos.

Esta descripción que hemos realizado guarda similitud con la investigación realizada por Torres et al. (1.994) sobre modelos de relación entre padres e hijos. Estos autores identificaron tres modelos diferentes, más bien como tipos ideales que como posibilidad de encontrarlos puros en la realidad. El primer modelo es el autoritario, desprestigiado en nuestra sociedad actual, caracterizado por unos padres ansiosos, que necesitan imponer su voluntad, sin habilidad negociadora y poca capacidad de adaptación, modelo éste el más claramente relacionado con el conflicto abierto y continuo. El segundo modelo es el inductivo de apoyo, donde lo que más se valora es el diálogo y el apoyo. El tercero es el conocido del 'laissez-faire', cuya más claro atributo es la incoherencia en el comportamiento paterno.

En nuestra muestra, el discurso que encontramos parece asemejarse para la mayor parte de los casos al segundo modelo descrito, el inductivo de apoyo, en sus diferentes variantes (puro, severo e inconsistente). No encontramos ningún caso de 'laissez-faire' -los propios autores señalan su poca presencia en la población española-, mientras que sí tenemos algún caso de padres claramente autoritarios en su estilo. Coincidimos con estos autores, pues, en la desvalorización del estilo autoritario y en la conflictividad que produce, enfatizando la barrera a la confianza que supone, pero también a la posible identificación entre padres e hijos (ver apartado VI.6.). Compartimos igualmente la impresión de que estos modelos, si bien útiles analíticamente, no se encuentran puros en las relaciones familiares, todavía menos desde una perspectiva diacrónica.

Y ¿en qué áreas se producen habitualmente los *conflictos* entre padres e hijos? El más

frecuente que encontramos es el referido a la limitación del tiempo de permanencia en los espacios de ocio, debido a la preocupación paterna en que sus hijos no entren en contacto con el 'mundo de la noche', un ámbito supuestamente peligroso y en todo caso lejos del control adulto. Todo esto se traduce en una práctica muy extendida de limitar la *hora de llegada* al hogar las noches de los fines de semana, las únicas donde se ve como normal que los hijos salgan con los amigos.

37. O1.- ...siempre tienes tus roces en las típicas parcelas, ¿no?, típico la hora de llegar a casa...

G2, p. 20.

Las quejas de los hijos provienen de no poder participar de una espacio de interacción entre iguales al mismo nivel que otros jóvenes de su edad, esto es, nuevamente el elemento comparativo, de forma que el conflicto será más importante para el joven en el caso de que sus amigos tengan una libertad mayor que la propia. Pero también la comparación tiene lugar respecto de los hermanos mayores o menores, en la medida en que parezca existir un tratamiento diferencial de unos y otros. No conviene olvidar que en cualquier caso existe una aceptación total de que la libertad de movimientos es algo progresivamente otorgado por los padres, con unos límites que han de aumentar necesariamente según el joven va cumpliendo años y es, supuesta y consecuentemente, más responsable:

38. ...que con casi 18 años tener que estar en casa a las 11, pues es muy fuerte, ¿no?, a mi edad que llegan a las 12 y pico, a la 1 y tú tener que estar en casa a las 11, pues te sienta un poco mal...

HC17-23, p. 2.

De hecho, algunas edades se convierten en especialmente significativas en el logro de mayores cotas de permisividad paterna. Nosotros hemos encontrado referencias a los 18 años, como en esta cita, mientras que Kitwood (1.980) también ha apreciado la importancia de cumplir 16 años, edad de conclusión de la enseñanza obligatoria. Esta medida legal, de

reciente aplicación en España, es posible que dé lugar a una mayor presencia de esta edad en el discurso emancipatorio.

El problema es que en muchos casos esta limitación horaria supone el menoscabo de la posibilidad de acceso a determinados espacios de ocio que por la costumbre actual abandonan el tiempo vespertino para tener lugar casi exclusivamente en la madrugada:

39. ...y yo los fines de semana no salgo para empezar por eso, porque como tengo que llegar pronto casi no merece la pena salir a las 8 de la tarde para estar en casa a las 10 y media, irme tan lejos y volver...

MU18-4, p. 4.

Según el discurso de nuestros entrevistados la limitación horaria viene motivada por un miedo paterno acerca de lo que pudiera suceder a sus hijos en esos espacios y a esas horas, lo que se acentúa en el caso de las jóvenes (ver apartado VI.3.). Todo ello es muestra para ellos de una falta de confianza en sus propios hijos, en lo que puedan hacer en esos momentos:

40. ...estoy convencida de que se piensan que debo hacer cosas raras, no sé, que debo estar, que debo salir y estar todo el día bebiendo, con tíos o yo no sé lo que se piensan pero.., es que si se pensaran que hiciera cosas normales no me echarían las broncas que me echan.

MU19-5, p. 7.

Hemos de señalar que en algunos casos el problema aparece ante otro tipo de demandas de los jóvenes también relacionadas con el ocio. Nos referimos a la autorización necesaria y muchas veces denegada para hacer pequeñas salidas de fin de semana con los amigos.

Otro tipo de conflictos remiten al *ámbito doméstico*, en el que encontramos fundamentalmente las demandas paternas de ayudar más en la tareas del hogar -cuando menos ocupándose de la propia habitación (ver cita 7)- y a las que los hijos muchas veces hacen caso omiso, siendo esta desidia la que provoca habitualmente la discusión:

41. ...por problemas domésticos sí, siempre, que no haces nada, que tal, que es verdad también, lo reconozco que también me toco bastante las narices...

MU20-18, p. 4.

También hallamos alguna referencia a problemas de convivencia, dificultades propias del hecho de compartir un mismo espacio físico a lo largo de mucho tiempo, con la consiguiente falta de intimidad sentida por algunos de nuestros entrevistados. Barruti (1.990) señala también la importancia que tiene para el joven el hecho de disponer de un espacio propio sobre el que el joven ejerza un control total.

También señalaremos en este ámbito las quejas manifestadas por algunos de nuestros jóvenes acerca del dominio paterno (y esta vez estamos hablando solamente del padre) sobre la televisión, en lo que podríamos denominar la 'lucha por el mando a distancia', cuya importancia no situamos más allá de proveer a los jóvenes de un ejemplo de autoridad ejercida arbitrariamente, pues difícilmente se pueden esgrimir argumentos sólidos que justifiquen que el padre sea el que determine habitualmente el programa que se podrá ver:

42. O2.- Entonces pues eso, es horrible en casa ver la televisión, y estás cenando y estás viendo un partido de fútbol y llega tu padre y se sienta ahí, te quita el mando y te lo cambia, y ya la tienes, o sea, ya empiezas joder, pues respétame, joder, que soy tu padre, joder, que no sé qué, te jode la cena y..

G5, p. 21.

Un tercer espacio importante de conflictos es el referido al *ámbito escolar*, que tiene un desencadenante muy claro, un rendimiento insuficiente del joven que provoca una demanda paterna de aumento de la dedicación al estudio como medio de mejorar tal rendimiento:

43. Yo me llevo bien hasta que hay una bronca de esas históricas, que ahora este año todas, yo creo que cada semana, porque mi padre estudió Física también, entonces está todo el día encima de mí, que estudies esto, que mira lo otro, que voy a estudiar contigo, que no sé qué, que yo no estudiaba así, entonces yo siempre discuto con él porque le digo: tú estudiabas a tu manera y yo a la mía, entonces él dice: no, ahora mismo lo más importante es tus estudios, así

que quítate de parroquias y de tonterías...

MU18-4, p. 8.

Pero también hemos encontrado en nuestro material otro tipo de conflicto, el referido a una elección de carrera con la que los padres no están de acuerdo por considerarla de escaso provecho, muy presente entre aquellos de nuestros jóvenes estudiantes de Sociología, para el futuro de su vástago. Esto genera discusiones que parecen ser peor asimilables por los jóvenes que las reconvenciones que reciben debido a unas malas notas, pues al fin y al cabo se está cuestionando por un lado la independencia de decisión del joven, pero por otro su identidad, ya que esta elección de estudios se relaciona discursivamente con alguna característica o vocación del propio sujeto (ver apartado VI.5.):

44. ...bueno, por ejemplo, por el hecho de cambiar de carrera, bueno, pues se supone que.., bueno, no tuve problema, ¿no?, no tuve mucho problema, pero bueno, sí, las discusiones luego fueron pues más, en un principio se supone que no tuve problema, ¿no?, (...) pues por ejemplo en mi caso, en el caso de Medicina, pues yo les hablaba de realización, ¿no?, de que yo no me iba a realizar siendo médico, y me decían que bueno, que es que la realización pues no depende sólo del mero hecho de espiritual al que yo me refería, que también viene dada pues por un status, por una posición económica, no sé qué, no sé cuántos, que la carrera a lo mejor de Políticas o Sociología no me iba a dar.

MU20-9, p. 10.

Estos conflictos relacionados con los estudios tienen un motivador claro en la preocupación paterna por la posición social que van a poder alcanzar sus hijos y que está muy ligada, al menos no hay otro lugar donde apoyarse, a la formación y al rendimiento escolar que logren éstos. Es, además, la única vía posible para nuestros jóvenes de clase media de ascender una mejor posición social (Conde, 1.985, p.175), pues su familia no puede proporcionar una ayuda para colocarse en niveles sociales de status más elevado[20].

---

[20] Conde (ibíd., pp.178-79) señala que la vía principal de acceso a un puesto de trabajo siguen siendo los contactos de los miembros de la familia extensa. Los jóvenes de clase media carecen de contactos que les permitan ascender, por tanto aquellos que quieran una

A modo de conclusión, la relación paterno-filial, tal como hemos visto, se desarrolla en un ámbito en el que unos actores ejercen una clara autoridad sobre otros, si bien no conviene olvidar que es este diferencial de poder el que posibilita la relación socializadora. Pero en el período juvenil la autoridad paterna comienza a ser cuestionada, inevitablemente, aunque en mayor o menor grado, como medio de que el joven pueda llegar a ser un actor social pleno.

Esta tensión se aprecia nítidamente a nivel discursivo, una tensión entre, por un lado, un discurso que enfatiza el cariño, la abnegación paterna y la cercanía personal entre padres e hijos, y por otro, un discurso que hace hincapié en el autoritarismo, el conflicto, la diferencia y la falta de entendimiento entre progenitores y vástagos. El primero de estos discursos es el mejor valorado socialmente, pues es aquel que remite a la imagen de la familia feliz, con una buena integración y relación entre sus miembros. Pero es el segundo es el parece predominar en la subcultura juvenil, en las interacciones entre jóvenes, lugar donde se hacen especialmente patentes las limitaciones a la propia libertad.

Respecto a nuestros entrevistados, mientras que algunos se encuentran sin duda alguna enclavados en exclusiva en uno de esos dos discursos, la mayor parte recogen en su producción verbal elementos procedentes de ambos discursos, lo cual es buena muestra de la complejidad y la posibilidad siempre presente de conflicto entre ambas partes. Hemos visto que los conflictos se producen bien por una demanda de libertad filial insatisfecha, bien por una demanda paterna de responsabilidad hacia los hijos igualmente insatisfecha. En cualquier caso, los problemas entre padres e hijos dificultan las existencia de una cercanía a nivel personal, una confianza que se erige en indicador del grado de bondad de la relación paterno-

---

posición mejor tendrán que recurrir al sistema educativo como único medio de lograr al menos una posibilidad de acceder a tales puestos.

filial.

Pero no solamente los conflictos explícitos influyen en el aspecto personal de esta relación, sino también la mayor o menor presencia de lo que se ha llamado el escalón generacional, es decir, una diferencia entre padres e hijos derivada de la distinta realidad social vivida por padres e hijos. Esto produce una sensación en nuestros entrevistados de una falta de entendimiento de su circunstancia por parte de sus padres que se traduce en un distanciamiento en el nivel personal, cuando no en abierto conflicto.

En definitiva, el discurso de la confianza, manteniendo un respeto, es el que parece predominar como normativo, es lo que se considera como una buena familia, unos buenos padres. La autoridad paterna parece, pues, estar en entredicho, al menos como poder absoluto sobre los integrantes de la familia, ya sean hijos o esposa. Arribas (1.992) señala a este respecto cómo el reconocimiento de los derechos individuales en la modernidad había de minar necesariamente la fuerza de la institución familiar como mediadora, con la consecuente pérdida de la autoridad del sistema familiar.

No podemos finalizar sin ocuparnos de las relaciones entre hermanos, pues la mayor parte de las familias de nuestra muestra está constituida por más de un hijo. Esto implica la presencia y la convivencia entre ***hermanos*** en el hogar familiar. Si bien son los padres los personajes fundamentales en esta institución, el hecho de que existen más o menos hermanos de igual o diferente género y con una distancia etánea mayor o menor tiene importantes consecuencias para las relaciones familiares. Y es que si lo que hemos visto hasta el momento contemplaba la interacción de un solo hijo con ambos progenitores, ahora es el momento de acometer la dinámica fraternal. Comenzaremos por una serie de cuestiones relativas a la *estructura de la familia*.

El primer factor que hemos de tener en cuenta es el meramente numérico, pues la *cantidad de hermanos* que conviven en la casa junto con los padres provee de un número mayor de posibilidades de relación en el seno de la institución familiar. De este modo, habrá una tendencia a que una familia numerosa tenga una presencia mayor en las vidas de sus integrantes, pues la red de relaciones es potencialmente enorme. Por ejemplo, la mera existencia de más de dos hermanos permite la aparición de coaliciones, acercamientos a unos y no a otros, incluso la utilización estratégica del apoyo de unos u otros según interese:

45. O1.- ...lo que pasa es que cuando discutimos el mediano y yo, pues como él se ponga de parte de alguno ya como chaquetero (risas), es lo que pasa, pero vamos, se suele quedar al margen, que es lo que yo hago cuando se pelean, es que yo lo he demostrado, cuando te metes te sientes en inferioridad, joé, nadie me apoya, ¿no?, entonces cuando discuten entre ellos 2, mira, resolverlo como podáis, que sois personitas, y a ver quién es el que lleva la razón y el que no la lleva...

G2, p. 25.

En nuestros entrevistados no ha aparecido ningún caso de hijo único, aunque no podemos afirmar lo mismo acerca de los participantes en los grupos, pues nos falta datos sobre alguno de ellos. Pero en lo que respecta a los entrevistados personalmente, hay doce casos de familias con dos hijos, nueve tenían tres, cuatro tenían cuatro, y dos familias llegaban a los cinco vástagos[21].

Pero la *edad* relativa de los hermanos puede modificar la influencia de este elemento. Así, encontramos en nuestro material diferencias de edad enormes entre unos y hermanos -de hasta 15 años-, lo que de algún modo aleja las experiencias de unos y otros. En estos casos, un aspecto clave es la forma en que se haya producido la separación de los hermanos más

[21] Los datos, incompletos, que tenemos sobre nuestros grupos no varían sustancialmente la proporción relativa entre unos y otros tipos de familia, si bien tenemos dos casos de dos familias con siete hijos. No descartamos, en cualquier caso, que entre estos participantes hubiera algún hijo único.

mayores, ya que, dada la edad de nuestros entrevistados, cuando la diferencia etánea es grande estos hermanos mayores ya forman una unidad familiar independiente. Si los contactos entre los padres y estos hermanos son escasos la presencia de éstos será escasa, no así cuando la relación se mantiene a pesar de la separación:

46. ...yo es que tengo un hermano de 32, una hermana de 30, un hermano de 23 o 24 y yo que tengo 20, y el mayor está casado, no tengo trato porque cuando yo tenía 14 años ya estaba acabando la carrera, o ya la había terminado, entonces yo tengo muy poco contacto, cuando viene a casa es casi por compromiso, y con mi hermana tengo más trato pero hay un mundo entre ella y yo, porque no sé..

HU20-12, p. 10.

47. ...pero el que más cercano a mí es el de 34, ¿sabes?, me lo paso muy bien con él y pensamos casi siempre lo mismo y todo esto...

MU21-13, p. 9.

El otro aspecto estructural importante es la *posición* que ocupa cada hijo en el conjunto de hermanos. En efecto, no tiene las mismas consecuencias ser el mayor, que el pequeño, que el mediano, cuando esto es posible. Esto queda reflejado en nuestro material, donde aparecen discursos claramente diferenciados de hermanos mayores y hermanos pequeños y en los que la caracterización de la posición diferencial de unos y otros es manifiestamente similar (ver apartado VI.6).

La importancia de la posición, del número y de la edad de los hermanos, factores estructurales de la familia, queda de manifiesto por la fuerte presencia de comparaciones entre los hermanos. En lo que respecta a nuestro interés aquí, nuestros entrevistados comparan el trato que reciben de sus padres, la libertad de movimientos de cada uno (comparaciones realizadas a edad constante, es decir, lo que cada hermano podía y no podía hacer a una determinada edad), la experiencia que cada uno tiene con los padres, la forma de pensar, etc.

Estas comparaciones son siempre potencialmente conflictivas, pues si bien existe un

principio de igualdad de trato paterno respecto de los hijos, esto es difícil que se cumpla en muchos casos, por las propias necesidades y demandas de cada hijo en un momento dado, las cuales tienen algo que ver con estas variables estructurales. Por esto y por otros motivos, la conflictividad en las relaciones fraternales parece ser, en cualquier caso, muy habitual, como refleja el discurso de nuestros entrevistados:

48. O4.- Digamos que lo decimos de broma que nos llevamos como hermanos, porque o sea, quiere decir que nos llevamos fatal, y bien a la vez, hombre, al fin y al cabo es tu hermano, es que no lo sé.
O1.- Es lo que acaba de decir Lía, tú a un hermano le podrás hacer lo que quieras, pero ojo del que la toque, o sea..

G1, p. 45.

Se trata de una relación plagada de discusiones, peleas y demás, pero en la que siempre está implícita una fuerte vinculación entre ellos.

En estas circunstancias, la existencia de una cercanía y confianza entre los hermanos no parece ser común, por lo menos hasta un determinado momento en el que la relación deja atrás las discusiones de la infancia y adolescencia para asumir una posibilidad de interacción en términos de igualdad, como hemos visto en el discurso de hermanos mayores y pequeños.

En conclusión, podemos afirmar que el destino a cualquier nivel de cualquiera de los jóvenes está ligado inextricablemente a la red de relaciones que su familia hace posible y donde están en juego, por afirmación o negación, distintas posibilidades de ser, las cuales marcarán tanto similitudes intrafamiliares, como diferencias entre los diversos miembros del grupo familiar de forma que se pueda afirmar la singularidad de cada individuo en ella.

VI. RELATOS DE IDENTIDAD DE LOS JÓVENES.

Tras haber dado un repaso a los ámbitos en que se desenvuelve la identidad de los jóvenes, es el momento de desglosar los significantes más importantes con sus distintos significados y relatos y las posibilidades de identificación que constituyen esa misma identidad. Comenzaremos con un significante común a todos nuestros entrevistados, a saber, 'ser joven', de forma que podamos conocer unos significados genéricos que tiñen de algún modo, pues están presentes en ellas, las distintas posibilidades de ser propias de los jóvenes. Prueba de ello son los estilos juveniles, que derivan en unos significantes reflejo de las actividades y manifestaciones culturales de los jóvenes en los espacios de ocio y que guardan una clara relación con lo que implica 'ser joven'.

Después llegará el momento de abordar los significados atribuidos en la actualidad a los significantes de género, hombre y mujer, categorías incuestionables pero en constante reajuste en cuanto respecta a sus implicaciones. En cierto modo relacionado, como espacio de confrontación de las identidades de género, resulta importante analizar el papel de las relaciones de pareja en la construcción de la identidad. En un momento posterior nos ocuparemos de un significante que define nuestra muestra, 'ser estudiante', con las implicaciones y relevancia que tiene para el momento actual de nuestros jóvenes y con el sentido de identidad proyectada hacia el futuro (identidad laboral) que este significante tiene.

Más tarde indagaremos acerca de las posibilidades de identidad e identificación presentes en el contexto familiar, esto es, lo que implica 'ser hijo' o 'ser hermano' de alguien y las identificaciones que es posible encontrar en un ámbito caracterizado por unas relaciones cercanas básicas en el desarrollo y constitución de la persona. A continuación será protagonista la ambiua consideración de la identidad política. Nos ocuparemos igualmente de los relatos de personalidad, como intento de describir la interacción que tiene lugar especialmente en los espacios privados. Por último, llegaremos a los relatos de identidad que se apoyan en significantes negativos, en lo que la persona no es.

Sin embargo, somos conscientes de que quedan todavía algunas identidades, algunos significantes identitarios, por considerar si se quiere tener una visión más completa de la identidad personal de cada una de las personas que han participado en este estudio. Estamos pensando en significantes que la situación de entrevista no tematizó explícitamente y que solamente aparecen en algunas entrevistas quizá por ser especialmente significativos para ese individuo concreto. Por ejemplo, la identidad nacional, el hecho de 'ser español', ha quedado fuera de nuestro análisis. Por ser una cuestión por la que no se preguntó expresamente y un significante compartido por entrevistador y entrevistado no había lógicamente de constituir un foco de atención especial. Solamente una entrevistada mencionó tal cuestión y fue para cuestionarla, es decir, para mostrar una desidentificación con el hecho de 'ser española'. Del mismo modo, las únicas personas que mencionan su identidad regional o provincial son aquellas que provienen de otras partes del país distintas de Madrid, marco geográfico del estudio.

En cualquier caso, los ámbitos que hemos destacado para la descripción de la identidad personal son plenamente significativos para una comprensión adecuada de lo que puede ser lo más específico y característico la identidad de los jóvenes, de las posibilidades

de ser que se les abren como personas jóvenes, personas que comparten una posición social que tiene bastantes rasgos comunes a pesar de la diversidad de situaciones entre unos jóvenes y otros[1].

1. IDENTIDAD JUVENIL: SER JOVEN.

Los jóvenes tienen actualmente que enfrentar una construcción cultural especialmente potente sobre lo que es y/o debería ser el hecho de ser joven en nuestra sociedad contemporánea. Numerosos indicios apuntan la alta valoración de que goza este período vital como el mejor momento en la vida de la persona, extremo al que no son ajenos nuestros entrevistados tal como veremos a continuación. Sin embargo, esta valoración entra en flagrante contradicción con una imagen harto negativa de la juventud actual y de la que también participan los sujetos (ver capítulo I). Esta contradicción es manejada de varias formas por los jóvenes participantes en nuestra investigación, y de esta manera delinean su identidad juvenil a partir de estos materiales culturales que les toman como objeto. De este modo, consideramos la identidad juvenil como aquella parte de la identidad de cada joven derivada de estas construcciones discursivas autorreferidas y que son actualizadas de manera peculiar por cada joven -aunque con unos rasgos comunes fácilmente identificables-, con la presencia, como en toda construcción discursiva, de contradicciones y elementos

[1] Algunos de esos otros significantes identitarios con la consiguiente relevancia para la identidad de la persona aparecen en el capítulo VIII, donde al ocuparnos intensivamente de la identidad de dos entrevistados concretos surgen algunos otros significantes específicos a esas personas.

contrapuestos. Estos son los asuntos de los que nos vamos a ocupar en este apartado, dejando para el siguiente la glosa de los estilos juveniles constituidos alrededor de los momentos, actividades y lugares de ocio y que constituye, desde nuestro punto de vista, el otro gran referente para poder entender lo que supone el hecho de ser joven en nuestra sociedad urbana.

La ***libertad*** de ser y de actuar es un valor altamente considerado en la actualidad. Para nuestros entrevistados, es además una característica principal de lo que es ser joven:

1. E.- ..¿qué es lo que a vosotros os gusta o más os gusta de ser joven? Venga lanzaros.
   O3.- La libertad, y la poca responsabilidad, eso es una maravilla.

   G1, p.2.

2. O.- Yo en contra de lo que piensen muchas personas, pienso que los jóvenes somos bastante libres, por lo menos en mi caso.
   E.- ¿Para hacer lo que quieras, quieres decir?
   O.- Sí, para hacer lo que quieras y buscártelo tú, o sea, no sólo ventajas sino también los inconvenientes, si te quieres venir a Madrid a estudiar, pues vienes, si puedes venir, claro, tienes que contar con que esto hay que pagarlo y tal, esa es la fundamental libertad...

   HU19-10, p.1.

Se trata de una libertad fundamentalmente de actuación ("hacer lo que quieras"), constantemente relacionada casi como una derivación natural de la menor responsabilidad, menores preocupaciones a las que hacer frente respecto a lo que será posteriormente el mundo adulto:

3. O4.- Yo creo que la época en la que estamos viviendo nosotros, la juventud no creo que mala porque no tienes muchas responsabilidades, tiene una responsabilidad que es la mayor, que es decidir tu futuro, pero por lo demás eres libre de hacer lo que quieres, no tienes que estar pendiente de nadie, vamos, tienes que estar lo que es dependiente de tu casa, lo que tienes que hacer tú en tu casa, lo que tienes que hacer.., pero en lo demás yo creo que eres libre, tío, y nada...

   G4, p.5.

4. ...pues yo la libertad que tengo ahora, pues no la tendré cuando.., vamos, adulto, ¿cuando se es adulto, no?, pero de todas formas, la responsabilidad, haces más o menos lo que quieres, estás estudiando, el único problema es que estás tieso de dinero siempre, ¿no?, pero aparte de eso yo creo que estudiando se vive muy bien, estás, tienes tiempo, va por períodos, ¿no?, cuando llegan los exámenes, pero tienes relativamente bastante libertad porque puedes, un día te apetece quedarte durmiendo porque te has levantado con los cables cruzados, llegas una hora tarde, no sé, tienes libertad para hacer cosas, cuando eres adulto empiezas a trabajar, y en cuanto te ves con dinero ya empieza la historia, ahora quiero un coche, ahora quiero un piso, ahora, entonces ya te metes en cosas de eso, de dinero, de muchas preocupaciones, de cómo va el trabajo, de si quieres ascender, son otros problemas.

HU20-7, p.5.

Aunque hemos visto la posibilidad de estudiar lo que se quiera como afirmación de la libertad personal (cita 2), los estudios (cita 5) figuran entre los impedimentos que la limitan, junto con la escasa disponibilidad económica (cita 4) y las normas paternas (cita 3).

Esta libertad y menor responsabilidad tiene como referente lo que es una percepción de lo que será la vida adulta, fundamentalmente en lo que se refiere a estar trabajando y a tener preocupaciones familiares. Son 4 las responsabilidades que definen la vida adulta en la tradición de la sociología de la juventud (ver Gil Calvo y Menéndez, 1.985, p.17): productiva (status laboral), conyugal (pareja sexual estable), doméstica (domicilio autónomo) y parental (prole dependiente). De ellas solamente la responsabilidad conyugal está ausente del discurso de nuestros jóvenes, si bien buena parte de los cuales tienen relaciones de pareja más o menos estables y si bien suele ir unida a la responsabilidad parental que sí está presente. Es el trabajo, pero especialmente las responsabilidades doméstica y parental las que aparecen como definitorias de la edad adulta y como serios condicionantes para la libertad personal[2]:

[2] Como descripción sociológica de las condiciones necesarias para la transición a la condición adulta nos parece más adecuada la enumeración de Zárraga (1.985, p.25) que incluye: independencia económica, autoadministración de recursos, autonomía personal y constitución de un hogar propio. Sin embargo, las cuatro responsabilidades de Gil Calvo y Menéndez parecen estar más cerca del discurso de nuestros jóvenes, quizá como muestra de

5. ...por ser joven te dan muchas facilidades, si eres mayor ya tienes que tener tus problemas, tus hijos, no sé, cuando eres joven te los estás pasando bien, sólo piensas en divertirte, hasta que.., bueno, eso de divertirte entre comillas, porque tienes que estudiar, tienes que sacarte tu futuro, (...) mientras eres joven puedes hacer, vamos, infinidad de cosas, sin preocuparse si las vas a hacer mal o bien, cuando eres mayor ya eres como condicionado, ay, pues ahora tengo que educar a mis hijos así, para que no me hagan esto, algo así, ya tienes tus problemas, ya tienes que conseguir dinero para mantener a tu familia, tengo que hacer esto, tengo que hace lo otro, y siempre cuando ya eres mayor ya estás condicionado a seguir el camino que te has hecho de joven...

MC18-22, p. 10.

Así pues, la libertad juvenil parece ser posibilitada por el paraguas protector que proporciona la familia, cada vez durante más tiempo:

6. E.- ...¿qué cosas tú me dirías que te gustan de ser joven?
O.- Pues no tener tantas responsabilidades, eso es una ventaja.
E.- Responsabilidades, ¿de qué tipo?
O.- Mantener a una familia, por ejemplo, de momento ser independiente en eso, ¿no?, aunque sé que dejo de vivir con mi madre y perdería esa independencia, pero como están las cosas tendría que dejar de estudiar, luego también no sé, vamos, eso, las responsabilidades, que no son tan grandes como..

HU22-14, pp. 7-8.

Como se puede apreciar en los dos próximos fragmentos, ésta es considerada, sin haber vivido todavía más que una cuarta parte de lo que es una vida media, como la mejor época de la vida, sin ataduras y con posibilidad de hacer lo que a uno le plazca -por supuesto, dentro de un orden. Es necesario reseñar cómo en la cita 7 la entrevistada se apoya en lo que considera que es la opinión general: "toda la gente añora el ser joven".

7. ...que luego, claro, toda la gente añora el ser joven, dicen no, es que yo tengo 18, pero por algo será si lo dicen, ¿no?, y si lo dicen será porque en su juventud lo han pasado mejor que nunca, es la época mejor, porque ni eres pequeño, que no puedes hacer nada, ni eres mayor para preocuparte de las

---

que es ésta la transición normal (en sentido estadístico) al estatus de adulto en nuestra sociedad.

cosas...

MC18-22, p. 10.

8. E.- ...¿qué cosas así me dirías que te gustan de ser joven, hay algo que te gusta en especial?
A.- ¿De ser joven?, yo te diría que ahora mismo, o sea, no sé, son los mejores años que estoy viviendo, y eso que no he seguido, ¿no?, y a lo mejor cambio de opinión, pero como ahora mismo digamos que no tengo limitación en nada, prácticamente puedo hacer lo que me apetezca y eso, pues no sé, de joven es eso, que no tienes digamos ataduras, ¿no?, porque bueno, vale, tienes a los padres por un lado, tienes al novio por otro, pero siempre puedes hacer lo que te apetezca sin.., que no estás dependiendo, yo no sé, como mis padres, de si vamos a llegar a fin de mes o no vamos a llegar, ¿sabes?, y que si apetece irme pues un fin de semana por ahí, pues me puedo ir un fin de semana por ahí, y no tengo por qué preocuparme de.., ¿sabes?, yo no sé, ya te digo, que es que ahora..

MF19-25, p. 6.

La libertad que se demanda es básicamente para salir con los amigos (con el problema de la hora de llegada, cita 9), para viajar (citas 8 y 10), para divertirse (cita 5), etc. En general, se está pidiendo una libertad de actuación en el ocio, el espacio que tiene mayor importancia para la juventud. De hecho las dos quejas más claras a la falta de libertad (por agravio comparativo frente a otros jóvenes) también se refiere a estos temas:

9. ...yo soy un chico que quizá porque siempre se ha llevado bien con sus padres, le tienen muy controlado, no le dejan tarde, le controlan mucho...

HC17-23, p. 8.

10. También tengo unos tíos, son jóvenes relativamente, no sé, me da envidia a veces verles que viajan de vez en cuando y cosas de esas, por ahora dentro de lo que cabe yo con mis padres tengo libertad, ellos se van de viaje y yo me quedo en casa si quiero, o me voy con ellos...

HF19-24, p. 7.

Como podemos apreciar, estas limitaciones a la libertad están asociadas al control paterno, el cual es tratado en el apartado dedicado a las relaciones familiares (V.4.), y que es una de las mayores fuentes de conflicto. De esta forma, la familia se constituye tanto en posibilitadora como limitadora de la actividad de los jóvenes.

El hecho de tener menores responsabilidades no implica que los jóvenes se sientan

irresponsables. Antes bien, hay una afirmación de la responsabilidad en los campos que les son propios, básicamente los estudios (aunque en la práctica no sea entendido de igual manera por todos los jóvenes), y aparte aquellos en los que la propia persona se implica voluntariamente:

11. A1.- ...yo no sé si soy una persona en excesivo que me siento responsable, pero para mí es una responsabilidad que mis padres me estén pagando mis estudios, o sea, ante eso sí que me siento responsable, (...)
O1.- ...vale yo ahora no me tengo que encargar de una familia, pero tengo que ser responsable, es decir, tengo que aceptar las consecuencias de lo que hago. Si yo me pierdo un viernes por la noche tengo que aceptar que al día siguiente voy a estar hecho una patata, o sea, eso es responsabilidad, eso es empezar por ahí, y yo hago un montón de cosas entre las que es ensayar un sábado por la mañana, entonces tengo que aceptar las consecuencias de, eso es responsabilidad, responsabilidad no es llevar un sueldo a casa, responsabilidad es saber cargar con las consecuencias de todo lo que hago, que pueden ser buenas o pueden ser malas, pero es hacerlo y aceptarlo, al fin y al cabo, más que nada.

G1, p. 2.

12. ...que tampoco tienes una responsabilidad como una familia cuando ya.., tienes una responsabilidad contigo y con lo que tú te comprometas, entonces pues eso te da bastante juego, yo creo que te da mucho juego y mucha..

HU20-11, p. 2.

El paraguas familiar de que hablábamos anteriormente es el que posibilita la configuración del período juvenil como una especie de ***moratoria***, de vivir el presente sin ser consciente de las consecuencias para el futuro, consciencia que se va adquiriendo progresivamente, y que relativiza de algún modo la pretensión de responsabilidad recién comentada:

13. ¿Cuando se es joven? Pues lo más normal es que no te preocupe el futuro, o sea, el futuro lejano. Yo, por ejemplo, hasta hace poco yo sólo veía el futuro cercano, quiero decir, que a mí me importaba lo que iba a hacer el día de mañana ¿no?, o sea, mañana, hoy es lunes, pues mañana martes ¿no?, poco a poco te va interesando un poco más cómo vas a ir enfocando tu vida, porque claro, si escoges hacer algo ahora, luego va a tener repercusiones ¿no?, te importa más el formar la función de tu vida.

MU21-1, p. 18-19.

14. ...pero a lo mejor quizá la vida entre los 17 y los 20 años no busques tanto los valores, los buscas más tarde, vas solamente a pasártelo bien...

MU20-2, p. 11.

Esta especie de moratoria nos recuerda al concepto eriksoniano de "moratoria psicosocial" (Erikson, 1.968), como libre experimentación de rol que caracteriza a la adolescencia, antes de la integración del joven en el mundo adulto. En efecto, la juventud es descrita como un período de gran vitalidad y potencial, con una gran cantidad de posibilidades de aprender, descubrir, inspeccionar y hacer cosas nuevas. Son posibilidades para aprovechar la vida al máximo, divertirse, viajar, estudiar (formarse), ayudar a la sociedad y prepararse para el futuro:

15. ¿De ser joven?, que puedes hacer lo que quieras, sin preocuparte, y que no sé, por ser joven te dan muchas facilidades, si eres mayor ya tienes que tener tus problemas, tus hijos, no sé, cuando eres joven te los estás pasando bien, sólo piensas en divertirte, hasta que.., bueno, eso de divertirte entre comillas, porque tienes que estudiar, tienes que sacarte tu futuro, ¿no?, pero bueno que estás pensando en tu futuro, que ves como una posibilidad de ser lo que quieres, tienes ahí una posibilidad, como si fuera una materia prima, con la que puedes hacer lo que tú quieras, tienes 4 mil caminos para hacer, y eso es lo que mola...

MC19-21, p. 10.

16. E.- ...¿qué cosas me dirías que te gustan de ser joven?
O.- Pues que como vas descubriendo todo poco a poco, pues tiene su gracia, ¿no?, el mirar hacia el futuro y encontrártelo con posibilidades, eso yo creo que es lo mejor de la juventud. Es que otra cosa, no sé, es que no creo que tenga otra cosa la juventud, entonces no sé, es mirar hacia adelante y soñar un poco con el futuro y.., es que no.., bueno, un poco la vitalidad que tienen los jóvenes, ¿no?, creo que.., supongo que es lo mismo que mirar hacia adelante y encontrarse con el futuro, las ganas de tirar hacia adelante, eso es lo más bonito de ser joven.

HU20-12, p. 6.

Los entrevistados dan la impresión de estar viviendo esa etapa de libre experimentación descrita por Erikson, donde todo es posible y todo está por decidir, lo cual permite imaginar un futuro deseable. Cuestión diferente sería indagar hasta qué punto esas posibilidades se actualizan y son realmente aprovechadas o aprovechables. Según lo que

hemos visto en las entrevistas, el potencial que se aprecia en la juventud es utilizado, de una u otra forma, por todos los jóvenes en lo que se refiere al tiempo de ocio, la diversión. Sin embargo, son muchas más las constricciones y limitaciones en otros terrenos, especialmente en lo que se refiere a los proyectos para el futuro y que tratamos en extenso en otros apartados (ver V.3. y VI.5.). Reseñaremos, de todos modos, la forma en que este período vital es visto como un momento de formación y preparación:

17. ...yo creo también que el joven, aparte de ayudar ahora mismo, lo que tiene que pensar es prepararse, en formarse como persona, y una vez que ya esté formado y realmente pueda dar algo, pues empezar a preocuparse..

G3, p. 7.

18. Pues no sé, porque es un período como que se te justifica el que puedas estar inspeccionando un mogollón de cosas, ¿no?, por el mero hecho de ser joven pues es tu deber y estás en tu situación, ¿no?, y no sé, pienso que a lo mejor esa cosa que se nos ve a nosotros como propia de nuestra edad y de nuestro período vital de desarrollo, no sé qué, pues cuando llegue cierta edad lo van a ver como una irresponsabilidad, o bueno, lo van a ver..

MU20-9, p. 2-3.

En definitiva, la libertad es sentida de una manera tan fuerte en este momento vital, a pesar de las limitaciones que presenta, como una libertad más o menos recientemente conquistada u otorgada progresivamente:

19. ...yo creo que llega un momento que tienes 13 o 14 años que empiezas a gritar y a decir: yo soy yo y estoy aquí y necesito mis cosas y te creas tu mundo totalmente aparte.

MU20-2, p. 8.

Y como tal libertad recientemente adquirida y cuyas cotas van en aumento constante, es percibida como un sinnúmero de posibilidades de actuación que se abren para cada joven, las cuales cobran mayor importancia que las limitaciones y constricciones que relativizan tal libertad y son actualizadas en mayor o menor medida dependiendo del aspecto concreto de que se trate y de la posición e identidad del joven.

El influjo de esta apertura a nuevas posibilidades es tan importante que se piensa

como algo más que una etapa concreta en la vida de la persona, deviene una actitud que puede mantenerse durante toda la vida:

20. O1.- Por lo menos para mí ser joven no corresponde a una edad física, sino a un estado emocional, es decir..
O6.- A mí me gustaría pensar eso también.
O1.- Yo conozco personas que con 20 años son bastante más decrépitas..
O6.- Sí, sí, sí.
O1.- ..que gente que tiene 68, conozco gente con 68 que hace de todo, que se interesa por todo, que se mueve a por todo y tíos año y medio mayores que yo que se pasan todo el día apoltronados en un sillón sin hacer nada..
O6.- Sí, y no tanto también..
O1.- y diciendo que qué malo es todo. Yo creo que cuando hablamos de juventud realmente, o de espíritu joven, hay que hablar de una cosa más emocional que física.

G1, p. 4.

Esta actitud de interés por todo (cabría decir por todo lo nuevo) es una buena muestra de lo que se considera una juvenilización de la vida social, donde las actitudes y comportamientos propios de la juventud son cada vez más extensibles y extendidos efectivamente a otros momentos vitales progresivamente, al menos en algunos aspectos. Esto no redunda, sin embargo, en una disolución de la diferencia entre juventud y vida adulta, pues parece que los jóvenes son la población más adecuada, por su menor carga experiencial, para convertirse en la vanguardia de una sociedad altamente cambiante, pues es en este momento vital cuando tal actitud es, al parecer, definitoria y virtualmente obligatoria (ver Beltrán et al., 1.984; Moya, 1.983).

Si lo expuesto hasta el momento lo encontramos de una u otra manera en la casi totalidad de las entrevistas, la ***rebeldía***, otro elemento supuestamente estereotípico de la juventud, no aparece de la misma manera. En efecto, las referencias a la juventud como transformadora de la realidad social no están demasiado presentes y además no siempre en sentido positivo:

21. O1.- ...pero vamos, yo no me siento de romper con todos los moldes ni romper con todas las tradiciones porque la tradición es buena, siempre que no se demuestre lo contrario, tampoco hay que seguirla a rajatabla...

G2, p. 1.

22. ...quizá en la juventud haya un impulso de rebeldía, pero que muchas veces más que rebeldía es inmadurez.

MU19-6, p. 10.

En la primera cita apreciamos cómo el romper las tradiciones se considera algo propio de la juventud, lo cual es lo que conduce a esta persona a tener que pronunciarse, si bien negativamente, ante tal concepción. La segunda inaugura una serie de referencias críticas hacia esa misma concepción, bien sea porque se considere inadecuada para la juventud en general o para la juventud actual en particular. Lo que resalta es que mientras en el caso de la libertad el punto de comparación explícito e implícito era la edad adulta, en este momento encontramos la construcción social de la juventud de una generación concreta como espejo ante el que confrontar la 'realidad' de la generación actual. La comparación se establece, en definitiva, respecto a la idealización de la llamada generación de mayo del 68, que se ha convertido en la juventud modelo, por su gran compromiso social e implicación en la política:

23. ...te decía mayo del 68 porque parece ser que es el baluarte de la juventud, para todo el mundo. Pues no sé las diferencias con las juventudes anteriores en este país, con el franquismo es normal que en un régimen sean todavía más parados que nosotros, más reaccionarios...

HU19-10, p. 6.

En este fragmento apreciamos la ambivalencia presente en la consideración de las juventudes anteriores. Por un lado, las movilizaciones juveniles del 68 se han convertido en un hecho clave de nuestra sociedad, que define una juventud comprometida con el cambio de la misma. Sin embargo, y por otro lado, aparece la experiencia de buena parte de los jóvenes, cuyos padres, que por edad se encuadrarían más o menos en esa generación

idealizada, no solamente hacen gala de unas actitudes que no corresponden con tal 'espíritu del 68', sino que además vivencialmente no participaron en las revueltas juveniles de ese momento.

Lo importante de tal punto de comparación es que se erige en una referencia positiva sobre la que denigrar a la juventud actual como apática, conformista, etc. Es lo que circulaba en el momento de realización de las entrevistas (1.994) con una denominación proveniente de una obra literaria ("La Generación X", Douglas Coupland, 1.991):

24. No sé, yo pienso que la juventud siempre es igual, o sea, durante toda la vida, o sea, cambia la forma de vivir y todo eso, pero a mí las tonterías que se dicen ahora que si generación X y que si generación del 68, a mí todo eso no.., hombre, de acuerdo que una serie de factores históricos o el momento en que vivas te pueda afectar más, ¿no?, pero yo no creo que seamos todos como se dice, aunque seamos más apáticos, a lo mejor somos más pasotas, no sé, te lo tomas todo con más filosofía, pero nada, no sé, para mí cada uno es como es, no sé, no hay nada que.., yo no creo que se te pueda meter en un grupo, eres de tal generación y eres así.

MU20-8, p. 1.

Este término[3] se convirtió en una descripción negativa de la juventud ante el que todo joven hubo de pronunciarse de alguna manera. Sin embargo, en nuestras entrevistas la descripción de la juventud actual como generación X -falta de valores, conformismo, apatía- no se rechaza porque no se adecue a lo que se considera que son los jóvenes en general, sino porque no responde a la totalidad de la juventud, suponiendo un encasillamiento excesivo:

25. ¿Y de la juventud?, no sé, no me gusta, que se dejen de la generación X, que no todo el mundo somos idiotas, no me gusta que todo el mundo diga eso, (...) como digo yo, características de la juventud, yo pienso que siempre ha sido igual, los de la generación X, no tenemos valores y tal, hombre, valores siempre hay, igual que ideología siempre hay, hay quien no tiene ideología pero es porque está vegetando, pero claro, ¿que son sus ideas y sus aficiones,

[3] Desde el momento presente, 1.996, la generación X parece haber desaparecido con la misma rapidez con que llegó, a partir de un libro norteamericano sólo en parte responsable del revuelo formado en derredor suyo.

que su máxima aspiración es salir el sábado y emborracharse?, pues sí, la mayoría, pero a lo mejor en la generación de mi padre su máxima aspiración era comprarse unas plataformas e irse a un guateque de esos, que la inmensa mayoría siempre ha sido así, que no quiere decirse la característica de una.., habrá gente y siempre serán grupos reducidos, los intelectuales son a lo mejor un grupo reducido de personas, no toda la sociedad.

MU21-15, p. 9.

Y es que en general los jóvenes tienen una *concepción* bastante *negativa* de su generación y de la sociedad: apatía, falta de compromiso, conformismo, pasividad, desilusión respecto de las instituciones:

26. ...cuestión así de preocuparte un poco por el país y eso, la veo una minoría pero vamos.
E.- ¿Sí?, ¿tú ves que la gente no habla normalmente de eso?
A.- Sí habla, pero no se lo toman en serio, porque ven.., todo el mundo te dice, ¿qué vamos a hacer?, no puedes hacer nada, es la contestación que te da la mayoría de la gente, y la verdad es que por lo que se ve es verdad, no sé, es gente poco luchadora, eso es la tónica general, conformista, acomodada, pero nos han hecho así, no tenemos la culpa, yo lo veo así.

MC19-21, p. 14.

Como se aprecia en las dos últimas citas, como en otros muchos fragmentos de entrevistas, se caracteriza de esta manera a la generalidad de la juventud, sin que normalmente el propio sujeto se considere incluido en tal descripción, salvo cuando se trata de exculparse de la responsabilidad por tal situación[4]. La caracterización negativa no solamente concierne a esa actitud frente a la sociedad, sino que se completa con la afirmación de lo que es el único interés de la mayoría de la juventud, según sus propias palabras, salir de juerga el fin de semana a beber y emborracharse (ver también cita 25):

27. O1.- ...a mí me da mucha rabia, que vale, que a lo mejor hay, yo se qué, un 90% de la gente que lo que va todos los fines de semana a emborracharse y, o sea, se tiene a la juventud como si fueran los alocados, que no, que nadie, o sea, que no miran por el futuro, ni están interesados por nada ni nada, y yo

[4] Es lo que en otra parte (Revilla, 1.995) he llamado discurso heteroafirmante, un discurso que elude la responsabilidad de los fracasos a costa de no poder atribuirse los éxitos.

pienso que no, que hay, vale, habrá una mayoría, pero es que creo que no por la mayoría se debe mirar a todos, (...) que vale, que sí, que es una edad que te gusta salir por ahí y si algún día pues te pones un poco puntillo pues.., pero no sé, que hay mucha que lo hace pero sabiendo lo que hace, ¿que hay otra que no?, pues bueno, pero que la juventud que no sé, que yo creo que estamos enderezados...

G4, p. 2.

Como vemos, la diferencia entre lo que hace esa mayoría y lo que hace la supuesta minoría a la que pertenecen los entrevistados es sumamente sutil, pues más que realizar actividades diferentes en el tiempo ocio, se trata de una centralidad de esa actividad frente al resto, especialmente frente a lo que se considera como las responsabilidades de los jóvenes. De mismo modo, cuando se preguntaba a los entrevistados por las diferencias entre unos jóvenes y otros, aparecían igualmente tanto la caracterización de una mayoría apática y conformista como la de una mayoría únicamente preocupados en divertirse:

28. O3.- Pero si estamos mirando a los jóvenes como edad entre tanto y tanto, entonces es que hay que hacer un montón de divisiones, hasta ahora estamos refiriéndonos a jóvenes, o sea, todos los jóvenes, y están los jóvenes que lo único que hacen es salir a divertirse arrasando con lo que sea, están los jóvenes que hacen lo mismo dentro de un orden, están..

G1, p. 5.

En cualquier caso, tal como aparece en el discurso, estas caracterizaciones tan negativas parecen propias de un autoestereotipo negativo por parte de los jóvenes, quizá no demasiado diferente -en cuanto a proceso, no contenido- de los que pueden existir en grupos sociales de algún modo discriminados o desprovistos de poder, como son las mujeres, las minorías étnicas, etc. Quizá no sea fácil saber de dónde procede tal expresión de pesimismo generacional tan duramente expresado por la mayor parte de los jóvenes entrevistados. Lo más plausible con los datos de los que disponemos sería suponer que este autoestereotipo proviene del repertorio discursivo antes comentado que considera como conformista y apática a la juventud actual a la vista de una comparación desfavorable con lo que es la idealización

de la generación del 68. Esta consideración negativa ha sido claramente interiorizada por nuestros jóvenes, al menos en lo que respecta a lo que sería la generalidad de sus coetáneos. ¿Qué ***estrategias*** utilizan para *desmarcarse* de este *autoestereotipo grupal negativo*?

En primer lugar, en algunas entrevistas encontramos que se hace hincapié en que la diversión no es lo más central para la persona, sino que existen otras cosas igual o más importantes. Lo que resalta es la cantidad de jóvenes que cada fin de semana se divierten y cometen excesos, quedando en segundo plano las demás actividades que éstos realizan:

29. O1.- Yo creo que todos en algún momento somos así, ¿no?, pero que también hay momentos en los que se es responsable, que es que no siempre, se generaliza que porque un día vayas y te vayas a un bar y te pongas un poco puntillo o te lo quieras pasar bien..
A4.- O te pilles una cogorza de cuidado.
O1.- ...o te pilles una que no te puedas ni levantar, no quiere decir que siempre, siempre vayas a estar así, porque es que es lo que se ve, lo que dicen, hay momentos en los que puedes y en los que no puedes.

G4, p. 4.

En segundo lugar, existe la posibilidad de otro tipo de generalización, a saber, el hecho de que porque haya gente cuyo mayor interés sea la diversión, olvidar que existen otras personas para quienes no lo es (ver cita 27), en este caso porque es más notorio el comportamiento de aquellos que se divierten de manera excesiva. En esta estrategia encontramos una variante: bien el grupo de los juerguistas es minoritario, encuadrándose el sujeto en una supuesta normalidad, bien la mayoría de la juventud tiene en la diversión su mayor interés, situándose el sujeto en una supuesta minoría:

30. ...yo creo que siempre se ha juzgado por 4 jóvenes, todos los jóvenes les gusta hacer esto, ir a las discotecas y tal, beber, fumar, y tal...

HC17-23, p. 10.

31. pues hay una masa inútil, ¿no?, de gente, no es que no merezca la pena, sino que es que por mucho que profundices, sinceramente, no le encuentras nada (...) se mueven por inercia y eso, sí, sí te das cuenta de eso, y luego hay una minoría de gente que tiene unos motivos, bueno, pues no sé, o unas causas,

yo qué sé, o una estructura mental, o no sé, o una manera de ver la vida, ¿no?, pues pensada, o que ellos se han cocido, o que no se la han dado hecha, o tal, o que por lo menos eso intenta, ¿no?

MU20-9, p. 5.

Existen también una serie de estrategias en defensa de la propia juventud, es decir, que intentan menoscabar la fuerza del estereotipo grupal negativo, como son:

- Afirmar la influencia de la época y la sociedad en la propia juventud (ver cita 26).

- Postular que la juventud de otras generaciones ha sido parecida (ver cita 25).

- Encontrar similitudes entre adultos y jóvenes, por ejemplo, que hay gente mayor buena y mala, al igual que hay jóvenes mejores y peores (HC17-23, p.10.) o que es posible ver actitudes consideradas juveniles también entre la gente adulta (HU21-20, p.4).

Por otro lado, ha sido posible encontrar combinaciones de los dos tipos de estrategias, esto es, incluir en el mismo discurso estrategias de defensa personal frente al estereotipo negativo a la vez que de defensa grupal, por ejemplo, situarse dentro de una minoría a la que no es posible aplicar el estereotipo y además afirmar que siempre ha ocurrido lo mismo en la juventud (ver cita 25), o también quejarse de una generalización injusta por el comportamiento de una minoría y encontrar a la vez similitudes entre adultos y jóvenes (ver cita 30).

Por supuesto, el presente trabajo no puede obtener resultados en cuanto a la frecuencia de uso de unas y otras estrategias, sino solamente identificar y encontrar sentido a las que son efectivamente empleadas en nuestro material empírico.

Existe otra idea ampliamente compartida de lo que es ser joven, aquella que define la juventud como un momento de ***diversión***, de disfrutar de la vida. Esto es así, en primer lugar, porque hay una disponibilidad importante de tiempo, gracias, como vimos antes, a las menores responsabilidades a las que hay que hacer frente:

32. E.- ...¿qué cosas te gustan de ser joven?, si hay algo que te guste.
O.- Tener tiempo para vivir, para disfrutar de la vida, pienso que aunque estés estudiando, estudiando tienes tiempo para disfrutar bastante y luego te vas haciendo mayor, llegan las responsabilidades, llega el trabajo, y ya no tienes tanto tiempo para disfrutar de la vida, yo creo que lo más importantes es eso, de la juventud, disfrutar de la vida.

HF22-26, p. 7.

De esta manera, para nuestros entrevistados, todos estudiantes, trabajar es de alguna manera dejar de ser joven:

33. ...yo creo que efectivamente la libertad que puedo tener yo la puede tener cualquier persona de 40 años, ¿no?, las cosas que hago yo, si yo ahora mismo estuviera trabajando estaríamos en la misma situación, yo creo que sí.

MC19-21, p. 11.

Probablemente por el estereotipo negativo antes comentado, en muchos casos los entrevistados incluyen junto a la afirmación de que es el momento de divertirse el hecho de que haya que hacerlo dentro de unos límites, 'sin pasarse':

34. O2.- A mí lo que más me gusta, no sé, la gente que sale por ahí, que se desfasa un poquito pero sin pasarse, que va de marcha, puede levantarse a las 8, a las 9 ya, sí, por ahí, y que se toma sus copas, que también tiene un poco de precaución..

G3, p. 3.

O bien que esto no es lo único en la vida del joven, o que hay momentos determinados para divertirse y otros para ser responsables:

35. Hombre, es que yo salgo, vale, yo me voy de marcha por ahí, pero a mí también me preocupan otras cosas, entonces yo creo que una cosa no quita la otra, no vas a estar ni todo el día de marcha ni todo el día pensando en la realidad social...

MU20-18, p. 2.

Pero de cualquier manera, no se está dispuesto a renunciar a la diversión con facilidad, en el caso de que otra actividad coincida temporalmente con las salidas con los amigos:

36. ...yo tengo que estar en casa a las 12, una hora que tengo que respetar y el otro día pues hubo una reunión y tuve que ir de 4 a 8 y media, quedé con mis amigos, tuve que quedar a las 9 en Moncloa para venirme a las 12, pero me sacrifiqué y fui, pero 2 seguidas no, o sea, que se vaya despidiendo el cura de verme de 6 a 8 los sábados allí porque no...

G2, p. 11.

Y es que, en definitiva, salir a divertirse es algo más que el puro y simple disfrute, pues constituye un espacio de encuentro e intercambio con otros jóvenes, el grupo de iguales (ver apartados V.1.). Además, es un espacio donde ellos son los protagonistas, es plenamente su espacio, sobre el que pueden ejercer un control total, al contrario de lo que sucede en el resto de los ámbitos en los que están inmersos y participan.

En efecto, la juventud es dependiente, en primer lugar y fundamentalmente, del núcleo familiar del que forma parte cada joven. Esta dependencia es sentida básicamente a nivel económico y normativo:

37. O3.-...además de eso, está el problema de los padres, si vives con ellos, que sólo por estar en casa tienes que.., tienes que rebajarte vamos a decir, de alguna manera, a sus reglas, a lo mejor que tienes que estar a una hora, al menos para cenar, y después si te quieres largar irte por ahí, pero o sea, que sepan dónde estás, al menos que estás bien, no largarte por ahí a lo mejor un día sin más...

G5, p. 4.

38. ...porque todos sabemos que la libertad económica en los jóvenes casi no existe, porque siempre dependes de tus padres y tal, pero vamos, como puedes hacer cosas al margen del dinero, con tu abono ya te puedes mover por todo Madrid, y con eso quizá ya sea suficiente

HU20-11, p. 2.

Ya hemos comentado cómo esta dependencia es la que permite al joven esa libertad tan extensamente proclamada y basada en las menores responsabilidades. Sin embargo, la posibilidad de disfrutar de la moratoria tiene su precio, el precio de no ser tomados como actores sociales plenos, en igualdad de derechos y deberes con la población adulta:

39. A2.- Yo creo que, a mí lo que no me gusta es que confundan, somos jóvenes

pero no pequeños, yo conozco un montón de gente que te dice, claro como tú eres pequeña, no sé qué, y yo soy joven, pero pequeña no.

G2, p. 8.

40. E.- Ya, ¿alguna cosa más que te guste de ser joven, o que te disguste también?
A.- Ah, sí, bueno, pues que no nos toman en serio, que no nos oyen.

MU20-9, p. 4.

Esto que puede resultar comprensible y casi natural, pues los jóvenes se encuentran en un momento de desarrollo físico y de socialización, no lo es tanto cuando la situación se alarga hasta unas edades en las que este proceso de crecimiento ha finalizado hace mucho tiempo.

Esta situación de dependencia y de práctica minoría de edad es lo que posibilita la existencia del estereotipo negativo antes glosado, pues es la población adulta la que domina la producción y difusión de los discursos sociales. Estos discursos sociales sobre la juventud, que hemos descrito en el presente apartado en la medida en que son utilizados por los jóvenes de nuestras entrevistas, delimitan no solamente las posibilidades de ser joven en el momento actual en nuestra sociedad, sino también tanto los ámbitos privilegiados o recomendados para este grupo social como aquellos de los que son más o menos claramente excluidos.

Esto queda patente en los dos fragmentos precedentes (citas 39 y 40): ser tratados como pequeños o no ser tomados en serio parecen indicaciones de la restricción de participación en ciertos ámbitos, aunque aquí sea expuesto de manera general. Pero también hemos encontrado una instancia de discurso donde se aprecia una paradoja que parece tomar sentido con la presente explicación:

41. O1.- Yo de todas formas creo que es una cuestión social porque se dice: como son jóvenes, se es más permisivo, o sea, siempre..
O3.- Depende de las personas.
O1.- La mayoría de la gente de los adultos..
O3.- Hay gente que hasta te exige más por ser joven, o sea..
O1.- Sí, no, pero la mayoría de los adultos..

O3.- Sí, porque oye, tú ves al compañero de trabajo pues sí, puedes pensar lo que quieras, que es lo que sea, pero no se lo vas a decir a la cara, en cambio tú ves a un chaval, a un joven como nosotros y no es la primera vez que me dicen por la calle: por favor ¿cómo te atreves a hacer eso?, es que cuando yo era joven teníamos mucho más respeto a nuestros mayores, todas esas cosas, o sea, depende, por una parte te exigen más, por otra parte te exigen menos.
O6.- Eso es una chorrada.
O3.- Es una chorrada, pero te lo dicen y fastidia.
O4.- A mí me hace mucha gracia ver señoras con abrigo de piel en el metro, que se cuelan por debajo, y los primeros que se cuelan son los mayores, luego un joven se cuela: ¡qué vergüenza!, ah, la juventud de este país, luego estás en la cola del autobús y viene una señora muy bien puesta y te hace ¡pas!, y te quita de en medio, y porque ella tenga 50 años más que tú..
(...)
O1.- Estamos hablando del fenómeno que sucede todos los viernes, o sea, rebaños enteros de jóvenes con cogorzas kilométricas, pues bien, existe una permisividad por parte de los adultos que se justifica porque se es joven.
O6.- Es que no es una permisividad, sino que los señores de 30 años también lo hacen, o los, la gente cuando sale de trabajar se coge unas mierdecillas impresionantes.
O1.- Sí, pero cuando lo hace un tío de 30 años se le mira por encima del hombro, cuando lo hace un tío de 18 se le dice:
O6.- Se le critica.
O1.- Se le dice: es joven.
O6.- ¿Eso lo dices tú?
O2.- Es joven, eso es lo típico que te dicen.
O1.- Eso no lo digo yo, eso a mí me lo ha dicho un montón de gente.
O6.- ¿Ah, sí?, pues a mí nunca.

G1, pp. 3-4.

La paradoja queda delimitada, según sus propias palabras, por un lado por una exigencia mayor y por otro una mayor permisividad en comparación con la población adulta. Esa exigencia mayor se concreta en que se dice al joven lo que tiene que hacer -lo que no se hace con un adulto- y, en voz de otro participante, que no se critica a los adultos como se critica a los jóvenes. Ambos ejemplos provienen de relaciones anónimas en medio urbano, un espacio de participación ciudadana donde se da por supuesta la igualdad de todos los presentes, igualdad que queda en entredicho cuando el participante es joven. Esto parece confirmar la aseveración anterior de que los jóvenes no son tomados como actores sociales plenos.

Respecto a la permisividad mayor, ésta se limita al terreno de la diversión, que queda definido como el espacio propio de los jóvenes, donde un adulto (30 años) es visto con malos ojos, al menos si se sobrepasa del mismo modo que un joven. De este modo, pues, se puede apreciar lo antes anunciado, esto es, que el ámbito que se privilegia, de uno u otro modo, para la participación juvenil es el relacionado con el ocio y la diversión, pues otros campos les son, sino vedados, al menos restringidos.

Por otro lado, esa mayor exigencia en la interacción junto con el estereotipo negativo ya comentado se convierten en un instrumento de control de la población juvenil. Por un lado, porque el hecho de que exista tal estereotipo y la posibilidad de ser 'llamado al orden' con más facilidad que un adulto ante un comportamiento inadecuado ha de redundar necesariamente en que se vigile más estrechamente cualquier conducta inadecuada. Además, la necesidad sentida por los jóvenes de desmarcarse de tal estereotipo conduce a cuestionarlo comportamentalmente, es decir, a actuar de manera opuesta a lo que se supone que es el comportamiento estereotípico, de forma que se pueda argumentar con una base 'real' que uno no es como se supone que son los jóvenes, cuando menos en los aspectos que se rechazan de tal construcción discursiva[5].

Quizá las noticias que de cuando en cuando aparecen en los medios de comunicación parezcan cuestionar el análisis precedente. La violencia y otro tipo de excesos que aparecen en los espacios de ocio parecen estar muy lejos de lo que es una población sometida a control y con interés en desmentir un estereotipo grupal negativo. Sin tener información suficiente sobre el particular, todo parece apuntar, desde mi punto de vista, que siendo el espacio de ocio el privilegiado para la juventud, éste se convierte en una especie de 'territorio sin ley',

[5] En otro lado (Revilla, 1.995) he mostrado cómo la descripción desfavorable que recibe una persona por parte de otros interactuantes importantes para ella supone un impulso para comportarse de una manera que haga evidente la inadecuación de tal descripción.

donde las normas adultas quedan en suspenso -quizá se podría hablar de un espacio de transgresión, donde se trataría precisamente de romper esas reglas- y donde es permisible lo que es divertido y novedoso. La descripción de estos espacios de ocio, en la medida en que aparecen en las entrevistas realizadas y son importantes para la identidad de los jóvenes han sido tratados en el apartado V.1.

En definitiva, el análisis del discurso nos muestra a la juventud como una población dependiente que, paradójicamente, afirma su libertad con inusitada energía. Se trata de una población que piensa estar viviendo en una época de libre inspección -una especie de moratoria-, posible gracias al paraguas protector que supone la familia, sustento de tal posibilidad como también del disfrute y diversión a los que no se está dispuesto a renunciar.

Sin embargo, la juventud ha interiorizado también una estereotipo negativo respecto a su generación que no son capaces de desmentir y negar, sino solamente de justificar o de desmarcarse personalmente de él. Como población dependiente, la juventud tiene restringida su participación en los ámbitos adultos, mientras que se le reserva uno en particular, a saber, los espacios de ocio.

Lo que a nivel estructural y sociológico puede tener sentido, a nivel psicosocial, el propio de este trabajo, tal ambivalencia de lo que es la identidad juvenil crea un cierto conflicto en los requerimientos a los que se ve sometido el joven, el cual por un lado parece llamado a inspeccionar, innovar y transgredir y por otro se demanda de él una actuación correcta y respetuosa con las normas sociales. Esta ambivalencia es el marco cultural dentro del cual se desenvuelve la identidad de los jóvenes y que es resuelto de diferente manera según la especial configuración de los demás referentes identitarios que se da en cada individuo concreto.

En este apartado nos hemos ocupado, pues, del discurso autorreferido que, pensamos,

proporciona el marco genérico de la identidad de los jóvenes, esto es, los límites dentro de los cuales la identidad de los jóvenes ha de encontrar acomodo, pues sobrepasarlos supondría una renuncia más o menos explícita a la propia identidad juvenil. A continuación, procederemos a la consideración de la subcultura juvenil formada en los espacios de ocio, como proveedora de una serie de materiales identitarios reunidos en torno a lo que vamos a denominar en este trabajo estilos juveniles.

2. SUBCULTURAS Y ESTILOS JUVENILES.

En efecto, mientras en el apartado anterior nos ocupamos del marco general de la juventud, ahora es el momento de tratar las diferencias que ven nuestros jóvenes entre unos y otros, y que nos remiten de una u otra manera a estos elementos subculturales que se agrupan en torno a los *estilos juveniles*[6].

Ya señalamos en el apartado anterior cómo una de las formas más frecuentes de señalar diferencias entre jóvenes era en base a su manera de divertirse, su actitud en los espacios de ocio. Así, se criticaba con contundencia a la gente que se extralimitaba en esos momentos de diversión o que su único interés residía en disfrutar los fines de semana. Esto confirma de algún modo nuestra argumentación acerca de la centralidad que este espacio tiene para nuestros jóvenes. Aun más si nos fijamos cómo una importante categoría que apreciamos en el análisis de las diferencias percibidas entre los jóvenes hace referencia al

[6] El concepto de estilo juvenil lo hemos preferido al más común de tribu urbana, por pensar que recoge de mejor manera el conjunto de contenidos que vamos a detallar a continuación.

estilo, al ambiente o a los sitios que se frecuentan:

1. E.- ¿Y ves así muchas diferencias entre unos jóvenes y otros?
O.- Hombre, hay bastantes diferencias, hay grupos de personas diferentes en todos los sitios, tienen una mentalidad diferente, les gusta un ambiente diferente, una música diferente, un sitio diferente, hay bastante diversidad, sobre todo aquí en Madrid...

HF22-26, p. 7.

Estos estilos incluyen necesariamente un posicionamiento determinado respecto a la subcultura juvenil y su mercado (música y moda especialmente), pero también incluye en muchos casos una determinada actitud más o menos genérica respecto a la vida social adulta:

2. ...antiguamente había diferencias, de heavies, un poco de la forma de vestir, ¿no?, y una actitud, eso es indudable que la forma de vestir te impone una actitud, ahora ya no ves eso, ahora ya ves siempre a la misma gente, la misma gente, además se ha hecho una mezcolanza total, es decir, se ha absorbido todo tipo de movimiento, lo han absorbido y han hecho algo tan.., no sé, tan uniforme, tan vacío, y poco contenido, antes los heavies, los heavies como te digo los punkies, quien te dice cualquier movimiento te dice una idea detrás de cada movimiento, una pasión, una música, algo, ¿no?...

HU21-20, p. 5.

Por supuesto, los estilos no son omnicomprensivos, es decir, no se ocupan de todos los aspectos que pueden ser relevantes para la vida del joven, sino solamente de unos determinados, con lo que dejan unos amplios márgenes de maniobra en los que el individuo puede afirmar su adscripción a otros significantes identitarios o su individualidad, alejándose así de una posible acusación de gregarismo, por seguir un estilo previamente constituido como tal.

La mayoría de nuestros entrevistados no participaban de un estilo juvenil concreto; buena parte de ellos se consideran como 'normales' si se les pregunta por su estilo. A pesar de ello, su manera de clasificar a los jóvenes en general utiliza estos componentes que hemos identificado como un estilo juvenil, e incluso cuando hablan de sí como 'normales' hacen referencia a la imagen, o a gustos musicales no encuadrables en cualquiera de los estilos

juveniles más presentes en los medios y también en el discurso de los entrevistados. Como muestra, en nuestro material aparece buena cantidad de referencias a la música para la expresión de diferencias entre jóvenes:

3. ...yo por ejemplo veo muy mal que se discrimine a los homosexuales, ¿por qué se les tiene que discriminar?, si son personas, o sea, es que no veo que.., que vale, que sí, que se hace mucho cachondeíto alrededor, vale, porque que si los chistes que va una mariposa por ahí, no sé qué, pero que yo qué sé, no se le debería dar más importancia, no sé porque hay que discriminar a una persona, porque son personas, y yo creo que no sé, no es algo que lo eligen, y si lo eligen, pues yo qué sé, tienen un gusto y ya está, igual que a mí me puede gustar la música heavy, a otro le puede gustar otra música, o sea, yo eso no lo entiendo...

G4, p. 30.

4. ...veo tal uniformidad que eso es algo que también te echa para atrás, además es algo curioso, yo, por ejemplo, en el colegio, el último año, el COU, éramos una clase en la que aun, y parece una tontería, vamos, pero es bastante significativo, ¿no?, había heavies, había un poco diferencias, ¿no?,

HU21-20, p. 5.

Como se ve, la música se utiliza para ejemplificar diferencias entre unos y otros jóvenes, incluso en temas que no tienen nada que ver en absoluto (cita 3). Para ello, se toma en el ejemplo alguno de los estilos juveniles más conocidos y mejor caracterizados, como es el caso del estilo 'heavy' en estas dos citas, pero también el 'punk', el 'skin' o el 'pijo' en otras ocasiones, o el 'hippie' en las referencias a la generación anterior. El estilo, pues, se considera que queda definido con la mera referencia a la música, por lo que parece que ésta ocupa un lugar primordial en la configuración del mismo. De hecho, los estilos juveniles más conocidos de las últimas décadas (hippies, mods, rockers, heavies, punkies, modernos, siniestros, skins, bakalaeros, etc.) han tenido siempre un tipo de música asociado, normalmente conocido por la misma denominación.

La música también es nombrada como razón para acudir a uno u otro local, en función de la música que normalmente es posible escuchar en él:

5. ...vamos de un lado a otro, donde más nos guste, volvemos a guiarnos por la música (risa) otra vez, la que nos gusta más o menos, la verdad es que solemos ir a sitios donde ponen música española, nos gusta mucho, no sé.

MF19-25, p. 8.

De igual modo, la forma de vestir (la imagen) también aparece como medio de expresión de diferencias entre jóvenes:

6. E.- Pero ¿en qué ves a otros jóvenes diferentes de ti, por ejemplo?
O.- Hombre, tienes muchas cosas, forma de vestir, la música que te gusta, si te gusta estar con tus amigos o lo que prefieres es irte solo, porque hay gente que se va sola por ahí, le gusta, yo qué sé,

HF22-26, pp. 7-8.

Esta predilección por la música española (cita 5) -pop fundamentalmente, nada que ver con lo que habitualmente se conoce como música española- parece ser propia de la mayoría de los jóvenes que se consideran como 'normales' y que no pertenecen a ningún estilo juvenil característico. Podríamos decir que este estilo más frecuente tiene en música el referente recién apuntado. En cuanto a imagen lo que ellos llaman también un 'estilo normal':

7. E.- Y ¿cómo definirías tu estilo, digamos?
O.- No sé, estar un poco al día, ¿no?, es lo único, me gusta no ser aquí muy estridente, tiro más para vestir un poquito clásico, no me gusta ser aquí un pintón de estos (risas), yo soy muy..

HU20-7, P. 11.

Esto es, se trata de seguir la moda o al menos no salirse de ella, de forma que la indumentaria entre dentro de los parámetros que se consideran como un aspecto joven, el lenguaje común de la juventud. Esta supuesta normalidad permite un amplio margen para la expresión de matices plenos de significado, a pesar de que para un observador externo las diferencias en la indumentaria puedan parecer mínimas. Incluso para un observador todavía joven pero ya alejado de las tendencias de los jóvenes que vienen detrás (ver cita 4).

8. La forma de vestir para mi entender es la personalidad de una persona, cada uno se viste como le gusta vestirse, entonces esa apariencia que tienes exteriormente es como decir yo soy así, o sea, para presentarte a los demás de una manera, ¿no?, mírame cómo visto, así soy un poco por dentro, entonces eso marca diferencias, aunque a mí me da lo mismo hablar con heavies, que si son rockers, que si son pijos, que si sea cualquier cosa, ¿no?,

HF22-26, p. 8.

Pero como vemos en esta cita, la forma de vestir se piensa que tiene un significado, aunque bien es cierto que resulta casi imposible que los jóvenes lo expliciten de manera clara, como hemos constatado a lo largo de las entrevistas. Da la impresión de que solamente los estilos juveniles más conocidos socialmente adquieren una concreción en el significado de sus contenidos, quedando este estilo 'normal', más o menos genérico, de algún modo ligado a las características más generales de lo que es ser joven.

Es así que la música y la indumentaria que constituyen un estilo juvenil quedan asociados a una actitud característica frente a la vida social, si bien, como acabamos de señalar, esto se concreta especialmente en los estilos bien caracterizados (ver también cita 2):

9. E.- Y bueno, ya que ha salido el tema, que dices que lo de los skins te atrae un poco..
O2.- Hombre, yo un poco identificado con ellos sí que me siento, ¿sabes?, pero yo no llego a ser uno de ellos.
E.- Ya, pero digo ¿qué cosas te hacen un poco identificarte con ellos?
O2.- Pues que mi mentalidad es parecida a la suya.
E.- ¿En qué?
O2.- Pues en ideas así políticas, más o menos en todo, también estoy de acuerdo en fútbol, y con el fútbol es mucho, pero más o menos, o sea yo no estoy de acuerdo en todo, para nada, y no soy uno de ellos, pero hay cosas que sí y cosas que no.

G5, p. 10.

10. Por ejemplo ves a alguien vestido de heavy y eso y dices: este ya tiene que ser un radical, ya lo asocias, es algo que lo asocias y punto...

MU19-5, p. 15.

Así pues, la asociación que se realiza pone en relación el estilo juvenil con una actitud

política determinada y una actitud concreta en el fútbol ('skins'), o una actitud genérica ante el resto de la sociedad ('heavy'). Sin embargo, respecto a este estilo genérico ('normal') que hemos caracterizado, resulta difícil encontrar asociaciones tan claras, quizá porque los entrevistados en general muestran una gran reticencia a autodescribirse de forma precisa, prefiriendo unas autodescripciones mucho más matizadas que las caracterizaciones que se realizan de otras personas.

Esto parece confirmarse porque las descripciones de personas que no se consideran pertenecientes a este estilo genérico son especialmente contundentes respecto a lo que ellos aprecian que son los jóvenes 'normales'. En la cita 2, hemos visto cómo aquel joven critica en la juventud precisamente ese vacío para él manifiesto en la inexistencia de unos estilos juveniles definidos y caracterizados por una actitud que podríamos calificar como crítica frente a la sociedad en general. Nuestra impresión, confirmada por la importante presencia que tienen estos estilos juveniles señeros en la práctica totalidad de nuestras entrevistas y grupos, es que estos estilos más bien minoritarios tiñen de algún modo a la población juvenil general.

En efecto, su influencia ha ido normalmente más allá de la identificación de parte de la población juvenil con ese estilo, pues algunas características se han extendido al resto de los jóvenes, sea en la forma de una música que se pone de moda, en elementos del aspecto exterior que se extienden o en la actitud propia del estilo que pasa a ser considerada como la propia de esa generación. Por ejemplo, hemos visto recientemente como elementos de la indumentaria 'skin' (cazadoras bomber, pelo muy corto) se han extendido a población que no puede ser considerada propiamente como 'skin', y que ni siquiera ellos mismos se identifican como tales. De manera similar, la música 'bakalao' ('tecno', 'ambience', etc.) se ha erigido en la música de baile por excelencia, por lo que es consumida por amplias capas

juveniles que no responden en otros aspectos a este estilo, con elementos de su indumentaria característica que se expanden fuera de los márgenes de la pertenencia estilística.

De este modo, estos estilos juveniles se convierten en una especie de minoría activa (Moscovici, 1.979), facilitado por un estilo de comportamiento que parece ser percibido como consistente por nuestros jóvenes. Además, el entramado de los 'mass media' colabora en gran medida a la difusión y conocimiento de estos estilos por parte de la población juvenil general, que en parte los conoce a través de ellos. Estos medios parecen estar ávidos de cualquier novedad juvenil para reseñarla en sus espacios e inmediatamente interpretarlas como una tendencia general de la juventud (ver capítulo I), colaborando decisivamente a la sedimentación y el asentamiento de esos mismos estilos en esa población juvenil, en una especie de profecía autocumplida.

En cualquier caso, las fronteras de los estilos juveniles son muy flexibles y casi imposibles de fijar de manera precisa. En primer lugar, hemos de tener en cuenta que cuando alguien es identificado como perteneciente a un determinado estilo juvenil, aparece inmediatamente la posibilidad de que se le acuse de seguir una moda, de dejarse influir por los demás, constituyendo tal acusación una amenaza para la identidad personal. A este respecto, Widdicombe (1.993, ver también Widdicombe y Wooffitt, 1.995) ha investigado los discursos que los jóvenes utilizan para dar cuenta de su cambio hacia un estilo concreto ('gótico'), y ha llegado a la conclusión de que uno de los temas más importantes que los entrevistados tratan de negociar se refiere a la influencia de los otros en la adopción de tal estilo, de forma que tratan de minimizar discursivamente tal influencia y de afirmar el estilo como una expresión de su yo auténtico. Lo que nosotros hemos observado es que esta necesidad de negar la influencia de los demás puede conducir a negar la identificación plena del individuo con el estilo, aunque sí se reconozca una cierta simpatía, como se puede

apreciar con claridad en la cita 9.

También hay otras explicaciones para no adoptar una identificación plena con un estilo:

11. O3.-...por ejemplo a mí me gusta así mucho la música heavy, no heavy así duro, pero.. más bien el americano, lo que es melodía, melodía así heavy, y entonces pues oye, a mí me gustaría ir con gabardina así larga, con las botas así, con mi melenita, pero no he podido, porque a mi padre sólo le digo de tener el pelo por aquí y de la ostia que me pega me vuelve la cabeza 3 veces.
G5, p. 17.

En este caso, vemos que la prohibición paterna impide una identificación total, pues solamente vistiendo como 'heavy' y siendo tratando por los otros como tal se puede producir tal identificación, aun cuando sea exclusivamente durante una etapa. Y es que buena parte de los entrevistados que se consideran identificados con un estilo juvenil determinado lo hacen en pasado, es decir, hablando de una época en la que fueron 'heavies', 'punkies', 'modernos', 'rappers', etc. Solamente encontramos un estilo juvenil vivido en presente, una entrevistada que se considera a sí misma como 'bakalaera' (MC18-22).

12. ...yo tendría 14 años cuando yo empecé a salir y ellos tendrían pues 17 años, pues ellos salían por aquí y se hicieron modernos de estos, no sé, posmodernos, que iban a un sitio que se llamaba Cambalache, que iban todos en plan The Cure y todo esto, entonces lo llevaron a Soto, y en Soto la gente nos veía muy raros, entonces aquella época era la moda del pijo, de la marca, no sé qué, íbamos todo en contra, o sea, a la contra de todo eso...
HU20-12, p. 3.

Es precisamente una de nuestras entrevistadas más jóvenes la que participa claramente de un estilo, si bien en ningún momento afirma que es 'bakalaera', como sí lo hace en pasado el joven de la cita 12. Esto parece indicar que cuando se produce la participación e identificación de un joven con un estilo con mayor intensidad es precisamente en los primeros años de la juventud y/o los últimos de la adolescencia, como una especie de afirmación rotunda de que ya forman parte de la población juvenil definitivamente.

Pero *¿cuáles* son los *estilos juveniles* y cuáles los significantes que los caracterizan? La respuesta a esta pregunta no es en absoluto fácil en un entorno en movimiento permanente y donde las etiquetas son rechazadas en muchos casos por los propios interesados. Por tanto, y teniendo en cuenta que no es este el objetivo de la investigación, vamos a reseñar exclusivamente aquellos estilos que aparecen en nuestro material junto con los significados con los que se les relaciona, sin ocuparnos de otros muchos que existen en este momento o han existido, como mods, rockers, rappers, skatters, punks, modernos, siniestros, etc.

- '*Heavy*'. Como hemos visto, este estilo es uno de los mejor caracterizados y que más se emplean en las ejemplificaciones sobre diferencias entre jóvenes. Ello se deba probablemente -aparte de que es uno de los que mejor resiste el paso de las generaciones- a que la música que da nombre al estilo es sumamente identificable, como también lo es la indumentaria característica: pelos largos, pantalones vaqueros ajustados, camisetas predominamente negras con dibujos o anagramas de grupos 'heavies', en los que abundan los temas satánicos, cazadoras de cuero negro con chapas, y alguno más que seguramente se nos escapa (ver también cita 11).

Sus lugares de encuentro están claramente señalados por la programación de música exclusivamente de ese estilo y donde solamente es posible encontrar a personas cuando menos simpatizantes, si no totalmente identificadas con el estilo. También son importantes los conciertos de los grupos favoritos, ocasiones especiales de comunión para estos jóvenes.

Respecto a la actitud característica, nos atrevemos a afirmar que es parecida al 'pasotismo' que, se decía, caracterizaba a la juventud española de los años 80, esto es, una actitud de desinterés y rechazo de la sociedad establecida que se traduce en esa imagen y esa música que resultan tan chocantes para la población general e incluso para bastantes jóvenes

('da miedo', MU19-5). De hecho, este estilo ha quedado en una posición un tanto marginalizada en la juventud en general, pues es rechazado por buena parte de los jóvenes, que desprecian tanto la imagen como la música propias de este estilo, quizá porque se les ha identificado como jóvenes de clase social baja y con bajo nivel de estudios (ver Barruti, 1.990).

- '*Alternativos*'. Es esta una denominación que no es habitual encontrar en las descripciones de los estilos juveniles como tal, pero que de alguna manera recoge una tradición que proviene del movimiento 'punk', y que actualmente reúne a 'okupas' y a jóvenes de tendencias de extrema izquierda. Musicalmente sus gustos orbitan en torno a grupos de rock fuerte (igualmente heredero del 'punk') con letras bastante críticas respecto al sistema social, digamos, con un cierto compromiso político:

13. E.- Dime algún grupo así que te guste.
O.- Mano negra, Negu gorriak, grupos bastante radicales, bueno, pero también me gusta de todo, menos así lo que te ponen por los medios de comunicación, que lo aborreces, pero vamos, que músicas un poco radicales.
HU22-14, p. 4.

Respecto a la imagen, suelen llevar camisetas de sus grupos musicales favoritos o con mensajes políticos más o menos radicales, pantalones normalmente vaqueros, pero casi siempre de forma que podríamos denominar desastrada, de algún modo actualizando el espíritu 'punk'. Su actitud es, pues, eminentemente política, con un importante tono anarquista, cuyo símbolo les gusta reproducir a algunos en los muros de la ciudad. Parte de ellos, llevan su militancia a vivir en casas ocupadas o a acudir a las actividades que allí se realizan, entre las que se encuentra la defensa de la casa frente a los intentos que realiza la policía para echarlos de ella, pero también conciertos de grupos radicales y otras actividades culturales. No menos importante es la asistencia a manifestaciones antimilitaristas (insumisión), antifascistas (alrededor del 20-N), ecologistas (en contra de las pruebas

nucleares, por ejemplo), etc. Su radicalidad les ha llevado a utilizar la violencia en algunas de estas manifestaciones, aunque sobre todo en enfrentamientos con sus enemigos preferidos, los 'skins' de ultraderecha.

- '*Ecologistas*'. No tengo noticia de ninguna caracterización de un estilo, cuya denominación, como todas, no satisfará siquiera a los supuestamente integrantes de él. De todos modos, creo poder identificar este estilo de la misma forma que otros más conocidos por todos y con los mismos ingredientes, a partir del discurso y de la observación de alguno de nuestros entrevistados.

Una de las cosas que más les caracterizan es una actividad, a saber, salir de acampada, a la montaña, lo cual se deja notar en muchos casos en su manera de vestir en la ciudad: cazadoras y abrigos de materiales sintéticos resistentes al frío (por ej., un forro polar), pero también ciertos elementos de ropa de estilo indígena centro o sudamericano (camisas, ponchos, pantalones), mochila al hombro, etc. Buena parte de ellos están relacionado con la animación sociocultural y salen con niños de excursión a la montaña.

Comparten un interés y preocupación por temas ecológicos que lleva a algunos a militar en grupos ecologistas a los que no es ajena una raíz progresista que se hace evidente en sus plantemientos políticos.

Al contrario, que en otros estilos, la música no parece ser lo más definitorio, lo cual no quiere decir que no existan unos estilos musicales generalmente preferidos: les gustan los cantautores, con sus letras comprometidas, pero también, no sabemos por qué, les gusta la música celta y, al menos a algunos, la música ambiental o de la nueva era ('new age').

Sus lugares de reunión preferidos son los bares o tascas de ambiente más tranquilo donde poder charlar con tranquilidad, lo que no es óbice para que ciertas ocasiones acudan a locales de otro tipo.

- '*Skins*'. Como todos sabemos, es éste el estilo juvenil más presente en los medios y el más denigrado, pues se le relaciona -con cientos de pruebas que lo confirman- con la violencia juvenil urbana y con una ideología antidemocrática (ultraderechista)[7]. Es un estilo con una imagen también muy bien definida: pelo muy corto, cazadora estilo 'marine' ('bombers'), pantalones vaqueros estrechos, botas de tipo militar. Pero en muchos casos se está renunciando a ella, ya que su gran visibilidad permite a la policía su fácil localización en caso de delito e incluso antes de que lo cometan, lo que en algunos casos les ha llevado a cambiar esta imagen por otra menos reconocible socialmente ('casuals'), pero igualmente identificable por ellos mismos.

Lo más importante para este estilo según los propios integrantes es la ideología, una ideología de ultraderecha, con un énfasis especial en el nacionalismo español, el racismo y el recurso a la violencia como solución de lo que ellos consideran problemas, o sobre quienes no encajan en su modelo de sociedad. La propia imagen concuerda con tal ideología, pues el referente militar está totalmente presente en casi todos los elementos característicos que la componen. La identificación a nivel imaginario con el ejército no es baladí. Si el ejército se supone que es el 'brazo armado' de la sociedad, que sale en su defensa ante cualquier agresión exterior, los 'skins' se erigen ellos mismos en defensores de la sociedad ante lo que ellos consideran que son las amenazas que la ponen en peligro. A la vez, la ideología 'skin', proporciona una sociedad utópica muy similar a la preconizada por el fascismo[8].

---

[7] También parecen existir 'skins' de ultraizquierda ('redskins' o 'sharps'), pero su caracterización estilística entraría dentro del estilo que hemos llamado 'alternativo' a excepción de la imagen.

[8] La información que aquí aparece sobre los 'skins' proviene en buena medida de la investigación sobre 'Violencia de jóvenes en grupo', dirigida por la Prof. Fernández Villanueva, y en la que participamos Roberto Domínguez Bilbao, Leonor Gimeno Giménez y yo mismo.

En cuanto a la música, si bien existe un estilo propio ('ska', 'oi'), con grupos en funcionamiento, el carácter ultraderechista de sus letras y sus actitudes han conducido a su marginalización en los espacios de difusión musical, lo que ha supuesto en la práctica la casi total irrelevancia del referente musical para este estilo. Por contra, hay una actividad de todos conocida que viene sirviendo de reclamo para este estilo juvenil: el fútbol y toda la subcultura que se ha formado alrededor de los grupos de hinchas ultras de los equipos de todo el país.

De esta manera, el estilo juvenil 'skin' es tanto revolucionario, demanda implícita para todo movimiento juvenil, como afirmador y radicalizador de los valores tradicionales de la sociedad, lo que de alguna manera explica que ellos mismos se consideren como jóvenes 'normales', mientras que los integrantes de otros estilos se consideran a sí mismos como minorías más o menos marginales.

- '*Bakalaeros*'. También para este estilo juvenil existe una actividad concreta que le da sentido y expresión. Se trata, en este caso, de la asistencia a discotecas durante las noches de los fines de semana. En estos espacios de ocio se han constituido una serie de prácticas, actitudes e imágenes características. Por supuesto, lo que mejor define el estilo es la música, compuesta por sonidos de ritmo hipnótico creados mediante instrumentos de alta tecnología (sintetizadores), que está pensada básicamente para poder ser bailada durante largas horas en las discotecas, en una especie de competición por ver quién aguanta más tiempo, quién se acuesta más tarde o no se acuesta. Este requerimiento más o menos explícito de este estilo juvenil está relacionado con la presencia habitual de drogas estimulantes (tripis, éxtasis, cocaína) en estos espacios, y que si bien no son consumidas por todos los 'bakalaeros' (nuestra entrevistada MC18-22 es una buena muestra de ello), su notoriedad las convierte en un tema sobre el que han de pronunciarse claramente los integrantes de este estilo.

La imagen es necesariamente importante en estos espacios donde la comunicación verbal es limitada por el alto volumen de la música: pantalón negro (vaquero o de cuero), camiseta ajustada, zapatillas deportivas y gorra de béisbol son algunos de los elementos que configuran una imagen bien diferenciable por otros jóvenes, si bien con toda probabilidad en el momento presente hayan aparecido nuevos elementos, nuevas señas de identidad de este estilo juvenil.

Y si en este estilo la música y la imagen son muy importantes, la actitud ante la sociedad no queda tan netamente delimitada. En la investigación sobre "Violencia en grupos de jóvenes", hemos podido identificar una tendencia ultraderechista en algunos de estos 'bakalaeros', en una curiosa convergencia con el estilo 'skin' también apreciable en otros casos de los que se ha ocupado la prensa en 1.995 y en el presente año. Sin embargo, sería muy aventurado afirmar que tal tendencia es general a todos los 'bakalaeros', en un estilo cuya actitud más claramente resaltada es un hedonismo exacerbado, que parece justificar cualquier cosa para seguir "de fiesta".

Esta breve y, por tanto, inevitablemente simplista caracterización de algunos estilos juveniles que hemos encontrado en nuestras entrevistas y que continúan vigentes en el momento presente no tiene otra pretensión más que señalarlas como posibilidades de ser joven cuya influencia va más allá de los propios integrantes o personas que se identifican con tales estilos. Son estas tendencias juveniles las que los jóvenes utilizan para establecer diferenciaciones entre jóvenes, en un momento vital en que otras posibilidades de categorización están ausentes, por lo que parece cumplir, de cara a la identidad, el mismo papel, al menos parcialmente que entre los adultos cumple la posición laboral, pues la identidad estudiantil parece no poder suplirla en las condiciones actuales (ver apartado V.3.

y VI.5.).

Pero contrariamente a ésta, la identidad subcultural de los jóvenes (proveniente de la identificación con un determinado estilo juvenil), al no estar ligada a un estatus profesional, tiene un dinamismo enorme, posibilitado por la facilidad de variación de los elementos propios del estilo. En efecto, resulta muy sencillo identificarse con otro tipo de música o cambiar la imagen con la que uno se presenta en los espacios de ocio juvenil, y hemos encontrado buen número de ejemplos de ello en nuestro material. Además, la propia dinámica del mercado juvenil promueve de forma patente la innovación, pues continuamente se ofrecen nuevos productos destinados a ser consumidos por esta población, nuevas músicas, nuevas modas, incluso nuevas actitudes con las que diferenciarse de los jóvenes del propio entorno.

Por otro lado, estos elementos que forman parte de los estilos juveniles ofrecen grandes posibilidades de complejización de la identidad de cada joven. Así, más que los tipos ideales puros que hemos descrito brevemente, resulta más frecuente hallar una adhesión tan solo parcial a algunos de estos elementos característicos y normalmente matizada. Por ejemplo, puede gustar la música, pero no la actitud; gusta la actitud ante el fútbol, pero no el racismo 'skin' (ver cita 9); gusta bailar, pero no tomar pastillas:

14. ...hay un bakalao, que ponen en la radio, que es el comercial, se vende mucho más, y hay el bakalao puro, que es para discotecas donde están los pastilleros, los que se drogan, que toman éxtasis y todo esto para estar más fuertes, o más yo qué sé, y eso a mí no me gusta...

MC18-22, p. 6.

Es muy posible, pues, encontrar en un mismo joven una identificación o una simpatía hacia elementos procedentes de estilos diferentes, o reunir aspectos de lo que hemos llamado estilo 'normal', junto con otros de los estilos juveniles minoritarios. Esto ha sido también apreciado por Barruti (1.990, pp. 58-62) en su investigación sobre jóvenes en Barcelona,

donde encontró un número importantes de personas que se identificaban parcialmente con estilos diferentes al mismo tiempo (la "mescla"), como una reelaboración propia de estos estilos ya conformados como tales que de esta manera se hacen propios, no de manera pasiva, sino peculiarmente activa. Pero lo que Barruti limita a una minoría de jóvenes que participa activamente en estos estilos, opuesta a la mayoría de jóvenes 'normales', es factible de ser extendido a la totalidad de la juventud, para la que los estilos constituyen un repertorio potencial que puede ser empleado por cualquier joven en un momento dado.

Incluso cuando el patrón estético, musical y acitudinal responde plenamente a este tipo ideal, el joven, como han mostrado Widdicombe y Wooffitt (1.995), tiene importantes reparos en dejarse categorizar como miembro del estilo juvenil, pues esto supone un peligro para la autenticidad de su identidad. La persona estará interesada en mostrar por un lado que no puede ser reducida a los patrones del estilo -que ya hemos dicho que no cubre más que unas facetas concretas (ibíd, p.192). Y por otro, que la adscripción al estilo tiene que ver con algo absolutamente propio al joven, expresión de su individualidad y no de presión o influencia externa.

Sin embargo, la negociación de estos referentes identitarios no se produce en un vacío social que permita la libre experimentación de identidades. La identidad se configura en un medio social, y en este caso particular, la identidad de los jóvenes a nivel subcultural se negocia en el grupo de amigos en el entorno social por él frecuentado, pero sin olvidar las limitaciones que pueden provenir de los ámbitos institucionales adultos, especialmente la familia (ver cita 11). Como tal negociación, la identificación de cada joven con unos u otros estilos depende en parte de un factor de oportunidad, esto es, para identificarse con un estilo es necesario conocer a otras personas del mismo estilo, pues es el modo más directo de conocer convenientemente los elementos identificatorios principales de ese estilo.

También son importantes, creemos, las dinámicas internas al grupo y sus relaciones con otros. En efecto, la identidad necesita de una igualación con otros, a la vez que de una diferenciación con esos mismos otros. Por ello, solamente es posible entender las identificaciones de los jóvenes con unos u otros estilos juveniles como un proceso de atracción y rechazo hacia las diferentes tendencias juveniles que tiene lugar en el grupo de iguales, de forma que sea posible reclamar para sí una identidad netamente reconocible como juvenil, y por tanto dentro de los parámetros que hemos señalado en este apartado y en el anterior, pero que pueda ser afirmada como un logro personal, no como la adscripción a una determinada moda. En la cita siguiente se aprecia una de estas posibilidades, a saber, la adscripción a un estilo juvenil sirve para diferenciar al grupo de otros jóvenes del entorno y así afirmar su identidad de grupo, y vicariamente la personal:

15. ...salían por aquí y se hicieron modernos de estos, no sé, posmodernos, que iban a un sitio que se llamaba Cambalache, que iban todos en plan The Cure y todo esto, entonces lo llevaron a Soto, y en Soto la gente nos veía muy raros, entonces aquella época era la moda del pijo, de la marca, no sé qué, íbamos todo en contra, o sea, a la contra de todo eso, éramos un poco raros y por eso (...) en realidad no te puedo explicar, pero nos veíamos así y nos sentíamos así y nos sentíamos mejor, incluso mejor que ellos, decíamos, ¿sabes?, no, era una manera divertida, ¿no?, era algo más, porque los demás les veíamos que siempre.., que era todo como muy.., todo el mundo igual, entonces al vestirnos así, nos sentíamos muy a gusto, muy unidos entre nosotros, incluso me acuerdo que teníamos peleas y cuando ganábamos las peleas, alguna, pues era aquello vamos, el summum, decir bueno, no solamente somos diferentes y vestimos diferentes sino que encima les podemos, y no era yo precisamente el que pegaba, porque yo era el más pequeño.

HU20-12, pp. 3-4.

Por último, me gustaría señalar que, aunque la estructura social está ausente de este análisis (básicamente porque la totalidad de los entrevistados pertenecen a una sola clase, la clase media), las diferencias entre las clases sociales también tienen su papel en las subculturas juveniles. Nuestra interpretación es que el factor de oportunidad viene

ABRIR VI. - 3. IDENTIDAD...